

PAUL TREUTLER

ANDANZAS DE UN  
ALEMAN EN CHILE  
1851-1863

*Rostro de Chile*



EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.

SANTIAGO DE CHILE

## Primera Parte

DE HAMBURGO A VALPARAÍSO POR EL CABO DE HORNOS

### ANDANZAS POR LA PROVINCIA DE ATACAMA

El 4 de octubre de 1851 me embarqué en el pequeño velero de tres palos *Phoenix*, de sólo 500 toneladas, para iniciar el viaje a la América del Sur alrededor del Cabo de Hornos, hasta el puerto de Valparaíso. El *Phoenix* no era un buque de emigrantes, sino que estaba cargado con mercaderías, pero tenía suficientes camarotes para albergar cómodamente a algunos pasajeros. El capitán era un marino de edad, sencillo y experimentado, que ya había navegado varias veces alrededor del mundo y había realizado frecuentemente el viaje a Valparaíso. La tripulación consistía en dos pilotos, primero y segundo, doce marinos, un carpintero, un cocinero y un ayudante de cocina.

Se habían congregado sólo cinco pasajeros para emprender el largo viaje: dos señoras y tres caballeros. Las dos primeras eran novias que seguían a Valparaíso a sus prometidos, emigrados algunos años antes y que habían adquirido entre tanto una fortuna en su nueva patria. Como no eran ni jóvenes ni hermosas, constituían una manifiesta demostración de la lealtad alemana, que en este caso se destacaba tanto más cuanto en la República de Chile hay bellísimas muchachas que dan preferencia al extranjero, y sobre todo al alemán, quien mediante tal relación, podrá lograr fácilmente una magnífica situación, en circunstancias que estas novias no tenían para ofrecer, según parece, nada más que un corazón alemán.

En cuanto a los caballeros, dos de ellos eran jóvenes co-

## Capítulo I

### DE HAMBURGO A VALPARAÍSO POR EL CABO DE HORNO

El 4 de octubre de 1851 me embarqué en el pequeño velero de tres palos *Phoenix*, de sólo 500 toneladas, para iniciar el viaje a la América del Sur alrededor del Cabo de Hornos, hasta el puerto de Valparaíso. El *Phoenix* no era un buque de emigrantes, sino que estaba cargado con mercaderías, pero tenía suficientes camarotes para albergar cómodamente a algunos pasajeros. El capitán era un marino de edad, sencillo y experimentado, que ya había navegado varias veces alrededor del mundo y había realizado frecuentemente el viaje a Valparaíso. La tripulación consistía en dos pilotos, primero y segundo, doce marineros, un carpintero, un cocinero y un ayudante de cocina.

Se habían congregado sólo cinco pasajeros para emprender el largo viaje: dos señoras y tres caballeros. Las dos primeras eran novias que seguían a Valparaíso a sus prometidos, emigrados algunos años antes y que habían adquirido entre tanto una fortuna en su nueva patria. Como no eran ni jóvenes ni hermosas, constituían una manifiesta demostración de la lealtad alemana, que en este caso se destacaba tanto más cuanto en la República de Chile hay bellísimas muchachas, que dan preferencia al extranjero, y sobre todo al alemán, quien, mediante tal relación, podrá lograr fácilmente una magnífica situación, en circunstancias que estas novias no tenían para ofrecer, según parece, nada más que un corazón alemán.

En cuanto a los caballeros, dos de ellos eran jóvenes co-

merciantes hamburgueses, que se dirigían a la costa occidental, para entrar allá en una casa comercial. Uno había trabajado ya durante largo tiempo en Río de Janeiro y el otro había estado ocupado como *junior* en Buenos Aires, y ambos dominaban bien el castellano. Yo había seguido la carrera minera, había conocido en aquel año, en la exposición industrial de Londres, los riquísimos minerales de oro y plata provenientes de la República de Chile, que despertaron en mí el anhelo de viajar a aquel país y dedicarme en él a la minería, entregándome al mismo tiempo a la esperanza vana de que sería capaz de adquirir una gran fortuna en corto plazo, con la que pensaba regresar a Europa. Era sano, vigoroso, me encontraba en el tercer decenio de mi vida, y si, por una parte, la despedida de Europa, de la patria, de mis seres queridos, por un tiempo indeterminado, quizás para siempre, me entristecía, estaba, por otra, lleno de anhelos de conocer el Nuevo Mundo, al cual mi excitada fantasía trasladaba los más bellos paisajes y los mayores tesoros. Era muy poco lo que llevaba conmigo desde Europa, pero quizás era muchísimo: mis conocimientos de la minería y el firme propósito de no dejarme intimidar por ninguna penuria o trabajo, por ningún esfuerzo, privaciones o peligros, hasta alcanzar la meta que me había fijado; además, disponía de los instrumentos y productos químicos que necesitaba para el desempeño de mi profesión, como también de la ropa y las armas indispensables para poder penetrar, medianamente preparado, en el desierto de Atacama y las quebradas andinas.

Quando me despedí en aquella ocasión de mi hermano, quien me había acompañado a bordo, enviando por intermedio de él mis últimos saludos a la patria, no sospechaba, por cierto, que en vez de pocos años iba a permanecer quince en la América del Sur y con qué dificultades, privaciones y peligros iba a tener que luchar en mi empresa. Aún ahora, vuelto a Europa, a mi patria, al seno de mi familia y dedicado a escri-

bir estas memorias, pienso con espanto en situaciones que me colocaron frente a una horrorosa muerte, a la que escapé siempre en forma milagrosa. Pues los quince años que pasé en aquellas regiones, fueron una lucha casi ininterrumpida, en parte con los elementos, como terremotos, temporales en el mar, naufragios, incendios; en parte, con los hombres, en revoluciones, con bandidos, tribus indígenas salvajes, o negros y chinos; y en parte, con animales salvajes, como tigres, leones, serpientes y peligrosos insectos, y, finalmente, con el clima, con mortíferas fiebres y la disentería.

A las ocho de la mañana, nuestro *Phoenix* fue sacado del puerto por un vaporcito y, después de corto viaje, llegamos a Cuxhaven, donde una violenta tempestad nos obligó a largar el ancla, a fin de esperar mejor tiempo para salir al Mar del Norte.

Las olas agitadas nos obligaron a permanecer allí durante dos días y noches, pero en seguida salimos, conducidos por un buen práctico. Apenas transcurridas algunas horas, se volvió a presentar un violento viento del oeste, que nos obligó a bordear constantemente, para avanzar un poco y, cuando cayó la noche, se levantó un temporal tan violento, que el capitán se vio obligado a arriar todas las velas, y así fuimos arrastrados de nuevo en la dirección contraria a nuestra ruta, pues nos vimos entregados al viento y a las olas.

Como jamás me había mareado en viajes marítimos anteriores, resolví pasar esta tempestuosa noche en cubierta, en vez de recogerme en el camarote, donde los demás pasajeros se habían mareado terriblemente por el vaivén incesante y violento del buque, haciendo copiosos sacrificios a Neptuno. Protegido por ropa impermeable y abrigadora contra los rigores de la intemperie, elegí el lugar más seguro que pude al pie del gran mástil.

Mientras más se acercaba la noche, tanto más violenta se volvía la tempestad y aumentaba el tamaño de las olas, y co-

mo el buque era agitado fuertemente de un lado a otro, y yo no deseaba abandonar la cubierta, el capitán ordenó que se me amarrara al mástil con un fuerte cable, a fin de que no me arrastrara una de las olas que rompían con espantoso ruido sobre el buque. Incluso los marineros podían cumplir sólo con peligro de muerte las órdenes que se les impartían.

El temporal mantuvo su fuerza hasta el amanecer, y si la oscura noche había sido tétrica y terrorífica, abrigándose por todos el temor de que el pequeño buque sería incapaz de luchar con las olas, que alcanzaban el tamaño de una casa, fue tanto más interesante observar el agitado mar a la luz del día. Entumecido de frío, me dirigí pronto al camarote, para fortalecerme y calentarme, pero apenas llegado al lugar en que mis compañeros de viaje yacían casi sin conocimiento y se quejaban, fui espantado por un repentino ruido en la cubierta, en tal forma que temí que hubiese ocurrido una desgracia. Subí rápidamente y pude observar que la tripulación entera se esforzaba en cambiar el rumbo del buque, pues cerca de nosotros se elevaban en la neblina los barrancos rocosos de la isla Heligoland, en cuyas rocas habríamos naufragado inevitablemente si nos hubiéramos acercado a ellas de noche. Aún ahora logramos sólo con muchas dificultades zafarnos de ellas.

\* \* \*

Durante todo el día tuvimos que luchar con el viento y las olas, y sólo prestando la mayor atención, fue posible mantener el rumbo en medio de las montañas de agua que amenazaban destrozar y hundir para siempre nuestro pequeño buque. Esta situación se mantuvo durante cinco días y cinco noches, un lapso en que pudimos dormir poco y consumir sólo los alimentos más indispensables.

Durante todo este tiempo, nuestro buque fue un juguete de los elementos desencadenados, y el capitán no logró jamás determinar dónde nos encontrábamos. Finalmente, se enteró, para su mayor consternación, que en la vecindad inmediata de

nuestro buque en medio de la niebla se elevaban paredes de roca a pico sobre el mar: nos encontrábamos en la costa de Noruega.

Si nuestra situación ya había sido crítica en mar abierto, se tornó ahora más peligrosa, pues corríamos peligro de ser arrojados sobre las paredes rocosas y aniquilados. Ya nos considerábamos todos perdidos, pues las fuerzas unidas de toda la tripulación no fueron suficientes para mantener el buque alejado de la costa, cuando repentinamente, y para nuestra suerte, el viento cambió de rumbo, permitiéndonos agregar más velas. Volando como un rayo hacia el occidente, nos alejamos de esas peligrosas rocas.

Después de haber vagado durante varios días y noches por el Mar del Norte, el temporal amainó por fin, el cielo se aclaró, pronto brilló amablemente el sol y, cuando se disiparon las neblinas, se elevaban frente a nosotros los pintorescos barrancos rocosos de la costa de Escocia.

Por primera vez desde nuestra salida de Cuxhaven, mis compañeros de viaje volvieron a presentarse en la cubierta, para reconfortarse con los rayos del sol otoñal y disfrutar del magnífico panorama. Pero, ¡qué cambios habían ocurrido en ellos! Estos ocho días y noches de terribles excitaciones y miedo mortal, de mareos y sus dolores y consecuencias, los habían afectado en tal forma que se movían tambaleantes, como ánimas.

Después de haber hecho el capitán sus cálculos y resultado de ellos que nos encontrábamos muy desviados hacia el norte, tuvo primero el propósito de alcanzar el Océano Atlántico doblando la costa septentrional de Escocia; pero, como se levantó un violento viento del norte, tomamos luego rumbo hacia el sur, y nuestro *Phoenix* avanzó muy rápidamente, con todas sus velas a lo largo de las costas de Escocia y de Inglaterra, hacia el Canal de la Mancha, al que llegamos felizmente en la noche del 17 de octubre, después de haber vagado durante diez días y noches por el Mar del Norte.

Cuando subí a cubierta en la madrugada, ya habíamos largado el ancla. Las últimas neblinas cedían en esos momentos a la fuerza de los brillantes rayos solares, y ante mí se encon-

traban, a la derecha, el litoral de Inglaterra, con Dover, y a la izquierda, las playas de Francia, con Calais. Era una magnífica mañana de otoño, y pronto hubo mucha vida y un bullicioso movimiento en nuestro buque, como también en los que nos rodeaban; pues ¿podía haber alguno que no tuviera que reparar algo, después de una tempestad tan violenta y persistente? En todas partes actuaban los carpinteros, se reparaban o secaban las velas, y casi todos los pasajeros se encontraban en cubierta, para reponerse un poco. Además, se habían acercado numerosísimas pequeñas embarcaciones desde las costas inglesa y francesa, cargadas de pescado, frutas, hortalizas, carne, aves, etc., que ofrecían sus mercaderías en inglés y francés; también nos visitaron luego pasajeros de los buques vecinos, y nosotros retribuimos esas visitas, lo que dio oportunidad para que nos relatáramos mutuamente nuestras experiencias de la última semana y los peligros en que nos habíamos encontrado.

Tuvimos que permanecer aquí también al día siguiente hasta la tarde, por calma absoluta. Pero cuando se levantó en seguida un viento favorable, se izaron las velas, y junto con nosotros se dirigieron unos cuarenta buques, como en orden de batalla, hacia el Océano Atlántico. Esto ofreció un magnífico golpe de vista, intensificado cuando la luna salió entre las nubes en la noche, iluminando con su mágica luz las velas blancas de esta flota.

El 18 alcanzamos con toda felicidad el Océano Atlántico. Sólo la mitad de los buques que nos habían acompañado en un principio eran visibles, pero también se hundieron poco a poco tras el horizonte.

Como sabía que durante tres meses completos no vería otra cosa que el cielo y el agua, comencé a sacar mis libros, tanto para aprender la lengua castellana, que me era tan necesaria, —uno de mis compañeros de viaje tuvo la amabilidad de ser mi profesor—, como para estudiar los libros sobre la República de Chile que había adquirido.

De esta manera, nuestro *Phoenix* voló a lo largo de las costas de Francia, España y Portugal, pasamos frente a la isla Ma-



deira, alcanzamos con toda felicidad, el 17 de noviembre, el ecuador, y todos sentimos el violento cambio de temperatura del helado frío boreal a los calores tropicales. Se efectuó, por supuesto el bautismo ineludible de los marineros que todavía no habían pasado "la línea", mientras que nosotros, los pasajeros nos pudimos librar mediante el obsequio de una suma de dinero. Reinó gran júbilo cuando a los tres desgraciados sometidos al rito les untó las caras con alquitrán un marinero disfrazado de Neptuno, que los afeitó en seguida con un gran cuchillo de madera y los hizo recibir infinitos baldes de agua de mar.

Tuvieron que padecer muchas otras gracias, sobre todo en la tarde, cuando los ánimos se mostraron más excitados. También las pobres novias tuvieron que sufrir mucho en ese día. Entre otras cosas, el capitán había colocado un hilo a través del catalejos, que estaba destinado a observar el ecuador. Cuando las jóvenes vieron el hilo, anotaron de inmediato en sus "diarios" que habían observado "la línea" con toda claridad.

En algunos días alcanzamos la altura de Pernambuco, a 8º de Lat. S. Si los calores habían sido muy grandes en el ecuador, ahora se volvieron insoportables, pues se presentó una calma de varios días, durante los cuales el buque permaneció sin moverse de su lugar. No podíamos tolerar el encierro en los camarotes y dormíamos en cubierta, casi desnudos. Para refrescarnos un poco, usamos como tina de baño un gran barril, que hicimos llenar frecuentemente con agua de mar.

En el primer día se elevó repentinamente cerca de nosotros una bandada de peces voladores, centenas de los cuales chocaron contra las velas y cayeron en la cubierta, donde nos apoderamos de ellos. Mandamos prepararlos, y pudimos comprobar su buen sabor.

Al segundo día, nuestro buque fue rodeado por cuatro tiburones. Como los marineros tienen la superstición de que cuando estos voraces animales no abandonan un buque, sino que lo siguen, tiene que morir pronto alguien, se trató de cazarlos de inmediato, tanto con arpones como con anzuelos. Después de haber fracasado muchas tentativas, uno mordió el

anzuelo; pero su fuerza era tan grande, que fue necesario que ayudaran todos los marineros a izarlo a bordo, donde se le dio muerte.

Al tercer día se cazaron con el arpón tres bonitos; que son delfines o toninas, que también se subieron a bordo. Se prepararon con ellos bisteques, y aún cuando no eran de mi gusto, agradaron mucho a todos los demás. En la tarde se amontonaron grandes masas de nubes negras en el cielo y se desencadenó una terrible tempestad eléctrica, que duró hasta tarde en la noche. Los rayos se seguían con pequeñas interrupciones y el trueno podía ser escuchado durante horas, sin interrupción alguna. La situación para nosotros era muy peligrosa, pues podíamos esperar que en cualquier momento un rayo, atraído por la gran cantidad de fierro del buque, lo destruyera o incendiara. Pero, felizmente, escapamos también a ese peligro.

A medianoche cayó sobre nosotros uno de esos aguaceros tropicales, que tienen fama por su violencia. Pero pronto aclaró de nuevo el cielo; se levantó un viento favorable que nos permitió izar todas las velas y, volando hacia el sur, alcanzamos la altura de Río de Janeiro, a 23° de Lat. S.

Después de algunos días de viaje, llegamos a la altura de Buenos Aires, situado a 34° 35'30", y, continuando el viaje, a la desembocadura del Río Negro, a 41° 02' de Lat. S., navegando ahora a lo largo de la costa patagónica, que se extiende desde el Río Negro hasta el Estrecho de Magallanes.

Cuando alcanzamos el paralelo 51°, se escuchó por primera vez el grito: "¡Tierra, tierra!", y desde cubierta vimos que se elevaban frente a nosotros las Islas Malvinas. Este archipiélago, que comprende dos islas grandes y unas 200 menores, está situado entre 51 y 53° de Lat. S. y entre 57 y 62° de Long. W., a unas 300 millas marinas al este del Estrecho de Magallanes. Tiene una superficie de cerca de 355 millas cuadradas alemanas y una población de unas 400 almas. Pudimos observar claramente la costa muy disectada y que forma infinitas bahías.

La temperatura había vuelto a cambiar de nuevo, y estuvimos en la necesidad de sacar ropa de invierno. Nos abando-

naron poco a poco las aves y peces del trópico, y en su lugar se presentaron palomas antárticas, albatroses, golondrinas de mar, petreles y gaviotas de diferentes especies y colores, y animales pertenecientes a regiones más frías.

Después de haber pasado frente a estas islas, navegamos a lo largo de la costa de Tierra del Fuego, archipiélago que se extiende entre el Estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos, desde  $52^{\circ} 20'10''$  hasta  $55^{\circ} 58'40''$  y alcanzamos pronto la altura de este lugar, difamado en todo el mundo y peligroso, donde han naufragado ya tantos buques. Esperamos poder doblarlo rápidamente, pero se levantó un viento del N. O. tan fuerte que tuvimos que bordear durante todo un día. En la noche el viento se transformó en un temporal que obligó al capitán a arriar todas las velas. Siguió desencadenado durante ocho días y ocho terribles noches, sin interrupción, y nos arrastró como simple juguete a merced de las olas hasta los  $60^{\circ}$  de Lat. S., desde donde retrocedimos al norte. Reinaba gran frío, nevaba y caían granizadas casi diariamente, y experimentamos sensibles pérdidas. En una ocasión, se quebró un mástil y perdióse con sus velas; en otra ocasión, una ola arrastró consigo la cocina, que se encontraba sobre la cubierta; además, quedó destruida y fue arrasada gran parte de la borda, a uno de los costados, de modo que era peligroso mantenerse en cubierta, sobre la cual se quebraban, además, constantemente, enormes olas, con gran ímpetu y ruido, sepultando por momentos nuestra débil embarcación en el agitado mar. Pero, por fin, precisamente el 1<sup>o</sup> de enero de 1852, junto con otros seis buques que encontramos, pudimos doblar el Cabo de Hornos, pasando tan cerca, que nos fue posible reconocer con precisión el promontorio de tan mala fama.

Después de esta feliz circunnavegación, el *Phoenix* pudo disfrutar del viento del sur, dirigiéndose, rodeado por varios otros buques, con una velocidad de 10 millas por hora, hacia el norte. El 8 de enero alcanzamos la altura de Ancud (bajo  $41^{\circ} 52'$  de Lat. S.), capital de la isla de Chiloé, que tiene una longitud de 25 leguas alemanas y que pertenece a la República de Chile. Siguiendo con rumbo al norte, llegamos, el 10

de enero, a la altura de Valdivia, a  $39^{\circ} 49'02''$ , donde se encuentra la conocida colonia alemana, y el 13, la latitud de Talcahuano, a  $36^{\circ} 42'$ , donde la temperatura volvió a aumentar tanto, que nos vestimos de nuevo con ropa de verano.

Un espectáculo interesante nos ofrecieron ese día, en que reinaba calma chicha, una gran cantidad de ballenas que nadaban muy cerca de nuestro buque en las aguas verdes del mar y echaban al aire sus elevadas columnas de agua. Un ballenero norteamericano estaba dedicado a cazarlas. Después de mucho trabajo, logró capturar uno de estos colosales pobladores del mar y, durante la noche, los marineros se ocuparon en asegurar el botín a bordo, a la brevedad posible.

A la mañana siguiente continuamos nuestro viaje con rumbo al noreste, favorecidos por un fuerte viento del sur y alcanzamos en un día la altura de Constitución, a  $35^{\circ} 21'$ . Desde aquí nos acercamos cada vez más a la costa chilena y en la noche siguiente, el piloto gritó de improviso: —¡Tierra!

Abandonamos de inmediato las camas y, llegados a cubierta, observamos frente a nosotros una luz débil, que comenzó a brillar con más intensidad a medida que nos acercábamos: era el faro de Valparaíso. Después de corto viaje, se escuchó la voz del capitán, hubo ruido de cadenas y anclamos en el puerto.

Tuvimos que esperar dos horas hasta que aclarara. ¡Con que lentitud las sentíamos pasar! Inútilmente esforzamos nuestra vista para reconocer algo entre la densa neblina que rodeaba toda la costa y el puerto. Por fin, después de una prueba tan prolongada para la paciencia, se presentó el momento anhelado. Poco a poco se elevó la niebla; se percibieron primero contornos y formas imprecisas, luego, a medida que el nuevo día espantaba a la noche, los cuerpos adquirieron formas más precisas, y cuando se levantó una leve brisa, se extendía Valparaíso, el "valle del paraíso", ante nuestra mirada encantada.

## Capítulo II

### VALPARAÍSO

Valparaíso, el principal puerto comercial de la República de Chile, está situado a  $33^{\circ} 01'53''$  de Lat. S. y  $71^{\circ} 41'15''$  de Long. W.

Las primeras informaciones sobre este lugar y puerto datan del año 1536, cuando lo tocó un buque español equipado por el gobernador del Perú, don Francisco Pizarro, y provisto de armas y municiones, bajo el mando de Juan Saavedra, destinado a su compañero de armas Diego de Almagro, quien había avanzado por tierra hasta este lugar, con un ejército importante, y había sometido las tribus indígenas.

Cuando Juan Saavedra, después de prolongado viaje a lo largo de las desoladas y estériles costas del Perú, de Bolivia y de la parte septentrional de la actual República de Chile, alcanzó ese puerto, cuyos faldeos encontró poblados de palmeras, quillayes, canelos, maitenes y avellanos, y con arroyos de excelente agua cristalina que se precipitaban a través de las rocas, halló que toda la costa tenía gran semejanza con el lugar de que era oriundo, llamado Valparaíso, cerca de Cuenca, en España, y le dio ese nombre.

Existían en aquella bahía, que llevaba el nombre de Quintil, sólo pocas chozas, habitadas por aborígenes de la raza de los changos, que vivían casi únicamente de la pesca y la caza de focas; construían sus balsas de cueros de lobos marinos cosidos e inflados, que amarraban en cierto número los unos al lado de los otros. En las pequeñas bahías de la parte boreal de Chile siguen viviendo los descendientes de estos changos, que no han cambiado en cuanto a aspecto, costumbres de vida y ocupación, y cuyo nombre proviene de los lugares llamados *Chanco*, de los que hay varios en esta costa.

Después de haber sido vencido por los indígenas el conquistador Diego de Almagro y regresado al Perú, don Francisco Pizarro despachó al país a su general Pedro de Valdivia, quien avanzó en 1540 con toda felicidad hasta aquí.

En agosto de 1544 llegó a este mismo lugar su amigo Juan Bautista Pastene, genovés, en el buque *San Pedro*, de su propiedad, con refuerzos y armas, se reunió con él para ampliar las conquistas, y el 3 de septiembre de 1544 fundó Pedro de Valdivia la ciudad de Valparaíso, nombrando a Juan Bautista Pastene su primer gobernador.

En el año 1573 llegó también a este lugar el navegante Juan Fernández, quien descubrió el archipiélago homónimo.

La ciudad fue saqueada por el navegante británico Francis Drake en 1578; cerca de un siglo más tarde se autorizó una fortificación. Pero se libró pronto de su muralla, y floreció en seguida en tal forma como ciudad comercial, que dos siglos más tarde, cuando yo la visité, contaba 50.000 habitantes, de los cuales unos 10.000 eran extranjeros.

\* \* \*

Es fácil comprender qué impresión tenía que recibir yo, al ver cómo se expandía poco a poco frente a mí un nuevo país, un nuevo continente, que brotaba como un encantamiento de las densas neblinas: el más insignificante de los objetos atraía mi vista con el mayor interés, después de no haber contemplado otra cosa que cielo y agua durante tanto tiempo.

El sol estaba saliendo en todo su esplendor en el cielo azul marino, sobre las cumbres cubiertas de nieve de los majestuosos Andes e iluminaba con sus primeros rayos al puerto, el que se extendía al pie de barrancos rocosos, en la orilla del Océano Pacífico. Aún cuando la Cordillera de la Costa, pelada, con altitud de más de 1.000 pies y cubierta de tierra colorada, en que sólo crecían aisladas palmeras, no ofrecía una vista agradable, su imagen fue relegada a segundo término por el primer plano, que era pintoresco y comprendía la ciudad, extendida en anfiteatro hasta alturas considerables. En las laderas de las colinas más cercanas y sobre ellas se elevaban magníficos chalets y jardines, a los que se llegaba por románticos senderos, que subían a través de largas y angostas quebradas.

De la misma manera, el puerto, donde se encontraban al

ancla centenares de buques más grandes o más pequeños, pertenecientes a los más diferentes países, y cuyas aguas eran cruzadas por innumerables botes, ofrecía un espectáculo muy interesante. Se movían en él grandes vapores, apurando con sus estridentes pitazos a los pasajeros retrasados; algunos veleros levaban anclas, y los alegres cantos de los marineros se escuchaban desde nuestro sitio. La banda de un buque de guerra británico tocaba *God save the Queen*; y la de un buque de guerra francés, alguna marcha de asalto, y volaban alrededor de nuestro buque grandes cantidades de gaviotas y alcatraces, peleándose con gran gritería los despojos de cocina tirados por la borda.

Cerca de las 8 horas llegó a bordo el capitán del puerto, con los funcionarios de la aduana, y después de haber examinado los documentos y las mercaderías y de habernos deseado una feliz estada en el país, con una copa de Jerez, nos abandonaron de nuevo, para visitar otros buques llegados en esa madrugada, después de lo cual pudimos dirigirnos a tierra. Pero apenas se habían alejado los funcionarios, cuando atracaron a nuestro buque, con la mayor presteza, numerosos chilenos de ambos sexos, que lo habían rodeado hasta entonces con sus botes. Se apresuraron tanto en llegar a bordo, que una joven vendedora de naranjas se precipitó con su canasta al agua, para regocijo de todos; pero, como nadaba, volvió a aparecer pronto, y se afirmó con tanta fuerza en uno de los pequeños botes en que se encontraban los burladores, que la embarcación se volcó y sus tripulantes tuvieron que acompañarla en las olas, después de lo cual todos fueron extraídos del agua, con gran holgorio colectivo.

Nuestro buque se encontró pronto repleto de estos intempestivos huéspedes, que ostentaban un cutis más oscuro o café claro y estaban vestidos todos según la moda europea, pero con la excepción de que llevaban un póncho, es decir, un paño cuadrado, con un corte al centro, por el que se pasa la cabeza.

Con gran gritería ofrecían al recién llegado sus mercaderías y sus servicios. Aquí una muchacha vendía piñas y plátanos; allá, otra, frutillas, duraznos o higos; aquí me asaltaron si-

multáneamente cuatro agentes de hoteles, peleándose entre ellos, mientras me rodeaban fleteros que querían llevarme a tierra con mi equipaje; en fin, la cubierta, hasta entonces tan tranquila y pacífica, mostraba gran agitación y bullicio.

Tan pronto logré apoderarme de mis baúles, me apresuré a despedirme del buque, del capitán y la tripulación que me habían traído felizmente de la patria a orillas del Océano Pacífico. En pocos minutos alcancé el desembarcadero, llamado Plaza de la Intendencia, donde se encuentra el palacio de gobierno.

Apenas había llegado, se escuchó desde el fuerte de San Antonio, situado muy encima del lugar en que me encontraba, en la falda del cerro, el tronar de los cañones, contestado de inmediato por los buques de guerra chilenos surtos en la bahía. En el palacio de gobierno fue izada una gran bandera e imitaron este ejemplo no sólo todos los edificios, sino también todos los buques. Llegó una compañía de infantería, cuya banda tocó la hermosa Canción Nacional.

Cuando terminó, el destacamento se dirigió al compás de la marcha de Radetzky y entre los aplausos del numeroso público, al cuartel. Me alojé en el *Hotel de Chile*, situado en la cercanía, que pertenecía a un alemán, del apellido muy común de Meier. Aquí fui informado que aquel día se celebraba una victoria que las tropas del gobierno habían logrado poco tiempo antes de mi llegada sobre una revolución, durante la cual se había luchado también encarnizadamente en las calles de Valparaíso, donde hubo numerosas víctimas \*.

Después de haberme preocupado de mi aspecto exterior, muy descuidado durante un viaje marítimo de más de tres meses de duración en un pequeño velero, me dirigí al Cónsul General de Prusia, señor J. G. Fehrmann, para quien tenía cartas de recomendación. Me acogió en la forma más amable y, después de informarle que poseía conocimientos mineros, me

\* Alude a la celebración de la victoria obtenida por el general Manuel Bulnes sobre el general José María de la Cruz, en Loncomilla, el 8 de diciembre de 1851, que afianzó la elección de Manuel Montt como Presidente de la República. Como se desprende del texto, el triunfo sólo fue celebrado en Valparaíso a mediados del mes siguiente. (N. del T.).



recomendó viajar a la provincia boreal del país, a Atacama, donde se estaban trabajando riquísimas minas de plata y se descubrían nuevas a cada rato. Acordé seguir este consejo cuanto antes.

Pero como el próximo vapor sólo salía el 29 de enero al norte, tenía casi dos semanas de tiempo para conocer Valparaíso y sus alrededores, a fin de familiarizarme con las condiciones, costumbres y modalidades de esta plaza y perfeccionar mis conocimientos del castellano.

Cuando regresé al hotel a las 5, sonaba la campanilla que invitaba a la comida, y mi sorpresa fue grande, al encontrar en el gran comedor a más de 60 alemanes, que ocupaban una gran mesa, mientras que en otra habían tomado asiento algunos ingleses, franceses y muchos chilenos. Yo fui sentado a la mesa alemana, y como los guisos eran excelentes y se ofrecían en gran número, no es preciso que insista en describir el apetito con que me deleité con carne fresca, pan, hortalizas, excelentes duraznos, frutillas y muchas otras frutas, después de haber carecido durante 116 días de todos estos alimentos.

En nuestra mesa reinaba mucha animación, y sobre todo a los postres se consumían grandes cantidades de champaña, vino del Rhin y de Tokay: una prueba concluyente de que la joven Alemania vivía en este país en la abundancia. Pronto llegué a conocer numerosos compatriotas, ocupados en su mayor parte en casas comerciales de la plaza.

Como a muchos de estos jóvenes, conocí también al Dr. Piderit, tan amable como excelente médico, oriundo de Detmold, y a un gran pianista de Cassel, Wilhelm Deichert.

Terminado el almuerzo, fui invitado a un pequeño paseo, en el que participaron unos veinte hijos de Alemania, quienes salieron en doce birlochos poco cómodos, de dos ruedas. En cada caballo con montura se encontraba un postillón, provisto de espuelas que pesaban algunas libras y eran de gran diámetro. Así corrimos a gran velocidad sobre el pésimo pavimento, por las calles adornadas con miles de banderas, al barrio del Almendral, situado en la parte oriental. Visitamos allá un jardín público, denominado Polanco, donde se tocaba

música y bailaba, y en cuyos salones reinaba gran animación.

Los jardines de este establecimiento estaban perfumados con el aroma de hermosísimas flores, y bandadas de picaflores policromos y de las más bellas mariposas volaban de arbusto en arbusto, de flor en flor. Desde aquí corrimos al galope a la plaza principal de este barrio, llamada de La Victoria, donde hubo, como parte de la celebración, magníficos fuegos artificiales, y después de haberlos presenciado, nos dirigimos al teatro, situado en esa plaza. Una compañía italiana representaba "Hernani".

Antes que se iniciara la ópera, apareció en el proscenio la *prima donna*, con una gran bandera chilena en los brazos, y después de haber recitado un prólogo alusivo, todos los cantantes y el auditorio entonaron la Canción Nacional, acompañados brillantemente por la orquesta. La representación de "Hernani" fue muy buena. Cuando había terminado, permanecí con mis nuevos conocidos durante algún tiempo en la plaza en que se encuentra el teatro, donde se habían levantado numerosísimas ramadas, destinadas a la venta de helados, frutas y bebidas. La plaza estaba repleta de gente, que se dedicó hasta el amanecer a cantar, bailar, jugar y beber. Tuve oportunidad de conocer aquí los graciosos bailes nacionales, sobre todo la zamacueca.

Al día siguiente desperté temprano, pues mi hotel se encontraba en el punto céntrico del movimiento de la ciudad, que comenzaba ya en el alba en forma bulliciosa, como pude observar desde mi ventana.

Ocupé en el primer piso una pieza bien amoblada, por la que pagaba sólo dos pesos al día (ocho marcos), incluyendo un excelente desayuno, consistente en sopa, bistecque, huevos, jamón y té o café, y el excelente almuerzo. Las banderas que flameaban el día anterior en todos los edificios, habían desaparecido, y las festividades, paradas, música, baile y cañonazos habían cedido su lugar a una movida actividad comercial. Una cantidad increíble de vendedores y vendedoras de pescado, hortalizas, harina, frutas, helados, carbón vegetal, etc., ofrecían por medio de gritos característicos, las mercaderías que

transportaban en asnos y mulas o llevaban sobre las cabezas. Aquí se encontraba un grupo de peones desayunando alrededor de una muchacha, que vendía arroz y azafrán; allá estaban acampados a la sombra policías uniformados que se refrescaban comiendo sandías, y a la entrada de una casa estaba de pie una mujer voluminosa, fumando un cigarrito y elogiando sus piñas y plátanos. Un gran número de comerciantes se movían apresuradamente por las calles, cuyo aseo estaba a cargo de detenidos, que llevaban esposas; se paseaban religiosos de diferentes órdenes; marineros visitaban bulliciosamente la ciudad; dos organilleros parecían empeñados en un certamen con sus instrumentos, tratando cada uno de hacer más ruido que el otro, y una cadena ininterrumpida de coches subía y bajaba por las calles.

Eran, sin duda, admirables las figuras hercúleas de los peones que cargaban y descargaban las mercaderías y cuya musculatura colosal se podía apreciar, pues llevaban sólo un breve taparrabos. Observé a menudo cómo transportaban bultos que pesaban varios quintales, con tanta facilidad y rapidez como si se tratara de libras.

A las 5 me volvió a reunir la campanilla de la comida con muchos de los nuevos conocidos. Después de haber hojeado los diarios locales, de los que se publicaban en aquel tiempo dos en lengua castellana, *El Mercurio* y *El Comercio*, que habrían honrado a cualquiera residencia europea, salí a recorrer la ciudad acompañado por algunos compatriotas.

Valparaíso se extiende a lo largo de la costa, en un semicírculo que tiene una longitud de casi una legua, y la playa se encuentra dividida por siete quebradas principales. Las quebradas y colinas han sido edificadas; sobre todo en estas últimas se encuentran magníficos chalets y jardines, pertenecientes la mayoría a comerciantes alemanes y británicos. Se disfruta desde ellos de un encantador golpe de vista sobre el mar, y hacia el interior se divisa el cerro de La Campana, con altitud de 1.839 metros. Además, se encuentran en las colinas la cárcel, el cuartel, el fuerte, la iglesia protestante y los cementerios católicos y protestante.

Más o menos al centro, la Cordillera de la Costa avanza tanto, que forma una punta, llamada Cabo de Hornos, que divide la ciudad en dos partes, denominadas El Puerto y El Almendral (con El Barón).

El Puerto es la sede del Gobierno, de los consulados y el punto céntrico de todo el comercio, como consecuencia de lo cual se encuentran también en este barrio los representantes del comercio extranjero y, en relación con éste, los hoteles de primer rango, la Bolsa, la Aduana, la oficina de Impuestos, el Telégrafo y el Correo, e igualmente albergues para marineros y las casas de prostitución.

El Almendral, en cambio, es mucho más extendido, debido a que las serranías retroceden mucho en esa parte. Allí se encuentra la plaza principal, llamada de La Victoria, con la iglesia de San Agustín, el palacio del obispo, el teatro, el cuartel principal de la policía, el gran hospital y diversos monasterios e iglesias. En el Barón, cerca de la orilla del mar, queda la estación del ferrocarril a Santiago, y, más arriba, sobre barrancos abruptos y rocosos, se encuentra el fuerte del Barón, el monasterio de los jesuitas y el gran edificio de la Casa de Penitencia, en la que se recluyen anualmente los penitentes durante 8 a 14 días. Además, se encuentran en esta parte la iglesia de Jesús Crucificado, y al pie de las serranías, a orillas de un arroyo, el paseo y muchas chinganas. El Almendral se encuentra poblado, sobre todo, por el elemento nacional, mientras que los extranjeros se han domiciliado en El Puerto.

El estilo de los edificios de Valparaíso correspondía, en general, al europeo; en El Puerto eran, en su mayoría, de varios pisos; en El Almendral y El Barón, en cambio, de uno solo. Los innumerables ranchos de la población más pobre ofrecían un aspecto muy pintoresco; en parte, se encontraban suspendidos en los barrancos, como nidos de pájaros.

Las calles principales se encontraban todas pavimentadas y dotadas de veredas, y toda la ciudad, es decir, los barrios de El Puerto, El Almendral y El Barón, disponían de alumbrado a gas, hasta muy arriba en las serranías, donde se encuentran los chalets. Debido al reparto de las viviendas en terrazas, la

ciudad ofrecía de noche un magnífico golpe de vista, cuando se reflejaban miles de lámparas a gas en el Océano Pacífico.

Después de haber recorrido Valparaíso desde un extremo al otro, llegando a conocer su situación y sus edificios, empleé mi tiempo en conocer las condiciones generales de la ciudad.

En lo referente al clima, el termómetro sube en verano raras veces a más de 27° R.; el calor es moderado siempre por la brisa del mar; y de la misma manera, el termómetro baja en invierno raras veces a menos de 9° R. Desde septiembre hasta diciembre dura la primavera; desde diciembre hasta marzo, el verano; desde marzo hasta junio, el otoño; y desde junio hasta septiembre, el invierno. En el verano, el cielo se encuentra casi siempre sin nubosidad; por lo general, el sol brilla en un cielo azul hermosísimo, con viento del sur; pero si el viento cambia un poco hacia el este, molesta mucho, pues sopla grandes masas de polvo desde las serranías a Valparaíso, cubriendo y obscureciendo la ciudad. En el invierno, en cambio, sopla, por lo general, viento del norte; llueve a menudo varios días seguidos, y a veces con mucha intensidad, formándose torrentes que bajan de los cerros y acarrear tanta arena que se interrumpe el paso en algunas calles.

Para el puerto, sólo protegido contra los vientos del sur, son muy peligrosos los del norte, sobre todo cuando se transforman en temporales. Ocurre a menudo que los buques al ancla en la bahía se hunden o son arrojados contra la costa, sobre todo cerca de la roca saliente, que recibió por ello el nombre de Cabo de Hornos; las olas son entonces tan elevadas, que no permiten mantener comunicación entre los buques y la tierra. A veces, las olas arremeten con tanta violencia contra los edificios de la playa, que les ocasionan grandes perjuicios, y una vez ocurrió que una sola inundó totalmente en el puerto las calles del Cabo y Cochrane, llenando de agua cuarenta locales comerciales y bodegas de las más importantes casas mayoristas extranjeras y ocasionó cuantiosas pérdidas. Muy raras son las tempestades eléctricas y granizos, pero la ciudad ha tenido que sufrir mucho por los terremotos, como toda la costa occidental de la América del Sur. Los del 25 de

febrero de 1835 y del 22 de noviembre de 1842 destruyeron gran parte de Valparaíso.

Observaciones precisas han demostrado que después de cada fuerte terremoto la costa ha sido sollevantada, y de modo tan notable que en 220 años ha subido 19 pies. Por esta razón, se encuentran grandes cantidades de conchas de especies que todavía viven en el mar hasta una altura de 500 pies en la Cordillera de la Costa, que se eleva hasta 1.000 pies.

El clima no sólo es agradable, sino muy saludable; no se conocían en aquel tiempo en Valparaíso la fiebre amarilla y las tercianas, ni las viruelas u otras epidemias; sólo en la época de las frutas reina comunmente la disentería, a lo que puede contribuir mucho la mala calidad del agua.

Una prueba segura de la bondad del clima, en toda la República, es la circunstancia de que, según informaciones estadísticas seguras, viven en todo el país, que cuenta con 1.400.000 habitantes, 588 personas que tienen una edad de más de 100 años, dos de ellas con más de 130 años.

Una plaga terrible, que hacía muchas víctimas, era la sífilis, muy propagada. Parecía incomprensible que una administración que había promulgado tantas leyes sabias y creado tantas instituciones beneficiosas, no procurara poner atajo a la prostitución por comisiones sanitarias y supervigilancia policial, como ocurre en otros puertos del mundo. Sólo se debía a que en esta República se encuentran las excelentes termas de Cauquenes, Apoquindo y Chillán, dotadas de aguas sulfuradas y yoduradas y aptas para neutralizar el morbo, el que muchos recuperaran la salud y los daños no adquirieran proporciones mayores. Y debe considerarse que se disponía de excelentes médicos ingleses, franceses y alemanes, entre quienes el ya nombrado Dr. Piderit, de Detmold, era sin duda el mejor; su práctica le producía anualmente 18.000 a 20.000 pesos (un peso son 4 marcos).

Así como el médico alemán era el más reputado, ocurría también con la botica alemana, al extremo de que boticarios de otras naciones, para poder competir, tenían que contratar

los servicios de un farmacéutico alemán, a fin de poder colocar en su letrero la misma indicación de "Botica Alemana".

Valparaíso disponía también de un excelente hospital, dotado por el Estado con la suma anual de 30.000 pesos (San Juan de Dios), con 300 camas, y que trataba 3.000 personas gratuitamente cada año.

En cuanto a las razas humanas que vivían en Valparaíso, se les podía dividir en tres categorías: los aborígenes, los mestizos de indígenas y españoles, incluyendo los criollos descendientes de españoles, sin mezcla, y los extranjeros. Aborígenes apenas existían; eran de color cobrizo, muy robustos, de estatura media, cabello grueso, negro y abundante, ojos pequeños, algo punzantes, frente baja, nariz un tanto achatada y con grandes ventanas, poca o ninguna barba, pómulos salientes, dientes chicos, muy bellos y bien conservados, y orejas, manos y pies pequeños. De los mestizos o criollos hay dos géneros: aquéllos en que corre más sangre indígena que europea y que son de color más bien café que blanco y aquéllos que, debido a varios cruzamientos, son blancos en menor o mayor grado.

Estos últimos representan la gran mayoría. Los varones son casi todos grandes, de buena figura, tienen cabello negro, algo crespo, con barba cerrada y bien crecida, usan bigote casi todos —tanto los de las clases superiores como los de las inferiores— tienen nariz algo curva, ojos grandes y negros, cejas bien pobladas, dientes hermosamente blancos y bien conservados, pequeñas orejas, manos y pies, buena tenida y un andar elegante. Las mujeres y muchachas tienen, por lo general, un hermoso cutis blanco, cabello negro muy bello y algo tupido, ojos negros muy expresivos, nariz curva, cejas negras muy finas, dibujadas en semicírculo y fuertemente destacadas, pestañas muy largas y sedosas, magníficos dientes, bellos bustos, orejas, pies y manos pequeños y movimientos llenos de gracia. Hay también entre ellas muchas que tienen el cabello rubio y los ojos azules.

La lengua nacional es el castellano, pero como viven en Valparaíso numerosos extranjeros, se hablaba mucho el alemán,

el inglés y el francés. Existía un buen colegio inglés, en el que se educaban no sólo los niños de los extranjeros, sino también los hijos de muchos chilenos, aprendiendo aquellas tres lenguas.

La religión nacional es la católica y romana, y mientras en Santiago, la capital, reina mucha ignorancia y fanatismo, se manifestaba claramente en Valparaíso la influencia de tantos elementos extranjeros y de la civilización moderna, y ya se disponía de una iglesia protestante y de un cementerio de esta confesión. En todo sentido, los habitantes de Valparaíso eran ilustrados y de tendencias liberales \*.

Los chilenos se destacan generalmente por su buen carácter; son muy hospitalarios, de buena voluntad, sinceros, patrióticos y valientes, pero, al mismo tiempo, apasionados, algo vengativos, derrochadores y de poca prudencia. Son muy inteligentes, comprenden con facilidad y tienen mucha capacidad imitativa, una gran afición por la música, la poesía y el baile.

No sabía cómo admirar suficientemente el grado de civilización e inteligencia logrado en tan cortos años por esta ciudad, al extremo de que no sólo podía competir en muchos sentidos con las ciudades de primera categoría de Europa, sino que las aventajaba en algunas cosas.

La moralidad de los vecinos dejaba, por cierto, bastante que desear, y la información estadística de uno de los últimos años, de acuerdo con la cual en esta República habían nacido 20.000 niños ilegítimos sobre un total de 60.000, era característica a este respecto y permitía apreciar profundamente las condiciones sociales.

Una prueba innegable del bienestar general consistía, sin duda, en que no se veían mendigos en Valparaíso y se conocía la palabra "pobreza" sólo de oídas, lo que sin duda significa mucho en una población de 50.000 almas. Este bello resultado se había logrado, sin embargo, por la gran piedad y generosidad de la población, buenas leyes y una policía bien organizada. Se reunían anualmente, sólo para ayudar al hos-

\* No debe olvidarse que el autor era protestante. (N. del T.).



pital, entre 15.000 y 20.000 pesos por medio de colectas, y si alguien perdía su fortuna sin culpa, por incendio, terremoto o malos negocios, se realizaban de inmediato colectas en su beneficio, ayudándosele por medio de conciertos, bailes y funciones teatrales, etc. Creo que será difícil encontrar otro lugar en que se practique más la beneficencia que en Valparaíso.

Las leyes del país, aunque muy severas en algunas materias, eran sabias, en general, moderadas y adaptadas a las condiciones del país.

Los delitos de robo y hurto eran muy raros, pero, por desgracia, eran frecuentes los asesinatos por celos, venganzas o riñas cometidos casi siempre en estado de ebriedad. Los criminales eran fusilados públicamente. Una prueba de que no se temían los robos y hurtos, es que las puertas de las casas se encontraban casi siempre abiertas. Pero se trataba, al mismo tiempo, de una medida de precaución contra los frecuentes temblores y terremotos, pues permitía salir rápidamente al aire libre.

El hecho de ser tan poco frecuentes los robos y hurtos, provenía en especial de que todo aquel que deseaba ocuparse, no sólo encontraba trabajo, sino que se le pagaba también un elevado jornal, que era corrientemente, hasta de tres pesos por día para los simples peones, lo que era bastante para vivir con holgura durante toda una semana. Una medida muy sabia consistía en arrestar a los vagos y ociosos y obligarlos a realizar trabajos públicos. Era también acertada la de castigar públicamente los ladrones con 50 azotes que les aplicaba el verdugo en el mismo lugar donde habían cometido el delito. Con este motivo corría la sangre casi a torrentes.

Por lo general, las clases inferiores no tenían afición a apoderarse de la propiedad ajena: eran honestas. Las casas comerciales de Santiago enviaban a Valparaíso sumas importantes con los cocheros del servicio público entre ambas ciudades, que entregaban siempre puntualmente los dineros recibidos. Cuando la gente pobre encontraba objetos perdidos en la vía pública, aunque fueran de algún valor, los entregaba casi siempre a la policía y el que había hecho el hallazgo recibía

un pequeño regalo, pero a menudo, nada. Sólo en el camino a Santiago se conocían frecuentes salteos. Los bandidos se escondían en las quebradas por las que pasa el camino, pero, por lo general, eran sorprendidos pronto por los piquetes de soldados que se despachaban contra ellos y se les fusilaba en el acto.

Muy severas eran las leyes referentes a delitos políticos. Los inculcados a este respecto eran condenados, según la importancia de los casos, a fusilamiento, al exilio o deportación, o a prisión de varios años. Igualmente severas eran las leyes sobre deudas. Las letras de cambio, pagarés o simples facturas, por sumas considerables o pequeñas, tenían que ser pagadas dentro de dos días, una vez presentadas, pues en caso contrario el acreedor tenía el derecho de ejecutar de inmediato al deudor, y si éste no podía ofrecer una garantía suficiente, se le condenaba a arresto por deudas, quedando detenido hasta que pagara. Por dura que fuese esta ley, de la que se hacía a menudo mal uso por venganza, produjo la consecuencia favorable de establecer una gran confianza general, y se pudo obtener en Valparaíso más crédito que en casi todas las plazas del mundo.

De gran importancia para esta ciudad era también la policía, excelentemente organizada, la que consistía en un batallón de a pie y un escuadrón a caballo. Estaba preparada militarmente, uniformada y poseía sus oficiales, su comandante, su banda de músicos y sus banderas. En la parte central de la ciudad, en la plaza de La Victoria, se encontraba el cuartel, con la cárcel anexa, y en él tenía también su domicilio el jefe de la policía. El batallón de infantería estaba distribuido en tal forma en la ciudad, que en cada cuadra, es decir, cada 150 pasos, se encontraba durante el día y la noche un policía. En las calles más alejadas y en el arrabal estaban estacionados los policías a caballo, usados sobre todo para perseguir a los delincuentes. Por medio de un pito, que llevaban el jefe de la policía, los oficiales y toda la dotación, los primeros impartían a estos últimos órdenes por medio de determinados silbidos, los que eran repetidos por cada vigilante a su vecino, de modo que una orden del comandante era retransmitida en pocos mi-

nutos como un telegrama a toda la tropa de Valparaíso. De la misma manera, los vigilantes hacían sus señales a los oficiales. Con motivo de incendios, tumultos u otras perturbaciones del orden, se dirigían al lugar del siniestro y mantenían el orden. En el verano, la policía usaba uniformes de lino blanco; en el invierno, de paño gris; cada cual llevaba su número en la gorra; el armamento consistía en una espada.

El ejército regular constaba de un batallón de infantería y dos compañías de artillería. Ambas armas vestían en el verano uniformes de lino blanco; en el invierno llevaban uniformes similares a los del ejército francés, con algunas diferencias en los botones y otros detalles. La infantería usaba carabinas de percusión y sables; la artillería sólo tenía pequeños cañones de campaña, tirados en las llanuras por mulas y cargados a éstas en la montaña. El chileno es conocido como el soldado más valiente de la América del Sur.

La escuadra de guerra surta en la bahía comprendía: la fragata *Chile*, con 46 cañones, el bergantín *Meteoro*, con 16, la corbeta *Constitución*, con 18, el bergantín *Janequeo*, con 16, como también el transporte *Infatigable* y el pequeño vapor *Maule*.

La tripulación era de 400 hombres. Por supuesto, estos buques no eran apropiados para ofrecer una gran resistencia, ni mucho menos para resguardar y defender la costa de la República, que tiene una longitud de muchas centenas de leguas; se les empleaba sobre todo para movilizar rápidamente tropas de un puerto a otro y para despachar órdenes.

La principal fuerza de defensa del país era la Guardia Nacional, en la que todo chileno no impedido por defectos físicos tenía que prestar servicio. Estaba dividida, a igual que el ejército regular, en infantería, caballería y artillería, y se presentaba bien uniformada y armada, como también excelentemente ejercitada.

En lo referente al comercio y las comunicaciones, Valparaíso es sin lugar a dudas el puerto más importante de la costa occidental de la América del Sur. Debe su rápido florecimiento, sobre todo, al descubrimiento de los lavaderos de oro de

California, en 1849, que fueron abastecidos de todos los productos necesarios desde aquí, pagándose precios tan elevados por ellos, que no sólo los comerciantes y armadores, sino también los agricultores chilenos lograron reunir en corto tiempo importantes fortunas. Prescindiendo de este período, Valparaíso debe su riqueza, ante todo, a las vetas de oro, plata y cobre que fueron descubiertas y explotadas en las provincias de Atacama y Coquimbo, con excelentes resultados; finalmente, se formó también gracias al cultivo del trigo en las provincias australes.

Así como la exportación de la República de Chile, que había sido en 1845 de 7 millones de pesos, subió en 1851 a 12 millones y se duplicó en el último decenio, aumentaron también, en la misma proporción, las necesidades del país, el que tenía pocas fábricas, pero cuya producción minera y agrícola experimentó un rápido incremento; así las importaciones aumentaron de 9 millones de pesos en 1845 a 16 millones en 1851.

De gran importancia y valor para el comercio de Valparaíso, de Chile y de toda la costa occidental de la América del Sur, eran las comunicaciones regulares por medio de vapores de correo con Europa. Se mantenían por la *Pacific Steamboat Navigation Company*, subvencionada en forma pródiga para este efecto por las repúblicas de Chile, Bolivia, Perú, Ecuador y Nueva Granada. Así, de acuerdo con el contrato, salía los días 2 y 17 de cada mes un magnífico y gran vapor desde Southampton en Inglaterra por Santo Tomás, donde se hacía escala para hacer carbón, al puerto de Aspinwall, donde esperaba su llegada un tren de pasajeros, que transportaba a los mismos, el correo y las mercaderías en cuatro horas por el istmo de Panamá a la ciudad de este nombre. En este ferrocarril había una sola clase, costando el boleto 25 pesos. Al día siguiente salía de Panamá otro vapor, perteneciente a la misma compañía, hacia el sur, a fin de conducir los pasajeros, correo y carga a los diversos puertos de la costa occidental de la América del Sur.

Este vapor tocaba primero el puerto de Buenaventura, en Nueva Granada, luego el puerto principal del Ecuador, Gua-

yaquil, en seguida los puertos peruanos de Paita, Callao, Pisco, Islay, Arica e Iquique, luego el boliviano de Cobija y finalmente los chilenos de Caldera, Huasco y Coquimbo, hasta llegar a Valparaíso, término de la navegación.

El viaje de Southampton hasta Valparaíso se hacía en 40 días. El pasaje costaba 600 pesos en primera y 400 en segunda clase.

En Valparaíso, el vapor permanecía dos días para descargar las mercaderías y cargar otras, como también para abastecerse de alimentos, agua y carbón, después de lo cual regresaba a Panamá, tocando los mismos puertos ya nombrados en orden inverso.

En Panamá, un tren volvía a conducir pasajeros, correo y mercaderías a Aspinwall, desde donde un vapor regresaba a Southampton, haciendo escala en Santo Tomás.

La distancia de Valparaíso al Callao era de	1.467 m. marinas
Del Callao a Panamá .....	1.594 "
De Aspinwall a Southampton .....	4.572 "

Llamaba la atención que el pasaje de Panamá a Valparaíso era mucho más caro que el de regreso, lo que seguramente se explica por ser los alimentos en Panamá mucho más caros que en Chile. Así, un pasaje de primera clase costaba de Valparaíso al Callao 70 y a Panamá 190 pesos, mientras que desde Panamá al Callao se pagaban 150 y a Valparaíso 260 pesos.

Se construían también buques en Chile, en Valparaíso y los puertos australes de Constitución y Chiloé, donde cada año se producía un gran número de embarcaciones pequeñas, con desplazamiento máximo de 300 a 600 toneladas y se reparaban buques mucho mayores.

Cuando llegué a Chile, circulaban monedas de oro, que consistían en onzas (con valor de 70 marcos), como también en medias, cuartas y octavas onzas y pesos (a 4 marcos), además de medios y cuartos pesos; no se conocían monedas de cobre. Más tarde se reformó el sistema y se acuñaron monedas de oro de 10,5 y 2 pesos y de plata de 100, 50, 20 y 10 centavos

Los pesos y medidas fueron adaptados al sistema decimal. Después de haber conocido las condiciones de Valparaíso, ocupé los días que debía esperar hasta que saliera el vapor al norte, para interiorizarme en las costumbres de la ciudad y hacer pequeñas excursiones a los alrededores.

En primer lugar, llegué a conocer una prueba de la generosidad de los chilenos. Cuando invité a almorzar en un restaurant al capitán del *Phoenix* junto con algunos compatriotas, conocí en él a un chileno, a quien ofrecí una copa de vino. Cuando éste se había alejado y quise pagar la cuenta, que era bastante elevada, supe que mi nuevo conocido la había cancelado. De la misma manera, era costumbre que cuando se juntaban algunos amigos en una cafetería o restaurante, siempre pagara sólo uno, y uno tenía que apurarse mucho para poder hacerlo.

Debido al calor insoportable, me dirigí un día a un establecimiento de baños de mar, situado en la cercanía del hotel, en la calle del Cabo, a fin de refrescarme. El establecimiento consistía en dos embarcaciones desmanteladas, unidas por fuertes cadenas de fierro y ancladas en el puerto, sobre las que se había levantado una barraca bastante grande, unida con la orilla por un puente. Al centro de este edificio había un amplio espacio, con mesas y bancos. Aquí se reunían las damas de Valparaíso para refrescarse con helados y frutas, que les eran ofrecidas por galantes caballeros. A ambos lados de este recinto se encontraban los camarotes en que se tomaba el baño. Se entraba en ellos en un cajón perforado, sumergido en el mar hasta que el agua alcanzara el pecho, de modo que el bañista estaba seguro de no ahogarse y disfrutaba de protección contra tiburones y otros animales \*.

El establecimiento, que era el punto de reunión de la buena sociedad, estaba repleto, sobre todo de mujeres, por lo cual tuve que esperar casi una hora antes que se gritara mi número y pudiera entrar en mi camarote. Cuando me encontré en éste, observé de inmediato que sólo una delgada pared de madera, rajada en varias partes, lo separaba del compartimiento vecino,

---

\* Son rarísimos los tiburones en la costa de Valparaíso (N. del T.).

donde reinaba mucha animación y bullicio, producidos por algunas jóvenes que se bañaban y hacían chistes, con solo una toalla alrededor de las caderas.

Como no podía quedar inobservado por mucho tiempo, debido a los intersticios en la pared, y en la suposición de que la cuidadora se había equivocado, dándome un camarote para mujeres; lo que me podría haber ocasionado molestias en caso de ser descubierto, salí, con vergüenza alemana, para buscar otro camarote. La cuidadora, muy sorprendida, me preguntó ingenuamente si no estaba conforme con mis vecinas, y cuando le expresé mis dudas, no pudo contener la risa que le provocaba la delicadeza de mis sentimientos, y me declaró que todos los demás compartimientos se encontraban en igual estado y estaban igualmente ocupados por mujeres, aconsejándome que no tuviera vergüenza y me bañara.

Sin hacer ruido, me colé en mi camarote y usé cada prenda de vestir para tapar las aberturas, y cuando había empleado para ello hasta el último calcetín, creí que no se me observaría y bajé al agua refrescante del cajón. Pero, bajar, escuchar una gran gritería y volver a salir, resultó una sola acción instantánea, pues llegado abajo, como faltaba una tabla completa, me encontré cara a cara con mis vecinas, que eran bellísimas muchachas.

Como no habían observado mi entrada en el camarote, mi repentina presencia las había espantado, como es natural; pero estaban acostumbradas —según supe después— a que los caballeros se bañaran al lado de ellas. En su opinión, habían hecho cuanto exigía la decencia, es decir, colocado una toalla alrededor de las caderas y se habían hecho acompañar por una señora de edad que las protegiera.

Mi susto fue casi mayor que el de ellas, y cuando se enteraron de él y de mi repentina fuga, comenzaron a reírse en tal forma que yo mismo no pude resistir a participar en la alegría general.

Después de haberme colocado igualmente una toalla alrededor de las caderas, me propuse ser valiente y regresé al agua, donde conversé ahora amablemente con mis vecinas, deleitándome con las olas.

Terminado el baño, me apresuré a llegar al hotel, donde se volvió a comer bien y a beber mucho, y a continuación me dirigí con mis nuevos conocidos al barrio del Barón, a fin de hacer un paseo a lo largo de la playa y refrescarme con las brisas marinas. El camino pasaba entre elevadas rocas cortadas a pico y el mar espumoso; se paseaban en esta parte numerosas damas y caballeros, entreteniéndose con los ejercicios que hacían intrépidos nadadores, y me admiré de cómo las damas podían elegir para su paseo este lugar donde se bañaban cerca de cien hombres, que se desvestían y vestían sin pudor a orillas del camino. Pero luego debía aumentar mi extrañeza, pues un poco más allá, por el mismo sendero, me encontré con un gran número de mujeres y muchachas, que se bañaban, algunas vestidas sólo con una camisa, otras, con nada más que una toalla alrededor de las caderas, o que, sentadas a orillas del camino se vestían y desvestían sin ninguna vergüenza. Muchachas hasta de diez años corrían al mismo tiempo en estado natural por todas partes y rodeaban a los transeúntes, pidiéndoles cigarrillos de papel, a fin de espantar con su humo a los mosquitos. También en esta parte se paseaban muchas damas y caballeros; no se consideraba esto como indecente, y reinaba el mayor orden.

De noche fui al teatro, donde se representó muy bien *La Linda*, de Chamounie, y cuando me dirigía al hotel, poco después de las 12 horas, se escuchó de súbito en la Plaza del Orden un ruido sorprendente en noche tan tranquila. Entonces observé una procesión que, a la luz de faroles, conducía un catafalco al cementerio. Si el aspecto de un entierro es tétrico a medianoche, la impresión que recibí fue aún más desagradable cuando vi que los portadores, en vez de avanzar con pasos tranquilos y solemnes, iban al trote. Al mismo tiempo, vi que se encontraban en estado de ebriedad y se podía temer que se cayeran en cualquier momento con el cadáver. Y, efectivamente, apenas habían pasado frente a mí, su gritería me



señaló que habían dejado caer el catafalco, de modo que el muerto estaba sobre el pavimento. Fui informado que los cadáveres tienen que ser enterrados dentro de 24 horas, lo que sólo se hace entre las 12 de la noche y las 3 de la madrugada, comiéndose bien y tomándose más en la casa del difunto.

Al día siguiente concurrí a misa en la iglesia de San Agustín, situada en la plaza de La Victoria, donde solía reunirse la buena sociedad de Valparaíso y había, por consiguiente, oportunidad para admirar el bello sexo. Todas las mujeres y muchachas usaban manto, un paño negro que les cubría la cabeza y se juntaba debajo del mentón. En los ricos era de seda pesada y llevaba encajes; en los pobres, de lana de merino. Damas nobles concurrían acompañadas por mozos y sirvientes, que conducían bellísimos tapices, los que extendían en la iglesia, para que se hincaran las damas. Pero también las mujeres más pobres poseían tapices, sobre los que se sentaban, generalmente con las piernas cruzadas. Entre las mujeres y muchachas muy bellas había algunas que "pololeaban", no obstante el carácter sagrado del recinto, y daban al manto, frecuentemente y como por casualidad, un movimiento tal, que era posible contemplar su bello busto, pues, debido al calor, sólo llevaban una camisa de cambrai muy fina debajo del manto. Las damas solían salir siempre en este traje, tanto cuando se dirigían a la iglesia, como cuando visitaban los baños o salían de compras. La única diferencia consistía en que presentaban la cara descubierta en la iglesia, mientras que en la calle la ocultaban hasta los ojos con el manto.

Es fácil comprender las ventajas que este traje ofrecía al bello sexo y cómo el manto permitía visitar todos los lugares sin ser reconocida y, sobre todo, se prestaba para aventuras y citas a las que tan propicio es el temperamento de la raza andaluza.

En la tarde me dirigí a caballo con varios conocidos a un lugar de recreo situado en una quebrada vecina, llamado Las Zorras, donde crecía una exuberante vegetación y se encontraban varios jardines particulares y casas de campo. En el camino nos encontramos con grupos de marineros y muchachas, algunos de los cuales corrían a caballo, subiendo o bajando el cerro. Como la quinta y los jardines se encontraban repletos, nos quedamos a la sombra de una magnífica palmera mirando la abigarrada multitud y comiendo frutillas. Era en especial interesante observar cómo las muchachas manejaban sus caballos como verdaderas Amazonas, mientras que sus torpes pretendientes, los marineros, que no sabían montar, eran arrojados al suelo de vez en cuando por los tercos animales arrendados, o se sujetaban en las posiciones más ridículas de los cuellos o monturas de sus caballos, que se les escapaban cuando intentaban seguir a sus Dulcineas.

\* \* \*

En la noche me fue a buscar uno de mis nuevos conocidos, para introducirme en una de las primeras familias de Valparaíso, lo que había aceptado con alguna reticencia, pues no dominaba todavía muy bien el castellano. A la entrada, me sorprendió, en primer lugar, el gran lujo de los recibos y los trajes elegantísimos de las damas, vestidas y peinadas de acuerdo con el *dernier cri* de la moda parisiense. Pero sobre todo produjo en mí una impresión muy agradable la amable acogida que me dispensaron, dirigiéndose hacia mí, la dueña de casa y las hijas, para saludarme. ¡Qué diferencia entre la acogida que se le hace a uno en Chile y en Europa! Aquí, sinceridad y amabilidad, allá, por lo general, un saludo frío y tieso.

Con igual gentileza me saludó el dueño de casa, que llegó un poco más tarde. Pertenecía a una familia conocida, de la antigua nobleza española; a pesar de haberse distinguido en la paz y en la guerra, se le dirigía la palabra llamándosele "señor don", como a cualquier vecino, pues en esta República no se reconoce la nobleza. Merecía también elogios la familia

por el esfuerzo que hacía para entenderse conmigo en castellano. Mientras que otras naciones tienen desprecio por los extranjeros que no dominan bien su lengua y se ríen cuando un extranjero usa términos equivocados, colocándolo así en una situación muy penosa, tal actitud sería considerada aquí como una gran descortesía y una falta de educación, y reprobada por todos. Entre los numerosos giros lisonjeros con que el chileno confunde al extranjero, como también a sus propios connacionales, mencionaré la frase "está a su disposición". Se la pronunciaba cada vez que alguien elogiaba algo o se lo encontraba bonito. El dueño contestaba entonces generalmente: "está a su disposición", y obligaba al forastero a aceptar el objeto como regalo.

Las hijas de la casa eran muchachas bellísimas y muy bien educadas; más tarde tocaron magistralmente una pieza a cuatro manos en el piano, y una cantó la célebre aria de *Roberto El Diablo*, acompañada por su hermana. Después de haberse congregado varios otros caballeros y damas, no sólo se bailó la zamacueca nacional, sino que se ejecutaron también con mucha gracia los bailes europeos, como la cuadrilla, la polka y la mazurca.

Cuando nos habíamos despedido de esta amable familia, escuchamos repentinamente una espantosa gritaría en una de las calles que conducen desde la plaza de La Matriz a los cerros, conocida como centro de la prostitución. Nos acercamos, y encontramos un gran número de prostitutas y marineros trabados en lucha con unos soldados. Dos víctimas yacían ya en el suelo, bañados en su sangre; uno tenía la barriga abierta en tal forma de una cuchillada, que los intestinos colgaban hacia afuera, y al otro le habían clavado un cuchillo en un costado. Nos alejamos rápidamente, separándonos de esta escena repugnante, y regresamos al hotel.

Al día siguiente, tuve oportunidad de conocer a algunos de los primeros comerciantes de la plaza, cuando salí de compras. Fue para mí muy satisfactorio poder observar también a este respecto que los chilenos estimaban altamente a los alemanes por sus sólidos conocimientos, su espíritu de trabajo, su perseverancia y, sobre todo, su honradez, prefiriéndolos a todas las demás nacionalidades. Me pude enterar que todos los puestos de responsabilidad, como los de contadores y cajeros, estaban ocupados por alemanes no sólo en casi todos los negocios chilenos, sino también en los ingleses, franceses y españoles.

Los sueldos y salarios eran muy elevados, y relativamente bajos los precios por las viviendas y alimentos. De este modo, cada cual, de acuerdo con su situación, como comerciante, médico, profesor, abogado o profesional, podía hacer apreciables economías, a pesar de llevar una buena vida. No se puede, pues, aplicar a Valparaíso la opinión, muy divulgada en Europa, según la cual se pagarían efectivamente buenos sueldos y salarios, pero que el costo de la vida sería igualmente muy elevado. Había pocos alemanes que no estuvieran en situación de hacer ahorros de importancia en corto tiempo, y muchos otros habían regresado a Europa con fortunas importantes, formadas en un lapso de, a lo sumo, diez años. Los comerciantes recién llegados de Europa ganan, por lo general, cien pesos al mes —y pagan en un buen hotel por el alojamiento y la comida cuarenta a cincuenta pesos. Temprano, a las nueve de la mañana, después de haber hecho un paseo a caballo y tomado un baño, inician sus actividades, trabajan hasta las 12, se toman una hora para el almuerzo y siguen trabajando hasta las 4 de la tarde. Sólo cuando llega el vapor con el correo europeo, lo que ocurre dos veces al mes, los días 2 y 17, están obligados a trabajar toda la noche, en caso necesario, pues el vapor se detiene nada más que dos días en Valparaíso y regresa en seguida a Panamá. Cuando un *junior* de esta índole ha trabajado uno o dos años en una casa comercial, asciende con un sueldo mucho mayor, por lo general, al puesto de contador o de cajero del negocio, para llegar a ocupar después de algunos años la situación de apoderado o socio. El jefe de la casa se

retira entonces a Europa, para encargarse de las compras de mercaderías y despacharlas a su socio en Valparaíso. Este le remitía el importe en oro, plata o cobre en barras. De este modo, resultaba que un junior llegaba a ser en diez o doce años el jefe de una casa comercial en Valparaíso y podía regresar después de algunos años igualmente a Europa, todavía joven y rico, a fin de elegir alguna compañera de su vida y disfrutar de los placeres de una situación independiente.

Los médicos recibían por una visita, generalmente, un peso, honorario que subía hasta tres o cinco para los que disfrutaban de la mejor reputación. La mayoría de ellos habían celebrado contratos con las familias que atendían, recibiendo un honorario determinado por todo el año.

Las lecciones de música y canto eran pagadas igualmente con dos o cinco pesos por hora. El excelente pianista W. Deichert, de Cassel, recibía un cuarto de onza por media hora, asegurando que había ganado a veces en un día hasta 100 pesos.

Profesionales europeos, como carpinteros, herreros, albañiles y ebanistas, ganaban diariamente entre 6 y 8 pesos; los peones, fleteros y otros jornaleros, 2 a 3 pesos, y a menudo más.

Además de dos librerías de libros en castellano, con buenas existencias, había también una alemana, de los señores Niemeyer e Inghirami, de Hamburgo, en la que se encontraban una gran selección de buenas obras alemanas y las publicaciones y periódicos más recientes.

### Capítulo III

#### VIAJE DE VALPARAÍSO A CALDERA

Después de haberme formado una idea general de Valparaíso y su población, sus costumbres y las condiciones del país, esperaba con verdaderas ansias el 29 de enero, en que se debía dirigir el próximo vapor al puerto de Copiapó, llamado Caldera.

Durante mi permanencia en Valparaíso había recibido tantas y tan interesantes noticias acerca de la fabulosa riqueza de los distritos mineros de la provincia de Atacama, que me desesperaba por alcanzar a la mayor brevedad posible ese nuevo Eldorado.

Por fin se acercó el día anhelado de mi salida, y después de haberme provisto de todos los instrumentos y reactivos necesarios al desempeño de mi profesión y despedirme de todos mis conocidos, me embarqué en la mañana en el grande y elegante vapor *Santiago*, de la *Pacific Steam Navigation Co.* A pesar de que el vapor debía salir a las 12, se encontraban ya casi todos los pasajeros a bordo. Reinaban en la cubierta gran animación y mucho bullicio; llegaban y regresaban más de 50 lanchas y botes, con pasajeros y mercaderías, y se encontraban en la cubierta o rodeaban el buque en sus pequeños botes numerosos vendedores de frutas, helados, flores, dulces, cigarros, etc. A medida que se acercaba la hora de la salida, se llenaban cada vez más la cubierta y los salones, pues aparte de los vendedores habían llegado también al buque, muchas personas para acompañar a sus familiares o conocidos que se dirigían a Europa o Estados Unidos, a las repúblicas de la costa occidental o al norte de Chile.

A pesar del agitado movimiento que reinaba, era fácil distinguir a los pasajeros que sólo hacían un corto viaje de aquéllos que se dirigían a Europa, pues mientras que los primeros estaban alegres y contentos, los últimos revelaban gran seriedad e incluso dolor en sus fisonomías. ¡Muchos se despedían para siempre de este país, de sus parientes, amigos y seres queridos! Por aquí se escuchaban los vivas de un grupo de jóvenes comerciantes que despedían a uno de sus amigos, que había obtenido una buena ocupación en un puerto y vaciaban algunas botellas de champaña en su honor. Más allá se encontraba una familia que hacía un viaje de placer a Lima y, cerca de ella estaba un grupo de oficiales trasladados al norte con su compañía. En el salón se encontraba el obispo de La Serena, que regresaba a su diócesis y se veía acompañado por un grupo de religiosos de todas las órdenes, en trajes que represen-

taban todos los colores. En la cubierta se hallaban numerosos comerciantes que se despedían de sus relaciones comerciales, y algunos hebreos de Alemania, que empleaban el tiempo en tratar de recuperar el valor de sus pasajes, ofreciendo a los pasajeros sus joyas falsas. En la segunda clase se había congregado un gran número de prostitutas, que afluían al nuevo Eldorado de Copiapó, donde esperaban hacer un rico botín. En un determinado lugar del buque, por fin, los esbirros de la justicia descubrieron a un joven de buena familia que había olvidado, por ciertas razones, participar su salida a personas a quienes debía dinero en Valparaíso y que fue devuelto a tierra en medio de las risas de todos, casi muerto de miedo y vergüenza.

Todas estas escenas producían una impresión risueña; muy distintos eran los sentimientos de quienes se dirigían a Europa.

Se veían aquí dos damas jóvenes, que se abrazaban estrechamente con grandes sollozos y derramando lágrimas: eran hermanas que, posiblemente, no volverían a verse. Más allá se encontraba una joven novia, con la corona de mirtos en la cabeza, que seguía al esposo con quien acababa de contraer matrimonio, abandonando quizás para siempre su patria, sus padres y todos sus seres queridos. Cerca estaba un afectuoso padre y marido, que se despedía de su mujer y de sus hijos. Aquí, ancianos padres bendecían por última vez a su hijo, con la intuición de que no los encontraría en vida cuando regresara. Allá, por fin, el hermano se despedía del hermano, el novio de la novia, el amigo del amigo.

En medio de estas escenas tan variadas, impresionantes e interesantes, y de la agitación y del bullicio que reinaban, se escuchó repentinamente el primer disparo de alerta, la señal para que toda persona que no viajaba en el buque, lo abandonara de inmediato. Todos se abrazaron por última vez, por todas partes se repartían besos, se sollozaba, se lloraba, se apretaban las manos y, para mi propio desengaño, vi a más de una belleza que regresaba a tierra con los ojos enrojecidos por el mucho llorar y a la que me hubiera interesado conocer en el viaje.

Después de un cuarto de hora se disparó el segundo cañona-

zo, se izó la escalera del buque, los marineros comenzaron a levar las anclas, con las canciones de costumbre, y la máquina comenzó a mover lentamente las grandes ruedas, que chirriaban. Nos rodeaban más de treinta botes, cuyos tripulantes agitaban pañuelos y sombreros y gritaban exclamaciones de despedidas, que contestamos desde el buque. Nos arrojaron desde todas partes naranjas, ramos de flores, bombones, que eran recibidos con gran júbilo.

Finalmente, se disparó el tercer y último cañonazo, se escuchó un estridente silbido desde la máquina, las banderas fueron arriadas e izadas tres veces, como señal de despedida, que contestaron todos los buques que se hallaban en los contornos, y con un ¡hurra! general, favorecidos por el viento del sur, zarpamos velozmente del puerto hacia el mar encrespado.

Era un magnífico día de verano; las aguas de la bahía estaban más bien tranquilas, pero, mar afuera, el oleaje aumentó de hora en hora y el buque comenzó pronto a balancearse con tanta violencia que la cubierta, en la que se encontraban unas doscientas personas cuando salimos, quedó pronto casi desierta, debido a que todos se apresuraron a llegar a sus camarotes, a fin de brindar a Neptuno los primeros sacrificios del mareo. Como yo nunca me mareé, permanecí en cubierta y observé la costa, cerca de la cual navegábamos. Pero cuando vi, durante varias horas, sólo dunas y rocas peladas, y se me dijo que hasta Copiapó la costa ofrecía siempre el mismo aspecto monótono, me dirigí al salón, donde se acababa de llamar para el almuerzo. A pesar de haber cubiertos para más de 60 personas, aparecieron sólo el capitán, los oficiales y una docena de pasajeros, pues todos los demás fueron retenidos por el mareo. La comida era excelente, y se ofrecía una selección tan grande de guisos como sólo la tienen los mejores hoteles europeos: ¡qué diferencia con los almuerzos del *Phoenix* que me había llevado a Valparaíso!

Terminado el almuerzo, un caballero de edad se sentó a la cabecera y ordenó a un mozo que le trajera una pequeña bolsa, bastante pesada, cuyo contenido, consistente en 10.000 pesos, en onzas y medias, cuartas y octavas onzas, vació sobre la



mesa. Apenas se escuchó el mágico ruido del oro, se acercó al caballero de edad la mayor parte de los pasajeros. Como por encantamiento, se habían abierto las puertas de la mayoría de los camarotes y aparecieron las novedosas caras de los mareados. A pesar de su debilidad y dolores de cabeza, no pudieron resistir la llamada del oro y se sentaron a la mesa, en la que se inició el famoso *monte*. Sólo se jugaba con monedas de oro y el mínimo de las posturas era de un cuarto de onza (16 marcos).

Hasta el anochecer, la banca había jugado con mucha suerte y duplicado casi su capital. Muchos pasajeros habían experimentado fuertes pérdidas. Aquí, un obeso hijo de Albión, murmuraba su "god-dam"; allá, un francés, vestido en forma muy llamativa y que se hacía llamar doctor, pero que sólo era peluquero, se quejaba de haber perdido quinientos pesos, aunque sólo fueron cincuenta. Acá se encontraba un castellano viejo, jugando miles, sin perder ni ganar y sin la menor expresión en su rostro, como si quisiera confirmar a Schiller: "¡Quiero que el español sea siempre orgulloso!" Acullá, un abogado chileno ganaba mil pesos y ordenaba traer de inmediato dos docenas de botellas de champaña, que ponía a disposición de la concurrencia. Un mercachifle italiano colocó repetidas veces el mínimo, pero volvió a retirar el dinero antes que se doblaran las cartas, por temor de perderlo. Y dos comerciantes ambulantes, hebreos de Alemania, arriesgaron ducados cercenados, que hicieron pasar por su doble valor, es decir, por monedas de cinco pesos. Cuando se trajo un nuevo juego de naipes, un norteamericano que se encontraba sentado al lado del banquero, sin jugar hasta entonces, apostó repentinamente cinco mil pesos... y ganó. Volvió a colocar la misma suma, volvió a ganar, y quebró la banca. Más tarde supe que este norteamericano era uno de los más peligrosos y temidos tahures de la costa, y había hecho vender al tenedor de la banca un juego de naipes marcado por él, del que conocía cada carta, de modo que tenía que ganar.

Después que el banquero había abandonado su lugar, el yanqui lo ocupó de inmediato, colocando en la mesa unos

1.000 pesos en monedas norteamericanas de oro de 50 dólares. Hasta ahora había resistido a la tentación del oro, pero cuando vi estas monedas pesadas, grandes y octogonales, no pude contener el deseo de poseer una de ellas como curiosidad. Después de haber jugado pequeñas sumas, logré pronto mi propósito, guardé la moneda de oro en mi portamonedas, a fin de que no se me volviera a escapar el gran águila que se encontraba acuñada en una de sus caras, y me dirigí a la cubierta, a fin de saborear un buen puro habano a la magnífica luz de la luna.

Mientras me hallaba tendido tranquilamente en una silla y me dejaba mecer por las olas, bajo el hermosísimo firmamento meridional, donde brillaban la Cruz del Sur y muchas otras constelaciones extrañas, que contemplaba con silencioso recogimiento, se me acercó calladamente un monje, envuelto en su capucha, se sentó a mi lado y comenzó una conversación. Como yo dominaba muy imperfectamente el castellano, no comprendí al principio lo que me decía, y, suponiendo que había venido a hablar conmigo sobre astronomía, le pregunté por los nombres de las principales estrellas. Luego advertí que no entendía nada de astronomía, pero logró darme a entender que deseaba que le diera algunas onzas, con las que quería jugar por cuenta mía, pues tenía siempre mucha suerte y ganaba cada vez que pronunciaba cierta fórmula. Muy sorprendido, le agradecí su ofrecimiento y le expliqué que, si tuviera interés en jugar, lo haría yo mismo, aunque no conociera ninguna fórmula mágica.

Luego me retiré a mi camarote para dormir. Había en él, de acuerdo con la costumbre, dos literas superpuestas, y mi susto no fue pequeño cuando encontré en la inferior a un compañero de viaje que se encontraba mareado en la acepción integral de la palabra, y en quien la naturaleza había abierto todos los caminos. Debido a ello, reinaba una atmósfera que me obligó a cerrar de nuevo la puerta apenas la había abierto. Regresé rápidamente a la cubierta, a buscar un sitio para reposar, lo encontré luego y me quedé dormido envuelto en mi poncho y mecido por las olas.

Muy de madrugada, fui echado de mi lecho por los marineros que lavaban la cubierta. Me dirigí al salón y quedé sorprendido al ver que continuaba el juego del día anterior. Muchos jugadores exhaustos estaban sentados tristemente alrededor de la mesa, con caras pálidas y trasnochadas, maldiciendo su mala suerte.

También en este día el panorama que se observaba desde la cubierta era muy monótono, pues la costa se presentaba pelada, estéril y plana, interrumpida de vez en cuando sólo por rocas grises. El mar se presentaba tranquilo; pocos albatroses, palomas marinas y gaviotas seguían al buque, y solamente las toninas, que se acercaban a veces por centenares en una hilera, nos entretenían con sus alegres saltos.

A mediodía llegamos al puerto de Coquimbo.

Como nuestro vapor se detuvo aquí dos horas, para embarcar pasajeros y mercaderías, aproveché el tiempo para hacerme llevar por un bote a la playa, que queda a distancia de un tiro de fusil.

El puerto de Coquimbo se encuentra a  $29^{\circ} 55' 10''$  de Lat. S. y  $71^{\circ} 25' 10''$  de Long. O. La población comprendía sólo unas 40 casas pequeñas y ranchos, y ofrecía un aspecto triste al pie de una serranía roqueña de unos 500 pies de altura, que avanza bastante al mar, pero es pelada y sin más vegetación, que algunos quiscos columnares de gran tamaño. En cambio, quedé sorprendido agradablemente por la ciudad de La Serena, situada al otro lado de la gran bahía. Ofrecía un golpe de vista extremadamente risueño, con sus hermosas casas blanqueadas, sus iglesias y capillas, rodeadas de jardines con los más magníficos árboles frutales y flores, y sus alamedas, que se extienden a lo largo de la bahía. Numerosas chimeneas y fundiciones de cobre demostraban que la industria europea había penetrado hasta acá.

La Serena fue fundada en 1543 por Pedro de Valdivia, pero fue destruída en 1548 por los indígenas y reedificada poco después. En medio de la ciudad se levanta la catedral; además, la ciudad tenía otras cuatro iglesias y cinco monasterios; la población era de 10.000 almas.

El clima es aquí muy seco, y la ciudad debe su existencia solamente al riacho a cuya vera está situada. Hasta donde alcanza el riego, el terreno árido ha sido transformado en exuberantes campos cultivados. Es frecuente la disentería, lo que debe atribuirse a la mala calidad del agua.

Después de haber pasado una hora en tierra haciendo compras de magníficas frutillas, duraznos, lúcumas y otras frutas, regresé a bordo, y pronto prosiguió el viaje.

La costa no ofreció ningún interés tampoco hacia el norte, y como en el salón se jugaba durante todo el día, aproveché el tiempo para ejercitarme en la lengua castellana, ayudado amablemente por una familia.

Todos permanecieron hasta avanzadas horas de la noche en la cubierta, a fin de disfrutar del hermosísimo espectáculo de la fosforescencia del mar, y como éste se hallaba agitado, los golpes de las olas contra el buque ocasionaban a menudo una luz tan intensa, que se podía creer que el buque se había incendiado. Nos divertimos, subiendo agua del mar en baldes, la que expedía a bordo una luminosidad tan fuerte que, si se la tomaba con la mano, brillaba como si contuviera luciérnagas.

En una de las últimas sesiones de la Academia Francesa, el profesor P. Duchemin hizo una comunicación sobre la causa de esta fosforescencia del mar, explicando que no se debía a un estado eléctrico especial, sino a infusorios del género *Noctiluca miliaris*, que tienen la forma de esferas diminutas. Sus observaciones demostraron, además, que el movimiento del agua activa la luminosidad y que el agua agitada en una botella, comienza a relucir de inmediato. Si se la calienta hasta 39°, la luminosidad aumenta, pero termina a los 41°, pues se mueren los infusorios. De la misma manera, ella aumenta cuando la temperatura baja, o cuando se le agregan soluciones ácidas diluídas o alcohol, pero desaparece de inmediato al agregar agua dulce. También la electricidad ocasiona una intensificación.

Hoy preparé mi lecho otra vez en la cubierta y me quedé luego dormido, cubierto con mi poncho. Había descansado así durante dos horas, cuando me espantó un terrible estrépito en tal forma que me caí al suelo. Creí en el primer momento que el buque había chocado con algo, pero cuando salté para salvarme, fui saludado con fuertes risas, que me demostraron que no existía ningún peligro. Me había acostado en la obscuridad al lado del cañón, sin saberlo, y se había disparado un cañonazo de señal, pues habíamos llegado a Huasco.

Este puerto se encuentra a  $28^{\circ} 27'25''$  de Lat. S. y  $71^{\circ} 19'$  de Long. O. Es pequeño y consistía en pocas casas y ranchos. Huasco es el puerto del pueblo de Freirina, que queda a lengua y media al interior y cuenta unos dos mil habitantes, y de Vallenar, situado a cinco leguas al sureste, con tres mil almas. Como en Coquimbo, existía una exuberante vegetación dentro del alcance de los canales derivados del río; en especial las uvas que aquí se dan son excelentes y tienen, hechas pasas, una reputación mundial. Los alrededores son pelados y están cubiertos por arena candente. Después de desembarcar y embarcar pasajeros, correo y mercaderías, continuamos nuestro viaje hacia el norte.

Cerca de las cinco de la mañana volvió a despertarme un disparo de señal y, luego, el ruido de las cadenas de las anclas me indicó que había llegado a la meta de nuestro viaje. Habíamos anclado en el puerto de Copiapó: Caldera.

#### Capítulo IV

##### DESCRIPCIÓN DE CALDERA Y VIAJE POR FERROCARRIL

##### A COPIAPÓ

El puerto de Caldera está situado a  $27^{\circ} 05'20''$  de Lat. S. y  $70^{\circ} 56'$  de Long. O., y fue fundado en virtud de una ley del 21 de diciembre de 1850.

Si no hubiera poseído informaciones tan fidedignas sobre

la gran riqueza mineral de esta provincia, que ahora debía llegar a ser el centro de mis actividades y mi nueva patria, y si no hubiera estado animado del deseo ardiente y de la seguridad de lograr en corto tiempo una importante fortuna, el paisaje que se me ofreció aquí me habría desanimado; tanto más cuanto mi fantasía me había hecho concebir falsas apariencias de las regiones en que me radicaría y visitaría a orillas del Océano Pacífico. En torno de la gran bahía sólo podían verse desoladas arenas, que se extendían a lo largo de muchas leguas hasta el horizonte, donde se elevaban serranías roqueñas y grises. En ninguna parte se observaba el menor indicio de vegetación y sólo en la playa, un edificio mayor, algunas casas pequeñas y miserables chozas, testimoniaban que vivían seres humanos en este desierto.

Se notaba la diferencia del clima por el hecho de que todos los pobladores de este puerto tenían el cutis de color mucho más oscuro que los de Valparaíso.

Desembarcamos, por fin, y nos dirigimos por un arenal que tenía el espesor de un pie y quemaba, a un pequeño restaurante, situado a unos cien pies de distancia. Recibimos así una segunda prueba del cambio climático, pues nos encontramos bañados en sudor. Tampoco ésto podía reconfortarme.

Como poseía muchos baúles, fui uno de los últimos en llegar al llamado "hotel". Me informaron que no había ninguna pieza disponible, ni siquiera un rincón donde pudiera protegerme contra los candentes rayos solares, por lo cual me vi en la necesidad de instalarme con mis baúles en medio del arenal. Esta suerte la compartí, por lo demás, con familias completas. Nos procuramos sombra amontonando los baúles en dos filas y tendiendo unas telas entre ellos.

Contraté en seguida un cuidador para mi equipaje y me dirigí al comedor, donde se tocaba la campanilla cada media hora, podría decirse, para el reparto de la comida. Pues quienes ya habían almorzado tenían que abandonar de inmediato sus asientos, para cederlos a los que acababan de llegar en ayunas. Cuando había logrado finalmente un silla, pedí agua para apagar la espantosa sed que tenía. Me trajeron agua casi

completamente salina, que no se podía beber. El pescado frito que se sirvió en seguida no era fresco, la carne se encontraba cruda, y el café, preparado con agua salina, no era potable, de modo que de todo el almuerzo, que costaba dos pesos, no comí nada, y tuve que entregar luego mi asiento a otro, dotado quizás de un estómago más resistente. Apenas había terminado este reparto de comidas, se levantó rápidamente la mesa, se instaló en ella la banca y se inició de nuevo el juego hasta la salida del tren.

Copiapó, la meta de mi viaje, se encontraba a doce y media leguas alemanas de allí, con rumbo al noreste, en el interior del territorio, y ya había sido unido a Caldera por un ferrocarril cuya explotación se había iniciado algunas semanas antes, como el primero de la América del Sur. Desgraciadamente, todavía no existía una estación donde uno pudiera protegerse del sol, y como el próximo tren no debía salir hasta la tarde, estuvimos condenados a asarnos durante siete horas a pleno sol.

No acostumbrado a ese calor realmente tropical, regresé a la playa, donde, al menos, me reconfortaba una brisa fresca, y como descubrí más allá algunas rocas, me dirigí a ellas en busca de sombra. Había allí una pequeña gruta y entré a ella a bañarme, pues las olas del océano penetraban hasta el interior. El agua era poco profunda y el fondo estaba formado por hermosa arena. Pero apenas me había refrescado algunos minutos en el agua verde, cuando escuché cerca de mí ruidos y voces. Me hallaba en traje de Adán y apenas tuve tiempo de esconderme detrás de una roca saliente, antes de que entraran una señora de edad y dos muchachas, que se sentaron cerca de mí y comenzaron a desvestirse, para refrescarse también en el mar. Reconocí de inmediato a mis amables compañeras de viaje, que me habían dado clases de castellano a bordo.

Como había ocultado mis ropas en una grieta situada sobre las cabezas de las damas, para que no me las arrebatara una ola, me era imposible alcanzarlas, y así llegué a ser un prisionero involuntario, pero también el observador de las damas. *In naturalibus* e incapaz de expresarme suficientemente en castellano, ¿cómo podía salir de esa situación?

Medio desmayadas debido a los quemantes rayos del sol, no preparadas para tomar un baño de mar y creyéndose no observadas, las jóvenes se desvistieron poco a poco, hasta quitarse toda la ropa, y entraron al agua clara cual náyades, para entregarse en ella a una desenfadada alegría y realizar juegos infantiles. Pero Neptuno, ya sea por celos o en su calidad de protector de la inocencia, me descubrió pronto, colocándose en la mayor confusión. Ya sea por el cambio de la temperatura o por el frío de la gruta, en fin, tuve el deseo de estornudar y cuanto más trataba de dominarlo, tanto más se hacía sentir; estaba desesperado y transpiraba con el esfuerzo que hacía para reprimir aquel deseo, hasta que ya no fui capaz de dominarme. La naturaleza impuso sus derechos: estornudé, y lo hice con tal violencia que la gruta retumbó.

Las jóvenes ya habían salido del agua apresuradamente, espantadas por el fuerte e inesperado ruido, pero su susto aumentó cuando me vieron y reconocieron, aunque estaba desnudo, doblado como un gusano detrás de la roca. Tomaron a toda prisa sus vestidos y desaparecieron detrás de los peñascos.

Las damas pertenecían a una de las primeras familias de Copiapó, la que me acogió más tarde muy amablemente y en cuyo hogar pasé horas muy agradables. Con alguna vergüenza se recordó a menudo esta escena cómica.

Terminé mi baño interrumpido y regresé al albergue, donde se sirvió una comida tan mala como el almuerzo. Luego se escuchó el pito estridente de la locomotora, que nos invitaba para salir a Copiapó. Todos atravesaron gimiendo el arenal y se precipitaron a los coches. Estos tenían una longitud de 40 pies y estaban contruidos de manera que el pasillo se encontraba al centro, con las puertas en sus dos extremos y los asientos a ambos lados, de modo que era posible moverse durante el viaje dentro del coche y cambiar de asiento, como también llegar a otro coche. El ferrocarril había sido privilegiado por decreto del 9 de noviembre de 1848, y construido por el señor William Wheelwright, quien se hizo muy meritorio en Chile y en toda la costa occidental de la América del Sur. Como el terreno no ofrecía obstáculos, se construyó toda la línea al cos-



to sumamente bajo de dos millones de pesos. Su longitud es de cincuenta y media millas inglesas (doce leguas alemanas), y sube hasta una altitud de 1.213 pies.

Como últimamente la minería había experimentado un gran auge en la provincia, y se producían grandes cantidades de minerales nobles, y no existían fundiciones en ese tiempo, todos los minerales eran transportados por ferrocarril a Caldera para embarcarlos, especialmente a Gran Bretaña.

Si esos fletes producían entradas importantes, éstas se duplicaban por el transporte de toda clase de productos alimenticios, material para las minas, etc., que llegaban desde Valparaíso, debido a que Copiapó se encuentra en medio de un desierto, por lo cual dispone de una agricultura y ganadería muy limitadas. En corto tiempo, este ferrocarril se transformó en uno de los que dejaban las mejores utilidades.

\* \* \*

Desde aquí, Almagro se dirigió con su ejército hacia el sur. Apenas se había puesto en movimiento el tren, cuando observé que muchos pasajeros se dirigían al último coche, y luego descubrí, no poco admirado, que también aquí se había instalado la banca y se jugaba con gran entusiasmo.

Durante las primeras millas del viaje, en las que se sube una pendiente bastante fuerte, se observan capas de conchas con espesor de varios pies, una prueba del solevantamiento del terreno, que antes estaba cubierto por el mar en esta región. En los alrededores sólo se observaba un mar de arena, donde no crecía un solo arbusto. En el horizonte se veían colinas grises, y sólo en la estación de Punta de Piedra, situada a 9 1/3 millas inglesas de Caldera, se podía comprobar que en el invierno habían florecido algunas plantas, a pesar de la arena candente, pero que habían sido quemadas por el sol y estaban secas. Desde allí, el suelo era arcilloso y se encontraba cubierto en gran parte por eflorescencias salinas blancas, y sólo más adelante se observaban indicios de una vegetación más densa.

Poco antes de llegar a Copiapó se veían a ambos lados campos cultivados, magníficos jardines y huertos frutales, con vistosas

casas al centro. Habíamos recorrido las 50 1/2 millas inglesas en tres horas.

En la estación nos esperaban centenares de personas de diferentes colores y elegantes coches de dos caballos, muy superiores a los de Valparaíso, como también muchos carretones, tirados por mulas, para el transporte de nuestro equipaje. Debido a mis numerosos baúles, tuve que esperar mucho tiempo, y pude observar, con bastante extrañeza, que entre los coches que fueron colocados en un galpón, se encontraba también aquel en que había funcionado la banca y en el cual se seguía jugando, sin que nadie se preocupara de la llegada. ¡Era, sin duda, una prueba contundente del vicio del juego!

Copiapó está situado a 27° 07' de Lat. S. y 70° 21' de Long. O., a 1.213 pies sobre el nivel del mar, a 160 leguas alemanas de la capital, Santiago de Chile, y contaba con cerca de 10.000 habitantes.

## Capítulo V

### NOTICIAS HISTÓRICAS DE COPIAPÓ

Las primeras noticias sobre Copiapó datan de 1535. En efecto, después de haber ejecutado don Francisco Pizarro al inca Atahualpa del Perú, en Cajamarca, haciéndose así el jefe de este rico país, su compañero don Diego de Almagro recorrió el Desierto de Atacama con un ejército de 570 españoles y 15.000 peruanos, colocados bajo el mando del cacique peruano Paulli, hermano del inca Manco, a fin de someter los territorios situados hacia el sur. En este terrible desierto, que se extiende desde los Andes hasta el mar y por más de cien millas inglesas de norte a sur, perdió por los padecimientos a cerca de 10.000 peruanos y 150 españoles y habría perecido con el resto de su ejército, si no se hubiera adelantado con algunos de sus secuaces más robustos y alcanzado, para su suerte, el valle de Copiapó.

Encontró aquí una tribu indígena que cultivaba los campos cerca de un riacho y lo recibió cordialmente, suministrándole inmediatamente víveres al ejército exhausto, de modo que también las tropas pudieron llegar hasta aquí. Paulli supo infundir tal respeto a estos indios, en su calidad de hermano del inca del Perú, que le ofrecieron un regalo de 500.000 ducados en oro fino, que entregó de inmediato a su jefe Diego de Almagro. Tampoco éste se quedó con el oro, sino que, sorprendido en grado máximo por encontrar aquí esa riqueza, y contento con lograr el dominio del territorio, lo repartió entre sus soldados desanimados, a fin de estimularlos para que pudieran resistir nuevas penurias y padecimientos. Se encontró en las viviendas indígenas con que las mujeres y muchachas estaban cubiertas con cadenas macizas de oro, y llevaban anchas abrazaderas, confeccionadas del noble metal, en la cabeza, los brazos y las piernas, e incluso gran parte de los objetos de menaje estaban hechos de oro.

Desde aquí, Almagro se dirigió con su ejército hacia el sur, pero por muy hospitalaria que hubiera sido la acogida en esta parte, por valiosos que fueran los obsequios recibidos y por muy efectivo que resultara el hecho de no haber perecido miserablemente los españoles sin la ayuda de esta tribu, su sed de oro volvió a manifestarse en tal forma, que comenzaron a robar y cometieron excesos de toda índole. Como con este motivo perdieron la vida algunos españoles, Almagro ordenó quemar vivos a varios de los indígenas más nobles en Coquimbo, en acto público, por venganza y con el propósito de dominar rápidamente el país.

Desde allí marchó a la bahía de Quintil, a la que Juan de Saavedra le llevó soldados, armas y municiones desde el Perú y a la que el mismo marino dio el nombre de Valparaíso. Paralelamente a Saavedra, Almagro avanzó hacia el sur hasta el río Maule, pero, tras haber experimentado grandes pérdidas en sus efectivos en la lucha con los promaucaes, se vio obligado a huir de nuevo al Perú, donde lo mandó ejecutar poco después un hermano de Francisco Pizarro, por una conspiración.

En 1540, inducido a ello por las informaciones sobre la gran riqueza aurífera, Pizarro despachó un nuevo e importante ejército, bajo el mando de Pedro de Valdivia, en contra de las tribus indígenas chilenas. Este jefe militar no sólo logró someter a los pobladores de Copiapó, sino también a los indios que vivían más al sur. Desde ese tiempo, estos territorios se encontraban bajo dominio español, hasta el año de 1818, en que Chile declaró formar una República independiente. La ciudad de Copiapó fue fundada en 1772 por José de Manso.

## Capítulo VI

### DESCRIPCIÓN DE COPIAPÓ

Desde la estación me dirigí al *Hotel del Comercio*, que me había sido recomendado, perteneciente a un italiano de apellido Menelli, donde tuve la suerte de encontrar alojamiento. Este hotel era un edificio antiguo, ruinoso, construido solamente de adobes, consistente en un gran comedor y unas ocho piezas para alojados. Pero ni aquél ni éstas tenían ventanas; recibían su luz sólo por las puertas, de modo que para poder ver algo en el día, era necesario prender alguna vela o lámpara o dejar abierta la puerta, lo que era a menudo muy desagradable, por los muchos mosquitos. Apenas se propagó la noticia de la llegada de un alemán, aparecieron de inmediato los connacionales míos que vivían en la ciudad, para saludarme. Eran los señores Georg Huneus, dueño de minas, Félix Engelhard, Louis Schnakenberg y Adolph Schwarzenberg, los tres ingenieros de minas de Cassel, Wilhelm y Hermann Schmidt, comerciantes de Hamburgo, David Levingston, prestamista de Posen, Horace Lutschannig, químico de Trieste, y los mineros, hermanos Erdmann, de Waldenburg, en Silesia, que eran conocidos míos de la juventud y vivían cerca de aquí. Estuvimos reunidos hasta altas horas de la noche.

Apenas dormido, desperté de una manera muy desagradable por el ruido que hacían los ratones, que corrían por encima de mi cama y de mí con la mayor confianza, y de la misma manera sentí una terrible picazón en todo el cuerpo, descubriendo que mi cama estaba llena de bichos. Después de haber hecho volver los ratones a sus cuevas, las que tapé como pude, y de cubrir la cama con una gruesa capa de polvos insecticidas, me quedé profundamente dormido. Pero de nuevo fui despertado en forma aún más desagradable. En efecto, hubo un terrible ruido en el patio, escuché gritos, pestes, llantos, ruido de armas y, finalmente el violento golpe de la culata de una carabina contra mi puerta y la orden de abrir inmediatamente, "en nombre de la ley". Cuando hube obedecido la orden, penetraron unos policías uniformados y me declararon detenido.

Como no dominaba suficientemente el idioma para entender lo que ocurría, sólo pude apelar al dueño del establecimiento, quien hablaba francés. Este me explicó que, esa noche, habían robado en el hotel a dos hebreos llegados de Alemania, alhajas por valor de veinte mil pesos, por lo cual él mismo y todos los pasajeros y mozos habían sido detenidos y debían ser llevados a la cárcel. Los hebreos lloriqueaban y se lamentaban de una manera lastimera; el dueño del hotel blasfemaba; un monje, mi compañero de viaje, se santiguaba; y la impresión que yo mismo recibí de esta acogida en mi nueva patria tampoco era muy favorable. Si hubiera sido supersticioso, habría podido interpretar lo ocurrido —con razón— como un agüero funesto. Pero, afortunadamente, antes de que fuéramos trasladados a la cárcel, apareció el jefe de la policía, y después de examinar todo cuidadosamente, resultó que el robo había sido cometido por un norteamericano. Cuando le iban a colocar las esposas, hizo secretamente a los hebreos el ofrecimiento de restituirles en forma integral todas las mercaderías, siempre que le consiguieran la libertad y cien pesos de viático; en caso contrario, negaría todo, y si se le condenaba a pesar de ello, permanecería tranquilamente dos años en la cárcel, indemnizándose en seguida con los 20.000 pesos

que valían las joyas y de los que podría disfrutar al recuperar la libertad.

Los hijos de Israel aceptaron gustosamente el ofrecimiento del ladrón; se las arreglaron con los funcionarios de la justicia, recibieron sus mercaderías, que estaban escondidas debajo del altar de una iglesia vecina y acompañaron al intrépido ladrón a bordo de un vapor, libre y con el viático convenido.

En un principio había tenido tanta lástima de los pobres hebreos, que me olvidé de mi propia desagradable situación. Pero mis simpatías desaparecieron cuando me informaron que estos dos hombres habían ganado en quince días cerca de 10.000 pesos con la venta de relojes dorados, que habían comprado a diez pesos al por mayor cada uno y vendían en estos distritos mineros como si fueran de oro, a cien pesos cada uno, estafando así a todo el mundo.

Por desagradables que fueron éstas primeras aventuras ocurridas a mi llegada, mi malestar aumentó con las influencias desfavorables que el contenido salino del agua tenía sobre mi organismo, sobre todo su sulfato de álcali, las que experimentaba casi siempre todo recién llegado y como consecuencia de las cuales no pude abandonar la pieza durante algunos días.

Cuando estuve sano, me fueron a buscar un día varios compatriotas, para dar un paseo por los alrededores de Copiapó a orientarme sobre su situación. Mi hotel se encontraba cerca del río, que formaba en esta parte un pantano de 300 pies de ancho y 1.500 de largo, cubierto de juncos altos de 12 a 18 pies. Después de cruzar por un dique formado con escombros, nos hallamos al pie de un cordón situado al sur de la ciudad y cuyos faldeos, sin la menor vegetación, y que estaban cubiertos hasta muy arriba con arenas y escombros de falda, elevándose sus puntas rocosas hasta más de mil pies, en formas pintorescas.

A una temperatura de 30° R. \*, alcanzamos por diversos rodeos, una de las cumbres de esta serranía, donde una hermosa vista nos indemnizó de las penurias que tuvimos que sufrir.

\* 37,5° C. (N. del T.).

Aunque sólo se veían de norte a sur infinitas cumbres rocosas y piramidales, altas de algunos centenares de pies y cubiertas, en parte, con arena, la espantosa aridez y el silencio sepulcral impresionaban profundamente. No se veía un solo árbol, ningún arbusto, ni siquiera una plantita, por insignificante que fuera, y ningún animal, excepto un guanaco, que cuando nos vio huyó, espantado, saltando tímidamente y a grandes botes de una roca a otra, y un cóndor, que describía sus círculos muy por encima de las cumbres rocosas, en el magnífico azul del cielo. Su aguda vista descubría una presa, se dejaba caer con la mayor velocidad sobre su víctima desde esas alturas, le clavaba sus garras en el flanco, para volver a elevarse con ella hacia su nido en la alta montaña. Mirando hacia el Oriente, el panorama cambiaba. Al fondo del horizonte se elevaban en forma de terrazas superpuestas las cordilleras de los majestuosos Andes, desde cuyos faldeos el riacho de Copiapó serpenteaba por las llanuras cubiertas de candentes arenas y a través de las serranías roqueñas. Hasta donde se extendía su vivificante fertilidad, transformaba el fondo del valle, de un desierto estéril, en exuberantes campos de cultivo, huertos frutales, bosquecillos y jardines, que ostentaban higueras, naranjos, damascos, duraznos y olivos alternados con mirtos y palmeras. En esta forma, el río alcanza finalmente la antigua aldea indígena de Pueblo Indio, y llega al barrio oriental de Copiapó, San Fernando, hasta desembocar en el pantano situado cerca de la capital, que en ese momento, teníamos a cerca de mil pies casi verticalmente debajo de nosotros. Después de volver a reunir sus aguas en un lecho angosto, cruza todavía el barrio occidental, La Chimba, consistente en una calle de una milla inglesa de largo y cuyas casas, situadas entre jardines, impresionaban muy favorablemente. Por fin, formaba un gran pantano, desde el cual ya no tenía suficiente fuerza para cruzar el extenso desierto de arenas hasta el mar.

Como un hilito veíamos también desde nuestro mirador la línea férrea que salía de la estación, situada debajo de nosotros, se extendía primero a través de campos y huertos y seguía por un mar de arena, hasta terminar en Caldera, cuya bahía se reconocía claramente desde nuestro observatorio. En la esta-

ción se podía observar una gran cantidad de montículos de minerales de plata, oro y cobre, que eran los depósitos de los dueños de minas y compradores de minerales, cuyas sucursales se hallaban en el recinto de la estación. Siempre reinaba en ese sector gran animación, pues llegaban al recinto, por una parte, largas tropas de mulas, cargadas con minerales que bajaban por las empinadas faldas de los cerros, y, por otra, llegaban también grandes filas de carretones con metales, en tanto que muchos obreros se afanaban en la carga de carros del ferrocarril, a fin de despacharlos a Caldera. Una hermosa alameda formada por álamos italianos se extendía frente a la estación, desde un cordón de las montañas al otro, a través del valle. Era un paseo público donde tocaba los domingos la banda militar y los habitantes buscaban refresco a la sombra de los árboles.

Desde esta alameda se extendía la parte principal de la ciudad hacia el oriente, en cuatro calles rectas y paralelas. Al centro existía una gran plaza, en cuyo costado Este se levantaba la iglesia principal y, frente a ella, el palacio de gobierno, el cuartel y la cárcel. En medio de la plaza había una estatua de bronce que representaba a un minero con su barreta y combo en la mano, erigida en honor de un minero llamado Juan Godoy, quien descubrió en 1832 el riquísimo distrito minero de Chañarillo, y que, con todo, había muerto en la miseria, como ciertos personajes célebres de Europa.

Después de haber conocido desde la altura el panorama de Copiapó y de sus alrededores inmediatos y recibido las informaciones necesarias de parte de mis acompañantes, regresamos a la ciudad. Observé que se encontraban infinitos hoyos en estos faldeos, raras veces de mayor profundidad, y dijeron que se trataba de minas de oro de los tiempos indígenas, abandonadas desde hacía siglos. En uno de los desmontes encontré un trozo de cuarzo, en el que se podía reconocer el oro a simple vista. Llegados al pie de la montaña, visitamos el cementerio de Copiapó, al que adornaban varios hermosos monumentos, y desde allí regresamos a la ciudad por el dique construido a través del pantano.



Todas las calles estaban formadas por hileras ininterrumpidas de edificios, dentro de los cuales se hallaban los jardines que servían a los pobladores como refugio cuando ocurría uno de los frecuentes temblores y hacia donde huían siempre al primer anuncio. Por precaución contra este aciago fenómeno había sólo pocas casas de dos pisos o de ladrillos; casi todas eran de adobes, y la mayor parte de las murallas eran nada más que tabiques, consistentes en un marco de madera, unido por tiras de cortezas de palmeras y cubierto por una capa de barro mojado, y los techos eran confeccionados por juncos unidos y cubiertos por una capa idéntica. La mayor parte de las casas no tenían ventanas, sino sólo puertas que estaban siempre abiertas, a fin de que entrara luz al interior. Todas las casas se encontraban blanqueadas y, de acuerdo con una disposición policial, este arreglo se renovaba anualmente antes de la gran fiesta popular de la independencia, que se celebra el 18 de septiembre, en recuerdo de la declaración de la independencia de España en 1818 \*. El cielo siempre sereno y los rayos solares muy brillantes, molestaban mucho la vista, y este efecto se intensificaba por el hecho de encontrarse una parte de las calles sin pavimento, de modo que el viento levantaba a menudo espesas nubes de polvo, con muchas partículas saturadas de sales y calizas.

Como cada gota de agua representaba aquí un gran valor, se ocupaba un gran número de funcionarios para supervigilarla y repartirla a los diversos predios, y en cada uno de éstos existía un canal provisto de un candado; el robo de agua se sancionaba severamente. El agua potable era suministrada a domicilio en barriles transportados por asnos.

Una demostración del alto grado de civilización que había alcanzado esta ciudad lo constituían su alumbrado a gas y el hecho de que sus calles principales estaban pavimentadas y provistas de veredas.

El clima es muy caluroso, pues Copiapó se encuentra rodeado de serranías elevadas y sin ninguna vegetación y, excepto pocos días al año, el sol sale y se pone en un cielo que ostenta

\* Como es fácil advertirlo, el autor ha querido referirse a 1810. (N. del T.)

el más hermoso azul; llueve, por lo general, sólo una vez al año, y eso sólo durante pocas horas. Como, de acuerdo con esto, uno está sometido el día entero a los quemantes rayos del sol, se cierran los postigos, y se ve poca gente en la calle. Al mediodía, todos duermen la siesta, y sólo al atardecer vuelve a haber movimiento en las calles y se abren todos los negocios. Sin embargo, por caluroso que sea el día el termómetro llega a acusar unos 30° R. \* Cuando el viento del Este sopla a través de la cordillera andina cubierta de nieve, las noches suelen ser muy heladas.

Realmente espantosos eran en esta ciudad y sus alrededores los frecuentes y destructores terremotos. Desde la conquista del país por los españoles en 1538 \*\*, hasta el año de 1852, se contaron 18 terremotos, sin considerar los temblores, de los cuales se contaron no menos de 169 en los años 1848-52.

Los principales y más terribles terremotos que ocurrieron en toda la República, fueron los siguientes:

1575, que destruyó la ciudad de Concepción; 1633 y 1647, que destruyeron Santiago; 1657, que destruyó Concepción por segunda vez; 1688, 1722 y 1730, este último un maremoto que inundó todo el litoral de Chile; 1751, que destruyó Concepción por tercera vez; 1783, 1819, 1822, 1824, 1829, 1835, este último arruinó por cuarta vez Concepción; 1837 y 1844, éste destruyó Copiapó, Santiago y Valparaíso, y provocó un levantamiento de 4 pies en la costa, en una longitud de 15 leguas; 1849, 1850, 1851.

De esta lista de los terremotos más importantes en la República se desprende que, antiguamente, los más numerosos y destructores correspondían a las provincias australes, y que en tiempos más recientes fue afectada siempre mucho más la parte boreal del país, ocurriendo los sismos de preferencia donde faltan volcanes y los vapores no pueden escapar del interior de la tierra.

De una lista de temblores que tenemos a la vista, se desprende, además, que ellos no ocurren en determinadas tempo-

\* 37,5 C. (N. del T.).

\*\* Error: 1540 (N. del T.).

radas, pues la mayor frecuencia corresponde tanto a febrero, como a marzo, abril, mayo, julio o al mes de noviembre. Pero, tan poco como la época tienen influencia las condiciones atmosféricas. Los terremotos han ocurrido con cielo despejado, con cielo cubierto y con lluvia, con temporal y con calma absoluta, con grandes calores y con temperatura fría, con la luna creciente y menguante, de día y de noche y a cualquiera hora. Un indicio que se anticipa siempre a los temblores son grandes variaciones barométricas.

En cuanto al estado sanitario, era, por lo general, satisfactorio. La fiebre amarilla y las tercianas, que reinan casi siempre en las repúblicas situadas más al norte en esta costa y causan tantas víctimas, se propagan curiosamente desde el norte sólo hasta el puerto de Cobija, que sigue a Copiapó y pertenece a la República de Bolivia; no llega jamás el contagio hasta Copiapó, a pesar de no ser muy grande la distancia. De la misma manera, no se conocían aquí la viruela y otras epidemias, pero era frecuente la disentería, sobre todo en la temporada de las sandías, cuando éstas son consumidas en grandes cantidades. Si se consume al mismo tiempo aguardiente, ocurre a menudo una muerte instantánea. De la misma manera, es muy peligroso para el extranjero beber mucha agua, debido a que ocasiona igualmente la disentería o, al menos, violentas diarreas, debido a que contiene sulfato de álcali.

Me llamó la atención el gran número de ciegos que se encontraban aquí. No necesitaban mendigar, sino que estaban sentados tranquilamente frente a sus casas, donde los transeúntes siempre les hacían alguna dádiva. La causa de la frecuente ceguera no consistía sólo en que los ojos sufren mucho, como ya se dijo, por el fuerte calor en los desiertos arenosos y por la tierra calcárea que el viento levanta en los caminos, sino en que la mayoría de los ciegos son mineros que perdieron la vista por imprudencia, al efectuar explosiones dentro de las minas.

Existían un excelente y amplio hospital, donde los enfermos eran tratados gratuitamente, un lazareto, dos buenas boticas y dos médicos británicos, otro francés y varios chilenos; más tarde llegaron también varios alemanes.

En la faja de tierras fértiles situada a lo largo del riacho sobre el que se encuentra Copiapó, los cultivos se limitan a forrajes, sobre todo alfalfa, que deja grandes utilidades, pues por un pequeño fardo se pagan 2 reales (1 marco). Estos potreros eran arrendados por horas para las tropillas de mulas, obteniéndose por un *morgen* \* una entrada de 300 pesos al año. Además, se cultivaban grandes cantidades de sandías, zapallos, maíz, pepinos, cebollas y ají. También había muchos árboles frutales, sobre todo higueras de tamaño colosal y gran diámetro, que daban frutas dos veces al año, de modo que un árbol produce a menudo grandes cantidades; los higos secos constituían uno de los alimentos principales, vendiéndose el quintal a 6—8 pesos. Había también tomates, nueces, limones, naranjas y membrillos.

La población de Copiapó, que ascendía, como ya se dijo, a unas 10.000 almas, era de tez mucho más oscura que los pobladores de Valparaíso; corría poca sangre española en sus venas y representaba la antigua raza chilena. Los extranjeros comprendían muchos argentinos, en cuyas manos se encontraba el comercio de alimentos, materiales para minas y artículos de lujo. En cambio, encontré muy pocos europeos.

Como Copiapó era la capital de la provincia, se encontraban aquí el intendente y el juzgado, que tenían a su disposición un batallón de infantería.

Tal como ocurría en Valparaíso, la Guardia Nacional y la policía estaban muy bien organizadas, uniformadas y ejercitadas.

Como las incontables minas de oro, plata y cobre, consumían grandes cantidades de materiales y alimentos, el comercio era muy activo y de importancia; y como la provincia tenía pocos cultivos y no se podía dedicar a la crianza de caballos y otros animales, ni existían fábricas, se transportaba todo lo necesario desde Valparaíso por mar a Caldera y desde ahí por ferrocarril a Copiapó. De esta manera, llegaban constantemente buques cargados con frutos del país a Caldera y cargaban como retorno los ricos minerales de oro, plata y co-

\* Medida alemana equivalente a un cuarto de hectárea (N. del T.).

bre. Desde la República Argentina, en cambio, se arreaban grandes rebaños de caballares, mulares y vacunos a través de la cordillera andina.

Por tales razones, la vida era muy cara en Copiapó. Por ejemplo, una vivienda de cuatro piezas costaba cerca de 250 marcos (\$ 62.50) al mes; un viaje a Tres Puntas, que se alcanzaba en un día, 350 marcos (\$ 87.50), etc. De acuerdo con estas condiciones, eran también elevados los sueldos y jornales, pagándose, verbigracia, por un mozo 1 onza al mes (70 marcos), con estada libre.

A pesar de haberse iniciado la explotación de tan ingentes riquezas mineras en la provincia y de descubrirse constantemente nuevas minas, formándose fortunas colosales, la vida en Copiapó era poco animada. Mucho contribuían a ello, por supuesto, la situación de la ciudad y los grandes calores, como también la circunstancia de que, si bien vivían y atendían sus negocios en la ciudad muchos representantes de las clases ilustradas de Valparaíso, Santiago y de la República Argentina, ninguno exigía a su familia que compartiera la vida en este desierto, en que ella era, además, muy cara.

Existían en Copiapó pocos locales de recreo y distracción; había sólo una cafetería, situada en el barrio de La Chimba y perteneciente al viejo Grandi, antiguo miembro de la ópera italiana, que era conocida con el nombre de *Tivoli*, como también un teatro, que era bastante bueno para Copiapó. Durante algunos meses del año se representaban comedias, sainetes y tragedias españoles, con excelente reparto, y también actuó durante algún tiempo una ópera italiana, llegada desde Valparaíso, que también era buena. La Guardia Nacional poseía una banda de músicos, compuesta por veinte italianos, que habían sido contratados por algunos años y recibían mensualmente un sueldo de cien pesos, con viaje libre de ida y vuelta; no tocaban solamente con motivo de las paradas, sino también en las procesiones y en la Alameda.

Como era de esperar en una población que ganaba el dinero con mucha facilidad y en abundancia y que no disfrutaba de una ilustración especial, el entretenimiento principal era en

Copiapó el juego. Los jugadores podían dividirse en tres categorías: 1ª, los dueños de minas grandes, a cuyas reuniones tenían acceso los banqueros, el intendente, los jueces y abogados; 2ª, los dueños de minas más pobres, comerciantes, sacerdotes, funcionarios, oficiales, etc., que jugaban en los hoteles; y 3ª, los jugadores de las clases inferiores, que abrían banca en los locales donde se expendía vino chileno, sidra y aguardiente. Pero como el vicio del juego afectaba también a la clase que ganaba mucho dinero con poco trabajo, se observaba frecuentemente un poncho extendido en la calle pública y cubierto de oro, alrededor del cual estaban parados o sentados peones, vendedores ambulantes, soldados, arrieros y prostitutas, quienes jugaban también sus prendas de vestir cuando habían perdido el dinero.

Naturalmente en Copiapó tampoco faltaban los tahures, que existían en cada una de las tres categorías y habían llegado incluso desde la República vecina, para llevarse sumas colosales, dejando a numerosos dueños de minas arruinados.

Muchas casas estaban destinadas únicamente a la prostitución, cuyas utilidades eran, como es lógico, muy grandes en una ciudad donde vivían tantos hombres sin sus familias y había muchos solteros, que disfrutaban de rentas muy elevadas. Además de oro, recibían a menudo los más hermosos y ricos trozos de minerales de oro y plata, y si uno se interesaba por muestras apropiadas para colecciones y museos, era lo más acertado comprarlas entre las prostitutas. Pero también "barras" de minas de plata que todavía no tenían un valor apreciable, les eran obsequiadas frecuentemente, las que podían llegar a ser más tarde muy valiosas y representar una gran fortuna.

Casi con cada vapor, una parte de estas prostitutas abandonaban Copiapó con sus tesoros, pero en cada vapor llegaban también otras que no sólo provenían de Chile, sino de la Argentina, Lima y el Callao, hasta donde había penetrado la fama de este Eldorado.

Curiosamente, en esta ciudad donde los calores eran, por lo general, muy grandes, no existía un establecimiento de baño,

y quien deseaba refrescarse en el agua, tenía que dirigirse al río, que corría a través del gran pantano. Como había llegado en la temporada más calurosa y tenía que acostumbrarme primero a esta temperatura tropical, era siempre para mí un gran placer refrescarme en el agua, y todos los días de madrugada, me iba al río. En realidad no merecía el nombre de tal, pues era sólo un riacho o arroyo, con diez pies de ancho y sólo dos de profundidad; pero había algunas partes en donde era más profundo, y éstas eran, naturalmente, frecuentadas por la población femenina de Copiapó. Los juncos, que alcanzaban de quince a veinte pies de altura, ofrecían una sombra muy agradable, pero los mosquitos eran harto molestos.

Si en Valparaíso, donde vivían tantas familias extranjeras, la costumbre de los baños al aire libre estaba tan extendida que me había extrañado, sólo podía esperar que en Copiapó, ciudad provinciana, la gente se bañara públicamente en estado natural. Así ocurría, en efecto, y las mujeres usaban, a lo sumo, una toalla en torno a las caderas, lo que, gracias a la escasa profundidad del agua, permitía admirar sus formas y el color de su cutis. Las muchachas hasta la edad de catorce años se bañaban desnudas.

En el primer tiempo, mi timidez germana me hacía apurar el paso cuando caminaba por los lugares donde se bañaban las mujeres y muchachas y por los que pasaba sólo un sendero muy estrecho, cerca de la orilla, a través de los juncos; pero luego me enteré que no tenía nada de particular observar a las jóvenes en sus juegos y saltos en el agua, y siempre había caballeros y señoras de todas las clases reunidos en la playa. En cambio, no ocurría jamás que ambos sexos se bañaran conjuntamente, y jamás tuve oportunidad de observar algún acto de inmoralidad o de oír palabras indecentes; sólo existía la costumbre libre de bañarse casi en estado natural, y las muchachas se encontraban siempre acompañadas de sus padres y las jóvenes esposas por sus maridos o por señoras de edad, para su protección.

Pude comprobar que había mujeres y muchachas de cutis café claro o rojizo; pero lo que me interesó más fue que ha-

bía mestizos que tenían el cuerpo blanco, pero con grandes manchas ovales de color café obscuro, y que a veces se observaba un pecho blanco y el otro café obscuro.

Me entretenía también en mis paseos arrojando monedas en el río, que eran extraídas por muchachas de raza auténticamente indígena, que poseían una gran habilidad para sumergirse y nadar debajo del agua. A menudo, había diez muchachas o muchachos en la orilla, y tan pronto tiraba las monedas en el río, saltaban todos de cabeza al agua, peleándose por ellas.

\* \* \*

En el hotel Menelli, en que vivía, comían cerca de treinta personas en una gran mesa. Eran, en parte, mis compañeros de viaje, en parte copiapinos, que frecuentaban el hotel a la llegada de los vapores, por curiosidad, a fin de conocer a los recién llegados. La comida era bastante buena, aunque preparada de acuerdo con la costumbre nacional. Consistía en consomé; carne de vacuno cocida con choclos, frejoles blancos y ají; pollo con papas y ensalada de tomates; en seguida había una mazamorra de maíz con azúcar; y el postre consistía en brevas o higos frescos, duraznos, naranjas, olivas o sandías, y café. El vino era pésimo y caro, el agua, terriblemente mala, y en cuanto a la cerveza, sólo se podía conseguir un mal *Porter* inglés, que costaba un peso cincuenta la botella. Detrás de nuestros asientos se encontraban cuatro muchachos, provistos de abanicos de plumas de avestruces, cuya misión consistía en mover el aire y espantar los millones de moscas que cubrían los guisos, pero, a pesar de todas las precauciones, uno no podía evitar que alguna se le introdujera en la boca.

Si bien Copiapó, contemplado desde los cerros, ofrecía el aspecto de un oasis en medio del desierto y dejaba una impresión muy agradable por sus numerosos jardines y árboles frutales, me había formado una idea muy diferente de este Eldorado. Me era difícil creer que en esta ciudad de 10.000 habitantes y cuyas casas eran casi todas de adobes, hubiera tantos



millonarios y poseedores de fortunas de centenares de miles de pesos, y que estuviese totalmente ahuyentada de ella la miseria. Pero pronto debía tener oportunidad de convencerme efectivamente de la riqueza que en ella había.

Entre los chilenos que habían tomado asiento en la mesa del comedor, había dos que me llamaron la atención desde un principio. Reconocí pronto por el color café oscuro de su tez y por sus movimientos y ademanes que, aun cuando estaban vestidos según la moda europea, habían pertenecido a las clases inferiores de la sociedad, y adquirido más tarde la fortuna de que disfrutaban. Así era, en efecto: ambos eran millonarios. Uno tenía una figura pequeña y enjuta; prefería comer con los dedos, en vez de usar el tenedor, llevaba un chaleco de terciopelo colorado y dos cuellos tan almidonados, que apenas podía mover la cabeza, y había apretujado sus anchos pies en zapatos de charol, que le ocasionaban grandes dolores. Poseía un reloj de repetición de oro, que valía 500 pesos y estaba suspendido de una cadena de oro que podría haberse usado para amarrar un perro, un alfiler con un magnífico solitario, y llevaba en los dedos varios anillos con brillantes de gran valor. Pronto tomó el diario, sacó un vidrio de aumento engastado en oro, y comenzó a leer: pero advertí que había colocado el diario al revés. Luego tomó el reloj y lo hizo repetir; usó un escarbadiantes de oro y extrajo un poco de rapé de una cajita de oro. En una palabra, ofrecía al observador sorpresa tras sorpresa y constituía, de cierta manera, una curiosidad digna de verse. Su vecino, que era de gran talla y obeso, llevaba un precioso chaleco de terciopelo y un magnífico reloj de oro, con una cadena de oro maciza y pesada; me mostró cada uno de los numerosos anillos de sus manos, indicándome su precio, lo que me permitió reconocer que, aún cuando eran legítimos y valiosos, había pagado por ellos más del doble de lo que realmente valían.

Levantada la mesa, la mayor parte de los asistentes se dirigió a un pequeño jardín perteneciente al hotel, donde se instaló la banca, como de costumbre. Pero uno de los comensales me invitó a acompañarlo en coche a su casa, lo que acep-

té. El menaje que encontré allí merece, sin duda, ser anotado. Todas las piezas estaban cubiertas con las más ricas alfombras, y se encontraban repletas de muebles confeccionados con madera de palisandro; los sofás y las sillas, tapizados de pesadas sedas, estaban colocados desordenadamente, y había también un piano de cola que había costado 1.500 pesos y un escritorio, con valor de 600. Las ventanas estaban encorcinadas con ricas telas adamascadas, y en las paredes se veían *trumeaux* que habían costado mil pesos la pieza y cuadros al óleo comprados como legítimos Rafael y Rubens, a elevados precios; relojes de sobremesa, inmensos floreros, vajilla de plata en grandes cantidades, canastos llenos de botellas de champaña, naipes, dados: todo esto pendía, estaba arrimado o amontonado desordenadamente, sin la menor simetría, y algunos ratones corrían en medio de aquellos objetos. El dormitorio ostentaba una magnífica cama imperial con corona de oro, rodeada por los más finos cortinajes, y el servicio del lavatorio y la bacínica eran de plata maciza. Pero el mueble preferido del dueño de casa era una hermosa caja de fondos, de hierro, en la que había depositado una suma seguramente superior a 100.000 pesos, en oro, que me mostró con gran satisfacción.

Lo que me interesó sobremanera en estos tesoros era una excelente colección de minerales, y mi nuevo conocido llenó verdaderamente mis bolsillos con muestras de minerales de oro y plata que me obsequió.

Después de haberme mostrado una infinidad de otras cosas que había adquirido a precios exorbitantes y dejádome exhausto de tanto mirar y admirar, regresamos al hotel, donde me retribuyó mi visita. Apenas había visto mis objetos, quiso de inmediato comprarlos todos, ofreciéndome por ellos los precios más altos. Pero como no deseaba separarme de mis bienes, sólo le vendí algunas cosas que no me eran necesarias, entre ellas una escopeta, por la cual me ofreció cien pesos, pero que le entregué en cuarenta pesos, pues me había costado sólo veinte; también adquirió un acordeón por veinticinco, una cajita de música por cincuenta pesos y una daga por una onza. Pero lo que más le interesaba, fue una pequeña colección de

cien piezas diferentes, de monedas de a peso, de la cual no me quise desprender. A pesar de asegurarle repetidas veces que su valor no subía de setenta y cinco pesos, me insistió en que se la vendiera por trescientos, lo que tuve que aceptar finalmente, de modo que por algunos objetos que me habían costado quizás ciento cincuenta pesos, recibí quinientos. Ese capital lo ocupé en establecerme, pues no había traído recursos para ello desde Europa.

En los días siguientes visité a mis compatriotas, a fin de orientarme debidamente y darme a conocer, lo que podía ser beneficioso a mis propósitos de instalarme.

El señor Wilhelm Schmitt, de Hamburgo, que era contador del primer banquero, llamado don Agustín Edwards, y ganaba 10.000 pesos al año en su cargo, por sueldo y participación, me informó sobre los brillantes negocios que aquél hacía. Prestaba dinero a elevados intereses, incluso sumas de consideración, a menudo al 5% mensual, con garantía de las "barras" de las minas, lo que le permitía hacer un magnífico negocio si los pagarés no eran cumplidos en forma puntualísima, pues las "barras" representaban frecuentemente un valor doble o cuádruple de la deuda. De esta manera, el señor Edwards había ganado ya en pocos años más de un millón de dólares y llegado a ser dueño de valiosas barras. Su fortuna aumentaba ahora en proporciones colosales. En especial, ganaba enormes sumas por la compra de minerales de oro, plata y cobre robados, por los que pagaba generalmente, la cuarta parte de su valor. Habría ganado de esa manera mucho más si no le hiciera competencia otra casa banquera, la de Ossa y Escobar, que también lograba utilidades de algunos centenares de miles de pesos al año.

Lo que en gran escala hacían esos caballeros, lo realizaba mi compatriota David Lewingston en grado mucho menor, pero, relativamente, con el mismo éxito brillante. Este hebreo de Posen se había dedicado antiguamente —como él mismo lo declaró— al comercio de esclavos. Perseguido una vez por un buque de guerra británico, se salvó abandonando su cargamento y dirigiéndose en un bote a la costa. Llegó a Copiapó

sin otros bienes que el talento comercial innato de su raza. Después de haber ganado un pequeño capital por medio del comercio ambulante, estableció una casa de prendas que, por supuesto, rindió también sus frutos de oro, de modo que ya poseía una fortuna de 50.000 pesos que, probablemente, iba a duplicarse en breve plazo. Su casa se encontraba repleta de cajones con objetos de plata maciza, como espuelas, platos, fuentes, jarros, vasos, lavatorios, incensarios, bacinicas, etc., como también con relojes, cadenas, anillos y alhajas de toda índole. Con tales prendas ganaba 10 a 25% de interés mensual.

El señor Georg Huneus vivía con su familia en la capital Santiago de Chile, y venía sólo transitoriamente, para controlar las minas en que tenía participación. Poseía una "barra" en la mina de plata *La Salvadora*, de Tres Puntas, por la que ya le habían ofrecido 100.000 pesos, pero que no vendía.

Los ingenieros de minas Engelhard, Schwarzenberg y Schnakenberg habían llegado sólo poco antes que yo a Copiapó desde Europa, y no tenían todavía una actividad determinada. El señor Lutschannig era químico en la casa del banquero Ossa, donde ganaba un sueldo de algunos miles de pesos. El señor Schmitt era jefe de una planta de amalgamación, y los hermanos Erdmann poseían ricas minas de cobre cerca de Copiapó, desde las cuales venían frecuentemente a la ciudad.

## Capítulo VII

### MI OFICINA DE MINAS EN COPIAPÓ.—EL CATEO Y EL ENSAYE DE MINERALES DE ORO, PLATA Y COBRE

Después de haber logrado un conocimiento suficiente de las condiciones y de los negocios de la región, tomé en arrendamiento una casa, con la esperanza de lograr pronto buenos resultados; me establecí como ingeniero de minas y mineralogista e instalé un laboratorio provisto de un pequeño horno de fundición. Todos los negocios giraban en torno a las minas

y casi todos los habitantes de Copiapó participaban directa o indirectamente en la minería.

Una parte apreciable de la población, los llamados *cateadores*, eran buscadores de minas, quienes —de acuerdo con sus recursos— realizaban expediciones al desierto de Atacama o a la cordillera andina, donde se encontraban las vetas más poderosas y los más ricos depósitos. Los de mayor capacidad financiera y aquéllos que eran financiados por capitalistas, se preparaban para salir por uno o varios meses, a fin de catar minerales; llevaban cierto número de peones, cargaban numerosas mulas y asnos con víveres, agua, leña y herramientas, y se aventuraban frecuentemente a penetrar hasta cien leguas en el desierto espantoso y sin agua y en las quebradas rocosas de la Cordillera de los Andes. Es efectivo que estas expediciones tenían, a veces, magníficos éxitos, pero a menudo los intrépidos empresarios regresaban sin haber hecho un descubrimiento de alguna importancia. Habían padecido espantosos sufrimientos, sed y hambre; en el día, el más insoportable calor de las arenas candentes; de noche, el frío glacial que provocan los temporales que cruzan la cordillera cubierta de nieves. Quemados por el sol, cubiertos de tierra, debilitados, a veces verdaderos esqueletos: así regresaban.

Otros, por su parte, extraviados y con las provisiones de agua agotadas, tuvieron que pagar con la vida la audacia de haber penetrado a esas soledades. Frecuentemente, sus huesos y los de sus animales eran hallados sólo mucho tiempo después que habían desaparecido, despojados ya de carne por los cóndores y jotes. Ocurría también, a veces, que se encontraban ricas muestras de minerales de oro o plata cerca de sus despojos mortales: una prueba de que habían descubierto grandes riquezas, pero no habían logrado regresar a Copiapó.

Por supuesto, a tales acontecimientos seguían, a su vez, grandes expediciones a los mismos parajes, pues se esperaba descubrir el lugar de los hallazgos.

El cateador más pobre salía sólo por una semana. Una vez cargada su mula o asno con una botija de agua y un saco de harina tostada, higos y tabaco, montaba el animal y se diri-

gía a las montañas. También lo hacían quienes ni siquiera eran dueños de un animal de carga. Realizaban sus expediciones a pie, llevando sobre la espalda lo necesario para la vida.

De esta manera, los faldeos de las serranías, incluso de las cercanas a Copiapó, se presentaban durante todo el año frecuentadas por cateadores, que examinaban toda veta de calcita o baritina. A menudo encontraban oro, plata o cobre casi en estado puro en la superficie de la tierra, a veces impregnando la roca, o bien incluidos en ella en tal forma, que se los reconocía a simple vista; pero frecuentemente ni la roca impregnada, ni el aspecto, el color y el peso específico de la veta revelaban indicios del metal, y, no obstante, el análisis demostraba que contenía una elevada ley de plata.

Todas estas muestras dudosas tenían que ser analizadas cualitativa y cuantitativamente por un químico que debía determinar si contenían metales y qué ley de ellos. Este análisis se denominaba *ensaye*, y era tal actividad la que deseaba desempeñar sobre todo.

Mi establecimiento fue acogido con júbilo al ser abierto, y tuve tantos pedidos que me vi obligado a ocupar varios obreros para realizar las operaciones más sencillas. Sólo así me era posible cumplir rápidamente los encargos y satisfacer la curiosidad de aquéllos que me entregaban las muestras y deseaban saber a la mayor brevedad posible si las vetas descubiertas contenían minerales explotables o eran estériles. A menudo me abandonaban esos clientes con las caras largas, desvanecidas sus esperanzas de haber sido favorecidos por la suerte al encontrar la veta cuyas muestras me presentaban. Pero ocurría también que otros, que no tenían una opinión muy favorable acerca de su hallazgo, se vieran agradablemente sorprendidos, mostrándose a veces muy reconocidos, pues no se limitaban a pagar la tarifa sino que me obsequiaban el cargamento de una mula, con los minerales de su nueva veta. La tarifa para el *ensaye* de minerales auríferos era, por lo general, de diez pesos hasta una onza; por los *ensaye* de plata o cobre se pagaba un cuarto de onza. El precio se cancelaba siem-

pre anticipadamente. A menudo, yo percibía cincuenta pesos al día en efectivo y más tarde, hasta cien pesos.

Después de haber pasado el día frente al horno, aspirando los perniciosos vapores del ácido, y con una temperatura de 30° R. a la intemperie, ocurría a veces que me hacían levantar de noche, a fin de hacer rápidamente un *ensaye*, por cuyo servicio cobraba, naturalmente, un honorario mucho mayor.

Me visitaban también muchos interesados en que se analizaran sus muestras, pero que no estaban en situación de sufragar el gasto. En esos casos se convenía, por lo general, que se me concediera una participación de una cuarta parte en la mina, siempre que el resultado del ensaye fuera favorable, lo que me permitía participar en vetas ricas. Además del análisis de muestras de vetas nuevas, los mineros me enviaban otras de vetas que se estaban trabajando a gran profundidad, y también tenía que determinar el contenido de partidas mayores o menores de minerales que se vendían.

Los diversos minerales no sólo eran comprados por los banqueros de Copiapó, sino por agencias establecidas por las casas comerciales de Valparaíso, que se dedicaban igualmente a este lucrativo negocio. Se convenía éste siempre de la siguiente manera: los compradores de minerales mantenían un establecimiento en la estación de Copiapó, provista de una romana, y los mineros llevaban allá sus minerales en carretones o mulas, para hacerlos pesar. En seguida, tanto el comprador como el vendedor elegían a un químico, con el encargo de determinar la ley de los minerales, cuyo peso era a veces de pocos quintales, pero que podía ser también de centenares o miles de quintales. Una vez hecho esto, cada uno de los químicos entregaba a los interesados un certificado del resultado, con su firma y sello. Los sobres eran abiertos simultáneamente por cada parte y si los dos resultados coincidían, se pagaba el precio correspondiente; si había una diferencia sin importancia, se la promediaba; pero si era grande, se designaba un tercer químico, cuyo *ensaye* era aceptado como válido. Estas determinaciones de las leyes representaban a veces una tarea difícil, sobre todo cuando se trataba de partidas conside-

rables, pues tenían que ser establecidas con la mayor precisión, debido a que pequeñas diferencias podían representar grandes sumas y se encontraba comprometida la reputación del químico, que estaba expuesto a perderla de inmediato en caso de negligencia.

Sin duda, la situación más difícil se presentaba cuando los compradores de minerales los habían adquirido en distintas minas de leyes muy diferenciadas, y los habían reunido en una cancha hasta juntar el cargamento de un buque. A pesar de que yo disponía de un nuevo procedimiento, que permitía determinar las leyes con una precisión mucho mayor, él, curiosamente, no fue admitido, imponiéndoseme siempre la condición de proceder a analizar los minerales de acuerdo con el procedimiento usual, que era el siguiente:

Los minerales cupríferos se analizaban siempre por la vía húmeda y los de plata y oro, tanto por la húmeda como por la seca. En cuanto a los de cobre, se molía la mena hasta reducirla a polvo, el que se repartía sobre la mesa y dividía en 16 porciones, de cada una de las cuales se tomaba un poco, hasta reunir 5 gramos. Esta muestra se colocaba en una escudilla de porcelana y se le agregaba ácido muriático y nítrico en igual cantidad, como también algunas gotas de ácido sulfúrico. Se calentaba la mezcla sobre una llama de alcohol, revolviendo constantemente el contenido con una barrita de vidrio hasta que los ácidos se evaporaran. Una vez logrado esto, se llenaba con agua la cuarta parte de la escudilla y se la exponía a un fuego más intenso, revolviendo el contenido, hasta que se evaporara el agua. Esto se hacía una segunda vez; en seguida se echaba por tercera vez agua a la escudilla y se filtraba el líquido en otra escudilla de porcelana. En el líquido así obtenido se colocaban barritas nuevas y lisas de hierro, que provocaban una precipitación inmediata del cobre, parte del cual se adhería en forma nativa a las barritas y caía el resto al fondo. Este líquido era calentado hasta que adquiriese un aspecto cristalino; se eliminaba con un pincel de cerdas finas el cobre de las barritas, que eran retiradas. El co-



bre obtenido era filtrado, secado en el papel filtrante al cual quedaba adherido, y luego pesado, determinándose así la ley.

El cálculo era sencillo, pues como cinco gramos habían suministrado el cobre obtenido, resultaba fácil determinar cuánto contenía un quintal del mismo mineral.

Para ensayar la plata se molía, igualmente, la muestra hasta formar un polvo que se repartía en dieciséis porciones, de cada una de las cuales se tomaba la misma cantidad hasta juntar cinco gramos. Estos se mezclaban en un crisol con una cantidad de litargirio o carbón vegetal y bórax pulverizados, que hacían el papel de fundentes y cuya proporción variaba de acuerdo con el contenido de plomo del mineral. Luego se calentaba el crisol en una pequeña fragua hasta que, a elevada temperatura, la mezcla se ponía enteramente líquida. Ese líquido se vertía en un pequeño molde de hierro en forma de embudo y allí se le dejaba solidificarse y enfriarse bien. Se extraía entonces la masa, se separaba la escoria del grano de plomo que se había formado y se le daba a éste forma cuadrangular a golpes de martillo. El trozo de plomo así logrado se colocaba en un pequeño recipiente con ceniza de huesos, el cual, a su vez, se depositaba en la mufla de un horno calentado al máximo. Era preciso observar bien el momento en que el plomo se volatilizaba y quedaba la plata como residuo en las cenizas de hueso, para retirar el recipiente del calor. El grano de plata que se formaba se pesaba y se podía calcular la ley del mineral.

Respecto del oro se empleaba el mismo procedimiento que con la plata, pero con la diferencia de calentarse levemente en un matraz el grano de plata, con ácido nítrico, para que se evaporase la plata y quedara en el recipiente el oro contenido en la mena.

Fue para mí muy interesante recibir en mi nuevo campo de acción muestras de minerales de toda índole, de casi todos los distritos mineros de la provincia de Atacama. Llegué a conocer sus leyes a expensas de otros y amplié mis conocimientos en la especialidad, con la ventaja adicional de que los efectivos de mi caja aumentaban día a día y la colección geo-

lógica y mineralógica que inicié se ampliaba considerablemente.

Casi todos los días se hablaba de nuevas minas de plata descubiertas y de las ingentes riquezas de las que se explotaban en los distritos de Chañarcillo y Tres Puntas. Habría sido para mí muy grato visitarlas, pero estaba tan recargado de trabajo, que no me era posible disponer de un solo día libre. Apenas lograba separarme de mi trabajo el tiempo necesario para robustecerme por medio de un baño en el riacho.

La riqueza de las últimas minas nombradas podía apreciarse por las grandes cantidades de minerales robados, la *cangalla*, que transportaban en masa a Copiapó, donde la vendían a precios irrisorios. Era un negocio perfectamente organizado: los mineros hurtaban los minerales más ricos y los gastaban en las chinganas con prostitutas y mercaderes, y estos últimos, tan pronto reunían el cargamento de una mula, los vendían a los *cangalleros*, que los llevaban a Copiapó, donde los banqueros se los compraban a precios baratísimos. Había una reglamentación especial, que encomendaba a la policía impedir que llegaran a la ciudad minerales hurtados, y por lo cual toda persona que transportara minerales debía presentar una guía de libre tránsito extendida por el mayordomo de la mina de que procedían. El que no podía exhibir la guía estaba expuesto a la confiscación del cargamento, pero a pesar de todas esas medidas, el tráfico de minerales clandestinos era enorme. Los *cangalleros* entregaban de noche no sólo cargamentos de algunas mulas, sino carretadas completas de minerales de plata a los banqueros, quienes los mandaban pesar y extendían a los interesados un recibo por la cantidad entregada, con el cual, averiguada al día siguiente la ley, podían recibir el pago. El cargamento era estimado superficialmente por el químico del banquero, sin examinar su verdadero precio y, cuando aparecía el *cangallero*, se le indicaba la mitad del valor como resultado del análisis, y tenía que conformarse con ese precio.

Cuando yo me establecí en la plaza, sin embargo, los *cangalleros* comenzaron a llevarme muestras para su análisis, an-

tes de entregar los minerales a los banqueros, pues se enteraron de la forma en que eran engañados por éstos.

La utilidad que obtenían los banqueros en este negocio la pude comprobar en el siguiente caso: una vez fui despertado de noche por un individuo que me presentó algunas muestras riquísimas de plata, rogándome que las analizara rápidamente. Llevaba consigo cuatro grandes baúles, y pude observar que contenían únicamente minerales casi puros de plata. Cuando le expresé que el análisis en este caso no era realmente necesario y que podría vender la cantidad total como plata, con un pequeño descuento, me ofreció en seguida todo el cargamento por quinientos pesos. Como avalué los minerales, a lo menos, en mil pesos, sospeché de inmediato que habían sido hurtados y le dije que no me dedicaba a la compra de minerales. Me aseguró en seguida, bajo fe de su palabra, que había descubierto una veta nueva y muy rica de plata y que me podría traer muchas carretadas de minerales de ella, pero le era imprescindible regresar a la mina esa misma noche y necesitaba el dinero, lo que me indujo a comprarle los minerales en trescientos pesos, con lo que se conformó.

Al rayar el alba, examiné con más detenimiento el contenido de los baúles, pesé los minerales, y pude establecer que no sólo había adquirido menas para mi colección, por valor de trescientos pesos, sino también minerales casi puros de plata, en trozos pequeños, que valían setecientos pesos. Envié estos últimos, de inmediato, a un banquero, quien me pagó, en efecto, ese precio.

No volví a ver nunca más al visitante nocturno, de modo que estaré en lo justo si supongo que alguna vez adquirí minerales hurtados. ¡Qué magníficos negocios habría podido hacer si me hubiera dedicado a comprar regularmente tales minerales, como lo hacían los banqueros, pues me eran ofrecidos casi diariamente! Pero mi sentido alemán de la honradez se oponía a ello, e incluso esta vez, cuando lo hice inconscientemente, estaba contento de haber sacado de mi casa el *corpus delicti* y transformádolo en dinero.

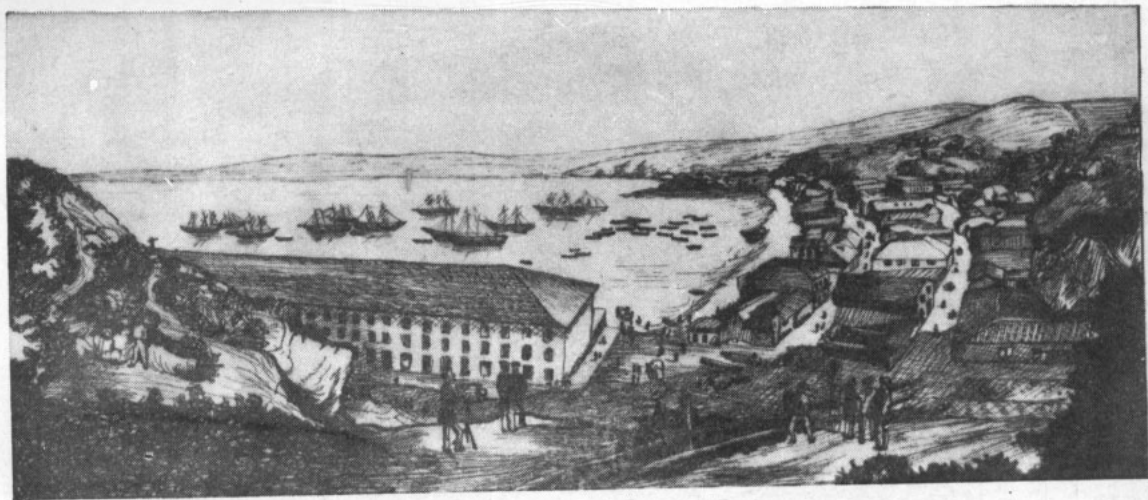
Habría podido hacer, sin embargo, negocios aún más bri-

llantes y sólidos y adquirido en corto tiempo una gran fortuna, sin mucho trabajo, si hubiera llegado un poco antes a Copiapó. En efecto, todos los minerales de plata que se obtenían en los distritos mineros en la superficie o a pequeña profundidad, consistían, parcialmente, en plata maciza y, parcialmente, en sulfuros (metal cálido), que se beneficiaban por medio de la amalgamación. A una profundidad un poco mayor, en cambio, predominaban los minerales argentíferos combinados con arsénico y antimonio. Como no se conocían estos últimos minerales, se creía que no tenían valor alguno y, por rica que fuera una veta de esta índole en una mina, ella era abandonada del todo, o se la seguía trabajando, pero se echaban esos minerales como ganga inútil al desmonte.

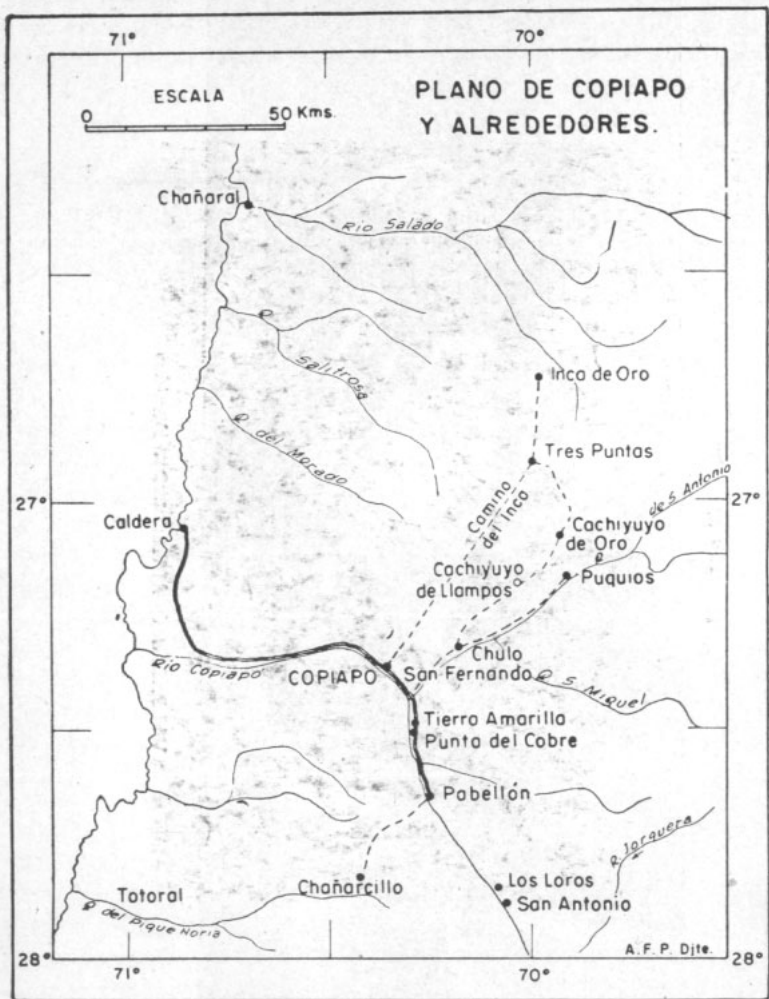
Poco tiempo antes que llegara yo a Copiapó, un británico había reconocido la importancia de esos minerales, y, en consecuencia, no sólo se había dedicado a explotar todas esas minas abandonadas, sino que había comprado también los desmontes, haciendo grandes utilidades. De la misma manera se procedió con los relaves de los minerales sometidos a la amalgamación, que contenían igualmente arsénico y antimonio argentíferos, los cuales habían sido empleados hasta entonces para construir un camino a través del pantano y emparejar calles. Como estos últimos minerales (los constituidos por combinaciones de arsénico y antimonio), pueden ser beneficiados por medio de la fundición, se les llamó "metales fríos", es decir, sólo beneficiables por medio del fuego, en oposición a los "metales cálidos", y como aquí todavía no existían fundiciones, se despachó todo el metal frío, junto con los relaves, a Europa.

En total, se exportaron entre 1841 y 1849 los siguientes valores en minerales:

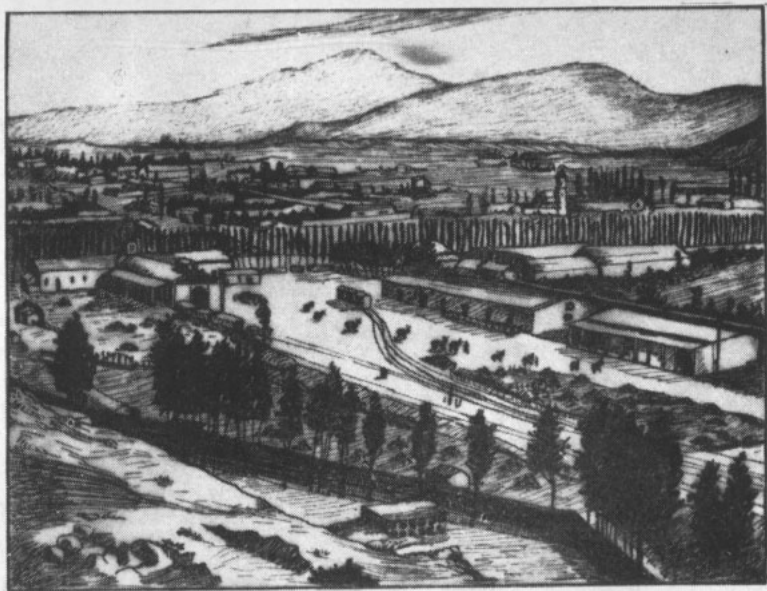
Oro	\$ 5.212.445
Plata	16.539.590
Cobre	22.289.751



VALPARAISO ALREDEDOR DE 1860



EL TEATRO DE LAS ANDANZAS  
DE TREUTLER EN COPIAPO



COPIAPO, HACE UN SIGLO



CHINGANA EN TRES PUNTAS



## Capítulo VIII

### ALGO SOBRE LAS LEYES MINERAS DE LA REPUBLICA DE CHILE

Las minas de oro, plata y cobre de la provincia de Atacama suministran desde hace años una producción de muchos millones de pesos, y aún se encuentra en el desierto y en la Cordillera de los Andes una enorme riqueza minera. La explotación de ella se emprendería, indudablemente, si en estas regiones se construyeran ferrocarriles que hicieran posible el transporte de agua y víveres a las minas y de los minerales a la costa o a Copiapó. Por todo ello me parece oportuno dar a conocer al lector algunas de las principales leyes mineras vigentes en la República de Chile.

En general, la legislación minera chilena es similar a la antigua de Sajonia; sólo ha sufrido algunas modificaciones, motivadas por condiciones diferentes.

Debe observarse, en primer lugar, que aun cuando el primer artículo de la ley prohíbe a todos los extranjeros el desempeño de la minería en Chile, esta disposición ha sido derogada posteriormente, y en la actualidad disfruta el forastero de los mismos derechos que el chileno.

Por lo demás, la ley establece lo siguiente: Si alguien descubre una veta, o manto que se consideren aptos para ser explotados, ya sea de inmediato o más tarde, una vez realizado el análisis de las muestras, debe dirigir en papel sellado de 2 reales (un marco) una solicitud al Intendente de la provincia. Una muestra de los minerales deberá acompañar a dicha solicitud, la cual será autorizada por un Notario; éste cobrará un derecho de, más o menos, \$ 1.50 y anotará año, mes, día, hora, minuto y segundo de la presentación, la que entregará al Intendente en la próxima audiencia, para que la apruebe.

Como había tanta gente que se ocupaba en descubrir minas, el número de solicitudes era tan grande que se había establecido un turno de dos notarios, los cuales tenían que mantener abiertas sus oficinas durante todo el día y la noche. La renta de cada uno de ellos era de 15 a 20.000 pesos anuales y provenía de los derechos que cobraban por las solicitudes de ma-

nifestaciones de minas nuevas, las referentes a la rehabilitación de minas antiguas, la venta o entrega en hipoteca de barras de minas, etc.

Una solicitud de pedimento de una nueva mina se redactaba de la siguiente manera:

"N. N., nacido en X, de profesión minero, domiciliado en tal parte de esta provincia, me presento con todo respeto ante US. y le digo: que descubrí en el distrito minero de Z., en el cerro Y. una veta o manto de plata (oro o cobre), cuya muestra acompaño, cuyo rumbo es de Sur a Norte (Este a Oeste) y que se encuentra (siguen las características de la zona), y como dispongo del capital y de las herramientas, etc., necesarios para trabajarla, ruego a US. concederme esta veta (manto), conforme a lo establecido en la ley. —N. N."

Después de haber certificado el notario el año, mes, día, hora, minuto y segundo de la presentación, el Intendente anota debajo la siguiente providencia: "Concedo a Ud. la veta (manto), sin perjuicio de los derechos de terceros. Comuníquese por la prensa y anótese. El Intendente de la provincia de Atacama".

En seguida se publica el pedimento y se anota en el archivo, lo que permite establecer pronto si un tercero tiene derechos en esta veta o manto, pues ocurre muy a menudo que diferentes personas han descubierto una misma veta y obtenido su concesión del Intendente, con la misma cláusula. Esto ocurre sobre todo cuando se ha descubierto una veta rica, lo que provoca la afluencia de numerosas personas, que solicitan el terreno en un gran radio en los alrededores. Todo consiste entonces en ganar la delantera y presentarse el primero ante el notario con su pedimento, lo que explica porqué se indica hasta el minuto y segundo en la solicitud. El primer solicitante obtiene la propiedad, y todos los que se presenten después no tendrán el menor derecho.

De acuerdo con la ley, es preciso que se inicie el reconocimiento de la veta o manto dentro de 90 días, por medio de un socavón o pique de 30 pies (pozo de ordenanza). El minero debe presentarse de nuevo ante el Intendente y solicitar la mensura, a fin de obtener luego el título de propiedad defini-

tivo; si dentro de los 90 días no se hace el "pozo" con la profundidad prescrita, se perderá el derecho a la veta o manto sin más trámite, y cualquier otro interesado podrá hacer el pedimento.

○ Solicitada la mensura, la realiza un ingeniero en presencia del Intendente y de los propietarios de minas vecinas, que deseen resguardar sus deslindes. Los derechos por este trámite fluctúan entre cien y doscientos pesos. Una vez terminada esa gestión, se podrá trabajar tranquilamente la mina, sin pagar otros derechos al Estado, y sin que éste se preocupe de la explotación. Pero la mina podrá ser reclamada por terceros y el dueño perderá todos los derechos a ella en el caso de dejarla sin trabajo durante noventa días, y sin el personal reglamentario, que consiste en 1 mayordomo, 2 barreteros, 1 apir, 1 cocinero y 1 mozo que deberá preocuparse al mismo tiempo del agua y de la leña.

Si la veta descubierta se encuentra en cerro virgen, es decir, en uno en el cual no se haya explotado aún ninguna mina, se tendrá derecho a la mensura de una estaca de 1.800 pies de longitud y 300 de ancho, o sea, de 540.000 pies cuadrados. Pero si ya existieran minas en el cerro o en su vecindad, la estaca será de 600 pies de longitud y 300 de ancho, o sea, de 180.000 pies cuadrados. Si la solicitud ha sido presentada por dos o más personas, cada una recibirá 180.000 pies cuadrados, pero todas en conjunto no tendrán derecho a más de 540.000 pies cuadrados sobre la corrida de la misma veta. Si se solicita un manto, se concederá la misma superficie en cuadrado, lo que se hará también en el caso de vetas muy poco inclinadas.

○ Cuando una mina no se trabaja durante noventa días, cualquiera persona puede pedir al Intendente que declare el despueblo y le otorgue a él el dominio. Una solicitud de esta índole se llama "denuncio", y por medio de él se piden antiguas minas abandonadas. El Intendente cita al último dueño, y si se comprueba que éste no trabajó la mina durante noventa días, se traspasa el dominio de inmediato al nuevo solici-

minas nuevas, las referentes a la rehabilitación tante. En caso de ignorarse el último dueño de una mina abandonada, el denuncia es publicado en los diarios, y se lo pregona durante tres domingos seguidos, después de la misa principal, en la puerta de la iglesia, con acompañamiento de un tambor. Si nadie reclama, el denunciante obtiene el dominio de la mina y debe pagar por ello doce pesos de derechos.

Reconocida una mina como rica, se solicita, por supuesto, todo el terreno aledaño, y los nuevos vecinos se apresuran a lograr profundidad a la brevedad posible en sus minas. La ley les permite explotar desde ellas la veta del vecino rico y extraerle sus minerales, hasta que los trabajos de la mina principal los alcancen; entonces deben retirarse de inmediato a sus deslindes. Pero tan pronto pasaron los vecinos más allá de los deslindes de la mina principal, tuvieron la obligación de comunicarlo al administrador de ésta, quien debió designar un representante en la nueva mina vecina, a fin de anotar todos los minerales extraídos, pues la mitad de ellos corresponde a la mina principal por la concesión. Los gastos de explotación corren únicamente a expensas de la mina secundaria.

La mina principal jamás permite la entrada a extraños, a fin de no revelar el rumbo de la veta rica, y sus empleados y mineros guardan el mayor secreto. Por su lado, las minas vecinas tampoco dan a conocer en qué parte y a qué profundidad realizan una entrada en la mina principal, y así ocurre a menudo que ésta se tenga que defender hacia los cuatro puntos cardinales, construyendo chiflones que le permitan rechazar a los intrusos. Pero quien pasara secretamente el deslinde de la mina rica y extrajera minerales de ella, sería castigado como ladrón.

Cada mina se divide en 24 barras, y ocurre frecuentemente que existen más de treinta dueños en una mina rica, por lo cual las barras se subdividen, y no sólo en cuartos u octavos, sino en  $1/16$ ,  $1/32$  y  $1/64$ , valiendo a veces una barra 100.000 pesos. Cada dueño tiene derecho a administrar la mina durante seis meses, y los demás codueños no pueden inmiscuirse en la administración durante ese tiempo, salvo en caso de

estafa o cuando la mina deja grandes pérdidas por mala administración, pero en estos casos necesitan demandar judicialmente al administrador. Cada semestre se procede a elegir un nuevo administrador, pero si los socios están conformes con el que hay, puede conservar éste su cargo durante años. El administrador debe rendir cuenta a los socios todos los meses, y según la mina produzca excedentes o exija inversiones, se reparte el excedente o se cobra la cuota de las nuevas inversiones. Muchas minas confeccionan tal balance sólo cada seis meses.

Cuando una mina exige inversiones y los socios no pagan puntualmente sus cuotas adicionales, se les concede un plazo de 90 días para hacerlo; si no realizan en él el pago atrasado y no integran las nuevas cuotas devengadas entre tanto, pierden de inmediato sus derechos en la mina, aún cuando hubieran invertido grandes sumas en ella. Las barras renunciadas son repartidas por iguales partes entre los demás socios, con la obligación de integrar las sumas debidas.

Si el dueño de una mina pierde su fortuna y se ve obligado a declararse en quiebra, se le podrá quitar cuanto posee y reducirlo a prisión por deudas, pero no perderá el dominio de sus minas; la masa del concurso está obligada a trabajar las minas, hasta que produzcan lo necesario para pagar a todos los acreedores, cumplido lo cual debe devolverlas al dueño; si los acreedores no tienen interés en pagarse en esa forma, deberán dejar al deudor en posesión libre de sus minas. Ocurren a este respecto casos interesantes. A veces, la masa ordena trabajar minas que no producen utilidades, de modo que habría sido mucho más favorable para los acreedores dejar al dueño en quiebra en posesión de ellas, pues podrán perder el doble o cuádruple de sus haberes. Otras minas, en cambio, que son explotadas por el concurso, producen grandes utilidades, que jamás habría logrado el acreedor, por faltarle el capital necesario para emprender la construcción de obras costosas; de este modo, una vez pagados los acreedores, la mina es devuelta a su dueño en mucho mejor estado, lo que le permitirá ganar una gran fortuna.

## Capítulo IX

### DESCUBRIMIENTO DE LAS MINAS DE PLATA DE TRES PUNTAS, Y MI VIAJE A ESE DISTRITO

Ya en conocimiento de los minerales que había en la región y de sus combinaciones, mi anhelo fue visitar los distritos mineros, a fin de poder conocer directamente las ricas minas y estudiar cómo se presentan los minerales. Mi ayudante estaba en condiciones de realizar los ensayos durante mi ausencia, y así pude aceptar el ofrecimiento que me hiciera el Intendente, de acompañarlo al próspero distrito minero de Tres Puntas, a fin de mensurar una mina, por lo cual se me pagaban 200 pesos y el viaje.

Pero antes de relatar éste mi primer viaje al nombrado distrito de minas de plata, quisiera dar cuenta de cómo fueron descubiertas esas ricas minas, que han suministrado plata por valor de tantos millones y que siguen produciéndola.

Como ya se dijo, vivían en Copiapó muchas personas que sólo se ocupaban del cateo de vetas metalíferas. Ahora bien, había informaciones acerca de la existencia de ricas vetas de oro, plata y cobre, en estado puro, o, al menos, con muy altas leyes, en el desierto de Atacama. Esas riquezas habían sido descubiertas por criminales fugitivos o por arrieros de mulas, los cuales no habrían logrado redescubrirlas, a pesar de buscarlas durante años con las mayores penurias y esfuerzos.

Pues bien, había quedado demostrado frecuentemente que tales *derroteros* \*, que parecían constituir verdaderas leyendas o exageraciones, habían resultado exactos, muchos años después de la muerte del descubridor. Así, el objetivo de los cateadores no consistía solamente en encontrar vetas nuevas, sino en reconocer también aquellos derroteros, que, por lo general, se encontraban redactados y descritos con bastantes detalles. Ocurría que centenares de cateadores buscaran tales vetas ricas durante muchos años, sin encontrarlas, hasta que alguien daba con ellas. Comúnmente, la búsqueda inútil provenía de

\* Nombre que se da a las noticias sobre minas que se trata de redescubrir (N. del T.).

la ignorancia del primer descubridor en cuanto al rumbo y a las distancias, o de que el punto buscado había sido cubierto por la arena del desierto hasta una altura de muchos pies, y sólo muchos años más tarde el viento volvía a poner a la vista los tesoros.

De la misma manera, ocurría que criminales fugitivos que aparecían con trozos de plata maciza, no recordaran con exactitud el lugar del hallazgo, o, finalmente, que los arrieros extraviados y cercanos a la muerte por hambre o sed, no se interesaran por los tesoros encontrados o no recordaran con precisión dónde los vieran.

Un derrotero de esta índole existía desde hacía muchos años respecto de una potente veta de plata maciza que habría descubierto un arriero en el desierto de Atacama y de la cual había traído muestras a Copiapó. Debido a que al descubridor hizo una ofrenda demasiado grande a Baco, con el dinero recibido por esas muestras, fue víctima de un ataque cerebral, murió pronto y sólo pudo describir en forma imprecisa el lugar del hallazgo. De inmediato se organizaron incontables expediciones, pero todas fracasaron.

En el año 1848 ocurrió, sin embargo, que un pobre arriero de asnos, Osorio, que abastecía de agua a algunas minas situadas en el desierto, se vio obligado a pasar la noche a la intemperie, por agotamiento de sus bestias. Soplaban con gran ímpetu un viento heladísimo desde la Cordillera cubierta de nieve, y Osorio acampado al pie de una gran roca que le ofrecía algún abrigo, encendió una pequeña fogata, para calentarse y preparar su comida. Después de haber preparado y consumido su yerba y su harina tostada y de fumarse su cigarrillo, se quedó dormido, rodeado por sus fieles asnos, envuelto en su poncho y acostado sobre la arena del desierto. A la mañana siguiente, cuando se aprestaba a montar en su asno para continuar viaje, observó que la roca se encontraba fundida hasta donde había alcanzado el fuego, y estaba convertida en plata pura. De inmediato llenó sus barrilitos con el precioso metal y se dirigió a una cantina situada en la costa, donde vendió los minerales y pasó varios días en una feroz remolienda. Por mucho que se empeñara el dueño de la cantina en descubrir

el secreto del origen de las menas, no le fue posible saberlo. Pero cuando un buen día llegaron algunos cateadores pobres, que fueron atendidos magnánimamente por Osorio, éste, algo embriagado, prometió a sus huéspedes que al día siguiente iría a buscar más minerales, y cometió la imprudencia de describir el lugar donde había encontrado la plata.

Al otro día, Osorio dormía aún profundamente, cuando los cateadores ya se había alejado al galope hacia el lugar que les había descrito. Después de cabalgar mucho tiempo de un lado a otro, siguiendo las huellas de los asnos, no sólo encontraron la roca junto a la cual había dormido Osorio, sino que, media hora más allá, una veta de plata maciza. El descubridor de la plata encontrada por Osorio fue Mateo Pérez, quien dio a la mina el nombre de *Al Fin Hallada*, mientras que su compañero Vicente Garín denominó a la suya *Buena Esperanza*.

Ambos llenaron sus bolsillos con muestras y galoparon las quince leguas que los separaban de Copiapó, adonde llegaron bañados en sudor y cubiertos de tierra. Presentaron en seguida sus pedimentos ante el Intendente, para asegurarse la propiedad de las minas, lo que, por supuesto, lograron. De este modo, esos dos individuos pobres se hicieron dueños de sendas minas fabulosamente ricas, cada una de las cuales rindió durante años una utilidad neta de más de un millón de pesos, en tanto el poco habilidoso Osorio fue indemnizado sólo con un regalo.

En su expedición a buscar la roca de Osorio los mineros, enriquecidos de tal manera, habían llevado consigo a un muchacho que les cuidara las mulas, y le habían prometido algo por este servicio, en caso de que tuvieran éxito. Como el descubrimiento resultó tan importante, quisieron indemnizar al niño con una pequeña suma de dinero, pero su familia inició un pleito, que terminó después de algunos años a favor del muchacho, quien recibió varias barras y la utilidad correspondiente desde el momento del descubrimiento, lo que ya representaba una suma de más de 100.000 pesos.

Apenas el Intendente había firmado los títulos referentes a los dos descubrimientos y entregádoslos a los dos mineros, la noticia se propagó con la velocidad de un rayo por toda la ciu-



dad. Todo el mundo se apresuró a concurrir ante el notario de minería para inspeccionar las muestras de los minerales y ver los pedimentos, y de ahí partieron al desierto, centenares de jinetes a caballo, en mulas y en asnos a fin de descubrir vetas similares en la vecindad de aquellas otras dos. El nuevo distrito minero recibió el nombre de *Tres Puntas*, por elevarse en aquella parte un pequeño cordón de unos ochocientos pies de altura sobre el desierto, coronado por tres cumbres, visibles desde gran distancia. Con igual premura se tomaron en arrendamiento, a precios exorbitantes, todos los carretones y carretas, los que siguieron a los jinetes, cargados con alimentos y bebidas. Pocas horas más tarde, era imposible conseguir en Copiapó, por mucho que se ofreciera, una carreta, carretón, caballo, mula o asno, mientras las setenta millas de camino a *Tres Puntas*, estaban cubiertas por una fila casi ininterrumpida de vehículos y jinetes. También se dirigían centenares de personas a pie hacia allá, a pesar de que sólo podían alcanzar su destino en dos días y con terribles padecimientos. El anhelo de hacerse ricos los hacía soportar, sin embargo, todos los esfuerzos con más facilidad.

Los que llegaron primero a *Tres Puntas*, reconocieron rápidamente el terreno y regresaron en seguida a toda carrera a Copiapó, a fin de hacer el pedimento de minas situadas cerca de las ya descubiertas, que les prometían el mayor éxito. Ocurrió así que, cuando el tropel principal de los jinetes apenas había recorrido la mitad del camino a *Tres Puntas*, se cruzó con centenares de otros que trataban de aventajarse en una loca carrera de regreso a Copiapó. Frecuentemente, los caballos y mulas caían extenuados debajo de los jinetes, o bien, cubiertos de sangre, se desplomaban ante las mismas puertas de la Intendencia. Se trataba, a veces, de ganar sólo por un minuto, pues una misma veta era reclamada a menudo por cincuenta o más personas, y no era válido sino el pedimento que primero se presentaba, y los demás de nada servían.

Una vez iniciado el desfile, llegó durante dos días y dos noches una hilera casi ininterrumpida de jinetes y carruajes a la casa del notario, con nuevos pedimentos, de modo que el terreno de *Tres Puntas* quedó pronto cubierto con ellos en

un radio de una legua. Muchas personas se accidentaron en esa carrera de setenta millas, que algunos hicieron a caballo en siete horas. Una cantidad de caballos y mulas quedaron tendidos en el camino, desangrándose horriblemente por las heridas causadas por las enormes rodajas de las espuelas, que les eran clavadas hasta una profundidad de una pulgada. Desde las cumbres de la cordillera, el agudo ojo de los cóndores advertía el botín. Las grandes aves se dejaban, entonces, caer al valle y, acompañados por infinitos jotes, se arrojaban sobre las pobres bestias, que ya no tenían fuerzas para defenderse. Sus ávidos enemigos las privaban, en primer lugar, de la vista y luego las despedazaban y devoraban.

En los días siguientes cesó, poco a poco, la desalada carrera de un comienzo, debido a que todo el terreno vecino al descubrimiento había sido solicitado. En cambio, comenzaron a avanzar con lentitud hacia Tres Puntas, por la arena del desierto, largas caravanas de carretas pesadamente cargadas. Llevaban cargamentos de víveres y bebidas y grupos completos de prostitutas que, armadas de arpas y guitarras, marchaban a la conquista del rico botín que les ofrecía ese nuevo Eldorado.

El camino estaba bordeado de infinitos cadáveres y esqueletos de animales, sobre los cuales se posaban cóndores y jotes que, hastiados de tanto botín, no podían elevarse y eran cazados a lazo.

El golpe de vista que ofrecía la planicie entre las dos ricas minas descubridoras *Al Fin hallada* y *Buena Esperanza*, era extremadamente interesante. El llano, antes solitario y sin vida, sólo cubierto por arena candente y piedras, estaba ocupado ahora por centenares de carretas y carpas, entre las que se movían abigarradamente millares de individuos, caballos, mulas y asnos. Alrededor de las minas descubridoras se había formado un gran círculo de carretas, cargadas de víveres y bebidas, o de cantores, prostitutas y organillos. Todo el paraje estaba repleto de gente. Se bailaba la zamacueca, con música de los instrumentos de viento, y, al mismo tiempo, se escuchaban los organillos, las arpas, las guitarras, los cantos, los gritos estridentes de los borrachos y el pregón de toda clase de mercaderías.

Tampoco faltaban los banqueros de Copiapó. Habían traído grandes valijas de cuero llenas de oro, que facilitaban a los dueños de las ricas minas descubridoras contra entrega de barras a precios irrisorios y pago de intereses exorbitantes. Los mineros, llevados repentinamente de la mayor pobreza a una enorme fortuna, compraban cargamentos completos de viveres y, sobre todo, champaña, cerveza y licores, para agasajar con ellos a los presentes.

En cuanto cayó la noche, se encendió una fogata frente a cada carpa, y se comenzó a tocar música, jugar, a bailar, a beber y a encender fuegos artificiales. En una parte se encontraban extendidos en el suelo numerosos ponchos, con miles de pesos en oro encima de ellos y rodeados de jugadores. Más allá se encontraba uno de los favorecidos por la suerte en aquel día; lo acompañaban prostitutas con guitarras y sus amigos; centenares de botellas vacías daban cuenta del consumo habido, y se abrían por docenas otras más, mientras había a discreción pavos, jamones, dulces y frutas.

El aspecto del llano en la noche era interesante, pero el que presentaba a los primeros rayos del sol resultaba cómico. Centenares de hombres, mujeres y muchachas aparecían a la intemperie, tendidos sobre la arena, cubiertos sólo de sus ponchos, aislados o en grupos para protegerse mutuamente contra el frío. Los jugadores seguían sentados alrededor de los montones de oro, con caras pálidas y trasnochadas. En la borrachera de la noche, algunos hombres habían compartido sus frazadas con mujeres que les habían parecido magníficas, pero, a la luz del día, veían que se trataba de viejas y atezadas vendedoras de licor. Entumecidos por la helada y en estado nada pulcro, centenares de individuos que habían hecho sacrificios a Baco se lamentaban arrastrándose hasta las fogatas, nuevamente encendidas, para fortalecerse con un mate.

Pero apenas el sol con sus cálidos rayos asomaba de nuevo en el cielo siempre azul, sobre las cumbres andinas, el cuadro se volvía a animar y se iniciaban el mismo trajín y bullicio del día anterior.

Las cosas siguieron así por varios días, pero pronto llegaron desde Copiapó todos los objetos necesarios, los que se vendían

a precios enormes. Los que al principio sólo tenían carpas, habían construido chozas de cañas o casas de madera, y dejado las carpas para aquéllos que carecían de vivienda. En las casas, chozas y carpas ya se disponía de mesas; se habían establecido infinitas cocineras y cantinas, chinganas y garitos, y así se formó poco a poco la placilla de Tres Puntas, que contaba a mi llegada algunos millares de almas.

La fiesta inicial había durado una semana, durante la cual nadie pensó en trabajar, y todos vivieron nada más que en el bello presente y abrigando las mejores esperanzas. Cada cual estimaba haber participado, directa o indirectamente, en el descubrimiento, o creía que se haría rico.

Los dueños de las minas descubridoras eran millonarios, pero también eran muy ricos muchos otros, que habían solicitado minas en los alrededores. Los banqueros, que habían hecho grandes avances en efectivo a los nuevos dueños de minas, que no poseían a menudo una sola onza de capital, habían logrado participaciones en las minas más ricas, a precios ínfimos. Muchos habían ganado barras o grandes sumas a los entusiasmados arribistas; algunas prostitutas habían recibido magníficos regalos, y eran innumerables los que durante algunos días habían vivido en Jauja con las comidas y el champagne que se les suministrara sin limitaciones: en una palabra, todos estaban alegres, contentos, satisfechos y llenos de esperanzas en el futuro, agradecidos a la madre tierra que tan pródigamente había derramado sus tesoros en un lugar donde parecía haber sólo arena y piedras.

La riqueza creada por el descubrimiento de este distrito estaba a la vista con la explotación de un centenar de minas argentíferas. Las dos minas descubridoras produjeron en cada uno de los seis años siguientes una utilidad neta de más de un millón de pesos cada una, mientras que otras, como *La Salvadora*, lograron producir otro tanto más tarde, y cada barra de las 24 de estas minas se vendió en 100.000 pesos.

Una consecuencia natural de este descubrimiento consistió en que todos los cateadores volvieron a penetrar con redobladó impetus en el desierto, las quebradas y la cordillera andina.

Abrigan la esperanza de lograr resultados tan favorables como el de Tres Puntas, sobre la base de otros derroteros, pues aquel descubrimiento había sido hecho muchos años antes, y sólo fue redescubierto en 1848. Efectivamente, poco después se descubrieron en diversas partes nuevos distritos argentíferos.

Una segunda consecuencia fue que muchos mineros prefirieron buscar minas, en vez de trabajar en ellas. Los operarios de las minas auríferas las abandonaron y se dirigieron a Tres Puntas, donde ganaban más y podían vivir mejor. Esto provocó la decadencia de la minería aurífera de Copiapó, que antaño había sido muy importante, y se siguieron trabajando muy pocas de las infinitas minas de oro que había antes.

Aun cuando debido al calor se viajaba casi siempre de noche, inicié mi viaje de madrugada, a fin de poder adquirir un buen conocimiento de la región, que tenía para mí gran interés, pues se trataba de mi primer viaje por el desierto.

Cerca de las cinco de la mañana subí en compañía de uno de mis amigos, el ingeniero de minas Félix Engelhard, de Casel, a un birlocho, tirado por cuatro caballos colocados en una fila. El postillón montó uno de ellos, y luego avanzamos a todo galope por las calles de Copiapó hacia el Noreste.

Una vez fuera de la ciudad, cruzamos, siempre avanzando río arriba, el barrio de San Fernando y el Pueblo de Indios, donde se presentaban miserables ranchos a ambos lados del camino, pero rodeados por ubérrimos huertos frutales, jardines, alfalfares y campos cultivados.

Después de haber recorrido al galope una legua y media en línea recta, envueltos a veces por la tierra en tal forma que no podíamos ver nada alrededor de nosotros, alcanzamos un lugar en que un amplio valle desemboca en el de Copiapó. A la derecha, a una distancia de más o menos media legua, se encontraba la aldea de Tierra Amarilla, rodeada de magníficas sementeras y alfalfares, a través de los cuales serpentea el río Copiapó; a la izquierda, en cambio, el amplio valle ofre-

cía un aspecto desolador: hasta donde alcanzara la vista, sólo se veía un mar de arena y pedregales, sin indicio alguno de vegetación. Teníamos que cruzar ahora ese paraje estéril. El postillón se detuvo y se presentó otro, con cuatro caballos de repuesto. Una vez cambiados éstos, el primero se adelantó con los cuatro caballos ahora libres, mientras que seguíamos al galope a lo largo del ancho valle. Nos despedimos del riacho, de los campos verdes y jardines, que sólo volveríamos a contemplar a nuestro regreso. Comenzaba el desierto propiamente tal.

Después de unas dos leguas de viaje encontramos una casucha de madera junto al camino, alrededor de la cual se había detenido un gran número de carretas y reposaban en la arena infinitas mulas. Tratábase de Chulo, la primera posta, donde existía una noria o puquio, y todos los que recorrían este camino se detenían allí, para dar de beber a los fatigados animales. Chulo quedaba a una altitud de 2.450 m.

También nosotros nos detuvimos media hora. A poco de llegar, escuchamos un lejano campanileo y observamos que una nueva tropilla de mulas, cargada de minerales, acababa de bajar por una abrupta quebrada de la montaña, y se dirigía a paso rápido al puquio anhelado. A la cabeza marchaba un bello animal blanco, sin carga, cuya cabeza estaba adornada fantásticamente con cintas y lazos rojos y que llevaba en el cuello una hermosa campana de plata; esta bestia que encabezaba la tropa era llamada "madrina"; le seguían sesenta mulas, que se movían siempre con mucha precaución, en fila india, cargadas cada una con cerca de tres quintales de minerales en capachos de cuero. Al final seguían seis arrieros, figuras hercúleas, tostadas por el sol, excelentes jinetes, bien armados, que estaban a cargo de un capataz.

Llegados a la posta, los arrieros desmontaron y se dieron prisa para librar a las mulas de sus cargas. De inmediato, los animales, que venían bañados en sudor, se dedicaron a revolcarse en la arena. Se les dio una ración de cebada y, una vez enfriadas, algo de agua. Los arrieros sacaron sus alforjas de cuero, pusieron harina tostada en un recipiente de madera,

le agregaron algo de agua y consumieron con gran avidez esa mezcla refrescante que constituía casi su único alimento.

Las carretas que se detenían eran tiradas por tres caballos o mulas, y transportaban a Copiapó pesados sacos de minerales de plata. Los carreteros y cuidadores se encontraban armados, como los arrieros.

Conocimos la carestía de la vida en el desierto cuando tuvimos que pagar un cuarto de peso por el agua que recibió cada caballo.

Prosiguiendo el viaje, salimos del valle a un amplio llano, que ofrecía un impresionante panorama. A nuestra espalda quedaban infinidad de cumbres y colinas cubiertas de arena y cantos rodados que parecían los montículos de millares de enormes toperas. A nuestra derecha se alzaba la cordillera de los Andes, con sus cúpulas, picos y barrancos oscuros que ascendían al cielo. Enfrente y a la izquierda se extendía, hasta donde alcanzaba la mirada, un mar de arena, ancho de muchísimas leguas, hasta la orilla del Océano Pacífico. Las ruedas de nuestro coche se hundían a menudo en la arena hasta un pie de profundidad, de modo que los caballos sólo podían avanzar al paso. Nos rodeaban nubes de polvo y los rayos solares quemaban tan intensamente que casi lamentábamos no haber hecho el viaje de noche. El camino estaba borrado por las arenas movedizas y sólo los incontables esqueletos de caballos, mulas y asnos dejados de pie sobre la arena, indicaban el rumbo que teníamos que seguir. En diversas partes del llano, las trombas elevaban masas de arena suelta, a veces hasta a más de mil pies de altura, formando un embudo, y apenas había desaparecido una de estas columnas, se alzaba otra cerca de ellas; solían verse varias simultáneamente. Si una tromba cogía a un hombre lo alzaba en el aire y en seguida lo precipitaba al suelo. Todo el llano parecía moverse como un mar que baja y sube. Uno veía acercarse los objetos más inverosímiles, como un buque, por ejemplo, y sólo cuando lo alcanzaba, reconocía que se trataba de espejismos del desierto. En la inmensa planicie no crecía nada, no encontraba el viajero ningún insecto o ser viviente; sólo de vez en cuando se veía un cóndor o un jote que despedazaban a un pobre

animal que había caído, exhausto. El viento, en vez de refrescar, era tan caliente que producía un efecto más asfixiante que reparador; el aire era tan seco y tan saturado de electricidad, que saltaban chispas al producirse alguna fricción.

Dos leguas más allá llegamos a una estrecha quebrada rocosa, por cuyos dos costados bajaban innumerables vetas cupríferas, cuyos bellísimos colores azules y verdes se destacaban sobre la roca madre oscura. Después de haber viajado cerca de un cuarto de legua por esta quebrada rocosa, alcanzamos otra casa de madera, situada a 3.322 pies sobre el nivel del mar, que era la posta de Cachiyuyo de Llampos. También aquí tomamos un descanso, a fin de que se repusieran los cansados animales. Quisimos reponernos con alguna comida y bebida, pero desgraciadamente sólo nos pudieron ofrecer anís "del mono" y charqui, de modo que tuvimos que lamentar no habernos abastecido en Copiapó de todo lo necesario.

Mientras nos desayunábamos frugalmente llegó de improviso, a toda carrera, un jinete bañado en sudor, cuyo caballo alcanzó precisamente a la posta y cayó redondo al suelo. Procuró, desesperadamente conseguir otro caballo. Por uno que valía menos de diez pesos, pagó ciento. Lo ensilló de inmediato y, sin perder un instante, continuó a toda carrera el viaje a Copiapó.

Habíamos recorrido un corto trecho por la arena, a escasa velocidad, cuando nos encontramos con un segundo jinete, y luego con varios más, que nos cruzaban a toda carrera y cuyas fisonomías apenas podían distinguirse bajo la tierra que las cubría. Después de avanzar una legua, llegamos a la cuesta de Puquios, a 5.358 pies de altitud, a cuyo pie se encuentra la tercera posta, Puquios. También aquí descansaban muchas carretas y mulas, cargadas con minerales de plata o de cobre, y supimos que se acababa de descubrir otra veta riquísima en Tres Puntas y que los jinetes que habíamos encontrado estaban empeñados en una carrera por ese hallazgo.

La vertiente que había en ese lugar era la más copiosa. No suministraba el agua solamente a los viajeros en tránsito y a los incontables animales, sino también al mineral de Tres Puntas, situado a una distancia de seis leguas, y a las minas



que se encontraban en un radio hasta de una legua de aquél, a todos los cuales el agua se transportaba en barrilitos, a lomo de asnos. Cada barrilito contenía aproximadamente doce cuarterolas y valía un peso.

Hasta una distancia de veinte pasos de esta vertiente se veía también algo de vegetación, y al lado de dos restaurantes crecían incluso algunos álamos. Había una gran cantidad de asnos que descansaban en el suelo o se movían por los alrededores; se les alimentaba sólo con cebada y eran empleados para el transporte del agua, que era de importancia, y en el de los minerales de cobre procedentes de las ricas minas situadas en las cercanías.

Desde allí se extendía una profunda quebrada hacia Oriente, donde se encontraban yacimientos de lignito, cuyas hermosas muestras me fueron exhibidas; a pesar de aflorar en capas bastante potentes, no se les explotaba. En uno de los restaurantes había, afortunadamente, café, pan, huevos e incluso un pollo para el almuerzo. Este último costó, por cierto, cinco pesos, y cada huevo, dos reales.

Confortados, volvimos a subir a nuestro coche, a fin de recorrer las últimas seis leguas.

Si el camino había sido bastante malo hasta entonces, se volvió en seguida pésimo, pues la arena era profunda, y el terreno ascendía tanto, que creímos varias veces que no alcanzaríamos Tres Puntas en el día. También el calor y el polvo eran más insoportables que antes. Por fin, después de varias horas, alcanzamos una altura, desde donde se nos ofreció, para indemnizarnos de nuestros padecimientos, un magnífico panorama.

Mirando hacia atrás, podíamos reconocer gran parte del camino que habíamos recorrido. A la derecha, los Andes presentaban un aspecto, en realidad sorprendente, debido a que en los promontorios antepuestos a ellos afloraban las sustancias metálicas. Se podía ver un cono totalmente rojo, que consistía en óxido de fierro casi macizo; a su lado se encontraba otro totalmente blanco, cruzado por amplias vetas de la más hermosa malaquita verde y otras azules, también de cobre; un poco más a la derecha se elevaba un cerro de color

amarillo azufre, y junto a él, otro, negro, con una red de blancas vetas de cuarzo.

De esta manera se veían brillar más de treinta cerros de diversos colores, muy intensos, iluminados por el sol de la tarde. Directamente frente a nosotros, a una distancia de cerca de media legua, se elevaba en medio del desierto un cordón aislado de unos 800 pies de altitud, cuyas tres puntas se podían observar desde lejos y cuyos faldeos estaban horadados por innumerables piques cubiertos de desmontes.

Al pie de este cordón estaba situado Tres Puntas, en forma de terrazas superpuestas, y desde allí se extendían las innumerables minas hasta el cerro por el que habíamos llegado, en un radio de media legua. Después de haber contemplado con gran placer este pintoresco paisaje hasta la caída del sol, apuramos el paso y llegamos a alojarnos en el único hotel existente.

Tres Puntas se encuentra situado a 26° 40' de Lat. S., a 6.066 pies sobre el nivel del mar. El hotel se encontraba en una plaza no pavimentada cubierta por harapos, donde descansaban porcinos y asnos entremezclados; el aire apestaba con el olor de numerosas cabezas de vacunos y perros muertos botados en las calles. Nuestro albergue era solamente una casa de tablas, a la que tenía libre acceso el viento helado de la tarde, a través de grandes rendijas en las paredes. Después de habernos lavado —dos reales nos cobraron por el agua— y de haber comido al precio de 10 pesos por un bisteque a lo pobre y café, buscamos, cansados, un rincón en el suelo, para envolvernos en nuestras frazadas y prepararnos para los trabajos del día siguiente por medio del sueño.

Pero apenas nos habíamos dormido, las piezas del hotel comenzaron a llenarse con empleados de las minas, acompañados por muchachas con arpás y guitarras; se dieron a jugar, cantar y bailar, y a beber champaña en verdaderos raudales. Por desagradable que fuera para nosotros, no podíamos rechazar las insistentes invitaciones, y nos vimos obligados a participar en la remolienda, que duró hasta cerca de la madrugada. Pero tampoco pudimos conciliar el sueño cuando se hubo restablecido la tranquilidad en la casa. Toda la po-

blación y su vecindad se encontraban minadas por los piques y cliflones, donde trabajaban más de mil mineros de día y de noche. El permanente estruendo de las explosiones y el incesante temblar de la tierra nos espantaban a cada momento.

Salimos del hotel muy de madrugada, cuando reinaba todavía bastante frío, y recorrimos la población, a fin de conocerla. Consistía en unas 80 chozas, construídas con tablas y cortezas de palmera. Si la plaza era desaseada, las calles lo eran mucho más. El pie se hundía en la arena hasta el tobillo, y por todas partes habían botado grandes cantidades de harapos, cuyos montones eran mayores que los que habíamos observado el día anterior. Al examinarlos desde cerca, advertí que se trataba sólo de ropa sucia, pues como una camisa nueva de algodón costaba seis reales y había que pagar un peso para lavarla, debido al elevado precio del agua, era costumbre general tirar a la calle toda la ropa sucia y mudarla por nueva. Nadie se preocupaba del aseo de las calles. Como también la madera era muy cara, se empleaban los cráneos de los vacunos, con sus cuernos, para cercar los sitios, colocándolos unos encima de otros. Los carniceros suministraban diariamente más cráneos, los cercos crecían y el resultado no sólo era repugnante de ver, sino que las exhalaciones apestaban también la atmósfera muy desagradablemente.

Como en Copiapó, todas las viviendas estaban blanqueadas.

Existía también una capilla, pero como en esta población reinaba poca moral, los habitantes no concurrían ni a misa ni a confesarse y tampoco se casaban o bautizaban a sus hijos. Así, el sacerdote que se había establecido en un principio, se vio obligado a abandonar el lugar para no morir de hambre.

Por lo que respecta a mujeres, vivían en la placilla más de cien muchachas de vida alegre, que había afluído no sólo desde el resto del país a este Eldorado, sino también desde las repúblicas vecinas. En cambio, había muy pocas mujeres casadas, pues los comerciantes, tenderos y dueños de chinganas y cantinas no podía exigir a sus esposas que los acompañaran al desierto, a vivir entre este desecho del género humano.

La parte principal de los edificios eran locales de venta de toda clase, donde se ofrecía vestuario, alimentos, herramien-

tas mineras, etc. Otras casas eran chinganas y garitos, y muchas estaban ocupadas por prostitutas. Los mineros vivían todos en sus minas, y sólo acudían a la placilla el día sábado, cuando inundaban verdaderamente el lugar, donde permanecían hasta el domingo en la tarde, derrochando el dinero que ganaban con tanto esfuerzo.

También estaba estacionado aquí un juez, que tenía a su disposición a un oficial con diez soldados, para mantener el orden público; pero el servidor de la justicia tenía nada o poco que hacer: estaba dedicado principalmente al juego y al *tinto*.

En este tiempo se trabajaban en este distrito minero 62 minas de plata, que ocupaban unos dos mil obreros.

Se necesitaba un capital exorbitante para mantener a esos obreros. El patrón debía pagarles sus salarios —que eran de 103 pesos mensuales para el mayordomo, 51 para los barreteros y apires y 30 para los simples peones— y, además, proporcionarles vivienda, pensión y agua libres, todo lo cual era muy difícil y costoso conseguir, pues —como ya se dijo— tenía que acarrear todo desde lejos por medio de carretones y mulas.

Las viviendas no eran, por cierto, edificios de lujo; ni contenían un menaje costoso. Sus murallas eran de piedras acumuladas (pircas), sobre las cuales se afirmaba un andamiaje de varas, cubierto de juncos; algunas tablas servían para confeccionar puertas, tabiques interiores, bancos y mesas.

Según la importancia y el personal de las minas, había en ellas uno o más de estos edificios, donde vivían los empleados y se guardaban los materiales y víveres. Alrededor de la construcción principal se encontraban, de acuerdo con el número de operarios, otras casas menores, construidas de la misma manera, donde los mineros vivían de a dos, cuatro o doce; había otra choza similar para la herrería y una para la cocina.

Así, la vivienda podía resultar económica, pero la alimentación de los obreros era cara, a pesar de ser de lo más sencilla. Cada minero recibía en la mañana una libra de pan blanco y 16 higos secos; para el almuerzo, una fuente grande de frejoles, guisados con grasa y condimentados con mucho ají; y,

para la comida, una mazamorra de harina tostada; además, todos los domingos, 10 onzas de charqui.

Si se quería comer en Tres Puntas algo mejor que los porotos corrientes, ello era muy caro.

La libra de carne fresca costaba, por ejemplo, seis reales; una papa o una cebolla, un real; una sandía, un peso; una botella de cerveza, un peso y cuatro reales, etc.

Los administradores y mayordomos de minas más importantes recibían una asignación especial en dinero para alimentos.

A fin de reducir los gastos excesivos, en gran parte de las minas sus patrones habían instalado pulperías en las que vendían a los obreros todos los artículos y productos que necesitaban o deseaban. Los precios eran muy elevados y a fin de mes se le descontaba a cada obrero, de sus salarios, el valor de sus compras. Ocurría frecuentemente que los obreros no sólo habían gastado en la pulpería el total de su salario mensual, sino que quedaban en deuda. Para los dueños de las minas era ésta la situación más favorable, pues ganaban el 50% en la venta de las mercaderías, no necesitaban pagar el salario en efectivo y podían contar con la seguridad de que el obrero le trabajaría al mes siguiente, pues todo obrero que tuviera un saldo en contra, estaba legalmente obligado a seguir trabajando en la mina y no podía ser contratado por otra. Pero, por desgracia para los patrones, sucedía frecuentemente que los mineros que habían pedido muchas mercaderías y debían fuertes sumas huían a otros distritos mineros y quedaban fuera del alcance de la justicia.

Estaba prohibido vender en la mina, vino, cerveza, aguarriente y licores. En cambio, cada minero, antes de entrar y a la salida de las labores acostumbraba beberse un mate. Esta bebida se preparaba colocando la yerba en un recipiente que, por lo general, era una pequeña calabaza, que se llenaba con azúcar y agua hirviente. La infusión se sorbía, lo más caliente posible, por medio de un tubito.

Una libra de yerba mate o de azúcar costaba cuatro reales. Los operarios consumían azúcar en grandes cantidades, y ocurría frecuentemente que un obrero gastaba todo su salario en la compra de yerba y azúcar. Debe agregarse que la República

de Chile es, entre todos los países del mundo, el que consume más azúcar por habitante.

Los mineros bebían poco café, pero gastaban mucho en sandías y cigarrillos. La venta de estos dos artículos producía a los dueños de minas una gran utilidad, pues compraban las sandías en Copiapó a un real por unidad y despachaban cargamentos de carretones completos a las minas, donde las vendían a peso. También consumían los mineros grandes cantidades de harina tostada.

Como se hacían tantos reconocimientos en este distrito minero, de los que no se sabía si iban a dar buenos resultados, se procuraba hacer los menores gastos que fuese posible, hasta haber determinado si una veta o manto era explotable. Pero como la ley prescribía que en cada mina hubiera, como mínimo, un mayordomo, dos barreteros, un apir, un cocinero y un encargado de abastecerla de leña y agua, lo que representaba un gasto mensual de unos 500 pesos, se procuraba economizar haciendo que el mayordomo fuese, al mismo tiempo, barretero; el otro barretero, herrero; y el apir, cocinero. Esto permitía reducir los gastos de una manera muy apreciable.

De las minas argentíferas que se explotaban en el distrito de Tres Puntas, seguían caracterizándose por su fabulosa riqueza las dos descubridoras: *Buena Esperanza* y *Al Fin Hallada*, pues cada una daba más de un millón de pesos de utilidad neta al año. Desde hacía algunas semanas se había comenzado a explotar vetas potentes de plata casi pura en una mina próxima a *La Salvadora*, de modo que parecía que las utilidades de ésta iban a resultar aún más grandes. Como uno de los dueños de esta rica mina me había entregado una orden para el administrador y rogado que la visitara y examinara, me dirigí pronto a ella.

La mina *La Salvadora* se encontraba a sólo unos cien pasos de nuestro hotel. Su edificio era un gran galpón de tablas, separado en cuatro partes por medio de tabiques. Una era habitada por el administrador, otra por los empleados, la tercera contenía la bodega de los alimentos y la cuarta, la de los minerales extraídos. En la cercanía de esta construcción había otra muy similar, donde vivían todos los obreros; al lado se

encontraban la cocina y la herrería. Frente a estos edificios se extendía la cancha, un recinto amplio y plano, rodeado por una pirca. Al centro de la cancha se abría la entrada a la mina, donde se encontraba estacionado un empleado, cuya misión consistía en examinar a todos los obreros que salían del yacimiento para ver si no sacaban ocultos trozos de plata. Alrededor de la salida se acumulaban los minerales extraídos, y varios obreros, sentados en un círculo, estaban ocupados en el pallaqueo, es decir, en separar la plata, que se encontraba aquí en forma metálica, de la roca estéril, lo que hacían con la ayuda de martillos, formando pequeños trozos con la plata.

A un lado estaban sentados dos empleados, fumando cigarrillos y observando cada movimiento de los obreros, a fin de evitar el hurto de minerales ricos. Los minerales a la vista en la cancha valían a lo menos 13.000 pesos y consistían en bloques de plata casi pura y peso de 3 a 4 quintales, o en trozos desmenuzados por los obreros. Tratábase principalmente de sulfuros de plata, rosicler, plata antimoniada sulfurada negra, plata gris, combinaciones con arsénico y antimonio y polibasita, que se presentaban aquí en calizas y baritina.

Si esta riqueza ya me impresionó sobremanera, acostumbrado como estaba al beneficio de los minerales pobres que se conocen en Europa, mi admiración fue en aumento cuando el administrador me condujo al depósito de plata, donde se encontraban minerales argentíferos por valor, quizá, de 30.000 pesos. Había allí muchas muestras dignas de figurar en un museo y lamenté que estuvieran destinadas a ser fundidas.

Era costumbre que se entregara al visitante de una mina una muestra rica, por lo cual el administrador me ofreció una y me permitió también que eligiera en el depósito una pequeña colección de los diversos minerales, ofrecimiento que me fue, naturalmente, muy grato.

El traje de los mineros consistía, sin salvedad, en una camisa de algodón, sobre la cual llevaban el poncho; pantalones blancos y muy amplios, que les alcanzaban hasta la pantorrilla; un cinturón de cuero alrededor del cuerpo, del que colgaba, cuando salían, un cuchillo largo de pie y medio; un pañuelo rojo amarrado en la cabeza y un pequeño sombrero de

paja encima de él. El calzado eran las llamadas ojotas, que fabricaban ellos mismos, colocando para este fin el pie encima de un trozo de cuero fresco de buey, de dos pies cuadrados de superficie, que recortaban y luego amarraban encima del pie.

Para conocer el interior de la mina, entré por un chiflón, acompañado del administrador. La galería estaba construida en zig-zag y tenía una hondura de unos 350 pies. La veta más rica de baritina tenía una potencia de cuatro pies y medio, con rumbo de Norte a Sur e inclinación de 15°; consistía a menudo, en toda su potencia, en plata casi pura. Vi bloques de ella en el suelo, que pesaban hasta seis quintales y eran despedazados con hachas para poder extraerlos. El alumbrado se hacía con velas de sebo; cada minero disponía de una, afirmada en la punta de su bastón. Todos trabajaban casi desnudos. No me pude cansar de admirar la fuerza y los músculos de los barreteros, que daban frecuentemente veinticinco a treinta golpes seguidos con un combo que pesaba veinticinco libras. Me llamaron igualmente la atención los apires, que, cargando un capacho de cuero con un quintal y medio de minerales, subían a menudo cantando, por un camino de 900 pies de largo y muy empinado; viaje que hacían cerca de doce veces en 24 horas.

Como en los barreteros los músculos de los brazos, eran hercúleos los de las pantorrillas en los apires.

No había horas determinadas de trabajo, pues alternaban sus labores los barreteros y los apires. Una vez que los primeros habían terminado su trabajo, que consistía en perforar y volar el mineral, se retiraban y entregaban el campo a los apires, encargados de transportar a la superficie los minerales y rocas desprendidas. Despejado un chiflón, los barreteros continuaban su labor. De esta manera se trabajaba en forma ininterrumpida, día y noche, semana tras semana.

Las construcciones interiores de las minas resultaban muy sencillas y adaptadas a las condiciones, que eran muy favorables pues, siendo el cerro completamente seco, los chiflones no necesitaban refuerzos de madera y el aire era limpio. Los chiflones tenían seis pies de alto y cinco de ancho.

Hasta aquel tiempo se hacía toda la extracción con la ayu-



da de apires, que salían a la superficie con sus capachos al hombro; pero ya se había construido un pique vertical hasta los planes, y se estaba instalando un malacate movido por caballos para la extracción de los minerales.

A pesar de las medidas de precaución descritas, que estaban destinadas a impedir el hurto de minerales ricos, los minerales sustraídos clandestinamente eran muy cuantiosos, en ésta como en todas las minas. Era ello una consecuencia natural de que una parte apreciable de los obreros pertenecían a la hez de la humanidad y sabían engañar a los cuidadores, por mucha vigilancia que pusieran; frecuentemente también ello era posible gracias a concomitancias entre los obreros y los mayordomos.

Así había ocurrido aquí, poco antes, el caso de que los obreros, de acuerdo con los mayordomos, habían prolongado clandestinamente un chillón hasta el exterior, a través del cual extraían de noche los minerales más ricos, en grandes cantidades. Al descubrirse este robo, no era posible castigar a todos los empleados y obreros, pues, en primer término, no existía, en el lugar poder suficiente para ejecutar el castigo de todos, pero, además, en tal evento la mina habría quedado sin personal. Por tales razones, la administración se limitó a echar a los mayordomos e impuso una inspección y supervigilancia más severas.

Como los obreros ya no podían cometer hurtos en la cantidad que antes les había bastado para pagar sus necesidades, un gran número de ellos tramaron una conspiración destinada a saquear en una noche la mina y su depósito de minerales. Noticiado, el administrador se había dirigido a la autoridad en Copiapó, solicitando un piquete de soldados de confianza para la protección de la mina.

Cuando regresé a mi hotel —era día sábado en la tarde, el último del mes de mayo de 1852 y día de pago— encontré el local y la placilla entera invadidos por los mineros. Todas las chinganas, cantinas, garitos y demás casas públicas, estaban repletas de mineros, como también las tiendas, y en el poblado, normalmente tan tranquilo, reinaba una loca animación.

Por curiosidad, visité con mi amigo la mayor de las chinga-

nas, para conocer los bailes nacionales. Dos soldados se encontraban en la puerta de acceso, fusil en mano, para mantener el orden, pero sólo conseguían que los centenares de obreros, provistos de sus cuchillos, se burlaran de ellos. El local era una gran carpa, donde bebían, cantaban y jugaban unos cuatrocientos mineros con prostitutas; sobre una tarima, que era una especie de escenario, una pareja bailaba la zamacueca, con acompañamiento de la música más frenética y la gritería del gentío, esmerándose las muchachas en destacar sus atractivos, como es natural. Nosotros nos sentíamos como entre bandidos y asesinos, por lo cual nos mantuvimos cerca de la entrada, a fin de poder retirarnos en cualquier momento. Es preciso imaginar las figuras hercúleas de los mineros con sus penetrantes ojos negros, sus cabelleras más negras aún, un fantástico pañuelo colorado, el poncho rojo sobre el hombro, el cuchillo largo y afilado en el cinturón, los rostros tostados por el sol y excitados por el juego, el baile y el alcohol, para comprender los sentimientos que nos animaban.

Apenas se nos reconoció como forasteros, se nos brindaron grandes *potrillos* de vino, cerveza, aguardiente y ponche y nos invitaron a sentarnos al lado del proscenio donde se bailaba, invitación que aceptamos.

Nos habría agradado permanecer más tiempo allí, pero un incidente grave nos obligó a abandonar el local. En efecto, un criminal embriagado creyó reconocer en mi amigo a un juez de Copiapó que lo había mantenido mucho tiempo en el cepo; se precipitó sobre él, y sin duda lo habría perforado con su cuchillo, si no se hubiera adelantado otro en protección de mi amigo, acuchillándolo a él mismo, de modo que se precipitó al suelo. Gravemente herido, fue sacado al aire libre, para que no perturbara el baile y las diversiones; el valiente defensor, por su parte, fue aclamado entusiastamente, y nosotros aprovechamos el bullicio para retirarnos después de hacerle un regalo.

Llegados a nuestro hotel, reconocimos de inmediato que habíamos huido del fuego para caer en las brasas, pues el edificio estaba repleto de empleados, entre quienes se había iniciado una pelea con motivo del juego. Mientras en el local

que acabábamos de abandonar había salido a relucir sólo un cuchillo, se les veía aquí en manos de todos los miembros de los dos partidos opuestos, que se lanzaban amenazas de muerte. Tomamos rápidamente nuestros ponchos y huimos a *La Salvadora*, donde el administrador nos acogió muy amablemente. Pero tampoco aquí se podía pensar en dormir, pues se esperaba, de un minuto a otro, el asalto de los complotados y las tropas auxiliares de Copiapó todavía no habían llegado. No era para nosotros, por cierto, una situación muy agradable, pero no había remedio: tuvimos que mantenernos en pie, a fin de defendernos si ocurría el ataque, o de huir si los bandidos se mostraban superiores, pues no se podía contar con la cooperación de los obreros de la mina.

De este modo pasamos la noche con el administrador y unos doce empleados, bien armados, envueltos en nuestros ponchos alrededor de una fogata, temiendo el ataque en cualquier momento. El bullicio de la placilla se escuchaba sordamente, y a veces se acercaba una horda, con espantosa gritería, amenazando asesinar a todos los que se encontraban en nuestro edificio. Creíamos entonces que el ataque se iba a realizar y ocupábamos nuestros puestos de combate para disparar la primera salva, pero siempre volvieron a retirarse. De esta manera pasó la noche, y en la madrugada se restableció la calma. Escapamos con una trasnochada, mientras que en caso de un ataque nuestras vidas habrían corrido el mayor peligro, pues, tan pronto hubiéramos disparado y hubieran caído muertos o heridos sobre el terreno, no se nos habría perdonado la vida.

La mañana del domingo ofreció escenas muy interesantes. Innumerables mineros y prostitutas *dormían su mona* en la plaza y en las calles, sobre la arena, mientras que algunos empleados estaban todavía sentados alrededor de la mesa de juego, cubierta de oro, y otros dormían en el suelo, revueltos, entre botellas de champaña.

Muy característica era la costumbre de los mineros, de acuerdo con la cual nadie debía poseer un céntimo en la mañana del lunes siguiente al día de pago, al iniciar de nuevo el trabajo. El que no lo había gastado todo el domingo, era tratado con menosprecio. Es fácil comprender lo que, de acuerdo con

esta costumbre, ocurría en el pequeño pueblo, al cual se dirigían los sábados cerca de mil mineros, de los que ninguno poseía menos de dos onzas, y muchos, cuatro o seis, las que *tenían* que ser gastadas. Los jornales se pagaban casi únicamente en monedas de oro; las de plata eran muy raras, y no las había de cobre. Primero, los mineros compraban ropa nueva: pantalones, ponchos, sombreros. Se ponían estas prendas inmediatamente en la tienda y tiraban a la calle las viejas. Las cosas arrojadas fuera de los negocios se acumulaban, a menudo, en tal forma que cubrían totalmente la plaza y las calles. Una vez que se habían vestido ellos mismos, los mineros compraban también ropa para sus Dulcineas, quienes echaban en seguida, igualmente, las prendas sucias a la calle.

Me admiraba frecuentemente el orgullo que manifestaban los mineros ante los mercaderes y el derroche con que hacían sus compras. Un minero no preguntaba jamás por el precio de un objeto, sino que elegía cuanto deseaba poseer y averiguaba en seguida el precio total del lote, pagando siempre más de lo que se le pedía. Si había elegido, por ejemplo, mercaderías por valor de diez pesos y el comerciante, conocedor del orgullo del minero, le había pedido quince por ellas, éste le arrojaba una onza (17 pesos y 4 reales), y se alejaba, sin llevar el vuelto: no se trataba de casos aislados, sino que de una costumbre general.

En la plaza y las calles se veían diversos grupos que se deleitaban jugando a la raya. Este juego consiste en que se traza una raya en la arena y se tiran, desde un determinado lugar, monedas hacia ella; quien ha arrojado la moneda más cercana a la raya, se lleva todas las demás. Yo había jugado este juego en mi juventud con fréjoles; aquí se hacía con cuartas y medias onzas y onzas completas.

Cuando caía la noche, todos se dirigían a los locales públicos. Si en la mañana los grandes negocios los habían hecho los tenderos, eran ahora las prostitutas las destinadas a lograr un rico botín, arrebatando a los mineros, ya ebrios, la última moneda de oro que les quedara. Muchos que habían adquirido ropa nueva en la mañana y no podían pagar ahora los consumos, eran despojados y arrojados a la calle casi desnudos por

los dueños de los locales de diversión. Los así tratados se veían en la necesidad de recoger en la calle las prendas más indispensables para cubrir sus vergüenzas; se acostaban luego en la arena, *dormían la mona*, y regresaban el lunes a la mina, donde continuaban realizando su labor pesada y peligrosa durante un mes, después del breve goce que habían tenido en la placillá. Aquellos que habían ganado en el juego y no sabían cómo gastar su dinero, pedían ponche para las muchachas y los amigos, pagando una onza por *potrillo*, a pesar de tratarse de una mezcla de agua, vino y licores, que no le costaba más de un peso y cuatro reales al cantinero.

Por interesante que fuera este día para mí, la noche que caía y el espantoso griterío de los centenares de embriagados, volvían a llenarme de preocupaciones por la suerte de la mina *La Salvadora*, como también por mi situación personal y la de mi amigo. Era imposible permanecer en el hotel, y tuvimos que resolvernos, mal que nos pesara, a pernoctar de nuevo en la mina. Repentinamente, se escuchó un terrible bullicio y poco después vimos cómo dos figuras hercúleas, seguidas por miles de mineros que gritaban estridentemente, se dirigían desde una de las chingañas a la plaza. Tratábase de un duelo a muerte, un duelo minero. Después que el gentío había formado un amplio círculo, y los duelistas se habían desprendido de sus ponchos, sombreros y camisas, se sentaron en el centro, el uno al lado del otro. Se les amarró juntos, a fin de que no huyera ninguno por cobardía, lo que habría constituido una gravísima ofensa para el honor minero, y luego, a una señal dada, se precipitaron los dos luchadores como tigres uno contra el otro. La lid no permaneció mucho tiempo indecisa. Uno hundió hasta la empuñadura su cuchillo en el pecho del otro, pero éste ya le había abierto la barriga lo suficiente para que salieran los intestinos. El primero expiró de inmediato en la plaza misma, y el otro lo hizo media hora después, en medio de terribles padecimientos. Gritando locamente y lanzando bravos, el gentío regresó de nuevo a sus locales, donde volvieron a animarse el baile, el juego, el canto y la borrachera.

Espantados por este duelo cruel, y sintiéndonos muy poco seguros al aire libre, donde los borrachos, cuchillo en mano,

discutían y peleaban por todas partes, nos apresuramos a volver a *La Salvadora*, donde acababa de llegar un nuevo piquete de soldados al mando de un capitán y dos tenientes, para nuestra gran satisfacción y, sobre todo, para alegría del administrador. Después de haberse refrescado medianamente, los jefes y soldados tenían el propósito de descansar, pues estaban muy fatigados de la larga marcha, pero, en esos instantes, el bullicio en la plaza aumentó de tal manera que el capitán se vio en la necesidad de ordenar la intervención de la tropa. Los principales autores del tumulto fueron encarcelados, y parecieron restablecidos el orden y tranquilidad.

Pero cerca de la media noche se escuchó de nuevo un espantoso bullicio. Centenares de mineros se precipitaron a la cárcel, desarmaron a la guardia y pusieron en libertad a los detenidos. El capitán dio orden de disparar, pero los soldados, conscientes de su debilidad frente a la muchedumbre que se arrojaba sobre ellos con sus largos cuchillos, rindieron las armas. El capitán y los oficiales fueron llevados a la cárcel y en seguida se inició el avance contra *La Salvadora*.

Nuestra situación llegó a ser crítica en extremo, pues los soldados, en vez de proteger la mina, se unieron a los mineros para apoderarse de la cancha y robar junto con ellos.

No era posible seguir defendiendo la mina en tales circunstancias, y sólo cabía pensar en la salvación de nuestras vidas y las de los empleados, de modo que dejamos todo abandonado y entregado al saqueo. Este duró hasta la madrugada. Cada cual se apoderó de la mayor cantidad de minerales que pudo y los enterró en la arena, cerca de la mina, a fin de venderlos en su oportunidad. Pero los cabecillas del robo y los soldados cargaron unas mulas con su botín y víveres para huir a través de la cercana frontera.

A la salida del sol se ofreció un golpe de vista desolador. Reinaba casi absoluta tranquilidad, pues los mineros habían regresado a sus minas; sólo algunos ebrios y prostitutas estaban tendidos, inconscientes o heridos, en la plaza y las calles; peor todavía era el aspecto que ofrecían los locales. Los oficiales fueron puestos de inmediato en libertad y emplearon

en el servicio de seguridad a los pocos soldados que afirmaban no haber participado en el robo.

En las circunstancias reinantes, no podía pensar en visitar otras minas y, como en tres noches apenas había dormido y necesitaba reposo, me dirigí a caballo con mi amigo Engelhard a la mina *Buena Esperanza*, que quedaba a sólo media hora de la placilla y, bajo la administración de un amigo británico, se mantenía tranquila. Por ricas que fueran la *Al Fin Hallada* y *La Salvadora*, las aventajaba la mina *Buena Esperanza*, que había suministrado más de un millón de pesos de utilidad neta al año, desde su descubrimiento.

Aún cuando me habría interesado visitar la mina, no se me permitió. Como todo el terreno vecino había sido solicitado hasta una distancia apreciable y se estaban explotando chiflones por medio de los cuales se esperaba alcanzar la veta rica de *Buena Esperanza*, se guardaba el más absoluto secreto acerca de las construcciones de la mina, por temor a molestias de parte de las minas vecinas, lo que permitía la ley, de acuerdo con lo ya explicado.

Al día siguiente realicé con mi amigo Engelhard la medición de la mina vecina, *Buena Ventura*, que me había encomendado el Intendente. En seguida mi amigo regresó a Copiapó con los planos, y yo volví a *La Salvadora*, donde esperaba encontrar condiciones más tranquilas.

No me equivocaba, pues ya había llegado una compañía de línea desde Copiapó, como también un nuevo juez. De inmediato se efectuaron allanamientos, a fin de detener a los ladrones y recuperar los minerales robados. Pero esas diligencias tuvieron un éxito muy escaso, pues los ladrones trabajaban tranquilamente en las minas, o habían huido a través de la frontera; en todo caso, las menas estaban enterradas, en previsión de un allanamiento.

A fin de evitar la repetición de tales hechos, se promulgó un reglamento, de acuerdo con el cual: 1º. Todos los locales debían ser clausurados diariamente a las 9 horas, incluso los sábados y domingos; 2º. Sería arrestado todo individuo no domiciliado en el lugar y que se encontrara en la calle después de las 9 de la noche; y 3º. Se procedería a arrestar igualmente

a todos los obreros que frecuentaran la placilla en los días de semana, sin permiso de su administrador, como también los desocupados y promotores de tumultos y peleas que perturbaran la tranquilidad pública.

A los condenados se les empleaba en trabajos públicos por un tiempo proporcional a la gravedad de su falta, y a los detenidos se les ponía en el cepo. Este consistía en dos vigas pesadas, largas de unos quince pies, puestas una encima de la otra. A una distancia de tres pies las unas de las otras, había en ellas aberturas circulares, de cinco pulgadas de diámetro, centradas sobre la juntura de las dos vigas, de modo que en cada una de éstas había una escotadura semicircular que calzaba con la otra exactamente. Al llegar un nuevo detenido, se levantaba la viga de arriba, debiendo tenderse el infeliz en el suelo y colocar una pierna en la abertura, de modo que el pie quedara a un lado de la viga y el cuerpo al otro. En seguida, se bajaba la viga superior, que era unida por un candado con la inferior, dejando aprisionado al culpable, pues la abertura sólo permitía mover el tobillo, pero no sacar el pie. De esta manera se encontraban en el cepo a menudo, cinco condenados durante seis, doce o veinticuatro horas, aguantando el calor del día o el frío de la noche, de espaldas o tendidos sobre la barriga, y quien había sido condenado a varios días de cepo, podía pedir que se le cambiara de posición cada doce horas.

Los ladrones eran tendidos sobre la barriga y recibían después de cada comida, como postre, cierta cantidad de azotes.

## Capítulo X

### LAS CONDICIONES GEOGNÓSTICAS Y LA GRAN RIQUEZA MINERA DE LA REPUBLICA DE CHILE

La República de Chile se caracteriza por grandes riquezas de minerales de oro y plata en sus dos provincias septentrionales de Atacama y Coquimbo, y es, al mismo tiempo, el país más rico en cobre. Esta riqueza minera ha rendido hasta ahora



enormes sumas y, por todo ello, creo que es interesante y útil, dar a conocer algunos datos sobre esas materias, en relación con mis opiniones personales.

Se encuentran todavía incalculables riquezas inaprovechadas en las montañas, el desierto y en las quebradas y valles andinos, como también en las todavía impenetrables selvas del sur, cuya explotación estará reservada a una generación posterior.

La República de Chile, se extiende desde el paralelo de 24° de Lat. S. hasta el Cabo de Hornos, situado a 55° 58'40", es decir, sobre 30 paralelos o 450 leguas alemanas de Norte a Sur y tiene una anchura media de sólo 14 leguas.

En toda su extensión, su parte oriental está ocupada por la Cordillera de los Andes y la occidental, cerca del Océano Pacífico, por la Cordillera de la Costa.

Pero, además, se eleva en la parte septentrional un cordón que ocupa desde allá hasta 40° de Lat. S. una posición intermedia entre aquellas dos cordilleras y que divide hasta esa latitud el país en dos valles longitudinales: es la Cordillera Central. Desde los 40° de Lat. S. hacia el Sur, en cambio, sólo existe una planicie, que termina en la Cordillera de la Costa \*.

La extremidad septentrional del país consiste, en gran parte, en un desierto, y sólo donde existen riachos, que corren de la cordillera andina al océano, suministrando al suelo la fecundidad necesaria, se presentan pequeñas zonas —verdaderos oasis— donde la vegetación puede ser considerada como exuberante; todo el resto del territorio es estéril y ofrece un aspecto pelado y desolador.

La mitad austral del país, en cambio, ostenta una abundante vegetación, que aumenta de grado en grado, para transformarse desde los 38° de Lat. S. en adelante, en una selva virgen e impenetrable.

---

\* Esta idea de Treutler, de que existe una cordillera intermedia entre la de la Costa y la de los Andes, no corresponde a la realidad. Sólo se podría explicar por su conocimiento de la provincia de Atacama, donde hay algunos cordones aislados en la parte central del territorio, que permitirían llegar a aquella interpretación. En ningún caso puede generalizarse la misma, sin embargo, en la forma como lo hace el autor. No menciona, en cambio, los cordones transversales, que representan en la parte septentrional elementos mucho más característicos del relieve. (N. del T.).

La Cordillera de los Andes presenta una serie de gigantescas cumbres, entre las cuales mencionaré el Copiapó, el Ramada y el Tupungato, cada uno con más de 6.000 m., y el Aconcagua, con 6.834 m. A través de la cordillera conducen muchos pasos a la República Argentina, cuatro de los cuales alcanzan la formidable altitud de 4.000 m. El paso principal, que une especialmente a las dos repúblicas, es el de Uspallata, con 3.927 m.

Después de la América Central, Chile es la región donde abunda más el volcanismo, y existen en la cordillera andina cerca de veinte volcanes activos, que se extienden sobre 16 paralelos. De ellos, se encontraban en erupción el Villarrica y el Antuco, los que tuve frecuente oportunidad de observar desde las cercanías.

En lo que se refiere a las condiciones geognósticas de la Cordillera de los Andes, ellas consisten principalmente en formaciones estratificadas y metamórficas, que han sido solevantadas por rocas eruptivas, y casi todo el cordón de esa montaña y sus cumbres están constituidas por pórfido estratificado. Las riquísimas vetas y mantos de plata y cobre se encuentran sobre todo en la Cordillera Central. La de la Costa, en cambio, cuya altitud es, por lo general, de 800 a 1.200 pies, consiste en lo esencial en granito, una roca que pasa al Sur a gneis y mica-citas, y en parte también a diorita, sienita y grünstein. Por lo general, está cubierta de una capa de arcilla roja y cruzada por vetas cuarcíferas de diferentes potencias, presentándose en ella sobre todo el oro.

Este último metal se encuentra propagado en tal forma en todas las provincias de la República, sus valles, quebradas y llanuras, que un famoso historiador dio al país, en parte por el oro, en parte por su configuración geográfica, el nombre de vara aurífera. El oro se presenta en las provincias septentrionales —sobre todo en la Cordillera Central— en forma metálica en vetas de cuarzo, y en la provincia de Talca, en piritas y calcopiritas. El mineral es obtenido en minas, se le muele en trapiches y extrae con mercurio.

Por lo general, la minería del oro se encontraba, sin embargo, muy decaída, sobre todo desde que se descubrieron las ri-

cas vetas argentíferas, que ejercieron una intensa atracción sobre los empresarios y mineros.

En la región austral, el oro era obtenido especialmente en la Cordillera de la Costa, en el gneis y las micacitas. Pero su mayor frecuencia estaba ligada al aluvión de las llanuras que se extienden entre la cordillera principal y la de la Costa. Tenía su origen en el granito y cuarzo que se encuentran en ella en descomposición, como lo atestiguan claramente las partículas de granito, cuarzo y feldespatos que lo acompañan, y se le recogía, a veces, en forma de trozos pequeños y macizos, en ocasiones con peso de algunas libras, pero, por lo general, se presenta en la de granos aplanados, pajitas y polvo.

El oro que se encontraba en estos distritos como placeres o lavaderos, era recuperado de la manera más sencilla. Para reconocer si el terreno era aurífero, se echaba algo de arena o tierra en un cuerno de vacuno, lavándola con agua. Si el resultado era favorable, se aplicaban dos métodos para obtener el oro: si éste provenía de alguna falda de las serranías, se cavaban canales de un pie de ancho e igual profundidad, conduciendo agua a ellos durante el período de las lluvias, a la que se echaba en seguida la tierra aurífera. Como el oro, debido a su peso específico, se precipitaba de inmediato en el suelo, se cortaba el agua todos los días, lavándose en seguida la arena que se encontraba en el fondo de los canales en una *challa*, que es un plato de madera, amplio y bajo, con diámetro de dos pies, más o menos. Al centro del mismo se encuentra una cavidad, en la que se junta el oro, debido a la rotación que se transmite al plato. En la llanura, en cambio, la tierra aurífera extraída sólo era lavada en tales *challas*.

El oro se presenta puro, sin mezcla alguna, y se le vende en tal estado. Contiene entre 20 y 23 quilates; se pagan, por lo general, 15 pesos por la onza de oro de lavaderos.

En lo referente a la plata, la República de Chile es igualmente uno de los países más ricos en ese metal, que se encuentra, sobre todo, en la provincia de Atacama, en los distritos mineros de Agua Amarga, Chuschampis, Rosilla, Sacramento, San Antonio, etc.; las minas más ricas se encuentran, sin embargo, en los distritos de Chañarcillo y Tres Puntas.

La mayor riqueza de plata está propagada entre los paralelos de 27 a 33° de L. S., encontrándose sobre todo en la Cordillera Central, a una altitud de unos 1.000 m. y más. Se le encuentra en esa parte en todas las combinaciones imaginables. Preséntase en la superficie a menudo en estado puro, y a pequeña profundidad en combinación con el cloro y el azufre, que ceden a mayor hondura su lugar al arsénico y al antimonio.

En cuanto al cobre, como ya se expresó, es la República de Chile el país más rico hasta ahora conocido en el mundo. También este metal se encuentra sobre todo en las provincias septentrionales de Atacama y Coquimbo, a lo largo de la costa, pero existen también importantes distritos en el interior.

En las tres cordilleras \* y en las llanuras y valles se presenta tanto en vetas como en mantos. En la superficie es frecuente hallarlo en trozos macizos, grandes o pequeños, o en forma suelta en la arena; en las vetas y mantos aparece como calcopirita, pirita y en combinaciones con el hierro. A cierta profundidad, su ley es a menudo de 50 a 80%. Existen todas las combinaciones imaginables con oro, plata, hierro y azufre, y en uno a dos días se podían recoger unas cien hermosísimas muestras, a cuyo fin era suficiente solicitar el permiso de los compradores de minerales para hacer una selección en las canchas de minerales situadas en la estación de Copiapó.

La provincia de Atacama está cruzada por numerosísimos yacimientos cupríferos, y hay cerros completos que parecen consistir en ellos y son fáciles de reconocer por los variados e intensos colores que ostentan.

En el primer tiempo después de mi llegada a Copiapó todavía no había fundiciones, por lo cual sólo se compraban y despachaban minerales con leyes mínimas de 25%. Más tarde se instalaron fundiciones en Copiapó y Caldera, como también en la región austral de la República, las que compraban y fundían minerales hasta con leyes del 12%, lo que tuvo como consecuencia, naturalmente, un auge gigantesco de la minería cu-

---

\* Recuérdese la nota de la página 129 sobre la tercera cordillera de que habla el autor. (N. del T.).

prífera, con la extracción de enormes cantidades de minerales de cobre.

Por el quintal de minerales con ley de 12% se pagaba 1 peso 4 reales; por el de 25%, 3 pesos a 3 pesos 2 reales; y por minerales con leyes superiores a 25%, 5 reales más por cada 1% que aumentaba la ley.

Hablando de la minería de esta República en forma general, su historia puede dividirse en tres períodos: el del oro, el de la plata y el del cobre, pues desde 1536, año en que el jefe militar español Diego de Almagro, después de atravesar el Desierto de Atacama, alcanzó el valle de Copiapó, y luego, bajo Pedro de Valdivia, que sometió todas las tribus indígenas que se encontraban hasta 1817 bajo dominio español, poblando el territorio actual de la República de Chile, se extrajeron tan inmensas sumas de oro en este país, que se justifica llamar "período áureo" a este lapso.

A partir de 1817, en cambio, la minería aurífera entró en decadencia, sobre todo desde 1832, cuando fueron descubiertas las ricas minas argentíferas de Chañarcillo, en la provincia de Atacama, y las de Arqueros, en la de Coquimbo; y quedó casi totalmente paralizada cuando se descubrieron en 1848 las vetas argentíferas de Tres Puntas, hacia donde se dirigieron entonces todos los mineros. Desde 1832 hasta 1856 se ganaron tantos millones de pesos de plata en este país, que este período merece ser llamado la "era argentífera" de Chile.

Así como antes, cuando la minería aurífera se tornó menos pródiga, todos se habían dedicado a la explotación de la plata, se repitió una situación semejante al disminuir el rendimiento de las minas de este metal, y descubrirse en la provincia de Atacama una gran riqueza de cobre. Fue abandonada una gran parte de las minas de plata, y todos se dedicaron a explotar las de cobre, de modo que se inició una fuerte decadencia de la minería argentífera. Así, desde 1855 hasta la fecha, se hacen grandes utilidades con el cobre, de modo que bien puede darse a esta época en Chile el nombre de "período cuprífero".

## Capítulo XI

### MIS MINAS DE PLATA DE TRES PUNTAS

Empleé luego mi tiempo, exclusivamente, en estudiar el rico terreno y conocer las pertenencias, para cuyo fin levanté un plano de este distrito minero, en el cual anoté todas las minas, como también el probable rumbo de las vetas argentíferas más importantes.

Los trabajos de la descubridora *Al Fin Hallada* y de *La Salvadora* habían progresado lo bastante, para poder determinar aproximadamente cuál era la veta más rica, entre las varias que se entrecruzaban, y como, una vez terminado el levantamiento, encontré terrenos libres en el deslinde inmediato, solicité de inmediato esas estacas, a las que dí los nombres de *Germania*, *Prusia* y *San Pablo*.

Después de corto tiempo supe que un minero pobre también había pedido cuatro pertenencias que deslindaban con las ricas, pero carecía de suficiente capital para trabajarlas. Celebré con él un contrato de habilitación, es decir, me comprometí por un año a explotar por mi cuenta sus cuatro minas, denominadas *Consuelo*, *Sorpresa*, *Dolores* y *San Luis*, por cuyo trabajo recibiría la mitad de las barras de cada una, es decir, doce, de modo que gracias a mis propias pertenencias y a las comprendidas en este contrato, era dueño de siete minas.

Estaban situadas de manera que rodeaban como una faja a las minas más ricas, y podía esperar con seguridad que una de ellas cortara las poderosas vetas de *La Salvadora*, como también que descubriera nuevos y ricos yacimientos en el amplio terreno.

Era para mí de gran importancia presentar los pedimentos a la brevedad posible al Intendente en Copiapó, como también dar forma solemne a los contratos, por lo cual arrendé de inmediato caballos y me apresuré a regresar a Copiapó por el mismo camino por el que había venido. Después de una esforzada cabalgata de ocho horas, negro de polvo, casi irreconocible, llegué con mi nuevo socio, a las 12 del día, a Copiapó,

donde entregué mis pedimentos al notario público, quien tenía la obligación de presentarlos al Intendente.

A la mañana siguiente, una vez firmado el contrato ante notario con mi socio y aprobados los pedimentos por el Intendente, se propagó por la ciudad con la velocidad del rayo la noticia de que yo habría visitado los laboreos de la mina *La Salvadora* y que habría solicitado, como consecuencia de ello, las pertenencias vecinas que, se creía, iban a resultar tan ricas como aquélla. Todo el mundo concurrió ante el notario, a fin de conocer la verdad, y cuando los hechos fueron confirmados, los banqueros y muchos ricos dueños de minas trataron de inducirme a venderles barras de mis minas, pero no tuvieron éxito.

Poseía, pues, veinticuatro barras en cada una de las minas *Germania*, *Prusia* y *San Pablo* y doce en las denominadas *Consuelo*, *Dolores*, *Sorpresa* y *San Luis*, debido a la habilitación, lo que hacía un total de ciento veinte barras.

Como, de acuerdo con la ley, tenía que realizar en cada una de estas siete minas, dentro de noventa días, laboreos hasta una profundidad de treinta pies, era necesario iniciar la explotación cuanto antes. Esos trabajos requerían capitales de consideración y vendí de inmediato varias barras al precio de 10.000 pesos, obteniendo una suma que, según mis cálculos, era suficiente para equipar las siete pertenencias con los edificios, herramientas y materiales necesarios y para cubrir los costos de la explotación durante los tres primeros meses.

Quien no fuera minero profesional y no se apasionara por la minería como yo, habría probablemente vendido de inmediato las ciento veinte barras, pues se me ofreció un precio medio de mil pesos por barra, y como los gastos de las pertenencias y del contrato de habilitación habían sido de sólo cincuenta pesos, habría obtenido una utilidad de 120.000 pesos. Yo, en cambio, contraté de inmediato los empleados y mineros necesarios, adquirí todo el material, herramientas, útiles, alimentos necesarios para instalarme, mandé cargar todo eso y regresé a caballo a Tres Puntas, acompañado por mis empleados, para hacerme cargo de mis estacas e iniciar el trabajo. En quince días que pasé allá, los trabajos progresaron en tal for-

ma que mis siete minas eran explotadas en forma regular. Como estaban situadas unas al lado de las otras, ello me aportó muchas ventajas, pues en vez de ocupar siete mayordomos para siete minas, la función pudo ser cumplida por dos y, de la misma manera, una herrería fue suficiente para todas. De este modo, mis gastos se redujeron en forma sensible.

En quince días se volvió a hacer un rico hallazgo en *La Salvadora*: una veta totalmente rellena con plata maciza, por lo cual se ofreció a los dueños 100.000 pesos por cada barra, pero nadie quiso vender.

Una consecuencia natural de ello fue que cuando regresé a Copiapó para adquirir más víveres y reponerme medianamente del esforzado trabajo, me solicitaron con más insistencia mis barras. Si antes me habían ofrecido mil pesos por cada una, me querían pagar ahora dos mil pesos en promedio, y por las de la mina *Consuelo*, cinco mil, de modo que habría podido vender las doce barras de esta sola mina en la suma de 60.000 pesos.

Pero, como poseía el capital necesario para explotar mis minas durante tres meses, como su precio subía constantemente y tenía la convicción de que una de mis minas cortaría pronto la veta rica, no me dejé seducir y me limité a colocar algunas pocas barras al precio de 10.000 pesos.

Entonces no había en Copiapó y en los distritos mineros ningún entendido que no abrigara la más absoluta seguridad de que yo tenía que cruzar con alguna de mis minas la riquísima veta de *La Salvadora*. Tan pronto como ello ocurriera, mi mina tendría que producir la misma utilidad neta de un millón de pesos que rendían las pertenencias *La Salvadora*, *Al Fin Hallada* y *Buena Esperanza*. Por esa razón, ya era considerado como un millonario, y los banqueros y mineros ricos se esmeraban por invitarme a su círculo y hacerme toda clase de atenciones, con la esperanza de ganarme quizás algunas barras en el juego.

Como Copiapó, debido a su situación en el desierto, ofrecía poco o nada en goces de orden superior, vivían aquí sólo pocas familias distinguidas. Había casi únicamente varones, cuyas familias estaban domiciliadas en Valparaíso o Santiago, las dos



principales ciudades del país. En su mayoría, los mineros enriquecidos en forma tan extraordinaria habían pertenecido antiguamente a las clases bajas, por lo cual sus reuniones se limitaban a comer bien, beber mejor y jugar gruesas sumas.

Me encontré así una tarde en compañía de unos veinte mineros ricos, en casa del hombre más acaudalado de Copiapó, Blas Ossa, quien, a pesar de contar sólo 30 años de edad, poseía ya en aquel tiempo ocho millones de pesos. Después de comida, el dueño de casa —que era soltero— puso banca, y pronto todos jugaban en contra de una caja de 10.000 pesos. Como yo participaba con sumas muy moderadas, en comparación con los demás, el dueño de casa me llamó, durante una pausa, a una pieza vecina, abrió su gran caja de fondos de fierro, me mostró monedas de oro por valor de un cuarto de millón de pesos, que guardaba en ella, y me rogó tomara la cantidad que quisiera si no llevaba conmigo suficiente dinero, a fin de poder participar mejor en el juego. Le agradecí, le dije que disponía del dinero que me había propuesto arriesgar, y regresamos donde los demás.

Estaba presente también el primer banquero de Copiapó, igualmente soltero, que ya había ganado varios millones. Cuando el anfitrión notó que éste no jugaba, le preguntó por la causa. A su explicación de que el capital de la banca le parecía demasiado pequeño, el dueño de casa replicó que estaba llano a jugar toda su fortuna. Todos estaban de acuerdo y ya no se siguió jugando con monedas de oro, sino que se llevó a cada cual una cuenta corriente, en la cual anotaban sus ganancias y pérdidas. No se admitían posturas menores de quinientos pesos, y muchas eran de dos mil a cinco mil pesos, y cuando ya era tarde y se quiso dar por terminada la sesión, el banquero jugó ocho mil onzas, es decir, 138.000 pesos a dos cartas, y perdió en ambas. En seguida, todos nos retiramos.

Yo había jugado en un principio con mala suerte, pero después ésta se compuso, y cuando conté mis efectivos al llegar a casa, vi que había ganado más de mil pesos, y eso sin haber participado en el gran juego, en el que las cuotas sólo eran anotadas en la cuenta corriente.

En una ocasión anterior, con el sistema de la cuenta corrien-

te, el mismo Blas Ossa le había ganado al Intendente, en una sola noche, todas sus minas, su hacienda, sus casas e incluso sus coches y caballos. Aquel funcionario, que llegó a depender así únicamente de su sueldo, se dirigió a Valparaíso, tomó en préstamo una suma de dinero y volvió a aparecer en Copiapó, reclamando un desquite. Blas Ossa se lo concedió de inmediato y con nada más que dos mil pesos el Intendente no sólo recuperó en una noche cuanto había perdido, sino veinte mil pesos más.

Frecuentemente se jugaban también las barras de las minas, y a menudo una fortuna completa pasaba de una mano a otra; así, mientras algunos empobrecían rápidamente, otros lograban un gran patrimonio.

## Capítulo XII

### DESCRIPCIÓN DE UN TERREMOTO EN COPIAPÓ

Cuando una tarde estaba en la tertulia —es decir, en la reunión para jugar— de un rico dueño de minas, fui testigo de un curioso incidente. De improviso, todos los huéspedes se levantaron, pálidos, se estremecieron como si los hubiera espantado un fantasma, y se precipitaron todos a la puerta, dejando su oro abandonado y gritando:

—¡Temblor, temblor, Ave María Purísima!

Sorprendido en grado sumo por este incidente, y considerando supersticiosos y tímidos a los comensales, me levanté, para tomar mi sombrero y salir también de la casa.

Pero apenas me había levantado, escuché un ruido sordo, violento, que me pareció primero un trueno, pero pronto pude comprobar claramente que provenía del interior de la tierra, pues poco después ésta se estremeció y tembló. Sonaban los vidrios, se movían las lámparas de la sala, crujían las paredes y el cielo, y el suelo comenzó a moverse bajo mis pies en

una especie de movimiento ondulado que me hizo comprender que estaba ocurriendo un terremoto.

Corrí hacia la puerta, pero antes que la pudiera alcanzar, se produjeron dos remezones verticales tan violentos que todas las botellas, copas, platos y monedas de oro cayeron de las mesas, se dieron vuelta los muebles, volaron alrededor de mí los cuadros y espejos, y yo mismo me precipité al suelo. Con el mayor esfuerzo, tambaleante como un ebrio, alcancé por fin la puerta y pude salir a la calle, donde pude observar, en ese momento, que el suelo oscilaba más aún.

Centenares de personas de ambos sexos y de todas las edades, cubiertas la mayoría sólo con la camisa de dormir, estaban de rodillas en las calles y gritaban, golpeándose el pecho.

—¡Jesús, María Purísima, misericordia, misericordia!

Se habían juntado innumerables grupos; los niños, colgando del cuello de sus padres, rezaban de viva voz un Padrenuestro, mientras todas las campanas, puestas en movimiento por el balanceo de la tierra, repicaban de una manera siniestra. Se escuchaban gritos de temor y auxilio de niños, ancianos y enfermos desde las casas; por todas partes aparecían fugitivos, y se sacaba de las casas a personas que habían perdido el conocimiento. Los caballos relinchaban y golpeaban furiosamente el suelo con los cascos, reconociendo instintivamente el peligro y procurando librarse; los perros aullaban de manera espantosa, los gallos cacareaban, y con terribles graznidos volaban en torno a nosotros lechuzas y otras aves nocturnas; simultáneamente, se escuchaban ruidos sordos, similares al trueno, que surgían de la profundidad de la tierra, y un remezón seguía al otro, precipitando al suelo, a veces, hasta a los que se encontraban arrodillados. Al mismo tiempo reinaba en las regiones superiores absoluta tranquilidad, pues no había la menor brisa, la luna brillaba con luz plateada en un cielo sereno e iluminaba la terrible escena, pero la atmósfera era tan pesada que la respiración se hacía difícil.

Poco a poco pareció tranquilizarse el terrible elemento, los remezones se volvieron más débiles, hasta que finalmente ce-

saron por completo, y sólo se podía percibir una débil vibración del suelo. Mientras algunos dirigían cálidas oraciones de agradecimiento al cielo, otros regresaban apresuradamente a sus casas, a fin de sacar a ancianos, enfermos o niños que se habían quedado en ellas, para premunirse de la ropa más indispensable o sacar objetos de menaje. Pero apenas habían llegado a las casas, se escuchó un nuevo y terrible trueno en el interior de la tierra, al que siguió de inmediato otro remezón, de modo que todos cayeron al suelo.

De nuevo gritaban todos de angustia, los edificios tambalearon y algunos cayeron, levantando una nube de polvo, tan densa que obscureció la luz de la luna y no era posible reconocer los objetos, con lo que se produjo un desconcierto total.

En medio de esta obscuridad, se escuchó repentinamente, con entonación violentísima, esta exclamación:

—¡Sálvese quien pueda, sale fuego de la tierra, que arrasará con todo!

Y, efectivamente, el cielo tomó un intenso color de sangre y toda la ciudad pareció encontrarse en llamas. Un espantoso grito de angustia brotó de casi todos los labios. Todos se levantaron como electrizados y bajo la brillante luminosidad corrieron hacia los cerros. Repentinamente, se escuchó un violento estallido en el aire, y todo quedó envuelto de nuevo por la oscura noche. Un gran aerolito había estallado sobre la ciudad.

Los estremecimientos y oscilaciones cesaron poco a poco, las nubes de polvo se disiparon y la luna iluminó de nuevo la ciudad con su luz opaca; paulatinamente se restableció la tranquilidad y se repusieron los que habían quedado sin conocimiento o paralizados por la impresión recibida.

Un fuerte remezón y el estallido del aerolito señalaron el fin del terremoto. Los vapores del interior de la tierra, sometidos a intensa presión, parecían haber encontrado un escape, ocasionando el violento estremecimiento. Una notable luminosidad y los rayos que se veían en la elevada cordillera andina, permitían suponer que se había formado en ella un nuevo volcán o que los gases comprimidos en el interior habían destro-

zado la potente costra de lavas de algún antiguo volcán, que ahora arrojaba al cielo sus masas de fuego \*.

A pesar de que parecía haberse restablecido la tranquilidad en el seno de la tierra, quedando reducido a sus límites el elemento desencadenado, nadie tenía certeza absoluta de que todo permanecería en calma, y no se repetiría, quizás en escala mayor, el terrible fenómeno. Por eso, nadie se atrevió a pasar el resto de la noche en su casa. Se levantaron en todas partes campamentos al aire libre y, una hora más tarde, una gran parte de la población de Copiapó se encontraba durmiendo profundamente en la plaza y las calles, envuelta en frazadas y ponchos.

Por mucho interés que tuviera en alcanzar hasta mi habitación, a fin de enterarme de los perjuicios ocasionados por el terremoto, no pude realizar ese propósito. Todas las calles estaban demasiado repletas con camas y muebles, de modo que sólo se podía pasar con muchas dificultades. Preferí, pues, permanecer donde estaba y pernoctar ahí mismo, donde, en caso necesario, también podía prestar auxilio.

Apenas apareció el nuevo día y se elevó el sol, cuando comenzó una gran actividad. El peligro había pasado, y todos regresaron poco a poco a sus viviendas. ¡Pero qué aspecto ofrecían éstas! Entré primero en la sala donde nos había sorprendido el terremoto, a fin de salvar mi sobretodo, si era posible. El golpe de vista era, sencillamente, terrible: las murallas se habían agrietado en varias partes, y el empapelado colgaba en jirones; una gran araña de cristal que alumbraba toda la sala, yacía en el suelo, rota en mil pedazos, junto con dulces, frutas, destrozadas lámparas de aceite que habían derramado su contenido sobre prendas de vestir, botellas, platos y fuentes quebrados, restos de la comida de la noche anterior, té, azúcar, ron, naipes, cigarrillos y oro: todo formaba un gran hacinamiento.

---

\* De acuerdo con la teoría actual, los terremotos y temblores no están relacionados con el volcanismo, ni con gases bajo presión en el interior de la tierra, sino con movimientos tectónicos que ocurren cuando los bloques de la corteza terrestre ceden a las presiones y se deslizan a lo largo de fallas (N. del T.).

Un magnífico espejo destruido completaba el cuadro del aniquilamiento.

Me apresuré a llegar a casa. Si bien mi habitación todavía estaba en pie y sus murallas habían sufrido poco, encontré todos los objetos revueltos y arrojados al suelo, muchos de ellos rotos. La peor situación se me presentó en el laboratorio químico, donde los diversos ácidos se habían derramado sobre todos los objetos.

Después de haber arreglado medianamente la casa, recorrí la ciudad, a fin de observar las destrucciones que el terremoto había ocasionado. Me llamó la atención que sólo habían sido destruidas relativamente pocas casas, todas antiguas. Tampoco era apreciable el número de los heridos, lo que se explicaba porque los habitantes habían abandonado instintivamente las viviendas antes del primer remezón y huido a los jardines, y por la circunstancia de que, al ser casi todas las casas de barro, sólo podían ser destruidas por un terremoto grande, y el reciente había sido pequeño.

En la tarde, la vida había adquirido otra vez su ritmo normal. Cada cual atendía a sus negocios, como si no hubiera ocurrido nada. Esta tranquilidad constituía un inmenso contraste con respecto a la noche anterior, en que reinaba desesperación general. Sin duda, contribuía mucho a esta desocupación la circunstancia de que los habitantes de Copiapó estaban acostumbrados desde la juventud al terrible flagelo de los terremotos.

### Capítulo XIII

#### EL CABALLO CHILENO DE MONTURA

Mis siete minas de plata se encontraban ahora en explotación regular bajo mi dirección personal, y me había domiciliado permanentemente en ellas. Sólo cada quincena me dirigía a caballo a Copiapó, para retirar la correspondencia recibida

desde Europa y despachar la mía hacia allá, como también para hacer las compras necesarias; por lo general, regresaba al día subsiguiente a Tres Puntas.

Estos viajes los hacía siempre a caballo, y la resistencia y excelencia del caballo chileno de montura se desprende del hecho de que frecuentemente recorría la distancia de quince leguas alemanas en siete u ocho horas, sin cambiar el caballo. La brevedad del viaje se explica también por condiciones especiales. En primer lugar, todo el camino recorre una planicie arenosa suavemente inclinada, sin cruzar montañas, valles u otro obstáculo. Luego, se hacía el viaje normalmente de noche, en que no se sufre tanto por el calor y la sed. En tercer lugar, los caballos están acostumbrados a moverse al galope desde el momento en que se les monta hasta la primera posta con agua; en seguida, se descansa un poco, el caballo recibe cebada y agua, después de lo cual se vuelve a recorrer al galope el camino hasta la próxima posta, y así se continúa hasta Tres Puntas.

También contribuye a facilitar el viaje la forma práctica y cómoda de la montura. Esta consiste en una armazón sencilla de madera, en la que se afirman los estribos, y se coloca en el caballo sobre una base de tres o cuatro pellones. Encima de la montura se ponen otros seis pellones, afirmados por medio de una cincha. Sólo entonces se monta el caballo, de modo que uno se encuentra cubierto por pellones hasta la cintura y disfruta de un asiento muy blando. Los estribos son huecos, de madera, sin duda más prácticos que los nuestros modernos, pues permiten que descanse todo el pie, como también que se le pueda sacar con gran facilidad en caso de una caída. El freno es similar al europeo, pero en vez de riendas anchas y lisas, las que se usan en Chile son redondas, confeccionadas de cuero trenzado, lo que permite manejarlas con mayor seguridad; terminan en una sola pieza, que se usa como huasca. Encima de la montura se colocan alforjas, que caen a ambos lados del caballo y se destinan a contener las provisiones, y, adelante, en fundas, se llevan los revólveres y un cuchillo largo.

Parecerá, quizá, increíble al europeo, que sea posible dormir mientras se galopa, pero es así; no sólo lo pueden hacer

los chilenos, sino que yo mismo he dormido también frecuentemente galopando en mi caballo.

Desde Copiapó a Tres Puntas había un segundo camino, de sólo doce leguas alemanas de largo, llamado "del Inca", por haber sido trazado en línea recta a través del desierto por los incas. Pero en él no se encontraba agua en ninguna parte, ni había vivienda o posta alguna, y tampoco se trabajaban minas, de modo que para aventurarse por ese desierto había que llevar el agua necesaria.

#### Capítulo XIV

##### EJECUCIÓN DE DELINCUENTES POLÍTICOS EN COPIAPÓ

Cuando llegué un día, de madrugada, a Copiapó, observé una gran agitación entre los habitantes, que se dirigían a la plaza principal.

Esta se hallaba tan repleta de gente que no pude pasar adelante, y allí mismo descubrí la causa de todo ese movimiento. Se acababan de abrir las puertas de la cárcel, situada frente a la plaza, y salía un batallón de soldados que se desplegó en círculo, haciendo retroceder al gentío. Entonces apareció un desfile semejante a una procesión, con jueces y notarios a la cabeza, a los que seguían siete jóvenes, cada uno acompañado por un sacerdote con un crucifijo en la mano y rezando; al final formaba otra compañía de soldados.

Los jóvenes habían sido condenados a muerte por actos políticos sediciosos y eran conducidos al lugar del suplicio, para ser ejecutados. Pude ver también al otro lado de la plaza un banquillo al pie de una muralla, donde el piquete de ejecución esperaba a las víctimas.

Acompañado por el doblar de las campanas y los golpes sordos de los tambores, el desfile avanzó lentamente al lugar don-



de los desgraciados se sentaron uno al lado del otro. Se dio lectura a la sentencia de muerte, los sacerdotes se acercaron por última vez a los condenados y les impartieron su bendición.

La multitud había presenciado estos actos con absoluta calma, y también las víctimas se presentaban muy tranquilas y resignadas. Pero, cuando se les acercó el encargado de vendarles los ojos, se pudo escuchar un murmullo, primero leve, más fuerte cada vez, que terminó convertido en un vigoroso clamor de la muchedumbre, que pedía "misericordia" y "perdón", de modo que tuvo que intervenir la fuerza militar.

También los infelices perdieron la calma, y los sacerdotes hicieron todo lo posible para aplazar la ejecución por un breve lapso, pues se rumoreaba que el Presidente de la República había indultado a los infelices. Esta noticia debería serles comunicada, sin embargo, sólo en el sitio de la ejecución, y el pueblo y las víctimas, estaban seguros de que así ocurriría, pero la orden no había llegado al juzgado.

Después de un cuarto de hora, penetró la caballería en la plaza y la despejó, las campanas comenzaron a doblar de nuevo, el verdugo vendó los ojos a las víctimas, se tocaron los tambores y se escuchó la orden de fuego, a la que siguió una descarga que hizo vibrar las ventanas. Una densa nube de pólvora encubrió la escena; cuando se disipó, se veía a algunas de las víctimas tendidas en un charco de sangre; otras estaban sentadas en el banquillo, desangrándose, y dos habían quedado ilesas. Se hizo de inmediato una segunda descarga, y ninguno de los infelices quedó con vida.

En ese instante se acercó un oficial, abriéndose paso entre el gentío y gritando a todo pulmón:

—¡Perdón, perdón del Presidente!

Hizo entrega del indulto, pero ya era demasiado tarde.

Fue conmovedora la escena que se ofreció cuando la fuerza armada se retiró al cuartel y los parientes de las víctimas —padres ancianos, hermanos, hermanas y esposas— se precipitaron llenos de desesperación sobre los cadáveres, todavía calientes,

recogiendo en sus pañuelos, como recuerdo, sangre de los ejecutados y jurando venganza.

Y, efectivamente, Copiapó cumplió ese juramento, pues algunos años más tarde, en 1859, estalló la revolución \*.

## Capítulo XV

### 1852. VIAJE A VALPARAÍSO. GRAN ENTUSIASMO POR LAS MINAS DE PLATA

Cuando llegué a saber que era más conveniente y barato adquirir los alimentos y materiales para las minas en Valparaíso que en Copiapó, acordé embarcarme hacia Valparaíso, para lo cual viajé por ferrocarril al puerto de Caldera, donde tomé pasaje en el vapor *Santiago*.

Se hallaba éste repleto de viajeros, que provenían de Europa, América del Norte, de la costa occidental de la del Sur y, en parte también, de Copiapó.

En la primera noche, el buque tocó en el puerto de Huasco, al día siguiente, en el de Coquimbo, y, al tercer día, a las nueve de la mañana, llegamos a Valparaíso.

El telégrafo colocado cerca de ese puerto en la Cordillera de la Costa había anunciado la llegada del vapor, y una gran

\* La ejecución a que alude Treutler se realizó en la plaza de Copiapó el 22 de mayo de 1852. Con motivo de la revolución organizada por el general Cruz en contra del Presidente Manuel Montt, cuyos centros se encontraban en Concepción y La Serena, Bernardino Barahona se apoderó el 26 de diciembre de 1851 de Copiapó, después de batir al Intendente. La revolución fue dominada el 8 de enero de 1852 por la División Pacificadora del Norte, al mando de Victoriano Garrido. Se condenaron a muerte 32 participantes, que pidieron indulto. Fue concedido a todos, menos a seis, cuya ejecución se realizó en la forma que relata el autor. El séptimo ejecutado fue un soldado de los que se habían sublevado en Tres Puntas el 28 de abril de 1852, según relata Treutler en el Cap. IX. La ejecución se realizó de acuerdo con la ley y sin haber sido indultados los participantes. (N. del T.).

multitud estaba reunida en el muelle, de modo que cuando desembarcamos, apenas pudimos abrirnos paso entre ella.

Mi presencia en la ciudad causó sensación, pues reinaba una agitación febril debido a las noticias llegadas sobre nuevas y riquísimas minas argentíferas descubiertas.

Apenas cinco meses antes me había dirigido a Copiapó con sólo 200 pesos en el bolsillo, y ahora regresaba millonario, según la opinión de los demás.

Me colmaron con preguntas y ofertas, no sólo mis conocidos, sino también los jefes de todas las casas comerciales, al extremo de que, empujado de un grupo a otro, necesité una hora completa para llegar hasta el cercano Hotel de Chile, a donde me siguieron más de treinta personas.

Durante los días siguientes fui, como se dice, "el hombre del día" en Valparaíso. Todos se hacían competencia para visitarme, para invitarme a almorzar o a comer, con el fin, principalmente, de inducirme a venderles algunas barras. Sobre todo, una casa comercial muy poderosa se interesó por adquirir participación en mis minas, y le vendí algunas barras al precio de 15.000 pesos, y como yo mismo no sabía con cuál de mis minas cruzaría la veta rica, le concedí una pequeña participación en cada una de ellas. De la misma manera, vendí también a otras casas comerciales algunas barras por valor de 15.000 pesos.

Tuve de nuevo una magnífica oportunidad para vender todas mis minas a un precio muy superior al de antes, a pesar de haber colocado ya barras por valor de 50.000 pesos. La causa era que en aquella plaza había la convicción general de que mis minas producirían en breve lapso millones de pesos de ganancia, por lo cual hubo numerosos interesados en participar en ellas, aunque fuera con la fracción de una barra. Pero, en la segura esperanza de que alcanzaría luego una de las vetas más ricas en mis minas, decidí no desprenderme de más barras. Cuando se supo mi determinación, comenzaron a ofrecerme precios mucho más altos, pero la mantuve, y pedí, al mismo tiempo, que no se me siguiera molestando con ofertas.

Pasé algún tiempo en Valparaíso, llevando una vida de gran mundo. Para retribuir las muchas invitaciones de que

había sido objeto, di numerosos almuerzos y comidas, en los que se comía en forma pantagruélica, se bebía bravamente y se jugaban fuertes sumas, todo de acuerdo con la costumbre nacional.

Me visitaron personajes encumbrados y muchos que abrigan, quizás, la esperanza de ganarme algunas barras en el juego; además, trataron de relacionarse conmigo los más conocidos tahures, no sólo de Chile, sino también del Perú, pero sin alcanzar su objetivo. También fui invitado por numerosas familias, en cuyos hogares pasé muchas tardes agradables.

Cuando regresé a Copiapó en el vapor, después de algunos días, resultó que ni la mitad de los pasajeros lograron colocación en los camarotes, pues todo el mundo quería viajar allá, o enviaba agentes para adquirir participaciones en las minas. A pesar de encontrarse repleto el buque, nadie aceptó quedarse en Valparaíso, y así muchísimos se vieron obligados a viajar en la cubierta, al aire libre.

## Capítulo XVI

### CELEBRACIÓN DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE EN COPIAPÓ.

#### UN ACCIDENTE FERROVIARIO

El 16 de septiembre regresé de Tres Puntas a Copiapó, acompañado por una parte apreciable de los empleados y mineros, pues el 18 se iniciaba la conmemoración del día de la independencia de la República, que se celebraba con fiestas populares que duraban una semana. Ya el día 17 reinaba gran animación: las tiendas y edificios públicos estaban repletos de mineros, que recorrían las calles en grupos, cantando, y en la noche se escuchaba música y cantos en casi todas las casas, y se bebía, bailaba y jugaba hasta la madrugada.

Poco antes del alba del 18 de Septiembre se reunió en la

plaza principal casi toda la población de la ciudad, como también incontables forasteros, todos luciendo sus mejores galas. Al centro de la plaza se había levantado una tribuna adornada con retratos y bustos de los generales chilenos de la Guerra de la Independencia, con una inscripción de todas las batallas ganadas a los españoles y valiosas guirnaldas florales. Sobre esa tribuna se encontraba la banda militar y alrededor se habían agrupado cincuenta muchachas, vestidas de blanco y con bandas con los colores nacionales: azul, blanco y rojo. En torno a este conjunto, un batallón de infantería formaba un círculo, dentro del cual se habían apostado algunos cañones.

En el momento en que el sol apareció en el firmamento azul detrás de la cordillera nevada y dieron sus primeros rayos en la plaza, se escuchó el tronar de los cañones, repicaron las campanas de todas las iglesias y capillas, se izó la gran bandera nacional en el palacio de gobierno, y lo mismo se hizo de inmediato en todos los edificios, hasta en las chozas más humildes. Entonces las muchachas entonaron la canción nacional, acompañadas por la banda militar, y luego las salvas de los cañones volvieron a estremecer el aire y a hacer vibrar las ventanas. A las 11 se efectuó una gran parada de las tropas de línea de la guarnición, como también de la Guardia Nacional y de la policía; luego hubo una misa solemne, a la cual concurrieron, por supuesto, el Intendente y todos los funcionarios.

Durante la tarde tocaban alternativamente dos bandas en la Alameda, y en la noche se verificaron grandes fuegos artificiales, hubo una función de gala en el teatro y luego un magnífico baile. Durante toda la noche se escuchó música y baile en cada casa y se movió un inmenso gentío por la Alameda, donde se habían levantado innumerables ramadas, con pistas de baile, chinganas, cantinas, garitos, fruterías y puestos de flores.

A la policía se le había ordenado intervenir, ese día, sólo en caso de crímenes. La embriaguez estaba permitida, y si se hubiera querido arrestar a todos los borrachos, no habría ha-

bido dónde mantenerlos detenidos. La semana casi entera se pasó en toda clase de festejos, con motivo de los cuales se cantaba y bailaba mucho, con abundantes sacrificios a Baco, y se jugaban gruesas sumas.

Por desgracia, ocurrió al final un terrible accidente, que pudo costarme también a mí la vida.

En efecto, me había dirigido por ferrocarril al puerto de Caldera, a fin de recibir a algunos amigos que habían llegado en el vapor desde Valparaíso a visitarme. Cuando el tren había recorrido casi la mitad del trayecto y se dirigía a la mayor velocidad por el llano que desciende lentamente al puerto, se escuchó de súbito un ruido parecido a un trueno, al que siguió un terrible choque. Todos los pasajeros fueron precipitados unos contra otros o contra las paredes, de modo que algunos murieron de inmediato y muchos quedaron heridos grave o levemente. Al primer choque siguieron luego tantos como carros tenía el tren detrás de nosotros. Primero se escuchó una espantosa gritería, a la que siguieron los llamados de auxilio de los heridos y las lamentaciones de los moribundos. Lo ocurrido era que un carro cargado con pesados adoquines había sido expulsado por el viento de la estación de Copiapó, sobre el plano inclinado, sin que nadie lo observara, y había quedado detenido en una parte donde el terreno se eleva. El maquinista no pudo observarlo debido a una curva, y así nuestro tren había chocado con ese carro.

La locomotora y los primeros coches de pasajeros que le seguían habían sido destrozados totalmente y saltado de la línea; el resto del tren se encontraba detenido. Las personas que iban en los primeros coches quedaron terriblemente mutiladas; en el mío quedó destrozada la pared delantera, que había herido a casi todos los que se encontraban sentados; yo mismo fui arrojado contra el asiento y me salvé con fuertes contusiones.

## Capítulo XVII

### 1853. UN BUEN NEGOCIO DE CAMBIO DE MONEDAS

El año 1852 había sido despedido en casi todas las casas, como también en la plaza principal de Copiapó, con música, bailes, juego y borracheras, y el nuevo año, recibido de la misma manera.

Las festividades duraron hasta la madrugada, y cuando el sol apareció detrás de los Andes, el observador pudo contemplar algunos grupos que eran la consecuencia natural de las fiestas. Muchos hombres todavía estaban sentados con rostros pálidos y trasnochados, excitados por la pasión, en torno a las mesas de juego, cubiertas de oro, en tanto Baco había sembrado el terreno de muchos vencidos por su poder. El primer día del nuevo año se inició con un fuerte temblor, después del cual se hizo sentir un calor casi intolerable.

Me habría agradado dirigirme por algunos días al puerto de Caldera, para tonificarme con algunos baños marinos y poder soportar mejor las fatigas de los días venideros, pero, por desgracia, mis negocios me llamaron urgentemente a mis minas de Tres Puntas, y tuve que partir hacia allá a la mañana siguiente.

Al hacer los pagos a los mineros en Tres Puntas, había lamentado frecuentemente que casi no circularan monedas de plata y muy pocas cuartas y medias onzas, de modo que estaba obligado a pagar al personal —como todos los administradores de minas— siempre con onzas redondas. Esto implicaba, por supuesto, una pérdida apreciable, pues pagábamos a los mineros siempre más de lo que les correspondía, contabilizando el excedente como un anticipo del próximo mes.

A fin de remediar esta situación, había remitido seiscientas onzas en oro a Valparaíso, donde las había cambiado por monedas de plata, pagando una prima de dos reales por onza, de modo que había recibido 10.200 pesos en esas monedas.

Para conducir esta suma en forma segura a Tres Puntas, me vi en la necesidad de hacer la cabalgata por el desierto en

pleno día, en vez de aprovechar la noche. Tuve que someterme al intenso calor, pues sólo así podía evitar un asalto a mano armada, de los que habían ocurrido varios en los últimos días. Me incorporé por tal motivo a un grupo de varios administradores de minas, que también viajaban a Tres Puntas. En número de catorce, todos bien armados, alcanzamos en la tarde, felizmente, la meta de nuestro viaje. Llegamos exhaustos, tostados por el sol, ennegrecidos por la tierra y casi irreconocibles, pero sin haber tenido que usar nuestras armas. Los asaltantes, que se encontraban al acecho en las quebradas de Cachiyuyo, reconocieron nuestra superioridad y, cuando nos acercamos, huyeron rápidamente y se ocultaron en la serranía roqueña.

Apenas se supo que había traído tanto circulante en plata, los administradores de minas se apresuraron a pedirme les cambiara mis monedas de plata por onzas de oro y pronto había cambiado en esta forma todas las que tenía, con lo que obtuve una utilidad de tres pesos por onza, de modo que las seiscientas onzas me dejaron un beneficio neto de 1.800 pesos. Era de admirarse que un negocio tan seguro y sencillo y que dejaba tanta ganancia, no hubiera sido hecho antes por otros. Esto se debía, sobre todo, a que los empleados que vivían allí administraban sus caudales con igual ligereza que los mineros, de modo que nunca poseían algún efectivo, sino que vivían de anticipos que les hacían los empleadores, los cuales no se preocupan de negocios tan pequeños. Por su lado, los comerciantes de la plaza obtenían por sus mercaderías utilidades tan fantásticas, que no tenían interés por buscarse otras fuentes de recursos.

Por otra parte, este negocio tan lucrativo sólo pudo hacerse una sola vez, pues cuando traje en otra ocasión cinco mil pesos en monedas de plata a Tres Puntas, otros habían hecho la misma especulación, y la prima por onza había bajado a un peso y cuatro reales\*.

\* El autor no señala la causa de la anomalía que describe con gran acierto. Chile tenía en aquel tiempo un régimen monetario bimetalista, es decir, se acuñaban monedas de oro y de plata, que tenían pleno poder liberatorio. El valor de la plata, expresado en oro, que resultaba en



## Capítulo XVIII

### LAS ANTIGUAS MINAS AURÍFERAS DE CHANCHOQUÍN Y

JESUS MARÍA

Pasé el mes de mayo en Copiapó, y empleé ese tiempo en someter a un prolijo reconocimiento las antiguas minas auríferas que suministraron grandes cantidades de oro a los indígenas y están situadas en las inmediaciones de la ciudad, que les debe su origen. Cerca de la estación, al Norte de la ciudad, se extiende un cordón elevado, abrupto, sin vegetación y cubierto de arena y cantos rodados, con longitud de algunas leguas, en cuyos faldeos, desde la cumbre hasta el pie, se encuentran incontables pozos. Los antiguos indígenas habían extraído oro de ellos. Examiné muchos, cuya profundidad era, por lo general, de diez a veinte pies y encontré en ellos vetas de cuarzo aurífero.

Los aborígenes, que no conocían el fierro, pero sí el cobre, habían trabajado esas vetas con herramientas de este metal. Es natural que con cinceles y combos de cobre macizo no pudieron trabajar vetas duras, y así se explica que sólo las seguían hasta donde estaban descompuestas por la influencia de la atmósfera, y las abandonaran luego, lo que explica que todas estas minas tuvieran tan pequeña profundidad.

Como, por la misma razón, sólo extraían la veta noble y lo menos posible de la roca estéril, estos chiflones, que en realidad sólo constituían hoyos, eran tan angostos y bajos, que la única manera de penetrar en ellos consistía en arrastrarse sobre la barriga y para salir había que retroceder en la misma forma.

Muchos mineros ancianos afirmaban que las minas se habían estrechado tanto debido al tiempo transcurrido y a los frecuentes temblores y terremotos; pero yo disponía de prue-

ese sistema, no estaba de acuerdo con el del mercado, en el que se podía obtener por las monedas de plata un precio superior al que correspondía a las monedas de ese metal. Como consecuencia, se exportaban esas monedas, y el país carecía de circulante menudo. Es esa la causa por la cual se pagaba una prima, al cambiar onzas de oro por monedas de plata. (N. del T.).

bas inequívocas de que los indígenas habían construido los chiflones tan angostos y bajos por falta de instrumentos apropiados. Esto lo demostraba también la circunstancia de no existir desmontes en esas minas, pues los indígenas se limitaban a acarrear el mineral aurífero al río, donde lo trituraban hasta formar un polvo que, en seguida, lavaban.

Me interesaba sobre todo una de esas minas, que informaciones antiguas describían como muy rica, por lo cual acordé reconocerla.

Acompañado por algunos mineros, fui un día a visitarla, a pesar de que mis acompañantes habían procurado describir la empresa como muy temeraria y peligrosa.

A la entrada no había un desmonte, sino que la bocamina estaba señalada únicamente por una abertura redonda en el suelo, por medio de la cual se podía entrar solamente arrastrándose sobre el vientre. Examiné primero la roca que se encontraba cerca de la superficie, para determinar si se podía desprender con facilidad y derrumbarse detrás de mí, lo que habría podido costarme la vida o el entierro en vida, pero resultó que era bastante sólida. Tratábase de una potente veta de cuarzo, y si bien ella misma no contenía oro, corría a su lado una guía aurífera, que había sido explotada.

Afirmé una vela en mi cabeza, llevé un martillo y algo de ron y chocolate, y después de haberme prometido mis acompañantes que si el chiflón se derrumbaba me desenterrarían de inmediato con las herramientas que habíamos llevado para el efecto, me metí a gatas en el agujero.

Apenas había avanzado diez pies, cuando la veta se amplió, y escuché un ruido raro. No me moví y escuché con la mayor atención, pero todo permaneció tranquilo. Seguí arrastrándome con cuidado. Repentinamente, saltó algo delante de mí y, en medio de una nube de polvo, corrió hacia el interior. En un recinto tan estrecho, en que no podía sino arrastrarme por el suelo y sólo podía mirar hacia adelante, sin poder usar las manos para defenderme, todo encuentro, aunque fuera con un ratón, tenía que resultar desagradable. Pero a pesar de todo, no quería desistir de mi propósito. Esperé, por consiguiente que el polvo se hubiese disipado, y cuando mi vela volvió

a iluminar mejor, seguí avanzando, hasta entrar unos cuarenta pies más. En el sitio a que llegué debió haberse hecho un hallazgo de oro especialmente rico, pues la veta se presentaba cada vez más ancha y alta, de modo que pronto pude sentarme y, más adelante, incluso pararme en ella.

Reconociendo cuidadosa y lentamente el piso, las paredes y el cielo, seguí avanzando, hasta que un animal saltó sobre mí con la velocidad del rayo. Mi vela se apagó, y sólo alcancé a observar que el animal huía hacia la salida. Estaba encendiendo de nuevo la vela cuando un segundo animal se precipitó hacia mí y escapó en la misma forma.

Acostumbrado y preparado, como minero, a encontrar en la visita de minas viejas no sólo aire viciado, sino a que me incomodaran también buhos, murciélagos, zorros, ratones y lauchas, el episodio no me asustó y, sin saber de qué animales se había tratado, proseguí mi camino. Más al interior, observé una especie de nicho, construido en la pared a la derecha. Cuando lo examiné con algún detenimiento, retrocedí violenta e instintivamente, golpeándome la cabeza y dejando caer la vela, pues en la excavación se encontraba tendido... un ser humano.

Estaba preparado para encontrar aquí todas las especies de animales nombradas, como también para que me cogiera un temblor o el derrumbe de la mina, pero me asustó encontrarme con un hombre.

Mientras procuraba encender la luz, reflexioné que no se podía tratar de un hombre vivo, pues, de ser así, no se hubieran mantenido los animales en el chiflón. Pero tampoco podía tratarse de un cadáver, pues no se notaba el menor olor; y cuando finalmente mi vela alumbró el sitio, reconocí que se trataba de un esqueleto, mejor dicho, de una momia que, envuelta en harapos sobre un lecho de juncos, me sonreía.

Reconocí el lugar con más prolijidad, pero no pude descubrir absolutamente nada que me pudiera proporcionar algún antecedente acerca de la persona cuyos restos yacían allí. No podía haberse accidentado, pues el esqueleto se encontraba tranquilamente en el nicho, como en una cama; no podía haber fallecido de hambre, pues el pozo estaba abierto. El sitio

no constituía tampoco un cementerio indígena, pues faltaba toda ofrenda y yo siempre había encontrado algunas en las sepulturas de indios que había excavado en otras partes. Incluso la sospecha de que el cadáver hubiera llegado por un crimen a ese lugar, podía acogerse difícilmente, pues ¿para qué se habría conducido un cadáver con tantas dificultades hasta allí, en vez de enterrarlo, simplemente, en la profunda arena de la superficie?

Lentamente y con precauciones seguí avanzando por el chiflón. El piso de éste era plano, pero de allí en adelante estaba cubierto de piedras y, repentinamente, me encontré ante su término. Inicé una detenida exploración, sobre todo para determinar si esta veta continuaba, y era posible explotarla, pero reconocí pronto que era metalífera sólo hasta ese punto y la habían abandonado por no contener oro más allá. Cuando inspeccioné con cuidado los trozos de rocas que yacían en el suelo, encontré varios con alto contenido aurífero, como también dos cinceles y un martillo de cobre macizo, que pesaban diez libras, pero bastante gastados. Observé que no había más objetos de interés, junté varias muestras auríferas y me arrastré de nuevo por el chiflón hacia afuera, llevando las herramientas. Mis acompañantes estaban ya muy preocupados por mí, pero no habían tenido el valor de seguirme. Supe por ellos que los animales huídos eran zorros y los habían asustado mucho, pues habían saltado de improviso de la cueva y corrido velozmente en medio de ellos.

En la falda septentrional de este cordón se encuentra el antiguo mineral de *Chancoquín*, donde había igualmente un gran número de minas de oro y plata trabajadas antaño con excelentes resultados, y cuyos desmontes, compuestos por material estéril, demostraban la gran profundidad de los labores. Sin embargo, desde el descubrimiento de las riquísimas minas argentíferas de *Chañarcillo* y *Tres Puntas* habían sido abandonadas y se las trabajaba sólo temporalmente. Visité una de ellas, y aún cuando encontré algunas vetas de buena ley, no me decidí a trabajarlas, debido a que todo el distrito tiene la mala reputación de ser "brechero", es decir, de encontrarse en él el metal sólo en nidos. Así, si se encuentra mineral rico,

éste luego se pierde, siendo necesario trabajar entonces durante largo tiempo en roca estéril, hasta volver a dar con mineral explotable.

Hacia el sur de Copiapó se extiende otro cordón, que ya había visitado cuando llegué a la ciudad. Está orientado como el otro, tiene la misma altura y se halla también desprovisto de vegetación; la quebrada del Rosario lo separa en dos partes y en ambas se encontraban innumerables minas de oro trabajadas en la antigüedad por los indígenas. Los españoles las explotaron más tarde, pero todas quedaron abandonadas cuando se descubrieron las minas de plata. Al final de la quebrada se encuentra un gran túnel, resto de aquellas antiguas explotaciones, que parece confirmar el decir de que en esta parte había una veta aurífera muy rica.

## Capítulo XIX

### LAS SIRENAS DEL PUERTO DE CALDERA

Durante mi permanencia en Copiapó había oído decir frecuentemente que los pescadores de Caldera solían escuchar el canto de las llamadas sirenas o vírgenes marinas; algunos habrían afirmado incluso haberlas visto. Las sirenas tendrían figura femenina desde la cabeza hasta la mitad del cuerpo, pero éste terminaría en aletas natatorias, por lo cual cada una de estas criaturas sería medio mujer, medio pez. Como se había propagado de nuevo el rumor de haberse vuelto a escuchar sirenas en Caldera, se dirigieron varias familias allá, de inmediato, por ferrocarril, para convencerse personalmente de la existencia de esos seres fabulosos. También yo partí, en compañía de una familia amiga, tanto para investigar el origen de esa superstición, como para pasar una noche agradable en el mar, acompañado de señoras y muchachas amables y bellas y refrescándome con las brisas marinas.

El pueblo de Caldera ya no era comparable al villorrio que

había encontrado a mi llegada en 1852, cuando lo componían solamente un edificio público, algunas chozas de pescadores y un miserable albergue. Ahora ya había una plaza principal, varias calles con buenas casas, una iglesia y numerosos negocios, como también cuatro hoteles y una población de cerca de 4.000 almas; pero nos resultó difícil encontrar alojamiento, por el gran número de personas llegadas desde Copiapó. De la misma manera, todos los botes habían sido arrendados a precios muy elevados, y sólo pude obtener una embarcación después de mucho hablar y contra pago en oro.

Como los hoteles y los pescadores obtenían buenas utilidades gracias a la aglomeración, tuve que suponer de antemano que la noticia de las sirenas sólo constituía una especulación vulgar, destinada a atraer el público al puerto, a fin de poder explotarlo. El canto de las sirenas sólo se podía escuchar al atardecer, al salir la luna llena, por lo cual aproveché el tiempo, al igual que muchos caballeros y damas, para bañarme en el mar, mientras en todos los hoteles se ponía banca y se iniciaba el juego.

Cerca de las diez de la noche avisaron los pescadores, que era oportuno embarcarse, y todos se dirigieron a las embarcaciones mayores o menores; en tierra, donde había reinado un movimiento agitado y bullicioso, se impuso entonces un silencio absoluto.

Era una bellísima noche de verano; no se movía una brisa, el mar estaba en calma completa y sólo se escuchaba quebrarse levemente las débiles olas en la playa. Entre tanto, se había elevado la luna llena con toda su belleza sobre los orgullosos Andes y su mágico fulgor iluminaba nuestros botes y chalupas, que se deslizaban sin el menor ruido, como fantasmas, sobre el espejo de la bahía, escuchándose apenas el golpe de los remos.

Nos habríamos movido una media hora de una parte a otra, lentamente, cuando desde uno de los botes, el ocupado por el Intendente de la provincia y su familia y el capitán del puerto de Caldera, se dio la señal de detenerse y escuchar. No fue pequeña mi sorpresa cuando escuché, primero débil, pero luego con intensidad creciente, una música melódica, que pa-

recía provenir realmente de espíritus. A veces se escuchaba sólo una voz, o pocas, pero luego se formaba un coro compuesto por muchas, unidas en los más armoniosos acordes.

La música parecía provenir de numerosas arpas eólicas, accionadas simultáneamente por el viento, pero luego cambiaba a un lejano sonido de órgano. Escuchamos la música cerca de media hora, y los presentes discutieron, por supuesto, acerca de la causa de los curiosos sonidos. La mayoría opinaba que eran originados por el avance y retroceso del mar en cavernas de diversas dimensiones, situadas en la playa debajo del nivel del agua. Algunos, en cambio, creían realmente en las sirenas, y esforzaban la vista para observar una. Es obvio que esto se aprovechaba para hacer chistes, y a menudo una voz anunciaba que una virgen marina se estaba presentando sobre el agua, lo que inducía a muchos botes a aproximarse al lugar señalado, donde se les recibía, naturalmente, con grandes risas. Por lo general, en vez de las sirenas se veía a un lobo marino que miraba con curiosidad a los visitantes nocturnos.

La hermosa noche invitaba a permanecer en el agua, lo que hicieron los diversos grupos, quedándose en sus botes, mecidos por las olas. Muchas jóvenes damas habían traído sus guitarras y tocaron pronto hermosas barcarolas. De esta manera, las horas transcurrieron de la manera más agradable.

Al día siguiente, en la mañana, regresamos por ferrocarril a Copiapó, donde se contó a muchos, como chiste, que no sólo habíamos escuchado a las sirenas, sino que las habíamos visto, y es posible que tales patrañas expliquen el origen de las sirenas.

Mi opinión respecto de la música es que proviene de seres vivos, aunque no de sirenas, sino de peces u otros animales marinos, y estoy, en este sentido, de acuerdo con el juicio del vizconde Onffroy de Thoron, autor de un libro sobre la República del Ecuador, cuya opinión está reproducida bajo el título de "Peces Cantantes" en la revista *Globus*, tomo X, pág. 312. Textualmente, se expresa de esta manera: "Cuando examiné la bahía de Pailón, situada en la parte septentrional de la provincia de Esmeralda, navegué una vez, al atardecer, a lo largo de la playa. Repentinamente, oí sonidos extraños e in-

sistentes. Pregunté al bogador de mi bote si no escuchaba nada, y éste me contestó que se creía que se trataba de peces cantantes, llamados sirenas o músicos. Poco después escuché un gran número de voces, que formaban un conjunto armónico y parecían los sonidos de un órgano a la distancia. Ordené que se detuviera el bote, a fin de escuchar sin ser molestado por otros ruidos. Mi bogador movió la cabeza y expresó:

—Señor, por mi parte, yo no creo que haya peces que sean capaces de cantar así. Son las ánimas de los antiguos.

“La bahía de Pailón es de agua salada, y el río sólo tiene agua salina cuando sube la marea, pues normalmente ella es dulce. Los peces cantan durante varias horas, sin interrupción y sin alcanzar a la superficie del agua, y debido a la vibración permanente del sonido en el aire se generan melodías misteriosas. El pez cantor mide unas diez pulgadas de largo, tiene color blanco, con manchas azulinas en la espalda. Así, al menos, es el aspecto del que se pesca con el anzuelo mientras dura el canto. Este comienza más o menos cuando se pone el sol y dura toda la noche”.

## Capítulo XX

### UN DÍA DE LLUVIA EN COPIAPÓ

Repentinamente, a mediados de julio, se juntaron pesadas y negras masas de nubes en el cielo, y pronto comenzó a llover en forma torrencial. Esto llama tanto más la atención en esta zona, cuanto que sobre Copiapó brilla casi siempre el más bello cielo azul y llueve una sola vez al año.

Un día de lluvia tiene aquí efectos realmente mágicos. En seguida se desarrolla un exuberante verdor, incluso en los suelos más arenosos, garantizando una rica cosecha de alfalfa, maíz, sandías, zapallos, cebollas y frutas muy variadas. El de lluvia era, por tanto; un día de fiesta y alegría para los veci-



nos de Copiapó. Nadie trabajaba, se cerraban los negocios y todos se entregaban al jolgorio.

Menos favorable fue la lluvia, por cierto, para las casas, que son casi todas construcciones de adobes, con techos formados por una capa de juncos y otra de barro, de modo que había goteras en todos los edificios, a las que se añadía el agua que penetraba desde las calles, donde corrían verdaderos arroyos.

Por suerte, la lluvia no duró mucho, pues en caso contrario hubiera ocasionado grandes perjuicios. Toda la ciudad ofrecía después un aspecto lamentable, casi cómico, pues, conforme a las disposiciones policiales, todas las casas se encuentran blanqueadas, y el barro de los techos había comenzado a correr sobre las murallas, ensuciándolas.

Al cesar la lluvia, se inició un movimiento muy activo y bullicioso: había música en casi todas las casas y se cantaba, bebía y jugaba. En la plaza de armas se encendieron fuegos artificiales y las festividades duraron toda la noche.

Al día siguiente, me dirigí a caballo a Tres Puntas, en compañía de algunos amigos. Llegamos con toda felicidad, pero no quedamos poco sorprendidos cuando vimos que en la placilla había nieve hasta una altura de tres pies. La nieve demoró varios días en derretirse y, como la estada era poco grata y muy fría, sólo permanecemos el tiempo indispensable para visitar las minas más interesantes y regresamos a los dos días a Copiapó. Nos encontramos con que todo el valle y las laderas de los cerros, normalmente arenosos y cubiertos de cantos rodados, estaban tapizados de verde, como consecuencia de la lluvia. Desgraciadamente, eso duró sólo breve tiempo, pues los quemantes rayos solares destruyeron luego los tiernos tallos de las plantas y la región volvió a ofrecer su antiguo aspecto, gris y desolado.

\* \* \*

Una de las noches siguientes, cuando había recibido visitas de Valparaíso, volvió a repetirse un fuerte temblor. La mayoría, con sólo la camisa de dormir, salió corriendo a los jardi-

nes y calles.\* Apenas habíamos abandonado también nosotros nuestras camas, se escuchó un trueno subterráneo violentísimo, al que siguió un estremecimiento horizontal muy fuerte, de modo que cayó uno de mis amigos, después de lo cual siguieron las oscilaciones del suelo, que apenas nos permitían mantenernos en pie. Se produjo un segundo remezón y todo quedó en calma. Temerosamente, la población de Copiapó regresó a sus casas, pero mis huéspedes se habían asustado de tal manera que se vistieron rápidamente, y fue imposible inducirles a que se recogieran de nuevo.

Cuando estábamos tomando el desayuno, al día siguiente, escuchamos repentinamente un disparo, y luego cuatro más, que provenían de la casa vecina, donde vivía un inglés amigo mío. Entramos llenos de curiosidad y encontramos en la galería, bañada en sangre, a una joven de apenas diecisiete años de edad. Era una muchacha que había tenido relaciones con el inglés y acababa de suicidarse con un revólver, por celos. Primero se había disparado una bala a través del pecho, pero como no resultara mortal, se descerrajó también las cuatro restantes. Sin duda, ello revelaba una gran valentía de parte de una joven.

## Capítulo XXI

### PELIGROSA SITUACIÓN EN UNA MINA DE PLATA

#### DURANTE UN FUERTE TEMBLOR

En los primeros días de septiembre me fui de nuevo a caballo a Tres Puntas y, cuando acababa de llegar muy cansado a la mina *La Cobriza*, ocurrió una desgracia. A tres mineros, por un descuido, se les inflamó un depósito de pólvora y sufrieron quemaduras tan grandes que había que temer por sus vidas o, al menos, por su vista. Mediante lavados permanentes con aceite, se logró finalmente conservarles una y otra, pero los desgraciados tenían un aspecto realmente horrible. Como

estaban hospitalizados en mi pieza, encomendé su cuidado al administrador y a los obreros, que habían suspendido los trabajos cuando ocurrió el accidente a fin de poder asistir a los heridos. Por mi parte, tomé una vela de minas y bajé al pique para inspeccionar.

Cerca de medianoche, después de una prolongada visita a los diferentes laboreos, decidí volver y comencé a subir desde las honduras de la mina. Cuando estaba a mitad de camino y me aprestaba a atravesar la boca de un pique vertical, equibrándome sobre una viga provista de incisiones, retumbó repentinamente el interior de la tierra de una manera que infundió terror y espanto. En seguida un breve movimiento en sentido vertical me hizo caer al suelo y me anunció con excesiva insistencia que estaba ocurriendo un nuevo temblor. Al caer, la vela se me escapó de las manos y se apagó, de modo que me encontraba en la más absoluta obscuridad, solo y a pocos pasos del profundo pique.

Conocedor de lo peligroso de mi situación, pues un segundo remezón podía hacerme deslizar sobre el suelo rocoso inclinado y precipitarme en el pique, me sujeté con verdadera desesperación a la punta de una roca saliente.

No tuve que esperar mucho para que se sintiera otro remezón. De nuevo retumbó la tierra y se produjo un movimiento oscilatorio, que me meció durante un minuto como si estuviera en una cuna. En seguida, sin embargo, las oscilaciones se hicieron cada vez más débiles, para terminar finalmente por completo, de modo que abrigué la esperanza de que el temblor había pasado.

Pero me había equivocado por completo. Los remezones precedentes sólo habían sido el preámbulo de una situación que se tornó desesperada, pues, repentinamente, se escuchó desde las profundidades de la tierra un estruendo formidable. Era un ruido similar a un trueno y, a la vez, un crujido, una crepitación como si se trizaran y quebraran rocas que luego fueran arrojadas a una profundidad incommensurable, donde se destrozaban. Con todo ello casi quedé aturdido, y siguió de inmediato un violento remezón horizontal, que me arrojó de mi punto de apoyo e hizo que comenzara a deslizarme.

En medio de un espanto difícil de concebir, hice todo lo posible para mantenerme, pero fue inútil. Siguió otro remezón violentísimo y seguí rodando sin remedio hacia el pique.

Ya se encontraba la mitad de mi cuerpo sobre él y lancé un grito de desesperación. Entonces la Divina Providencia tuvo la gracia de hacerme encontrar la viga tendida sobre el pique, y asiéndome desesperadamente a ella con los dos brazos, me encontré pendiente sobre la espantosa profundidad. Reuní toda mi energía para alzarme hasta la viga, pero fue en vano: no poseía suficiente fuerza para ello. ¡Qué terribles momentos! Advertí claramente cómo se desvanecían mis energías y era capaz de mantenerme sólo algunos segundos más, antes de precipitarme a las profundidades.

Encomendé mi alma a Dios y sólo le imploré que me concediera una muerte rápida, pues más de una vez había tenido oportunidad de ver a mineros caídos al fondo de los piques. Como éstos no se encuentran enmaderados, habían ido dando bote de una roca saliente a la que seguía, hasta llegar abajo totalmente mutilados, con las costillas, los brazos y las piernas quebradas. Solían sacarlos vivos a la superficie, donde morían en medio de terribles padecimientos.

Una vez más, una última vez, en mi mortal terror, con energía realmente sobrehumana, procuré izarme, y la suerte me acompañó, pues tuvo éxito mi maniobra. Dándome un vigoroso impulso, del que dependía mi vida o muerte, alcancé con el pie una roca saliente. Temeroso de que también se desvaneciera esta última esperanza y la roca no fuera capaz de sostenerme, sólo me aventuré a apoyar primero la punta del pie y sólo poco a poco toda la planta, pero, afortunadamente, la roca tenía suficiente resistencia.

Así como acababa de implorar al Creador que me concediera una muerte rápida —pues todo fue obra de pocos minutos—, le rogué ahora que me salvara. Pero ese instante tardaba, pues mi situación volvió a empeorar. Nuevamente se escuchó un trueno y un terrible estruendo desde el interior de la tierra, otra vez se produjo un violento remezón, de modo que tuve que concentrar toda mi energía a fin de no perder mi punto de apoyo. Mas, para colmo de mi espanto, el primer

temblor había removido una cantidad de rocas con peso de varios quintales que se encontraban en los costados de un chiflón muy inclinado y el segundo remezón las precipitó con formidable estruendo y terrible velocidad hacia donde yo me encontraba.

Pero las rocas cayeron a mi lado y sólo una me hirió. Así tuve la suerte de que también ese peligro pasara. Los elementos, tan profundamente irritados, volvieron a calmarse; los estruendos y truenos, como también las oscilaciones, se volvieron cada vez más débiles, hasta cesar del todo. Era también el momento de que así ocurriera, pues la pérdida de sangre debida a la herida, hizo disminuir sensiblemente mis fuerzas, de modo que si no se me salvaba luego de mi espantosa situación, estaba perdido.

Como ni mi administrador ni los mineros, que sabían que me encontraba solo en la mina, hacían empeño alguno para buscarme, tuve la terrible sospecha de que la mina se encontraba derrumbada, lo que implicaba para mí la disyuntiva de soltar la viga, para destrozarme en el fondo del abismo, o esperar a morirme lentamente de hambre.

Después de algunos minutos, que no olvidaré jamás, escuché, por fin, voces humanas que se acercaban poco a poco. Vi en seguida una luz pálida, y pronto mi administrador y los mineros se encontraban a mi lado. Ellos me transportaron fuera de la mina, pues fui incapaz de salir por mis propias fuerzas, debido al espanto y la angustia que habían paralizado mi organismo.

## Capítulo XXII

### DEMOSTRACIÓN CONTRA LOS JESUITAS

El 23 de diciembre ya habían llegado a Copiapó la mayoría de los mineros del Desierto de Atacama, y de las quebradas de la cordillera andina, para celebrar la Navidad, y en todas las

calles reinaba gran animación, sobre todo en las tiendas, almacenes de abarrotes, restaurantes y locales de diversión.

Al mismo tiempo había concurrido también un gran número de extranjeros, entre ellos varios alemanes, llegados en vapor desde Valparaíso, unos para adquirir participaciones en las minas de plata, otros para trabajar en ellas. Entre los recién llegados se encontraban también algunos padres jesuitas de Santiago.

A la mañana siguiente se propagó con asombrosa rapidez el rumor de que los jesuitas habrían venido para excitar al pueblo contra los extranjeros, sobre todo contra los protestantes y judíos, para expulsarlos de la provincia y del país.

Como ya se habían reunido grandes masas humanas en la plaza principal, gritando y vociferando, uno de los más reputados dueños de minas envió por mí y otros compatriotas para que nos juntáramos en su casa, a fin de protegernos.

Al mediodía se colocó en las puertas de las iglesias y en todas las esquinas de la ciudad, un edicto del Arzobispo de Santiago, del que se repartieron también miles de ejemplares en las calles, de modo que pronto pudimos disponer de un ejemplar, que conservo hasta ahora como recuerdo.

Era del siguiente tenor:

“A todos universalmente ordenamos, bajo pena a nuestro arbitrio, a más de las que dispone el derecho, que hagan ante Nos o ante nuestros covisitadores, la denuncia de los que por hecho o palabra sean sospechosos de herejía, excomulgados o que de alguna manera perviertan las costumbres, exhortando y rogando en el Señor a todo aquél que tuviese que comunicarnos cualquier asunto, se desnude de toda pasión y mire en lo que hace únicamente a la gloria del Señor”.

Poco después supimos que ya se había procedido a formar una lista con los nombres de todos los extranjeros de Copiapó, la que se habría entregado a los jesuitas, a fin de que excitaran al populacho a expulsarnos o asesinarlos.

El plan de los jesuitas, de dar a conocer el edicto en el preciso momento en que los mineros, los bandidos y la chusma se habían reunido en gran número, era, sin duda, inteligen-

te, pues podían usar como instrumentos a muchos de ellos, que se encontraban embriagados.

Poco después de mediodía apareció el diario *El Copiapino*, que reproducía en sus columnas el edicto, pero con el siguiente agregado:

“Hiriendo el presente edicto de muerte el buen sentido, la civilización y la gloria del Señor, cuya majestad invoca hipócritamente, y siendo, por otra parte, antisocial, inhumano y bárbaro, se invita universalmente a las personas de sano corazón concurran el domingo, 25 del corriente, a las 6 de la tarde a la estación del ferrocarril de esta ciudad, en cuyo punto será dicho edicto quemado públicamente, como testimonio solemne de reprobación y de que Copiapó no consiente ni consentirá jamás que en su seno se abran las hogueras del Santo Oficio”.

Si bien este artículo era favorable para nosotros, ¿qué podía lograr contra una horda ebria y fanatizada por los jesuitas?

Cuando llegó a nuestro huésped la noticia de que la plaza principal y las calles se encontraban repletas de un gran gentío, cuya gritería pudimos escuchar finalmente, nuestra situación comenzó a volverse algo crítica, y temíamos, sobre todo, que el dueño de casa, conocido como amigo de los extranjeros, pudiera sufrir por habernos dado acogida.

Repentinamente, oímos varios disparos y miles de voces, y uno de los mozos de la casa, que había sido despachado para averiguar noticias, se precipitó en la habitación. Todos creíamos que nos anunciaría el asalto de la casa, pero tuvimos la agradable sorpresa de saber por él que los vecinos de la ciudad, después de leer *El Copiapino*, se encontraban irritados en tal forma contra el arzobispo y los jesuitas, que no querían esperar al día siguiente para quemar el edicto, sino que lo harían de inmediato frente a la iglesia principal. El pueblo ya se había dedicado a arrancar ese documento de los lugares donde había sido fijado, para escupirlo y pisarlo.

En efecto, poco después se presentó ante nosotros una delegación formada por los primeros ciudadanos de Copiapó, que invitó a los extranjeros presentes a dirigirse con toda confianza a la plaza principal. Accedimos de inmediato a la invita-

ción y nuestra llegada fue recibida con grandes aclamaciones.

De todas partes afluía gente a la plaza, trayendo ejemplares del edicto, para quemarlo. Se erigió una especie de tribuna, frente a la cual se acumuló un gran número de ejemplares de aquel documento, y en el preciso instante en que un orador se dirigía a la tribuna, llegó a la plaza un destacamento de soldados, con la orden de despejarla. Pero la masa excitada no cedió un paso, y la fuerza armada habría tenido que recurrir a las armas para abrirse camino en medio de ella.

Cuando el Intendente supo que no era posible hacer cumplir la orden sin derramar sangre, concurrió personalmente, para declarar que él también era contrario al edicto, pero no podía tolerar que los vecinos de Copiapó realizaran, en la plaza, el acto que se proponían, por lo cual les insinuaba que se dispersaran, o bien, si insistían en llevar a cabo sus propósitos, lo hiciesen fuera de la ciudad, a fin de que no se le pudiese hacer responsable.

El discurso del Intendente fue recibido con grandes aplausos, y entonces se dirigió un desfile compuesto de varios millares de personas a la estación, donde se amontonaron los edictos y se improvisó otra tribuna.

Luego, los documentos fueron incendiados, y mientras por todas partes sonaban fuertemente las campanas, de las que se había apoderado el pueblo, reinaba en el recinto mismo el más absoluto silencio, hasta que todos los edictos se hubieron quemado y transformado en ceniza.

Entonces hizo uso de la palabra un ciudadano de Copiapó. Agradeció a todos por haber aceptado la invitación, e hizo ver que los extranjeros no habían llegado como enemigos, sino como amigos. Expresó en seguida, con poderosa voz, de modo que lo pudieran escuchar todos los presentes, hasta una gran distancia, que "quemaban libre y espontáneamente el salvaje edicto, en nombre de Copiapó, sobre los rieles que habían traído la ilustración, la luz y el progreso de todo orden a la ciudad, y para exteriorizar al arzobispo y a los jesuitas nuestro repudio y a los extranjeros nuestro respeto. ¡Que se enteren los primeros del espíritu que reina en Copiapó en 1853!" El discurso fue aclamado frenéticamente.



En seguida subió un segundo ciudadano a la tribuna y expresó textualmente que “dos épocas gloriosas ha tenido Chile: la de nuestra emancipación política, verificada el año 10, en que *por la razón o la fuerza* se elevó al rango de una nación libre e independiente, y el 25 de diciembre de 1853, en que el pueblo en masa protestó contra los principios de espionaje elevados a máximas religiosas. En este día ha proclamado altamente su emancipación de toda influencia jesuítica, de todo principio retrógrado, y ha presentado al gobierno el apoyo moral y físico para marchar resueltamente por el camino de la reforma y del progreso” \*.

Habló luego un tercer orador. Después de pedir a la asistencia que practicara la amistad y el amor en el trato con sus congéneres y de expresar el deseo de que cada extranjero encontrara en Chile una segunda patria, vivió a los extranjeros, lo que el gentío acogió con grandes aclamaciones.

En seguida se disgregó la masa, a fin de entregarse a las diversiones de la fiesta de Pascua, y a las pocas horas se escuchaba de todas las casas músicas y cantos, y los extranjeros, ahora muy celebrados, bailaban con las hijas y bebían con los hijos de la ciudad.

En la tarde hubo fuegos artificiales en la plaza principal y, a pedido de la población se representó en el teatro la obra *Fanatismo y Superstición, o Carlos II, el Hechizado*. El numeroso público aplaudió frenéticamente todas las alusiones en que se atacaba con energía a los jesuitas.

Las festividades duraron varios días, y el drama en cuestión fue representado cuatro veces, con las localidades agotadas. Los jesuitas regresaron rápidamente a Valparaíso o Santiago y la reputación del arzobispo sufrió mucho, debido al torpe documento que había firmado.

En cambio, debo destacar, en honor del cura párroco de Copiapó, quien era un excelente pastor de las almas, que es-

---

\* Citado según el texto publicado por *El Copiapino* el 27 de diciembre de 1853. (N. del T.).

taba muy indignado por el edicto y nos expresó su opinión en forma franca y abierta. Me visitó ese mismo día, para invitarme a su casa con algunos otros extranjeros, lo que aceptamos con especial agrado \*.

## Capítulo XXIII

### MI VIDA EN LAS MINAS DE PLATA DEL DESIERTO DE ATACAMA

Había transcurrido ya un año y medio desde que iniciara la explotación de mis siete minas argentíferas. Gracias a un esfuerzo ininterrumpido y empeñoso alcanzaban ya apreciable profundidad, pero sin dar el menor resultado positivo. Mas la formación geológica prometía un alcance rico en cualquier instante.

Como no era posible, sin embargo, precisar en las ricas minas vecinas cuál era la veta tan inmensamente productiva, entre las numerosas que cruzaban el terreno, no podía tampoco saber en cuál de mis minas, que rodeaban a las primeras como un cinturón, se encontraba esa veta.

---

\* El episodio que relata el autor en este capítulo tiene gran interés y trascendencia, por varios motivos. En primer lugar, revela que ya a fines de 1853 se estaba preparando la llamada "lucha religiosa" que estallara abiertamente en la segunda Administración Montt, cuando fue extrañado del país el autor del edicto que cita Treutler, el Excmo. Arzobispo don Rafael Valentín Valdivieso.

Lógicamente, el sentido del edicto no consistía en desencadenar una persecución de los extranjeros, sino que estaba destinado únicamente a velar por la pureza de la fe.

Pero podía, sin duda, ser aprovechado indebidamente para los fines a que se refiere Treutler.

Luego es interesante que intervinieran en el conflicto habido en Copiapó los jesuitas. Habían sido expulsados éstos en 1767 por el régimen español y estaban haciendo en aquel tiempo las primeras gestiones para regresar al país, lo que motivó violentas discusiones parlamentarias. Sólo a principios del año siguiente se establecieron, de hecho, sin autori-

Por eso trabajaba hasta ahora mis minas con escasa intensidad, fijándoles un presupuesto mensual de sólo 300 pesos a cada una, de modo que invertía mensualmente 2.100 en las siete minas y había gastado 37.800 pesos en los dieciocho meses, un capital que había reunido por medio de la venta de barras.

Hasta entonces dirigía personalmente la explotación de mis minas, y me iba a caballo a Copiapó, todos los fines de mes, para retirar de mi banquero el dinero necesario para pagar a los trabajadores y comprar materiales y alimentos; regresaba siempre a Tres Puntas el día primero de cada mes, para los pagos.

Las informaciones que he dado sobre el pueblo y la clase de gente que en él vivía, habrán permitido al lector formarse una idea sobre la vida que tenía que llevar allá. Sólo mi entusiasmo y cariño por la minería pudieron inducirme a soportar durante tanto tiempo una vida tan llena de privaciones.

En el terrible desierto donde me hallaba no existe ningún árbol ni arbusto, ninguna plantita ni ser viviente, y me rodeaba la hez de la humanidad. El clima no era mejor, pues el sol quema de día y, de noche, el viento que baja de los Andes cubiertos de nieve, me helaba aun dentro de mi choza. Los vientos solían ser tan fuertes que dificultaban la respiración y ocasionaban intensos dolores de cabeza, y los bruscos cambios de temperatura entre el día y la noche me provocaban

---

zación especial, en Santiago. Una parte de la opinión pública los consideraba en aquel tiempo como una encarnación del espíritu de intolerancia y fanatismo, como lo revelan los documentos citados en el texto. En realidad, tales cargos eran totalmente infundados, como lo han comprobado los hechos posteriores, pues constituyen hoy día una de las órdenes mejor reputadas en el país, con grandes méritos por la propagación de la fe, la enseñanza y la caridad, lo que la opinión pública reconoce en nuestros días en forma unánime.

Finalmente, los hechos que cita Treutler —y que no se encuentran reflejados en las obras escritas por nuestros historiadores de la época— tienen también gran interés para comprobar cómo en 1853 ya se estaba gestionando en Copiapó la formación de un nuevo partido político, el radical, que formalmente sólo se constituyó años más tarde —en 1862—, pero cuyos fundamentos ideológicos ya se reflejan fielmente en las declaraciones hechas con motivo de los sucesos que relata Treutler. (N. del T.).

agudos dolores reumáticos. A todo eso hay que agregar que, día tras día y mes tras mes, la alimentación consistía sólo en pan, café, higos secos y fríjoles, pues la carne fresca era muy rara, y, cuando la había, no era, por lo general, fresca, y sólo se la podía conseguir a precios exorbitantes; también el agua era, a menudo, de mala calidad y no potable.

Deben tenerse en cuenta, además, los esfuerzos que exigía la dirección personal de todas las minas. Tenía que señalar y controlar, tanto de día como de noche, todos los laboreos y, para entrar o salir de ellos tenía que bajar o subir por escaleras de patilla, consistentes en toscos troncos incrustados en las paredes de los piques y provistos de entalladuras, y tenía que equilibrarme sobre vertiginosos abismos, a lo largo de estrechos senderos manchados con el sebo de las velas, que se llevaban afirmadas en un bastón. A todo esto deben agregarse las pesadas y peligrosas cabalgatas a través del desierto que tenía que realizar todos los meses. Y, finalmente, ¡qué escenas tenía que presenciar entre esa gente embravecida y brutal, y cuántas veces veía en peligro mi propiedad e incluso mi vida!

Sólo el amor a mi profesión y el cariño a mis minas me permitieron soportar estos padecimientos y sentirlos menos duros.

Y, sin embargo, ¡qué contento solía hallarme, a pesar de todo, en mi sencilla choza, cuando descansaba de noche en mi cama y escuchaba alrededor y debajo de mí, en las profundidades de la tierra, una incesante actividad, cuando llegaba hasta mi oído el golpe acompasado del combo de los barreteros y se alternaban los tiros de las explosiones!

¡Cuántas veces me apresuraba desde mi cama al pique, a fin de ver qué resultado había tenido el último tiro, que podía haber puesto en descubierto una veta rica!

El cariño que un auténtico minero tiene por su mina es similar al de una madre por su criatura, y la excitación que lo acompaña puede ser comparada, sin duda, a la de un jugador que se encuentra sentado a una mesa cubierta de oro y juega toda su fortuna, o quizás la existencia misma.

Debido a esta actividad tan dura, mi salud se encontraba tan resentida, que me vi en la necesidad de encomendar la administración a otras manos, por mucho que lo sintiera. Con-

traté, por consiguiente, los servicios del ingeniero Louis Schnakenberg, de Cassel, y más tarde los del ingeniero Friedrich Krause, de Sajonia, como administradores, y entregué la administración general a la importante casa comercial Louis Osthaus, de Valparaíso, que había participado sobre todo en mis minas, y ésta envió a Copiapó, como apoderado, a don Hugo Jenquel, de Hamburgo. En cuanto a mí, me dirigí con el próximo vapor a Valparaíso.

#### Capítulo XXIV

1854. VIAJE A LAS MINAS DE PLATA DE

CHAÑARCILLO

Todos los meses descubrían nuevas y ricas vetas metalíferas en el Desierto de Atacama y se iniciaba así la explotación de infinitas nuevas minas.

Los magníficos resultados que se lograban en los diversos distritos mineros habían despertado el mayor entusiasmo, no sólo en Copiapó, sino también en Valparaíso y Santiago, cuya población participaba con varios millones de pesos en las minas. Más que nunca, los cateadores recorrían las quebradas andinas y el desierto, y se organizaron compañías mayores, que equiparon costosas expediciones, a fin de reconocer esas comarcas en todas direcciones. Una consecuencia natural fue que mientras antes se descubrían sólo una vez al mes nuevos yacimientos de oro, plata o cobre, ahora se hablaba casi diariamente de tales hallazgos. Así no sólo se manifestaba un gran movimiento en los negocios, sino que reinaba una verdadera fiebre minera, y todos trataban de enriquecerse rápidamente.

Este auge de la minería, hizo florecer naturalmente el comercio. Mientras los dueños de las minas hacían en ellas grandes inversiones, lo que les permitía adquirir o también perder, a veces en corto tiempo, grandes fortunas, se embarcaban

en Valparaíso ingentes cantidades de mercaderías para Copiapó, las que proporcionaban a sus despachadores y revendedores, utilidades no tan rápidas pero mucho más seguras que las de las minas y, en todo caso, apreciables.

Los principales distritos mineros, es decir, el de *Chañarcillo*, descubierto en 1832, y el de *Tres Puntas*, en 1848, se encuentran a una distancia de diez y de dieciséis leguas, respectivamente, de Copiapó. Así, la de comunicar a esos dos centros con Copiapó por ferrocarril era una empresa importante y que podría rendir muy buenas utilidades. De tal manera sería posible, por una parte, abastecer a las minas en forma rápida y barata de obreros, agua, víveres y todos los materiales necesarios; por otra parte, los minerales podrían ser despachados a mucho menor costo no sólo a Copiapó, sino directamente a Caldera, que era el puerto de embarque.

Estos proyectos ferroviarios no interesaban, sin embargo, sólo a los centros mineros de *Chañarcillo* y *Tres Puntas*, sino también a todo el terreno que cruzarían las nuevas líneas, pues en él existían innumerables vetas metalíferas nobles y había también laboreos ya iniciados. Pronto se trazaron los recorridos a ambos puntos, y como el terreno en el que se dirige a *Chañarcillo* no ofrece dificultades y los costos fueron estimados muy bajos, la misma compañía a que pertenecía el ferrocarril de Caldera a Copiapó, acordó prolongarlo al interior del valle de Copiapó, en dirección a *Chañarcillo*.

Vivía ya dos años en esta provincia, y no había tenido tiempo para visitar este rico e interesante mineral. Como su importancia aumentó mucho con el ferrocarril proyectado y se ofrecía para realizar nuevas especulaciones, como ser, el denuncia de antiguas minas abandonadas o la compra de desmontes, para despachar los minerales por ferrocarril al puerto, me apresuré a viajar allá, a fin de participar en las minas.

A fines de enero, acompañado sólo por un mozo, me dirigí a caballo desde Copiapó hacia el Norte. Tenía que recorrer primero el mismo camino que va a *Tres Puntas*, aguas arriba del valle, por el barrio de San Fernando al Pueblo de Indios, hasta el punto en que un amplio valle se dirige de Norte a Sur. Para ir a *Tres Puntas* tenía que seguir desde ahí hacia el

Norte, pero ahora cabalgué hacia el Sur, siguiendo a orillas del río, que transformaba el valle en un vergel hasta donde alcanzaba su humedad. Los elevados faldeos a ambos lados se presentaban pelados, sin vegetación alguna, pero la roca oscura estaba cruzada por infinitas vetas cupríferas, de bellísimos colores azules y verdes, que daban a todo el paisaje un aspecto interesante.

Tierra Amarilla, aldea adonde llegué poco después, contaba unos cuatrocientos habitantes, los que vivían, en parte, de la agricultura, o en minas cupríferas situadas ahí mismo, la más importante de las cuales tenía el nombre de *Alcaparrosa*.

Siguiendo por el valle hacia su origen, llegué pronto a un lugar denominado Punta del Cobre, en cuya vecindad se encontraban las ricas minas cupríferas de *Ojancos*, que eran explotadas. Desde ahí se llegaba al caserío de Mal Paso, luego a Nantoco, en cuyos alrededores estaban situadas las importantes minas cupríferas de *Checo*, cuya explotación se estaba preparando, luego a Cerrillos, Totoralillo y, finalmente, a Potrero Seco, donde pernocté en casa de un amigo, administrador de una importante planta de amalgamación, movida por fuerza hidráulica obtenida del riacho.

A la mañana siguiente abandoné Potrero Seco y, dirigiéndome desde allí hacia el Sur, me despedí de este valle y comencé a transmontar la cordillera, donde terminaba toda la vegetación. Pasé primero por una quebrada larga y muy estrecha, para llegar en seguida a un cerro abrupto y alto, al que sube el camino dando vueltas y revueltas; volví a bajar a un valle profundo y estéril, y después de avanzar una hora a caballo, alcancé el pueblo de Chañarcillo, llamado también Placilla de Juan Godoy, donde me hospedé en un pequeño hotel.

Este pueblo, que cuenta unos cuatro mil habitantes, está situado a unas diez leguas de Copiapó y a una altitud de 4.473 pies, casi al pie del abrupto cerro de Chañarcillo. Este es un estéril contrafuerte de la cordillera andina, horadado desde el pie hasta la cima por centenares de minas de plata en explotación. Pero las minas no se encontraban solamente en este cerro, sino también en las llanuras alrededor del pueblo e in-

cluso en las calles mismas. Además, hay otros distritos mineros en un radio de algunas leguas, como Bandurrias, Cerro Blanco y otros, que suministraban grandes cantidades de plata.

El distrito minero de *Chañarcillo* fue descubierto en 1832 por un pobre cateador, Juan Godoy, quien encontró en la falda del cerro, grandes bolones de plata maciza e hizo de inmediato el pedimento. Pero Godoy vendió poco después sus derechos a la familia Gallo, de Copiapó, por una pequeña suma, que derrochó en seguida. El minero descubridor murió más tarde en la pobreza y la familia Gallo obtuvo una utilidad de varios millones de pesos sólo de aquella mina, *La Descubridora*, que siguió proporcionando grandes cantidades de plata.

Al conocerse ese importante descubrimiento, los mineros afluyeron en gran número para reconocer los terrenos vecinos, donde encontraron innumerables vetas argentíferas, cuya explotación fue iniciada. Pronto se establecieron aquí tiendas, cantinas, restaurantes, chinganas, garitos, y de toda la República afluyeron prostitutas al nuevo Eldorado, naciendo así esta placilla. Como este yacimiento suministraba desde 1832 una producción de varios millones de pesos al año, se había erigido, en 1851, a su descubridor Juan Godoy, el monumento ya mencionado, en la plaza principal de Copiapó.

El pueblo de Chañarcillo era muy similar al de Tres Puntas. La plaza en que se encontraba el hotel estaba cubierta por una gruesa capa de arena. Por todas partes había en las calles tanta basura, especialmente ropa sucia, cráneos de vacunos, botellas quebradas, perros muertos, etc., que producía asco. También aquí los mineros vivían en las minas, y sólo desde el sábado en la tarde hasta el lunes en la mañana el pueblo era invadido por millares de ellos. Entonces había música y canto en casi todas las viviendas, y se tomaba y jugaba en exceso, hasta que se derrochaba todo el dinero ganado con tanto esfuerzo.

Cerca del pueblo había agua, las cercanas quebradas de la Cordillera suministraban leña y llegaban pescado y otros productos del mar por el valle que había recorrido. Desde el puerto de Huasco, que no queda muy lejos, se enviaban también



esos suministros, y los pueblos de Freirina y Vallena despachaban hortalizas y frutas. Así, los alimentos en Chañarillo eran más baratos que en Tres Puntas, por consiguiente, los jornales resultaban más bajos y la minería, en general, de costos más reducidos.

Era interesante observar desde este lugar el abrupto cerro de Chañarillo, pelado y sin vegetación, y cubierto por más de cien casas aisladas, cada una perteneciente a una mina de plata. Frente a cada edificio se acumulaban grandes desmontes de rocas, y por todas partes se trabajaba febrilmente. Sólo pocas de estas minas poseían piques perpendiculares, a través de los cuales se extraía el mineral con la ayuda de malacates a caballo. De las restantes el mineral era sacado a la superficie, desde una profundidad de mil a dos mil pies, en cachos sobre las espaldas de los apires, que subían por chiflones en espiral.

De todas partes del cerro estos apires salían repentinamente de las bocaminas con su carga, para depositar el mineral sobre la cancha situada frente al edificio, o echar la roca estéril al desmonte y desaparecían luego como gnomos en sus cuevas. Frente a los edificios estaban sentados operarios que desmenuzaban el mineral argentífero y en muchos lugares había gente ocupada en poner a luz vetas recién descubiertas y construir chozas. Trepaban el cerro tropillas de asnos, cargados de agua y acompañadas por sus arrieros, a fin de abastecer a las minas, como también largas tropas de mulas, que transportaban materiales de minas y viveres. En dirección contraria bajaban del cerro, lentamente, tropas de sesenta a cien mulas, cargadas de minerales argentíferos, seguidas por un buen número de cuidadores armados y encabezados por una madrina, adornada festivamente con cintas y campanas y campanillas colgantes. De vez en cuando, aparecían guanacos en los faldeos de los otros cerros, mientras un cóndor, en compañía de jotes, giraba a grandes alturas sobre el pueblo y se precipitaba a menudo ansiosamente sobre una víctima, para llevársela a su nido.

\* \* \*

Al atardecer se reunían en el hotel numerosos administradores de minas; se jugaba y bebía; al caer la noche, aparecían prostitutas con arpas y guitarras, brotaba la música, se cantaba y bailaba, el champaña corría a raudales y se celebraban orgías hasta el amanecer.

Al día siguiente visité temprano a un comerciante alemán de apellido Piderit, instalado allí y pariente de mi médico de Valparaíso. Otro alemán, herr Lübben, de Bremen, que acompañaba a Piderit, me proporcionó interesantes informaciones sobre las minas, la plaza, sus condiciones y sus habitantes. Conocí allí también a siete mineros alemanes, provenientes, la mayoría, del Harz. Su trabajo consistía, sobre todo, en construir los piques perpendiculares, o se les ocupaba, debido a su honradez, en los laboreos donde la plata se presentaba en forma pura; ganaban mensualmente cien pesos, casa y comida libres.

Cerca del mediodía subí al cerro, acompañado por varios de estos mineros, para informarme de las condiciones geológicas y mineralógicas de este distrito y de la forma en que se presentaban la plata, los trabajos mineros, etc. Después de haber dedicado no sólo uno, sino varios días a ello y haber solicitado nuevas minas, regresé por el mismo camino a Copiapó.

## Capítulo XXV

### INTENTAN ASESINARME EN TRES PUNTAS

Poco después de mi regreso de Chañarcillo, se volvieron a descubrir nuevas y ricas vetas argentíferas en Tres Puntas. Me dirigí de inmediato allá y no pude resistir a la tentación de adquirir algunas barras más, entre las que autorizaban para cifrar grandes esperanzas, sobre todo las de *La Cobriza*, de la que compré varias, pagando 4.000 pesos por cada una.

No fue pequeña mi sorpresa cuando supe que durante mi ausencia y con falsos pretextos, un argentino de apellido Ro-

mán había alejado a mis obreros de mi mina *La Presidenta*, para apoderarse de ella. En la madrugada siguiente —era el 1º de mayo— me dirigí de inmediato, sin acompañamiento, a aquella mina, donde el intruso contestó mi pregunta acerca del derecho que tenía para apoderarse de mi propiedad, expresando que me asesinaría si no me alejaba de inmediato. Pero, como estaba en mi derecho, no me dejé intimidar y no me moví de donde estaba. Román me hirió con una gran piedra en la cabeza, en tal forma que caí sangrando y sin conocimiento. No contento con ello, y redoblando su furia como un tigre que ha olido sangre, me ocasionó otras heridas más y me arrojó en seguida unos cincuenta pies hacia abajo, por el desmonte pedregoso, a cuyo pie quedé como muerto.

Como mis otras minas se encontraban en la vecindad, concurrieron pronto mis empleados y obreros con sus herramientas y cuchillos para auxiliarme. Tras breve lucha, lograron desarmar al furioso individuo, y pronto apareció también el juez del pueblo, acompañado por algunos soldados. A Román lo condujeron a la prisión, donde se le colocó en el cepo, mientras a mí me transportaban como muerto a mi mina *Consuelo*.

Después de lavarme y examinar mis heridas, declaró un médico que había sido llamado, que aun cuando todavía tenía vida, las heridas eran tan graves que pronto moriría. Tenía cuatro heridas en la cabeza, el hueso nasal destrozado y, debido a lesiones interiores, la sangre corría por la garganta; tenía también numerosas heridas menores, de modo que el médico tuvo muchas dificultades para evitar que me desangrara.

Mi administrador de minas, Krause, había despachado inmediatamente un mensajero a Copiapó, a pedir un coche que me llevara, vivo o muerto, a esa ciudad. El coche llegó al día siguiente, me pusieron en él, a pesar de encontrarme todavía en pleno letargo, y acompañado por el médico, andando al paso, llegué al otro día a Copiapó.

Al día siguiente a mi llegada afluyó gran parte de la población de la ciudad a mi casa, parte por simpatía, parte por curiosidad, pues el diario *El Copiapino* había informado sobre el atentado de que fui víctima, con la noticia de que ha-

bía muerto y dedicándome una honrosa necrología. Así, la sorpresa no fue pequeña cuando se supo que había despertado de mi prolongado letargo.

Mi estado fue grave durante cuatro semanas, y sólo al cabo de ellas comencé a convalecer.

## Capítulo XXVI

### LA MINERÍA DE PLATA DESPIERTA GRAN

#### ENTUSIASMO EN VALPARAÍSO

Después de haberme restablecido medianamente, me dirigí en el vapor *Lima* a Valparaíso.

Por este tiempo se habían vuelto a descubrir vetas argentíferas muy ricas, y debido a ello, la población de la ciudad, en especial las casas mayoristas extranjeras, que participaban fuertemente en las minas de plata, se encontraba en una tensión realmente febril. Apenas se había dado en la Bolsa la señal de que nuestro vapor se encontraba a la vista, una gran parte de la población se precipitó al desembarcadero. El comerciante cerró su negocio, el médico abandonó a sus enfermos, el maestro terminó sus clases en la escuela, el oficial abandonó a sus soldados, el marinero, el buque, el herrero, su yunque, los sastres, zapateros y otros artesanos sus talleres, los albañiles y carpinteros sus andamios, a fin de dirigirse al puerto y esperar el buque que estaba por llegar.

Como antes de jugarse una lotería, se vendían aquí, antes de conocerse las últimas informaciones, minas completas o sus barras, y ocurría que algunas, que se acababan de traspasar a precios exorbitantes, resultaban casi sin valor cuando llegaba el correo; pero, frecuentemente, pasaba también que otras, vendidas a precio muy bajo, demostraban ser muy ricas y les correspondía un elevado precio, de modo que el comprador hacía fortuna en pocos instantes.

Cuando entramos al puerto, se nos acercaban ya innumerables personas en botes, a fin de conocer las últimas noticias con algunos minutos de anticipación. Cada cual anhelaba recibir buenas nuevas con el vapor y la información de haber adquirido, quizás, una fortuna. Muchos sabían que yo había estado poco antes en Chañarcillo, y en Tres Puntas, por lo cual todos se aglomeraron precisamente en torno a mi persona cuando desembarqué y me hicieron simultáneamente centenares de consultas. Un inglés me tomó del brazo, interrogándome sobre las minas *Queen Victoria, Nelson y Wellington*; más allá, un francés preguntaba acaloradamente acerca de las minas *Napoleón, Mariscal Ney y Conde Chambord*; luego, algunos alemanes querían saber algo de las pertenencias *Germania, Alemania, Silesia*, etc.; y, finalmente, me hablaron otros sobre minas que decían ser riquísimas y muy famosas, pero que yo jamás había oído nombrar, a pesar de los buenos conocimientos que tenía de los distritos mineros, y que, seguramente, ni siquiera existían.

El entusiasmo por las minas y las estafas con minas habían alcanzado su culminación. Se vendían diariamente minas o barras por sumas importantes, y casi todos los comerciantes, médicos, empleados, sacerdotes, oficiales, profesionales e, incluso, prostitutas, poseían barras. Personas que llevaban una vida muy apacible y tranquila se contagiaban en tal forma con esta fiebre minera, que compraban frecuentemente a precios exorbitantes barras de minas que ni conocían. También personas de probada avaricia, que no se concedían jamás el menor placer, abrían sus cajas de fondo y cambiaban sus bolsas de oro por barras de minas que sólo les aportaban gastos y pérdidas.

Se me presentaban a veces situaciones muy difíciles cuando me pedían consejo en las compras de minas y cuando un negocio, a menudo importante, dependía de mi opinión. Ocurría, como se sabe, con bastante frecuencia, que minas que prometían poco o nada, resultaran repentinamente muy ricas, pero también que se agotaran de súbito minas que habían sido muy

ricas y cuyas barras tenían elevados precios. Evité dar consejos, hasta donde me era posible, pues no recibía ventaja alguna sino enemistades y perjuicios. En dos ocasiones, sin embargo, en que se trataba de operaciones por 50.000 y por 120.000 pesos, de las cuales el vendedor me había ofrecido el 10% de comisión si se hacía el negocio, no pude dejar de informar negativamente a los interesados, porque sabía que se trataba de estafas. La consecuencia fue que los vendedores, que tenían mucha influencia en Chile, se transformaron en mis eternos enemigos y me perjudicaron en todo sentido hasta el último instante que estuve en aquella República. Pero las casas comerciales a las que evité la pérdida de esas sumas con mi consejo, apenas tuvieron algunas palabras de agradecimiento. Si me hubiera pronunciado a favor de la compra, aquellos caballeros habrían sido mis amigos y habrían podido serme de mucha utilidad por su situación e influencia; y, adicionalmente me habría enriquecido con una comisión de 17.000 pesos.

No especulé jamás con la venta de barras, y si lo hubiera querido hacer, me habría sido fácil desprenderme de las mías por la suma de 200.000 pesos, para retirarme con ese capital a Europa. Pero, como era un apasionado minero y tenía confianza en mis minas, empleé incluso dineros recibidos desde Europa en recuperar barras vendidas, teniendo que pagar a menudo por ellas dos o tres veces lo que había recibido.

Con cada nuevo vapor llegaban numerosas personas desde Copiapó para vender barras, y si no les era posible lograr el precio en efectivo, admitían en pago toda clase de mercaderías. Esto era mucho más conveniente para los comerciantes, pues ganaban así también en los productos, y muchos, que hasta ahora se habían resistido a la tentación de adquirir minas, comenzaron a participar fuertemente en ellas, logrando así colocar mercaderías que habían resultado invendibles. Después de breve estada, vendidas sus barras, los copiapinos regresaban en seguida, dueños de partidas de productos de toda índole, para establecer negocios en Copiapó y obtener a veces grandes utilidades adicionales con su venta.

Durante el año anterior se habían hecho también en Valparaíso grandes progresos locales. Sobre todo, había sido volado el promontorio de la Cordillera de la Costa denominado Cabo de Hornos, cuyas abruptas masas rocosas caían directamente al mar. Con el material precipitado a la bahía, se había formado un terreno donde se construyó a lo largo del mar una galería cubierta de vidrio y con ancho de veinte y largo de ochocientos pies, que recibió el nombre de "Pasaje Waddington". Arrendé en ella dos piezas contiguas, hermosas y altas, y como el edificio todavía no estaba terminado, las arreglé a mi gusto, como mansión particular agradable y elegante. No habría podido elegir, en realidad, una habitación más acertada, pues se encontraba en medio de la parte más importante de la ciudad y reunía dos condiciones muy agradables: ambas piezas tenían frente al pasaje, donde se encontraban las más afamadas tiendas de lujo, las cafeterías y el paseo principal de la buena sociedad, y a su parte de atrás tenían un balcón, desde donde se disfrutaba de una magnífica vista sobre toda la bahía y desde el cual conducía una escalera a un establecimiento de baño situado debajo de mis ventanas.

¡Qué interesante era para mí observar el puerto desde ese balcón en la madrugada de un caluroso día de estío, tomando una buena taza de café y fumando un puro habano! Y si ese panorama era pintoresco y atrayente de día, la permanencia en el balcón no era menos interesante al atardecer, cuando el sol se ponía lentamente, cual una inmensa bola de fuego, en las olas del Océano Pacífico, y la luna, elevándose sobre los Andes, iluminaba el puerto con su mágica luz.

¡Cuántas veces se reunían en tardes como ésa las damas de la mejor sociedad en ese balcón, a fin de escuchar los sonidos magníficamente melodiosos que sabíamos arrebatarse, el que esto escribe y el ya mencionado pianista W. Deichert, a mi excelente instrumento: un piano con órgano, que había adquirido al precio de mil pesos!

## Capítulo XXVII

### DESCUBRIMIENTOS DE RICOS MINERALES ARGENTÍFEROS EN VALPARAÍSO

Permanecía ya quince días en Valparaíso y robustecía mi salud con baños de mar, cuando un buen día me visitó un hombre de la calle, para manifestarme que en una de las quebradas que se extienden desde el puerto en dirección a la serranía, había encontrado unas riquísimas muestras de plata, pero que, como no entendía nada de minas, me proponía que solicitáramos juntos una pertenencia sobre esa veta. Al mismo tiempo, me mostró diversas muestras muy ricas, y me fue posible verificar de inmediato por la índole de la ganga y de la roca encajadora, que provenían realmente de esta montaña y que no se trataba de minerales procedentes de algún yacimiento en el distrito de Santiago o de las provincias septentrionales. Me dirigí sin pérdida de tiempo con él al lugar del hallazgo, donde encontré yo mismo pequeños trozos que demostraban claramente que correspondían al extremo de una veta y no a una mina ya trabajada. Por consiguiente, acepté la proposición que me hizo aquel hombre, presenté el pedimento y recibí mis títulos el 11 de diciembre \*.

Para asegurarme el terreno había solicitado una veta de cuarzo que se encontraba cerca del lugar del hallazgo de la plata, y disponía ahora de tiempo para buscar la veta rica con toda calma. A la mañana siguiente comencé a reconocer la quebrada con algunos mineros habilidosos. Pero apenas se había difundido la noticia de este descubrimiento en Valparaíso, cuando afluyeron centenares de individuos a la quebrada y las colinas vecinas, a fin de descubrir por su cuenta vetas argentíferas o la prolongación de la mía.

Durante quince días reconocí la quebrada desde el mar hasta su origen, muy arriba en la Cordillera de la Costa, pero sin encontrar la veta rica. Renuncié luego a seguir explorándola, pues afloraba debajo de una de numerosas casas situadas en

\* De 1854. (N. del T.).



ese lugar y era muy difícil su reconocimiento. Estoy, sin embargo, convencido hasta el día de hoy de que existe en la quebrada una rica veta argentífera, que quizás será redescubierta más tarde por casualidad.

Este hallazgo había alertado a la población de Valparaíso, y se buscaban ahora vetas con minerales nobles en todas las quebradas y faldeos. Cerca de fines del mes se me presentó otro individuo con muestras de minerales argentíferos y me comunicó haberlos encontrado en El Almendral, en la calle del Rétamo, donde existiría una veta de ese metal en medio de la calle, entre las casas. Me dirigí de inmediato hacia allá y, como observara el afloramiento de minerales al pasar por el sitio, solicité de inmediato la propiedad minera. En posesión del título, me dirigí allá con algunos obreros, a fin de poner en descubierto la veta, y quedé no poco asombrado al ver que si bien los minerales eran muy ricos, sólo yacían sueltos sobre la superficie, y no se encontraba ni veta ni manto alguno. Una investigación más precisa comprobó que en la casa frente a la cual se encontraban estos minerales, había vivido antes el dueño de una rica mina de plata de San Felipe, quien había guardado algunos quintales de minerales en un galpón, y cuando falleció, el nuevo inquilino de la casa, ignorante del valor de los minerales, los había empleado para arreglar la calle no pavimentada.

## Capítulo XXVIII

### 1855. NAUFRAGIO DEL VAPOR "QUITO"

El 29 de junio, me embarqué en el mayor y más hermoso de los vapores de la Pacific Steam Navigation Co., el *Quito*, para dirigirme a Copiapó. Era una hermosa mañana de invierno y el barco se encontraba ya repleto de pasajeros, entre los que encontré muchas familias conocidas, que se dirigían a la parte septentrional de la República, a los países vecinos o a Eu-

ropa. Entre las primeras se encontraba una dama perteneciente a las mejores familias de Valparaíso, con dos hijas, en cuya casa había pasado días muy agradables, y como su esposo sólo la había podido acompañar hasta a bordo, la recomendó a mi protección.

Levamos el ancla a la una del día, y el orgulloso *Quito* voló al mar abierto, favorecido por el tiempo más hermoso y viento en popa.

Todos los pasajeros de primera clase, excepto los jugadores, sentados —como de costumbre— en el salón, durante todo el viaje, alrededor de la mesa cubierta de oro, habían concurrido a la cubierta, donde reinaban mucha sociabilidad y gran alegría. Las hermosas hijas de mi amigo, que tenían sólo dieciséis y diecisiete primaveras, se contaban por su patrimonio y belleza entre las más celebradas damas de Valparaíso, y con su amable trato y elegantes trajes de viaje lograron captarse en grado sumo las simpatías de todos los pasajeros, de modo que yo, como protector de ellas, era objeto de la envidia de los demás varones del barco.

La noche pasó tranquila; el mar estaba en calma, y a la mañana siguiente se volvió a reunir nuestro alegre grupo en la cubierta. Entre chistes, juegos y música llegamos cerca del mediodía al puerto de Coquimbo, que abandonamos después de una estada de una hora. Por hermosa que hubiera sido la mañana, el cielo comenzó luego a llenarse de nubes negras y pesadas, que cubrieron poco a poco todo el horizonte. Pronto cayeron algunas gotas de gran tamaño, a las que siguió una lluvia persistente, que obligó a todos los pasajeros a recogerse en el salón. Comenzó a soplar también con violencia el viento, las olas crecían de hora en hora, y pronto el buque comenzó a balancearse, de modo que todos los pasajeros se dirigieron a sus camarotes. Las aves marinas, que nos rodeaban angustiosamente, revelaron al marino experimentado que se estaba acercando un temporal. En efecto, a medida que caía la tarde, el viento se transformaba progresivamente en tempestad. Se levantaban olas del tamaño de una casa, bramando roncamente, y el balanceo y tambaleo del vapor aumentaron en tal forma que los pasajeros y los objetos no bien

afirmados, eran arrojados de un lado a otro, mientras el aguacero caía furiosamente. Se escucharon pronto las más sensibles lamentaciones desde todos los camarotes, como testimonios irredargüibles de que los pasajeros ofrecían pródigamente a Neptuno los sacrificios que les reclamaba, aunque muchas veces sólo después de terrible resistencia y lucha. Como también mis protegidas fueron afectadas de una manera espantosa, ofrecí a los camareros repetidas propinas para que les prestaran su ayuda y cooperación. Pero, desgraciadamente, había esta vez tantos pasajeros y, sobre todo, tantas señoras a bordo, que los mozos, solicitados simultáneamente desde todos los camarotes, tenían que limitarse a prestar sólo la ayuda más indispensable.

Entre tanto, había caído por completo la noche. Las olas aumentaban en altura, el buque daba balanceos y cabezadas cada vez más fuertes, el huracán bramaba espantosamente, y llovía a cántaros. Con todo ello se agravaron de tal manera los padecimientos de los pasajeros, que muchos ya rodaban en sus camarotes, semiinconscientes, de un lado a otro, mientras los demás, desesperados, deseaban morir o eran víctimas de ataques de furia, gritando y llorando y prometiendo a los camareros montañas de oro por cualquiera ayuda.

También la señora que me fuera encomendada, en su triste y desesperada situación, dejó a un lado toda etiqueta y me mandó llamar a fin de que la ayudara a ella y a sus hijas. Me dirigí de inmediato a su camarote, donde me encontré con un terrible espectáculo. La señora, que sufría sensiblemente, se encontraba en la cama inferior del pequeño recinto, gimiendo e implorándome que me preocupara de sus pobres hijas, pues ella ya no era capaz de socorrerlas y creía que iba a morir. Las muchachas yacían, vestidas con sus camisas de dormir, casi inconscientes, en medio del camarote, sobre el suelo, y eran arrojadas de un lado a otro con cada movimiento del buque. ¿Quién habría reconocido en tales encarnaciones de la miseria y las lamentaciones a las lumbreras de a bordo, alrededor de las cuales, hasta este mismo día, todos se habían apretujado, sólo para ser favorecidos con una mirada?

Con gran esfuerzo, en medio del terrible balanceo del bar-

co, conduje a un sofá a las pobres muchachas, y abrí la pequeña ventana, para que entrara aire puro. Luego, mientras el mozo limpiaba el camarote, le dediqué toda mi atención a la pobre madre, que sufría tan espantosamente, y logré, gracias a la aplicación de diversos remedios, procurarle algún alivio, después de lo cual cayó en un profundísimo sueño. Como no fue posible llevar a las hijas a sus camas, que se encontraban encima de la de su madre, saqué sus frazadas y las extendí sobre el suelo, preparándoles en la mejor forma que pude un lecho, en el que las puse casi desmayadas. Afirmando mi espalda en la pared me senté entre las muchachas, colocando sus cabecitas sobre mi pecho, y las sostuve con mis brazos, a fin de que no fueran arrojadas contra las paredes por el balanceo del vapor. Cuando el movimiento era menos fuerte, las reanimaba por medio de diversos confortativos.

Estuve sentado así más de tres horas, cuidando y admirando a esas bellísimas criaturas. Yacían en mis brazos con sus rostros angelicales, inocentes y muy pálidos, afirmándose más enérgicamente en mí con sus manecitas, cuando las olas rompían con mayor furor. Sólo de vez en cuando abrían sus ojos opacos, sombreados por largas y sedosas pestañas, para mirarme agradecidas, hasta que finalmente se quedaron dormidas.

La tranquilidad que reinaba en este camarote, para mi gran satisfacción, contrastaba con las terribles e incesantes lamentaciones, lágrimas y quejas, a las que se agregaban a veces espantosos gritos de enfermos graves, provenientes del dormitorio inferior común. En él se encontraban cerca de cien personas, sometidas a la miseria de la naturaleza en forma de que su atmósfera era tal que el más sano tenía que marearse. ¡Cuán feliz era yo, al no estar obligado a permanecer en ese espantoso recinto y de encontrarme, en cambio, en mi pequeño paraíso! Pero, ignoraba que pronto sería expulsado de la manera más cruel.

La tempestad bramaba con creciente furor; las olas, cada vez más grandes, levantaban el buque con increíble violencia a vertiginosas alturas, desde donde, crujiendo y tronando, se precipitaba en un instante, hacia el abismo. A veces, las olas se arrojaban con tal violencia sobre uno de los costados del

barco que éste se inclinaba sobre el otro; o bien una inmensa ola rompía sobre cubierta y nos sepultaba haciendo estremecerse hasta el último madero. Todas las velas habían sido, por supuesto, arriadas; la máquina trabajaba con toda su fuerza contra el elemento desencadenado, y de las chimeneas salía una densa masa de humo y, a veces, llamas que iluminaban las gigantescas montañas y los abismos del agua agitada. El capitán sólo podía transmitir sus órdenes por medio de la bocina, y los oficiales y marineros tenían muchas dificultades para cumplirlas, pues estaban expuestos a ser expulsados o barridos en cualquier momento desde la cubierta por una ola traicionera. Todas las escotillas estaban cuidadosamente cerradas, y ningún pasajero podía subir a cubierta.

Durante la lucha con la tempestad no había sido posible mantener el rumbo preciso, y como las masas de agua impulsaban al buque con violencia hacia la costa, podía temerse que nos varáramos en cualquier momento.

La noche era oscura, y sólo por instantes brillaba la luz opaca de la luna entre las negras masas de las nubes que volaban con la velocidad del rayo, impulsadas por el huracán. A pesar de que el capitán y los oficiales aprovechaban esas momentáneas claridades para tratar de ver la costa, nada habían podido advertir. Pero, repentinamente, se escuchó como un trueno la voz del capitán a través de la bocina: "¡Virar!", pues muy cerca, ante la proa, había visto, con inmensa consternación, una elevada y negra pared de roca, que surgía del agua.

La orden fue cumplida instantáneamente, pero antes que el pesado vapor pudiera tomar el nuevo rumbo, se apoderó de él una ola del tamaño de una casa, que primero lo levantó hasta muy arriba y luego lo hizo caer con terrible estrépito, en espantoso golpe. Todos los pasajeros fuimos arrojados de nuestros sitios con tal violencia que nos dimos cuenta de que habíamos chocado con una roca y naufragado. Se escuchó un común grito de espanto y de inmediato otro golpe, casi tan fuerte como el primero. Luego, bruscamente, se abrió la escotilla de acceso a cubierta y se pudo escuchar la potente voz

del capitán a través de la bocina: —“Sálvese quien pueda, el buque ha chocado y se está hundiendo!”

No es posible describir la impresión que estas terribles palabras produjeron en todos los pasajeros y qué escenas les siguieron. Primero se escuchó un grito de la mayor angustia y desesperación desde todos los camarotes, contestado en seguida por el eco de más de cien voces en los recintos inferiores. Muchos pasajeros, ya debilitados por el mareo, se desmayaron; los restantes, sin distinción de sexo ni edad, vestidos sólo con sus camisas de dormir, se precipitaron a la puerta. Cada cual procuraba ser el primero, pues dentro del próximo minuto el vapor se podía hundir, y de ese modo, la aglomeración fue tan grande que, en un instante, la salida quedó tapada. Siguió una espantosa apretura y una terrible lucha, pero sólo algunos lograban separarse, poco a poco y heridos, de semejante enjambre.

En estas terribles circunstancias, el buque volvió a elevarse, y fue precipitado de nuevo, con gran violencia, contra las rocas. Entonces se quebró en dos partes, de tal manera que el fuego de las calderas alcanzó una parte de la cubierta, donde la voraz flama, avivada por el temporal, comenzó a prender en la madera alquitranada.

Si hasta entonces habíamos tenido que luchar con el viento y las olas, tuvimos que enfrentarnos ahora con otros dos elementos que nos amenazaban espantosamente: las rocas y el fuego. A pesar de este terrible peligro, todavía no lográbamos salir de los camarotes y las partes inferiores del buque a la cubierta, de modo que todos preveíamos una muerte segura en el agua o en el fuego. Todos los pasajeros que habían alcanzado a llegar a cubierta antes de producirse la aglomeración en la salida y que observaron cómo se acercaban las llamas, espantados, se lanzaron inmediatamente al mar, a fin de llegar a la costa a nado. Se hicieron bajar los botes para que los intrépidos marineros transportaran a las mujeres y los niños, a fin de ponerlos a salvo, con peligro de sus propias vidas.

Por terrible que fuera el incendio, que se propagaba con rapidez creciente, su intensa luz ofreció al menos la ventaja de

permitir observar no sólo el escenario de nuestra desgracia, sino también la misma orilla. Así el capitán pudo enterarse de que el barco estaba quebrado en dos partes, cogido entre dos rocas aisladas, pero que la cercana playa era completamente plana y arenosa.

De inmediato se escuchó otra voz de mando por la bocina: "¡Calma, calma! ¡Estamos salvados!" Todo fue obra de un instante. Los oficiales comenzaron a despejar, en primer lugar, la escalera hacia el interior, lo que lograron finalmente con gran esfuerzo. Entonces los pasajeros se precipitaron con orden a cubierta y desde allí a los botes, a fin de eludir a la brevedad posible el peligro amenazante, sin que nadie pensara en llevar consigo siquiera una prenda de vestir.

Tan pronto pude, saqué en brazos a cubierta, envueltas en frazadas, primero a una y después a la segunda de mis encomendadas, a las que logré conducir felizmente a la playa con la ayuda de dos marineros. En seguida regresé al vapor, a fin de salvar también a la madre y recoger más frazadas y las prendas más indispensables de vestir. Con gran esfuerzo y gracias a la ayuda de dos marineros logré eso también y luego preparé a mis protegidas un campamento en la arena de la playa, donde, después de los terribles padecimientos y esfuerzos de esa espantosa noche, cayeron en profundo sueño.

¡Qué interesante cuadro y qué conmovedoras escenas se ofrecían ahora en la playa! Allí se encontraban de nuevo reunidos los miembros de una familia, de rodillas en la arena para dirigir sus más fervorosas oraciones de agradecimiento al Altísimo; más allá había grupos ocupados en revivir a personas desmayadas, o en vendar a heridos. Mientras oraba una parte de los pasajeros, otros se quejaban y lloraban, o bien exteriorizaban vivamente su alegría, gritando y riendo y mirando el mar; se veía a los marineros precipitarse a las bodegas inferiores del buque, ya semihundido, y regresar luego a sus botes con aire de triunfadores, por el botín que habían arrebatado a la tempestad y al incendio, el que conducían en sus embarcaciones a la playa, sin preocuparse de las olas que se arrojaban sobre ellas y podían destrozarlas en cualquier momento contra las rocas.

Hasta el postrer momento, el capitán, cumpliendo con su deber, se mantuvo en su puesto, impartiendo intrépida y tranquilamente sus últimas órdenes; sólo cuando ya no podía mantenerse más a bordo, abandonó para siempre y entristecido el vapor.

Ahí yacía ahora el magnífico *Quito*, el orgullo del Pacífico, privado de todos sus adornos y su brillo, y el *raque* sólo emergía cual un esqueleto de las aguas y de las rocas grises. Incesantemente se escuchaba el bramido del mar, que arrojaba sus montañas de agua contra las rocas, donde se destrozaban con el ruido de un trueno, cubriéndolas hasta muy arriba con su espuma. Se entremezclaban con este estrépido el aullido del viento y los angustiosos gritos de innumerables gaviotas, mientras las llamas del incendio se destacaban nitidamente de la obscurísima noche, alumbrando con su luz brillante los grupos de naufragos en la playa y el propio *Quito*, ahora destrozado.

Quando pasó la terrible noche y comenzó a rayar el nuevo día, el temporal principió también a amainar, el cielo se aclaró y el mar dejó de agitarse. Luego, el sol, apareciendo detrás de los majestuosos Andes, iluminó el escenario de la catástrofe y mostró que no sólo habían sido salvados todos los pasajeros, sino también todas las mercaderías, y que la tripulación ya estaba ocupada en apagar el incendio, lo que finalmente logró. Sólo había que lamentar la pérdida de una vida humana: la de un conocido tahir, quien, después de apoderarse de muchos miles de pesos en oro, se había precipitado en el mar para alcanzar la costa a nado. El peso del oro lo había hecho hundirse y, de este modo, murió ahogado. Muchos pasajeros estaban heridos, lo que, por lo general, les había ocurrido en el momento en que todos se habían atropellado junto a la puerta para escapar.

Mientras que la noche pasada había ofrecido un cuadro de espanto y terror, la madrugada presentaba escenas más bien cómicas y divertidas. La mayoría de los pasajeros, hombres y



mujeres, envueltos en frazadas y cubrecamas, estaban sentados o tendidos en la playa, o se paseaban a lo largo con todo el aire de verdaderos espectros. Sólo cuando aclaró, se inició el reparto de los bienes de los pasajeros entre sus auténticos dueños.

Fue una suerte que se salvaran también el agua y los víveres. Pronto se vieron numerosas fogatas a lo largo de la playa, alrededor de las cuales, tiritando de frío, se aglomeraban los pasajeros, a quienes el cocinero del buque y sus ayudantes suministraban café, té, ron y pan.

Se despacharon de inmediato emisarios al puerto de Huasco, para comunicar el naufragio del *Quito* y pedir auxilio. Antes que llegara éste, sin embargo, se observó un vapor en la alta mar. A pesar de que seguía su rumbo a gran distancia de la costa, se hizo lo posible para atraer su atención. A este fin se amarraron juntas numerosas sábanas, que fueron colocadas en seguida en uno de los mástiles, plantado sobre una roca, de modo que tremolaban en el aire, mientras se disparaba incesantemente el cañón de señales, que también se había salvado.

Pero todos los empeños parecían inútiles. El vapor se alejaba cada vez más, de modo que abandonamos la esperanza de ser salvados por él. Pero, finalmente, observamos, para júbilo de todos, que nos habían visto, pues el barco viraba rápidamente y se dirigía en línea recta hacia donde nos encontrábamos. En breve lapso largó el ancla cerca de nosotros, bajó unos botes, y se acercó a nosotros el capitán. Al cabo de dos horas, todos estábamos ya a bordo, y sólo la tripulación del *Quito* permaneció en la playa. Se les dejaron los víveres y demás objetos necesarios.

En la tarde abandonamos el lugar, tan memorable para nosotros y que con tanta facilidad pudo convertirse en nuestra tumba; a la mañana siguiente tocamos Coquimbo, para regresar al día subsiguiente, 2 de julio, a Valparaíso.

Hubo gran conmoción cuando la noticia de este naufragio se propagó con la rapidez del rayo. Todos se precipitaron al desembarcadero, para informarse de sus deudos y amigos.

Dos días más tarde regresé de nuevo a Copiapó.

La población de Valparaíso se había incrementado mucho en los últimos tiempos, crecía todos los días y alcanzaba ya a 80.000 almas. De la misma manera, la ciudad había recibido durante ese tiempo importantes mejoras y estaba embellecida.

Ya se había construido un ala de la nueva aduana, que era un edificio de tres pisos y doscientos pies de longitud, y una segunda ala, de igual magnitud, estaba por terminarse. Esta construcción que costaba más de un millón de pesos, era un adorno para la parte austral de la bahía. También, en la Plaza del Orden, donde antes sólo había chozas bajas, se levantaban ahora hermosos y sólidos edificios de tres pisos. Además, muchas de las colinas de Valparaíso se habían modificado considerablemente, y, sobre todo, se había levantado todo un barrio nuevo en el Cerro Alegre; como estaba poblado sólo por extranjeros, principalmente por británicos, se lo llamaba "el Cuartel Inglés".

Aparte de estas ampliaciones y nuevos edificios, que hermoseaban a Valparaíso, hubo también cambios en otros sentidos.

Así, se dirigían ahora, todos los meses, varios vapores desde Valparaíso a las provincias australes de la República, hasta Puerto Montt. Este viaje se realizaba en ocho días. Después de una estada de dos días en el puerto de término, los vapores efectuaban el mismo viaje de regreso, de modo que las provincias australes, tan importantes, podían entrar en relaciones comerciales más estrechas con Valparaíso. Esto tenía sobre todo gran interés para la emigración alemana a Valdivia y Puerto Montt; antes se necesitaba casi un mes para llegar desde allá a Valparaíso, navegando a vela.

Además, fue de gran importancia para este puerto, afectado por frecuentes incendios, que se organizara un servicio de bomberos, compuesto por seis compañías: una chilena, una alemana, una británica, una española, una francesa y una italiana. Disponía de buenas bombas a vapor, y todos sus miembros eran voluntarios. Cada compañía tenía su uniforme es-

pecial y contaba con un comandante, oficiales y voluntarios. Había también vigilantes de incendios, que estaban unidos por medio del telégrafo, para poder dar a todas las compañías, simultáneamente, la señal, tan pronto estallara un incendio. La dotación total era de unos mil hombres. El comandante en jefe de todas las compañías era el Cónsul General de Prusia, J. G. Fehrmann, quien, junto con su reemplazante, el médico alemán Dr. Aquinas Ried, se había empeñado principalmente en fundar estas instituciones.

\* \* \*

Como últimamente llegaron muchos alemanes desde Europa, el local del Club Alemán, en la Plaza de la Municipalidad, había resultado demasiado estrecho. Se había arrendado por tal motivo otro más grande en la Calle del Cabo, cuyas habitaciones daban, algunas, a la calle indicada, y otras, a un hermoso balcón que dominaba el puerto. Se había instalado allí un excelente antejo, por medio del cual se podía observar toda la bahía y hasta los buques que cruzaban por el mar abierto. Además de un magnífico comedor, donde se podían conseguir los mejores guisos, vinos y refrescos de toda índole, el club, cuyos miembros sumaban algunas centenas de alemanes, poseía dos excelentes billares, una sala de música con un magnífico piano de cola y una gran selección de música impresa, varias salas de juegos y una gran biblioteca, en la que se encontraban muchos clásicos alemanes, las obras más modernas referentes a las más diversas disciplinas, en alemán, inglés, francés y castellano, como también unos diez diarios.

Por este tiempo los profesionales habían organizado un segundo club alemán, que poseía igualmente un hermoso local y disponía, como el primero, de una buena biblioteca, un billar, un piano de cola y diarios.

Los numerosos alemanes eran casi todos jóvenes comerciantes. Una parte de ellos eran hebreos, y muchos, masones, por lo cual también se organizó pronto una logia. Los alemanes fundaron diversas fábricas y nuevos negocios, pues la vida comercial experimentaba un auge de mes a mes, y tanto en las

calles del puerto como en los cafés, se escuchaba mucho la lengua alemana.

En marzo de ese año 1855, llegó a Valparaíso una compañía francesa de óperas y ballets, consistente de unas cincuenta personas, que fue acogida con gran interés y dio funciones a precios aumentados y sala llena. Pero, por desgracia, Valparaíso pudo disfrutar de este espectáculo sólo durante un corto tiempo. Las jóvenes y graciosas bailarinas gustaron tanto, que sus adoradores les ofrecieron pronto millares de pesos si abandonaban el teatro. No pudieron resistir estas ofertas, y tres ricos dueños de minas se llevaron sendas hijas de Terpsicore en triunfo a Copiapó. Deslumbradas por las brillantes condiciones en que vivían las ex bailarinas, varias otras damas de la compañía tampoco pudieron resistir a la seducción, y así la ópera y el ballet se disolvieron pronto por completo, lo que lamentó todo Valparaíso.

### Capítulo XXX

#### DÍAS ACIAGOS EN VALPARAÍSO

Una noche de otoño muy tempestuosa y oscura, fui despertado de súbito por un insistente y estrepitoso golpeteo y pronto comprendí que se trataba de un copioso aguacero. Era un auténtico diluvio que cesó sólo al rayar el día. El agua se había escurrido con rapidez, acarreando en varias calles tales cantidades de arena y piedras desde los cerros que, en algunas partes, las comunicaciones se encontraban totalmente interrumpidas. Pero, si la lluvia había cesado, el viento Norte se transformó pronto en un temporal, muy peligroso en esta bahía, que se encuentra completamente abierta hacia ese punto. Casi todos los buques trataron de asegurarse largando anclas auxiliares y, haciendo enormes esfuerzos, los fleteros procuraban alcanzar la playa con sus lanchas y botes cargados de mercaderías.

El temporal arreció progresivamente, aumentó el oleaje y cayeron enormes aguaceros, ofreciéndose un espectáculo por cierto muy interesante, pero, al mismo tiempo, terrible. Casi todos los buques surtos en la bahía eran sacudidos violentamente por las olas y arrojados unos contra otros. El bauprés de algunos se enredaba en los cables de sus vecinos y en los encontronazos se quebraban mástiles y vergas, se destruían las barandas y destrozaban las velas o eran arrojados los barriles u otros objetos por sobre la borda, mientras un gran número de lanchas y botes zozobraba. Para completar los destrozos y aumentar la desgracia, muchos buques cortaron sus cadenas y, sin que nadie pudiera detenerlos, fueron arrastrados a la orilla, sobre todo hacia las temidas rocas del Cabo de Hornos, situadas frente a mis ventanas.

Era, por cierto, un espectáculo excitante el de los buques que, a pesar de los esfuerzos casi sobrehumanos de sus tripulantes para darles otro rumbo, se acercaban cada vez más a la playa y, al mismo tiempo, conmovía ver en sus cubiertas a mujeres y niños que tendían sus brazos desesperadamente, implorando un auxilio que ni el más valiente hubiera podido prestarles.

La mayor parte de la población de Valparaíso se encontraba en los cerros vecinos, para observar desde ellos el terrible espectáculo, la lucha de los hombres con los elementos desencadenados. Pero miles se encontraban también en la playa, para prestar alguna ayuda, si fuera posible, y con peligro de sus vidas, en botes o a nado, se aventuraban a cada momento algunos hombres por las encumbradas olas. Se les aplaudía frenéticamente desde la playa y los cerros, cuando lograban arrebatar una víctima al mar, pero, desgraciadamente, algunos de estos bravos tuvieron que pagar también su valentía con la vida. Por fortuna, el temporal amainó poco a poco y se restableció la calma durante la noche.

La mañana siguiente ofreció un espectáculo de la mayor devastación. Siete buques se encontraban destrozados en la playa, más de cincuenta habían recibido daños mayores o menores, numerosos tripulantes estaban muertos, muchas mercaderías perdidas, había casas dañadas por el agua y bodegas

inundadas, la playa se veía cubierta de escombros de toda índole y, en toda su extensión, se extraían cadáveres del mar. Pero ocurrieron también curiosos actos de salvamento: buques que se creían irremediamente perdidos, resistieron, e igualmente inesperada fue la salvación de mucha gente. En la noche que siguió se efectuaron los funerales de las desgraciadas víctimas, a las que acompañó un largo cortejo al cementerio, con participación de todas las autoridades y de delegaciones de los buques.

\* \* \*

Algunos días después de este temporal ocurrió en Valparaíso una desgracia de otra índole, que llenó a todos de espanto y terror. El cementerio católico se encontraba, como ya se informó, sobre la cumbre del cerro del Panteón, a algunos centenares de pies sobre la ciudad. El terreno en esa parte fue tan ablandado por los formidables aguaceros, que un sector que comprendía más de cincuenta tumbas, en gran parte recientes, se deslizó y cayó sobre las casas de la calle Elías, situadas 150 pies más abajo. Cuando escuché el ruido del derrumbe, que parecía un trueno, me dirigí de inmediato al lugar del accidente. ¡Qué espectáculo más terrible! Varias casas se encontraban totalmente destrozadas, otras, enterradas, y sólo se debió a los esfuerzos casi sobrehumanos de los bomberos que muchos moradores de las viviendas sepultadas por los escombros fueran salvados, aunque la mayoría fueron extraídos muertos o gravemente heridos. Pero lo que producía la impresión más terrible, eran los numerosos ataúdes despedazados y los cadáveres en putrefacción, que se encontraban diseminados y difundían un espantoso olor.

De la misma manera se desprendió al día siguiente una parte del cerro de La Cordillera, también ablandado por los aguaceros, y que cayó con enorme estruendo en la calle de La Planchada. Afortunadamente, sólo se encontraban allí algunos patios y pequeñas casas interiores, que fueron también enterradas.

El ruido formidable producido por este derrumbe, con sus

masas de tierra y piedras, hizo acudir a muchos curiosos, yo entre ellos, por lo que pude ser testigo de un drama terrible e inolvidable.

En esta catástrofe no habían ocurrido pérdidas de vidas humanas, ni había enterrados o heridos, pero unas treinta personas se encontraban en una situación tan espantosa, que podían esperar la muerte.

En efecto, sobre el terreno que se había deslizado se hallaba un gran edificio de madera, de dos pisos, cuyos cimientos habían quedado al aire, de modo que se veían algunas gruesas vigas afirmadas perpendicularmente en el cerro, a 300 pies sobre la calle. Ese era el último apoyo de la casa y podía temerse que cediera y se precipitara en cualquier momento al abismo. Hombres, mujeres y niños nos extendían en la mayor desesperación y angustia sus brazos desde las ventanas de la casa implorando auxilio, pero los valientes bomberos y muchos intrépidos vecinos no habían logrado todavía establecer una comunicación con la casa aislada. Entretanto, se desprendía piedra tras piedra, crujían las vigas, y cada vez que caía algo, se escuchaba un grito de espanto de los desgraciados, que creían que había sonado la hora de su muerte, y a ese grito hacían eco los millares de espectadores aglomerados en la calle. Reconozco que transpiraba intensamente de miedo y fui testigo durante casi media hora de esa terrible escena, en cuyo lapso los desgraciados habitantes de la casa ya habían cerrado sus cuentas con la vida.

Repentinamente, se escuchó un nuevo estruendo, se precipitaron grandes masas de tierra y piedra, se quebraron vigas y se escuchó un angustioso grito, lanzado por toda la concurrencia, pues la casa se movió e inclinó. Afortunadamente, sin embargo, fue sostenida aún por algunas vigas y quedó inclinada.

Poco después se vio que dos valientes bomberos, arriesgando su vida, habían construido rápidamente un sendero y trepado hasta la casa, lo que aplaudieron con entusiasmo los millares de espectadores. Con la ayuda de sus camaradas, los bomberos sacaron a las mujeres sin conocimiento, a los niños y demás moradores de la casa a terreno firme, y mientras lo hacían, no terminaban las aclamaciones del gentío.

De este modo, todos los inquilinos fueron salvados. Pero la ayuda había llegado, efectivamente, en el último momento, pues apenas habían transcurrido diez minutos desde que los valientes bomberos abandonaran el edificio, cuando éste se precipitó a la profundidad con fantástico estruendo. Por fortuna, se habían tomado las providencias del caso para que ocasionara el menor daño posible.

### Capítulo XXXI

#### 1855. DECADENCIA DE LA MINERÍA DE PLATA EN EL DESIERTO DE ATACAMA. DESMORALIZACIÓN EN COPIÁPÓ

Las minas argentíferas de las provincias septentrionales habían tenido una abundante producción hasta principios de año, permitiendo a muchas personas, entre ellas los comerciantes de Valparaíso, hacer grandes fortunas. Pero, en esa fecha, la producción de las minas comenzó a declinar sensiblemente. Tal retroceso afectó en especial a los yacimientos de Tres Puntas, que habían llamado tanto la atención por su riqueza en los últimos años. Las minas más ricas de ese distrito comenzaron entonces a rendir mucho menos, y algunas, conocidas como productivas, dejaron de suministrar minerales beneficiables; otras, que habían sido adquiridas por elevados precios, resultaron tan malas que no ofrecían expectativas, aun explotándolas con gran economía y empleando el capital necesario. Se desvanecieron todas las ilusiones; la verdad desnuda, los hechos imperturbables ocuparon el lugar de las exageraciones y engaños, y la consecuencia natural fue que bajara el valor de todas las minas, siendo víctimas del descrédito hasta las mejores.

Antes, la población de Valparaíso y, sobre todo, las grandes casas comerciales, que se habían entregado a la fiebre minera y a la especulación infundada, habían pagado sumas fantásticas por las minas y barras, pero ahora cada cual se apresura-



ba a deshacerse cuanto antes de sus participaciones, debido a la desconfianza general. Es necesario considerar que no sólo corría peligro el capital ya invertido en la compra de las minas, sino que seguía pendiente la obligación de contribuir con nuevas cuotas a los gastos de explotación, las que requerían, por lo general, más capital que la compra de las barras. Muchas minas y barras se vendían al principio a la mitad del precio anterior y más tarde a la cuarta parte. Algunos regalaban sus participaciones o las abandonaban sencillamente, sólo para no tener que pagar las cuotas adicionales correspondientes a los gastos de explotación. Las consecuencias naturales de todo esto fueron el abandono de numerosas minas argentíferas; el que muchos dueños de minas, cuyo único capital eran éstas, tuvieran que declararse en quiebra, debido a que sus socios ya no pagaban las cuotas necesarias para mantener la explotación; el que muchos comerciantes de Copiapó, acreedores de esos mineros, también tuvieran que declararse en quiebra; el que se arruinaran también muchas de las grandes casas mayoristas de Valparaíso; y que, finalmente, los obreros, que ya no encontraban ocupación, abandonaran en masa las minas de plata. En una palabra, las minas argentíferas, sobre todo las de Tres Puntas, se encontraron desacreditadas. También todas mis minas corrieron la misma suerte, y si las hubiera podido vender antes por el precio de 200.000 pesos, ahora ni siquiera podía realizarlas por los fondos invertidos en ellas. Debe agregarse que su explotación se hacía más costosa a medida que avanzaban los laboreos en profundidad, y sólo para lograr las cuotas mensuales que era necesario invertir en ellos, me vi obligado a contratar a menudo préstamos a elevados intereses, ofreciendo barras en garantía.

En abril viajé a Copiapó, a fin de proponer a mis socios una reducción de los trabajos, que estimaba indispensable en las circunstancias prevalecientes. Pero aquellos caballeros, que poseían suficiente capital y pocas barras, acordaron que se siguiera trabajando con toda energía, a fin de alcanzar con mayor rapidez la hondura necesaria.

Hacia algunos meses que no visitaba Copiapó. Habían ocurrido, entre tanto, grandes cambios, no en cuanto a la edifi-

cación y el embellecimiento, pero sí en lo referente a los habitantes. Muchos de mis conocidos, que eran ricos cuando me había despedido de ellos la última vez, se encontraban ahora arruinados, por la decadencia de la minería de plata, y poseían apenas los recursos indispensables para mantenerse ellos mismos y sus familias; no pocos de ellos se encontraban en la cárcel por deudas, o habían huido del país. Varios dueños de minas habían perdido durante mi ausencia sus considerables fortunas en el juego, precipitándose ellos y los suyos en la miseria, por lo cual algunos se habían suicidado. Por su lado, no pocos comerciantes se habían declarado en quiebra, otros habían huido secretamente de Copiapó y varios estaban en la cárcel por deudas. Muchos de los que ya habían perdido su patrimonio, trataban de desquitarse jugando lo que les quedaba. Innumerables de ellos, que antes sólo jugaban por pasión o para divertirse, lo hacían ahora como negocio.

Los más conocidos tahures de la República de Chile, como también del Perú y la Argentina, se encontraban ahora en Copiapó, y dado que entendían a las mil maravillas el juego fullero, hacían un rico botín y se llevaban gruesas sumas de la plaza. En todos los hoteles y cantinas funcionaba la banca ininterrumpidamente día y noche, sin que hubiera un asiento disponible y con participación hasta de los menos pudientes. Muchas personas que desempeñaran antes un papel en la sociedad y que habían ganado y gastado fácilmente mucho dinero, pero que no reunían las condiciones para volver a trabajar como lo requerían los nuevos tiempos, ni estaban dispuestos a ello, discurrían tretas para ganar dinero.

Como casi siempre el jugador que pierde su plata sabe procurarse de cualquier manera nuevos recursos para satisfacer su pasión, se oía diariamente de estafas y engaños.

Quien sabía engañar en forma a sus congéneres, era llamado "vivo", es decir, inteligente; disfrutaba de buena reputación y de crédito, pues se suponía que una persona tan habilidosa siempre sabría procurarse dinero para cumplir sus compromisos. El honrado era calificado de "tonto"; no tenía crédito, pues los banqueros suponían que, debido a su honradez, tenía que arruinarse pronto entre tantos estafadores. Así, me de-

cían frecuentemente “tonto”, porque no compraba minerales robados, que se me ofrecían en cantidades tan grandes, que bien podía haber ganado unos 20.000 pesos anuales con ellos, como lo hacían —efectivamente, con enormes utilidades— los dos banqueros de primera categoría y mi compatriota David Lewingston; también se me llamaba “tonto” por no haber informado favorablemente las compras de minas de plata a que ya me referí.

Durante este tiempo se habían vendido en Valparaíso, por grandes sumas, minas que no tenían ningún valor, o ni siquiera existían. Había gente que, mostrando sus títulos de dominio, vendían su mina primero en Copiapó, después en Valparaíso y finalmente en Santiago, es decir, tres veces, para huir en seguida al Perú con el precio tres veces recibido. Ocurría que el vendedor, al vender una mina, había disparado plata en la veta antes de la inspección, lo que inducía al comprador a pagar un buen precio, pues veía que la calcita estaba llena de plata. Por medio de zinc, níquel y otros metales fundidos, a los que se echaban piedras, se imitaban minerales de plata en forma tan perfecta que se lograba engañar incluso a banqueros y otros buenos conocedores de los metales, que perdían gruesas sumas.

Un químico, enviado acá por la casa Rothschild para que realizara compras de minerales, perdió una fuerte suma en el juego y se las arregló con el vendedor de los minerales para que éste le diera un certificado de entrega y embarque de minerales muy ricos. Pero éstos, en realidad, eran muy pobres, y comprador y vendedor se dividieron la ganancia ilegítima. Cuando el buque llegó a Europa, el valor de su cargamento no compensaba el flete, pero, entretanto, el químico había huido con 30.000 pesos a California.

Un caso que llamó mucho la atención fue el siguiente: Un dueño de minas que poseía una pertenencia muy rica, se había declarado en quiebra para no tener que pagar sus deudas y vendió la mina *pro forma* a un amigo, bajo la condición de devolvérsela, una vez liquidada la masa del concurso. Después de haber engañado este individuo a todos sus acreedores y ordenado legalmente su situación, de modo que nadie lo po-

día hacer ya responsable, solicitó la devolución de su rica mina. Su amigo, sin embargo, muy "vivo", sostuvo haberla adquirido por compraventa, presentando el documento notarial correspondiente, y aun cuando todo el mundo sabía que el comprador no había poseído mil, ni mucho menos 100.000 pesos de patrimonio —precio en que aparecía pagada la mina en el documento— el antiguo dueño no pudo lograr nada. Si hubiera insistido judicialmente en sus derechos, habría quedado en evidencia que había ocultado bienes y hecho bancarrota fraudulenta, por la que habría sido castigado con prisión. De esta manera, la retuvo el pretendido comprador y adquirió una importante fortuna, mientras el verdadero dueño murió en la miseria.

También en otro sentido encontré que Copiapó había perdido muchos méritos: al juego fullero se agregó el uso de letras fulleras.

En una palabra, era difícil reconocer el antiguo Copiapó.

## Capítulo XXXII

### LA PRISIÓN POR DEUDAS EN COPIAPÓ

Después de unos días en Copiapó, me alcanzaron los rayos de la mala estrella que se había situado sobre la ciudad. En efecto, uno de los banqueros de primera categoría, que me había adelantado una fuerte suma, me la exigió repentinamente, a pesar de nuestro convenio, pues como sabía que no disponía de dinero para pagarle de inmediato, esperaba que le entregaría mi mejor barra a un precio ínfimo. Pero, como ya informé, había dado en prenda algunas de mis mejores barras, de modo que aunque hubiese querido, no me habría sido posible hacer ese sacrificio. Pero como quiso obligarme a cederle una barra, me hizo detener y llevar a la prisión por deudas.

Cuando se cerró detrás de mí, chirriando, la gran puerta de hierro de la cárcel, sufrí una terrible impresión que jamás

olvidaré. Me encontraba en medio de un patio y me rodeó de inmediato, demostrando mucha curiosidad, un gran número de criminales: ladrones, falsificadores de monedas, estafadores y asesinos, algunos con esposas, otros con pesadas cadenas. Sus horrorosas fisonomías exteriorizaban nítidamente todos los vicios y reflejaban su alegría por la llegada de una persona decente.

Lleno de vergüenza y furia, no sabía adónde dirigirme, pero luego entró el inspector de la prisión, me condujo por un pasillo a otro patio, donde sólo vi caballeros decentemente vestidos, y me señaló una pieza, a la que mi mozo llevó pronto mi cama y lo necesario para mi comodidad. Me hallaba feliz de haberme librado de aquella mala compañía; tenía una pieza para mí solo y estaba autorizado para conservar a mi mozo.

Las leyes sobre deudas eran muy severas en la República de Chile. No sólo cuando había vencido una letra o un pagaré, sino, en general, cuando alguien debía alguna suma y el acreedor reclamaba infructuosamente su dinero, bastaba que citara al deudor ante el juez, a fin de que reconociera judicialmente la deuda. Si el deudor comparecía y reconocía la efectividad de lo que se le exigía, se le interrogaba si estaba en condiciones de pagar y quería hacerlo; si no podía o no quería, se le ejecutaba de inmediato, embargándosele sus bienes; y si éstos no eran suficientes para cubrir la deuda, el deudor era arrestado. No tenía a este respecto importancia el monto de la suma demandada. Si el deudor no comparecía a la primera citación, se le citaba de nuevo para el día siguiente, y si tampoco se presentaba entonces, se entendía que reconocía la deuda y se ordenaba de inmediato la ejecución y prisión del deudor, instruyéndose a la policía para que lo arrestara.

Para las condiciones del país, este procedimiento judicial era sin duda apropiado y práctico. A él se debía, sobre todo, la gran facilidad con que se podía lograr crédito en esta República. Pero se hacía también con mucha frecuencia mal uso de la ley, a veces por razones especulativas, pero más a menudo por venganza. Pues nada era más fácil que llevar a alguien

a la prisión por deudas, aunque fuese por algunos días o siquiera por horas.

De acuerdo con la ley, el arresto por cada deuda duraba seis meses. Si alguien pasaba ese tiempo en la prisión, se le ponía al cabo en libertad, pero el acreedor tenía el derecho de pedir de nuevo su detención por otros seis meses si no pagaba dentro de seis meses, contados desde el día de su libertad. Durante el tiempo de la prisión, el acreedor tenía la obligación de comparecer todos los sábados en la cárcel, personalmente o por medio de un representante, a fin de entregar al deudor, en presencia del inspector, siete reales como costo de su mantenimiento, o sea, un real por día. No podía pagar anticipadamente una suma mayor que la correspondiente a una semana, y si no comparecía el sábado, quedando el preso hasta las ocho de la noche sin el pago de esa pensión, se le ponía de inmediato en libertad.

Había un gran patio, al que daban numerosas piezas para los arrestados por deudas. En otros dos patios se encontraban las celdas para delincuentes; en un tercer patio estaba el cuartel de los vigilantes, como también una capilla, donde todos los domingos se celebraba misa. Los reos estaban autorizados para recibir visitas martes y viernes, desde las 11 de la mañana hasta las 4 de la tarde. Durante el día no estaban obligados a permanecer en su patio, sino que podían visitar también los demás, el cuartel, el campo para ejercicios, etc., pero no podían salir a la calle.

Cuando ya me había recuperado medianamente del primer susto por mi detención, y tenía arreglada mi pieza en la mejor forma posible, me visitaron muchos de los reos, para consolarme, ofrecerme sus servicios y distraerme. Tuve el agrado de encontrar varios conocidos entre ellos, dueños de minas y comerciantes, que también eran víctimas de la decadencia de la minería de plata. Además de ellos, se encontraban algunos jóvenes de buenas familias, que habían contraído deudas con ligereza y se dedicaban a jugar y beber incesantemente.

Una tarde fui invitado por mi vecino, que ofrecía una magnífica comida, en la que no faltaban los mejores vinos, champaña, dulces y frutas muy variadas, como tampoco los helados.

dos. Otro me invitó a una cena, y encontré en su pieza a más de catorce personas, sentadas jugando alrededor de una mesa cubierta de oro. Cuando regresé a mi pieza, la vida en la prisión ya no me parecía tan triste como había creído en un principio.

Después de algunos días, hice un paseo por todos los patios con algunos de mis compañeros de infortunio, muy al tanto de la localidad y de sus personajes y conocedores de la causa de la detención de casi cada preso.

Eramos, en total, unos cincuenta detenidos por deudas. Gran parte eran, como yo, víctimas del mismo banquero, que les había facilitado dinero a elevadísimo intereses y, como los tiempos tan desfavorables no les permitían devolver oportunamente las sumas adeudadas, habían tenido que venir a poblar la prisión.

Así, se encontraba aquí un caballero de alguna edad, dueño de una mina de plata que le producía anualmente más de 20.000 pesos. Debía a un banquero 10.000 pesos, que le había pedido en préstamo para pagar una deuda contraída en el juego. Después de breve plazo, aquel banquero le había exigido la cancelación de la suma prestada o la mitad de las barras de su mina, y como el deudor no poseía el dinero necesario, ni estaba dispuesto a sacrificar la mitad de su mina, había preferido aceptar la prisión por deudas.

Por estas causas u otras parecidas, habían llegado a parar muchos a la cárcel. Uno de ellos era un individuo que tenía la intención de realizar una buena especulación, que otro, que poseía más capital, también quería hacer. Este último adquirió rápidamente todos los créditos en contra del primero y los hizo efectivos, exigiendo el pago. Como no estaba en situación de cancelarlos todos de golpe, su adversario lo condujo a la prisión por deudas. Aunque el deudor pudo pagar a los pocos días, cuando salió en libertad ya había pasado el momento para realizar la especulación, la que había llevado a término la otra parte.

Otro caso era el de un joven marido, que yacía en la prisión consumido de pena y pálido como la muerte, pensando en su bella y joven esposa. Un vividor rico, que la pretendía

y al cual molestaba el marido, adquirió todos los créditos contra éste y lo hizo detener, sólo para poder visitar a su mujer sin ser vigilado y triunfar de su inocencia como precio de la libertad del marido. Había un joven que pretendía a una muchacha rica y otro, que trataba de lograr una ocupación. Con el fin de hacerlos encarcelar por deudas, los competidores de ambos adquirieron los créditos contra los dos jóvenes y los hicieron efectivos. Los dos deudores cayeron a la cárcel y mientras se encontraban aquí el acreedor del primero, contrajo matrimonio con la joven y el acreedor del segundo fue agraciado con la ocupación. Había algunos que habían insultado a algún adversario, quien había pagado en seguida, por venganza, sus deudas, sólo para ocupar el papel de acreedor y mandar detener a su insultante, teniendo así todos los sábados el placer de pagarle un real por día, sin importarle que jamás recuperaría ese dinero. Se me mostró también a un joven de muy buen aspecto, a quien había hecho encarcelar una viuda rica, para vengar el rechazo de su amor, y decidida a ponerlo en libertad sólo si se casaba con ella.

Después de haberme orientado respecto de mis compañeros de desgracia, hice también averiguaciones sobre los prisioneros en los otros patios. Encontré en uno de ellos a un joven de buena educación que había tenido una fortuna de importancia, la que perdió en el juego, arruinándose totalmente. Pero encontró en seguida una rica mina de plata y se volvió loco por tanta dicha. Se le había dejado momentáneamente en la cárcel, mientras su mina, que le producía anualmente una renta de 30.000 pesos, era administrada en beneficio de él. Había individuos sometidos a proceso por falsificación de monedas, falsificación de letras, bigamia, estafas, falso testimonio y engaño, a quienes estaba prohibido visitar nuestro patio.

Anhelosos de conocer también a los demás criminales, nos dirigimos al tercer patio, donde había unos sesenta de ellos, que eran reclusos de noche en dos grandes celdas. Su exterior revelaba con suficiente claridad quiénes eran: reos de crímenes sangrientos. Era fácil reconocer a los asesinos por las esposas y pesadas cadenas que llevaban. Entre ellos se dis-



tinguía uno, confeso de siete asesinatos, que esperaba con la mayor tranquilidad su sentencia de muerte. En vez de dejarse preparar para la muerte por un sacerdote, prefirió comer y beber bien y fumar buenos cigarros en la víspera de su ejecución.

Casi no había salteadores y ladrones entre esos criminales, pero los demás crímenes estaban casi todos representados. Así, un sujeto contestó a la pregunta del juez acerca de su profesión, diciendo que era "jurero", y como el juez no conociera esa profesión, explicó que se le llevaba siempre como testigo a los procesos, a fin de que afirmara bajo juramento haber visto u oído cosas que ignoraba en absoluto.

Entre estos detenidos se encontraba también el verdugo. Era un asesino condenado a muerte, indultado bajo la condición de quedar detenido durante toda la vida, para desempeñar la función correspondiente en las ejecuciones. ¡Terrible indulto!

Por horroroso que en un comienzo me pareciera verme preso por deudas, ya me había convencido en el primer día de que no se trataba de algo tan grave y, sobre todo, que ello no era deshonroso. Creo que no vivían en Copiapó muchas personas que no hubieran pasado al menos algunas horas en la cárcel, sufriendo una venganza o por imposibilidad momentánea de cancelar sus compromisos.

En lo que respecta a nuestro edificio, no se le podía considerar en realidad como una prisión, pues disfrutábamos de cuanto ofrecía la vida, y si lo hubiera visitado alguien ignorante de su calidad, lo habría confundido probablemente con un hotel cuyo dueño hace lo humanamente posible para entretener bien a sus huéspedes. Esta habría sido seguramente la impresión de alguien que hubiera llegado un día de visitas, cuando las madres traían a sus hijos regalones sus platos predilectos, y permanecían en la casa, durante todas las horas permitidas un enjambre de bellísimas jóvenes, a fin de que sus padres, esposos, hermanos y amigos lo pasaran mejor y olvidaran que estaban presos. En esos días nos arreglábamos bien, recibíamos olorosos ramos de flores, las mejores frutas, helados y dulces, y pasábamos las horas de la manera más

agradable. Cuando estábamos solos, dedicábamos parte del día a leer, parte al juego, y no poco contribuía al entretenimiento el cambio de los personajes, pues caían diariamente nuevos compañeros y otros partían.

El día menos agradable era sin duda el sábado, pues teníamos que recibir de manos del acreedor un real diario como pensión para la semana siguiente. A este respecto, existía la costumbre de dar vuelta de inmediato la mano, de modo que el dinero caía a los pies del acreedor, de donde lo recogían los vigilantes, que de tal manera hacían siempre una magnífica cosecha.

Eran muy graciosas las tretas con que se solía engañar a los usureros, pues los deudores lograban a veces impedir que su acreedor les entregara el sábado los siete reales, de modo que tenían que ser puestos en libertad. Me recuerdo todavía de un caso ocurrido con gran júbilo un día sábado y compartido por toda la población de Copiapó. Un temido usurero, que mantenía simultáneamente a seis personas presas por deudas, entre ellas pobres y honrados padres de familia, recibió ese día un telegrama desde Caldera, invitándolo a ir al puerto sin perder un minuto, para un negocio que le produciría grandes utilidades.

Sorprendido agradablemente por esta noticia, y sin pensar en sus deudores, el usurero se dirigió de inmediato a Caldera, donde estuvo esperando hasta la noche, nerviosamente, al pretendido interesado. Su sorpresa no fue pequeña cuando no lo encontró, regresó al día siguiente en la mañana a Copiapó y fue de inmediato a la prisión, a fin de pagar a sus deudores la pensión. Pero los seis ya habían sido puestos en libertad, y en medio de estruendosas risas, el usurero engañado recibió los parabienes de todos los detenidos por el magnífico negocio que había hecho en Caldera.

Más alegría aún motivó, y, al mismo tiempo, la mayor admiración, el caso de uno de los más ricos banqueros de Copiapó, dueño de una fortuna de millones de pesos, justamente el mismo que me había hecho encarcelar. Ese señor fue acusado por un competidor no menos rico, de haber adquirido secreta-

mente una gran cantidad de minerales robados en las minas de este último, y el juez ordenó su detención. Así tuve el agrado de recibir a mi acreedor en la prisión. Y como el recién llegado acusó, por su parte, a su demandante de haber cometido el mismo delito, es decir, de haber adquirido secretamente grandes cantidades de minerales robados en sus minas, se procedió a detener también al segundo millonario. De tal manera, vi a la gente más rica de la provincia compartiendo mi suerte en la prisión. Por cierto, la detención de ambos caballeros duró sólo algunas horas; prefirieron arreglarse pacíficamente, en vez de permanecer por más tiempo en la cárcel, y después de haber pagado cada cual quinientos pesos al hospital, se les puso otra vez en libertad.

Si nuestra vida era animada, no faltaba movimiento en la prisión de los criminales. Casi diariamente ingresaban nuevos delincuentes, mientras otros eran puestos en libertad. Quienes habían sido condenados a más de un año de prisión, eran enviados a Valparaíso, desde donde se les despachaba a las islas de Juan Fernández, para que cumplieran allá la condena.

Llevaba ya una semana alojado en el *Hotel Universo*, como se llamaba en broma a la sección destinada a los presos por deudas, y tenía que esperar que llegara de Valparaíso el dinero para satisfacer a mi acreedor. Pero, llegaron tantos "pasajeros" a nuestro "hotel" que no hubo ya espacio para todos, por lo cual el Intendente debió ordenar que todos fuéramos puestos en libertad. Pues ésa era la costumbre en Copiapó: cuando se ocupaban todas las celdas y no había ya dónde colocar a más presos, se ordenaba la completa evacuación del edificio y se comenzaba a llenarlo de nuevo.

Es fácil imaginarse con qué alegría fue recibida esta noticia y qué movimiento reinaba frente al Palacio de Gobierno, en la plaza principal, cuando sesenta alojados en el *Hotel Universo* lo abandonaron con todas sus "pilchas".

Poco después de mi salida se conmemoró el aniversario de la independencia del país; participé en las fiestas como lo había hecho antes, y en seguida regresé a Valparaíso, a fin de celebrar allá, con mis amigos, la iniciación del nuevo año.

Si el año anterior había sido desafortunado y lleno de pérdidas para mí, ocurrió en éste una cadena casi ininterrumpida de desastres, que me afectaron directa o indirectamente.

Ya en los primeros días de enero hubo un gran incendio, en el que se quemó casi toda una calle, a pesar de la valentía y excelente preparación de los bomberos. A fines de ese mismo mes hubo otro incendio, cuyo origen y triste desenlace resumiré brevemente.

Un comerciante pudiente, soltero, que mantenía relaciones amorosas con una joven y bella muchacha, se dirigió un día domingo a la casa de ésta, donde se le informó que su amiga había salido de paseo al campo con otro caballero. Este hecho despertó en tal grado sus celos que, para vengarse, arrojó a un brasero un valioso vestido que le había regalado pocos días antes y abandonó la pieza.

Quiso la desgracia, que la llama que consumió el vestido alcanzara a otros objetos y, en corto tiempo, era presa del fuego la pieza y, antes que llegara auxilio, toda la casa de dos pisos estaba en llamas. Una hora después, el fuego se había propagado también a los edificios vecinos, y en la tarde se habían quemado ya tres casas, y varias personas habían perdido la vida. El desgraciado autor del incendio se había dirigido de inmediato al jefe de policía, ante quien se declaró autor del desastre y puso su patrimonio a disposición de los damnificados. Se le detuvo de inmediato y, a la madrugada siguiente, se le comunicó la sentencia que lo condenaba a ser fusilado al día próximo por haber producido un incendio.

Se dirigieron de inmediato innumerables solicitudes a Santiago, al Presidente Manuel Montt, no sólo de parte de los parientes del reo, sino también del comercio de Valparaíso, pidiendo se le rebajara la pena, y todos estaban convencidos de que se le concedería el indulto.

La ejecución estaba fijada para las doce del día, y temprano había ya un gran gentío en el lugar de la ejecución, y cuan-

do apareció el verdugo, para colocar un banquillo sobre el cual debía ser fusilado el, infeliz, la multitud exteriorizó ruidosamente su descontento. A medida que se aproximaba la hora de la ejecución, aumentaba el gentío, y como todavía no llegaba ninguna noticia del indulto, se escucharon protestas en voz alta. Cuando dieron las doce, se abrieron las puertas de la prisión, un piquete de infantería hizo retroceder a la multitud, usando las culatas de sus fusiles; se formó una doble fila y el condenado apareció en compañía de un sacerdote. No fue posible reprimir por más tiempo la furia del populacho: se escuchó una terrible gritería, y las masas empujaron con tal fuerza que era de temer que intentaran libertar a la víctima, por lo cual se hizo intervenir a otra compañía más, que estaba de reserva, bajo cuya protección se condujo al pobre hombre al sitio de la ejecución.

Quando debió procederse a ésta, el pueblo, armado de piedras, adoptó una actitud extremadamente amenazante. Alguien gritó en medio del gentío, que el indulto estaba concedido y que la noticia tenía que llegar en cualquier momento al gobernador, lo que indujo al juez y al comandante a ordenar a la tropa que se postergara por un cuarto de hora el cumplimiento de la sentencia.

Es fácil imaginar en qué tensión el pueblo vio transcurrir esos minutos, que fueron de absoluto silencio, y qué terrible debe de haber sido ese lapso para la víctima, cuyo destino pendía entre la vida y la muerte. En la firme esperanza de que el indulto llegaría oportunamente, se mantuvo al principio en pie, pero cuando habían transcurrido diez minutos, sin que llegara la salvación anhelada, se arrodilló, para implorar la protección divina. Antes que terminara su oración, se había cumplido el lapso fatal.

Se escuchó la orden de: "¡A formar!", después de la cual los sacerdotes recogieron al hombre, medio muerto, y lo condujeron al banquillo. Después de haber besado de nuevo el crucifijo, se retiraron y se lo entregaron al verdugo, que le vendó los ojos. Apenas éste se había retirado del alcance de las balas, se escuchó la orden de "¡Fuego!" Estalló una fuerte descarga, la plaza se llenó del humo de la pólvora, y cuando

éste se disipó, el desgraciado yacía en el suelo, acribillado de balas.

De nuevo el gentío gritó espantosamente, y muchos juraron en presencia del sangriento cadáver de su conciudadano que se vengarían y provocarían la caída del Presidente. Pero como pronto llegaran más tropas y la multitud fuera dispersada por ellas, no hubo mayores demostraciones. Yo me apresuré a regresar a mi casa, a fin de no ser tratado a culatazos, de los que repartían los soldados con gran liberalidad.

\* \* \*

El mes de febrero comenzó con algunos fuertes temblores, y el día 4 volvió a ocurrir una terrible desgracia. Cuando estaba almorzando en la mesa común del *Hotel de Chile*, se propagó repentinamente la noticia de que había estallado un incendio en el buque de guerra *Cazador*, surto en la bahía. Esa misma mañana se había embarcado en él una compañía de soldados, con sus mujeres y niños, para dirigirse a una guarnición en una de las provincias australes. Todos nos precipitamos a la playa o a los cerros, para cerciorarnos de la veracidad del rumor.

Cuando llegué al Cerro Alegre, pude, en efecto, observar que una elevada y negra columna de humo salía del buque. Más tarde vi alzarse también algunas llamas desde las escotillas; pero los bomberos, que se habían acercado con sus bombas embarcadas en lanchas, lograron dominar el loco elemento, y como se tenía la seguridad de poder apagar por completo el fuego, no se pensó en desembarcar a las tropas. Pero tan pronto el humo permitió penetrar a la parte inferior del buque, se llegó a la convicción de que si bien el incendio había sido apagado arriba, seguía propagándose abajo y había alcanzado ya hasta cerca de la santabárbara.

Como se vio que no era posible alcanzar hasta allá con las mangueras, se dio pronto la voz de alarma: "¡Sálvese quien pueda, el buque está por estallar!", lo que indujo a todos los botes que se encontraban en los alrededores a alejarse con la mayor rapidez posible. Antes que una parte siquiera de la

tripulación hubiera podido utilizar los botes del buque, el incendio había llegado a la santabárbara donde había centenares de quintales de pólvora, y con un espantoso trueno el barco estalló, volando por los aires con las quinientas personas que se encontraban a bordo. Fueron arrojados hacia arriba cuerpos humanos, vigas, tablas y mástiles, para precipitarse al mar o sobre los restos del buque. Incontables víctimas cubrían la superficie del agua y pedían auxilio. Centenares de individuos no despedazados, descarnados o quemados por la explosión, encontraron entonces la muerte en el mar, a pesar de los esfuerzos que se hacían para salvarlos. Me dirigí en un bote al lugar de la desgracia y pude contemplar de cerca el horroroso aspecto del *raque*, que todavía humeaba. Se veían en él masas de carne inconocibles, torsos sin cabezas, piernas, brazos, etc., que formaban un enjambre desordenado, y se oían los gritos y lamentos de los mutilados y moribundos.

Me apresuré a regresar a tierra, pero también la playa ofrecía un terrible golpe de vista, pues estaba cubierta de cadáveres y heridos salvados del agua y cuyo número aumentaba constantemente. Había miembros humanos diseminados hasta una distancia apreciable de la orilla. El número de los muertos fue de 358, pero más tarde murieron todavía muchos heridos graves. Sin embargo, hubo también casos de salvamentos curiosos, como el de varias personas que fueron arrojadas al aire hasta considerable altura, cayeron al mar y, en seguida, nadaron a tierra, adonde llegaron sin novedad.

Al día siguiente se efectuaron los solemnes funerales, en los que no sólo participaron las autoridades civiles y militares y un inmenso cortejo de la población porteña, sino también todos los cónsules extranjeros y delegaciones de todos los buques surtos en la bahía.

El sacudimiento ocasionado por la explosión fue tan grande que en Valparaíso se quebraron millares de vidrios de puertas y ventanas, y en los edificios cercanos al puerto resultaron aplastados casi todos los marcos de las ventanas por la presión atmosférica.

El 29 de junio se celebró en Valparaíso la fiesta de San Pedro y San Pablo, el primero de los cuales es el patrono de los pescadores, que lo honraban con mucha pompa. En la mañana de ese día, el obispo se dirigió en compañía de numerosos sacerdotes de la Iglesia Matriz, a la Plaza de la Intendencia, en solemne procesión formada por un inmenso gentío. En aquella plaza se encontraba una gran embarcación, festivamente engalanada y con un palio, en la cual se embarcó el obispo con el Santísimo Sacramento y numerosos eclesiásticos. Hicieron salvas los cañones en el preciso momento en que subía a la embarcación, y ésta se puso en movimiento con acompañamiento de música y repique de todas las campanas. Le seguían centenares de botes pesqueros, también adornados por sus dueños.

De esta manera, la procesión recorrió durante casi una hora la extensa bahía, impartiendo el obispo sus bendiciones, después de lo cual regresó a tierra y a la Iglesia Matriz.

En la tarde continuó la celebración con una regata, en la que participaron más de doce botes. Incontables espectadores visitaron igualmente el puerto en botes, y millares de otros se encontraban en la orilla. En la noche se realizaron en el agua magníficos fuegos artificiales, con música, bailes y bebidas, terminando así la fiesta.

## Capítulo XXXIV

### PÉRDIDA DE MIS MINAS DE PLATA DE TRES PUNTAS

Después de algunos meses en Valparaíso y de haber aumentado a una suma importante los gastos de explotación de mis minas durante el último semestre, los que no pude cancelar obteniendo dinero en préstamo o de la venta de barras, recibí un duro golpe. La casa comercial Osthau, ya mencionada, pidió la liquidación de mis participaciones en Tres Puntas,



por falta de pago de las cuotas que me correspondían en esos gastos, y fueron mis barras repartidas entre mis asociados \*.

Es fácil comprender en qué desesperación me encontraba. Después de haber hecho inmensos sacrificios de tiempo, salud y dinero, soportando con paciencia los mayores padecimientos y peligros, me encontraba ahora totalmente arruinado: ¡Era, por cierto, un golpe por demás duro, pues el rico minero, presunto millonario, había llegado a ser un hombre pobre!

Volví resignadamente las espaldas a mi campo de acción, y me embarqué en el próximo vapor, el *Santiago*, a Copiapó. Pero también en este viaje me persiguió la desgracia, pues cerca de las rocas en que se encontraba sepultado el *Quito*, naufragamos también nosotros. Afortunadamente, no hubo que lamentar pérdidas de vidas, pero casi todos los pasajeros, y también yo, perdimos nuestros baúles. En seguida me dirigí por tierra a Copiapó.

Por difícil que fuera mi situación, había mejorado al menos el estado de mi salud y —esto era lo principal, después de las tristes experiencias que había hecho hasta entonces— mi energía y mi voluntad de volver a surgir se encontraban intactas:

\* \* \*

Como ahora estaba terminado el ferrocarril de Copiapó al interior hasta Pabellón, acordé reconocer varias de las antiguas minas argentíferas abandonadas de Chañarcillo, a fin de ver si se podían exportar sus minerales menos ricos, gracias a los fletes más baratos hasta el puerto. Después de algún tiempo en Chañarcillo y haber visitado muchas minas, denuncié varias, de las que estaba convencido que darían buenas utilida-

---

\* Del texto se desprende que en las minas pertenecientes a Treutler, como también en las habilitadas por él a un cateador pobre, no hubo jamás producción de minerales de plata, pues no se dio en ellas con la prolongación de alguna de las vetas ricas de las minas vecinas. De esto fluye que sus minas eran netamente especulativas, sin ninguna base real. De las minas por él mencionadas, la única que tuvo una producción efectiva fue *La Cobriza*, pero en ella sólo poseía pocas barras (N. del T.).

des si se las explotaba en forma económica. Después, regresé otra vez a Copiapó.

Una vez conseguidos los títulos correspondientes, me embarqué de nuevo a Valparaíso, con el propósito de organizar una compañía para la explotación de esas minas. Desgraciadamente, reinaba en el puerto tal temor a invertir nuevos capitales en minas, que me fue imposible lograr algo positivo, por mucho que me empeñara, y me vi obligado a renunciar a esta empresa.

Como se habían descubierto en la provincia importantes vetas de cobre y la explotación de ellas adquiriría gran auge, y como había recibido un pequeño capital desde Europa, acordé regresar a Copiapó en el vapor próximo, a fin de participar ahora en la minería cuprífera.

Llegado allá, arrendé una casa y comencé a visitar las minas de cobre más interesantes, y también un gran número de vetas cupríferas que me fueron ofrecidas en venta.

Empleé casi un mes en ello y, finalmente, compré una veta rica, solicité el terreno vecino e inicié la explotación. Al cabo de algunos meses, resultaron tan productivas que autorizaban para cifrar en ellas las mejores esperanzas y estaba seguro de que, por fin, ganaría pronto una pequeña fortuna.

Pero mi suerte había despertado la envidia de cierto individuo, y pronto me fueron arrebatadas mis minas en la forma más descarada. Aquel sujeto, amigo del Intendente, las solicitó inesperadamente, sosteniendo tener mejor derecho a ellas que el que me las había vendido. A pesar de probar mi derecho por medio de testigos y de seguir un juicio durante algunos meses, la sentencia me obligó a entregar mis minas, estableciendo al mismo tiempo que mi vendedor me debía pagar una indemnización, pero ese individuo había desaparecido.

Es fácil imaginar con qué sentimientos abandoné esas minas, que me pertenecían legalmente \*. Me encontraba más pobre y abandonado que nunca, arruinado por completo, y me

---

\* El propio Treutler escribe que fue obligado por medio de sentencia judicial a entregar sus minas. Si tal sentencia era realmente contraria a su derecho, debió haber apelado. (N. del T.).

fue realmente difícil mantener la calma y presencia de ánimo después de ese duro golpe.

No quería que mi familia conociera de ninguna manera la nueva desgracia que me había ocurrido, ni mucho menos deseaba pedirle nuevas remesas, por lo cual me resolví a correr mundo a la buena de Dios. La estada en Copiapó o Valparaíso, donde me había presentado antes como un hombre de fortuna y donde disfrutara de excelente acogida, habría sido terrible para mí, en la situación en que me encontraba ahora; por otro lado, no poseía los recursos necesarios para abandonar el país. Pero muchas cosas debían ocurrirme antes de que me alejara de Copiapó.

## Capítulo XXXV

### MI TUMBA EN EL DESIERTO DE ATACAMA

En la mañana siguiente ensillé de madrugada mi caballo y me dirigí al galope al desierto, sin meta fija. Necesitaba, sobre todo, soledad y tranquilidad, a fin de trazar nuevos planes para el futuro. Mi caballo, el mismo en que había hecho tantas veces el viaje entre Copiapó y Tres Puntas, galopó, como es natural, por el camino que le era conocido. ¿Pero qué tenía que hacer yo en Tres Puntas? ¿Iba a aumentar el gran dolor que había experimentado, abriendo viejas heridas al contemplar cómo mis minas de plata, por las que hiciera tan grandes sacrificios y que constituyeran todas mis esperanzas, habían pasado a manos ajenas? ¡Imposible! Me detuve a medio camino, en Cachiyuyo, y me dirigí al solitario restaurante situado en medio del desierto, donde había descansado tantas veces en mis viajes anteriores y a cuyo dueño conocía muy bien.

Conversé con él hasta avanzadas horas de la noche, y participó sinceramente en mi desgracia. A la vez, me dio, como testimonio de su decisión de ayudarme a rehabilitarme, infor-

maciones sobre una riquísima veta cuprífera, que él no trabajaba por falta de recursos. Convinimos que iría a visitarla al día siguiente, a fin de reconocerla. Si resultaba explotable, la solicitaríamos en común, para vender en seguida algunas barras y reunir así el capital de explotación necesario y yo me haría cargo en seguida de la administración.

Por tanto, mi única preocupación fue, al día siguiente, ensillar mi caballo y seguir el camino que mi anfitrión me había descrito, el que conducía a través de las áridas arenas del desierto hacia las abruptas quebradas de la cordillera.

En un principio, encontré todas las señales que me servían para orientarme, pero cuando penetré en las quebradas longitudinales y transversales de la precordillera, tuve que avanzar con la mayor atención, a fin de no dejar inadvertida alguna de ellas. Al mismo tiempo tuve que marcar nuevas señales, a fin de poder salir más tarde de ese laberinto, para cuyo efecto acumulaba algunas piedras, unas encima de otras.

Mi amigo me había proporcionado informaciones tan detalladas que no podía errar, y me era muy satisfactorio comprobar que alcanzaba, uno tras otro, todos los puntos descritos, acercándome a la meta.

Pero después de haber avanzado durante algunas horas por las quebradas, observé repentinamente que las señales que me había proporcionado ya no correspondían a la realidad. Creí primero haber pasado por alto alguna de ellas, por lo cual seguí avanzando. Mas, después de una media hora, reconocí que me había extraviado, sin ninguna duda, y me vi obligado a regresar.

Lo hice con la mayor precaución, fijándome muy bien en las señales que había dejado, pero, en un lugar que era de la mayor importancia, debido a que en él se cruzaban cuatro quebradas, no encontré mi propia señal, de modo que quedé perplejo en grado sumo. No sabía qué rumbo seguir, y tampoco pude encontrar el menor rastro de las pisadas de mi caballo en el sendero rocoso. En tales circunstancias, me pareció lo más acertado encomendar la elección al caballo, que seguramente conocía el camino por donde habíamos venido, y, efectivamente, pronto éste dobló por una de las quebradas.

Había caminado cerca de media hora por ella, cuando me sorprendió ver algo de vegetación frente a nosotros. Pronto llegamos a una pequeña vertiente, al lado de la cual descansaban tranquilamente dos guanacos, que emprendieron la fuga, asustados por visita tan inusitada, mientras mi caballo se empeñaba por alcanzar la fuente para beber.

Por grato que fuera el descubrimiento a mi caballo, era desagradable para mí, pues quedaba en claro que el animal se había dejado atraer instintivamente por el agua y que me encontraba en un camino equivocado. Esto era tanto más desconsolador, por cuanto el sol sólo alumbraba ya las cumbres más elevadas de los Andes y comenzaba a obscurecer en las quebradas.

Regresé a la brevedad posible y alcancé felizmente de nuevo el lugar donde se cruzaban las quebradas, pero tenía que decidirme de nuevo por una de dos quebradas. Seguí una al azar y para reconocer mejor las señales que había dejado en el camino, preferí andar a pie, conduciendo mi caballo de las riendas, pues era demasiado peligroso exponerme a un extravío en esos andurriales.

Después de recorrer de nuevo un buen trecho, me encontré en una hondonada circular, rodeada por abruptas paredes rocosas. Reconocí claramente que me había equivocado otra vez y que no era ése el camino por donde llegara desde Cachiuyuyo. Como, entre tanto, había obscurecido y mi caballo estaba muy cansado, resolví pasar la noche ahí, para buscar en la madrugada siguiente el camino de regreso al restaurante, adonde tenía que volver, pues no disponía de provisiones ni de forraje para mi caballo. Lo desensillé y, como se enterara luego que no podía esperar alimento alguno en tal lugar, se tendió pronto en la arena.

A un día caluroso, siguió una noche heladísima. Preparé mi lecho con la montura chilena, que se presta muy bien para ello, y, empleando su armazón como almohada, los pellones como colchón blando y el poncho como cubierta, caí luego en un profundo sueño.

Había dormido algunas horas cuando escuché un ruido muy curioso, y aunque la noche era muy oscura, reconocí pron-

to que una bandada de chinchillas, con manchas negras y blancas, se me estaba acercando desde la quebrada. Asustado por los animalitos, mi caballo se levantó rápidamente, y, antes que me fuera posible detenerlo, corrió a galope tendido por la quebrada en dirección al valle, dejándome totalmente consternado. A pesar de que estaba descalzo, corrí por la noche oscura, siguiendo al ruido del galope, pero apenas había recorrido unos cincuenta pasos caí en un barranco. Si bien no era tan profundo como había temido, pues se trataba solamente de una grieta en la roca, honda de unos quince pies, un agudo dolor me indicó que me había lastimado gravemente. Encendí una velita de cera y pude enterarme, con no pequeño susto, que me había cortado como con un cuchillo casi todo el talón del pie derecho. Como habían sido afectadas varias venas, la sangre corría a chorro, y me desangraría si no vendaba la herida. Haciendo un gran esfuerzo, junté con inmenso dolor las dos partes separadas por el corte, unté con saliva algunas hojas para preparar cigarrillos, y las coloqué alrededor. Luego saqué algunas tiras de mi camisa, y me vendé el pie en la mejor forma que pude, con lo que logré finalmente detener la hemorragia. Aumentaron, en cambio, los dolores, y comenzó a hincharse primero el pie, luego también la pierna.

Así me encontré tendido sobre el suelo rocoso, en la heladísima y oscura noche, gravemente herido, con espantosos dolores, sin alimentos ni agua, metido en una lúgubre quebrada roqueña, sin caballo, incapaz de arrastrarme siquiera y sabedor de que en cinco leguas a la redonda no había camino trazado, ni vivienda alguna. Estaba expuesto irremediablemente a una espantosa muerte por hambre.

Reflexionando sobre la situación en que me encontraba, dudé en un principio si no sería mejor que soltara la venda y dejara correr la sangre, a fin de encontrar de esa manera una muerte más apacible. Pero, aunque supiera que no tenía una mínima posibilidad de salvarme, triunfó en mí el amor a la vida, y esperé en medio de los mayores padecimientos corporales y espirituales la llegada del día.

Cuando por fin el sol doró con sus primeros rayos las cum-

bres de los Andes, me encontraba entumecido de frío, e hice lo posible para arrastrarme hasta mi lecho. ¡Pero fue en vano!

Si en la noche casi me había congelado, ahora, tendido entre las rocas, y más y más a medida que el sol se acercaba al cenit, tuve que sufrir sus rayos quemantes y un insoportable calor de más de 30° R. Pronto comencé a sufrir de calenturas y me mortificó terriblemente la sed. Temiendo que la fiebre me arrebataría luego el sano juicio, escribí rápidamente algunas líneas de despedida a mi familia en Europa, que coloqué en mi cartera, como también algunas líneas al Cónsul General de Prusia en Valparaíso, Fehrmann, y un papel en que indicaba mi nombre y la fecha y rogaba al descubridor que entregara esos documentos al Intendente.

Lo hice en el momento preciso, pues apenas había terminado las cartas, la fiebre aumentó en tal forma que comencé a delirar y, al mismo tiempo, sentía los más espantosos dolores y una sed mortificante. Y de poder pensar tranquilamente en la situación en que me encontraba, sin duda se hubiese apoderado de mí la locura.

Por suerte, caí pronto en una especie de letargo, seguramente a causa del debilitamiento provocado por la sangría. Pero pronto este estado alternó con fantasías generadas por la fiebre, en las que me veía perseguido por horrendas figuras. Estas eran motivadas, sin duda por la extraña configuración de las rocas que se elevaban alrededor y parecían animales, iglesias, torrecillas, etc. Pero pronto lancé un fuerte grito, que me despertó incluso de mis sueños; había visto a la Muerte que me observaba con una sonrisa y luego estiraba hacia mí sus largos brazos para matarme con su guadaña. Entonces recuperé por completo la conciencia, miré miedosamente alrededor y advertí la causa de mi espanto. ¡Qué coincidencia más terrible! En efecto, me encontraba junto a los restos de un compañero en el infortunio: a mi costado estaba tendido un esqueleto humano, del que pendían todavía algunos harapos, se trataba, sin duda, del cadáver de un minero extraviado que había encontrado la muerte por hambre.

Cuando el sol se hundió en las olas del Océano Pacífico hacia Occidente y sus últimos rayos iluminaron los faldeos tan

pintorescos y los picos tan agudos de los Andes, el calor declinó poco a poco, y un viento refrescante bajó por la quebrada. Me abandonó la fiebre, recuperé la tranquilidad necesaria para reflexionar sobre mi situación y, como no podía esperar ninguna salvación, pude prepararme al menos para la muerte de una manera digna.

Al entregarme así a mis meditaciones en medio de espantosos dolores, lamentando tener que morir tan joven y de una manera tan terrible, me impresionó téticamente el repentino aparecimiento de un gran cóndor, que había observado a su víctima desde las cumbres de la cordillera y descendía atraído instintivamente por la sangre derramada. Esa ave de rapiña se me apareció como un presagio seguro de mi muerte.

Después de girar sobre mí, primero en círculos amplios, y luego en otros que se fueron acortando, se posó muy cerca, sobre una roca, desde donde me observaba cuidadosamente. Parecía tener el propósito de esperar que me debilitara por completo, pues entonces le sería fácil iniciar la lucha conmigo, hincar sus garras en mi pecho, extraerme con su pico los ojos y luego destrozarme la barriga y consumir mis entrañas. ¡Había contemplado ya tantas veces el terrible espectáculo en mis viajes a través del desierto, cuando la voraz ave se comía vivos a caballos que se habían caído o mulas que ya no tenían fuerzas para defenderse!

Era absolutamente seguro que me esperaba también a mí ese terrible destino, pues, antes que hubiera pasado media hora, giraban sobre mí más de diez de esos espantosos animales, con un cortejo de jotes, y poco a poco se posaban todos en mis cercanías, a fin de participar en el festín.

Si, totalmente rendido ya, había aceptado el destino de morir allí, era espantoso el pensamiento de pasar los últimos instantes de mi vida en lucha con esas aves, para ser destrozado y devorado por ellas. Me animó el instinto de sobrevivir, infundiéndome —a pesar de los espantosos dolores— las fuerzas necesarias para acumular grandes piedras planas cerca de una grieta en las rocas. Las ordené de tal manera que, si me colocaba bajo ellas, formarían una especie de tumba, donde pro-



tegido de las aves, podría entregarme tranquilamente al sueño eterno.

Cuando había terminado el triste trabajo de preparar mi propia sepultura, me quedé sentado durante largo tiempo frente al lugar donde habría de descansar para siempre en esta tierra, sin preocuparme ya de la noche que había cerrado y del heladísimo viento que bajaba con gran ímpetu por las quebradas. El cielo, que siempre había estado despejado, de modo que la Cruz del Sur y las demás constelaciones brillaban magníficamente en un hermosísimo azul, estaba cubierto ahora por pesadas nubes negras, como si participara de mi profundo dolor y estuviera triste como yo. Mi pensamiento revivió el pasado y desfilaron ante mí todos los cuadros de mi dicha. Recordé a mis seres queridos y fortalecido por una oración fervorosa, en la que imploraba al Hacedor la salvación o una rápida muerte, me acosté en mi lecho roqueño. Lo cerré por todas partes cuidadosamente con piedras, de modo que pudiera descansar en paz para siempre, y me quedé dulcemente dormido.

Alcancé a confortarme con unas horas de sueño, cuando me despertaron los remezones de un fuerte temblor. Mi lecho era muy duro y el hambre comenzó a mortificarme terriblemente, pues no había comido nada en 36 horas; abandoné mi refugio, me senté frente a él, y me entregué a mis pensamientos. Casi inmediatamente creí escuchar un ruido. Presté la mayor atención, pero todo permaneció en silencio. Supuse que una de las aves de rapiña habría sido la causa, y me perdí de nuevo en las fantasías de mis sueños. Pero el ruido se repitió, y me pareció que se acercaba. Creía soñar y, para cerciorarme de que estaba despierto, toqué los objetos que tenía en torno. Por lo menos, estaba en mi sano juicio y escuché de nuevo mientras mi corazón palpitaba como si hubiera de reventar. El ruido se acercaba más y más, y no se trataba del graznido de aves de rapiña, ni de una tropilla de guanacos que pasaran corriendo, ni del grito de algunas chinchillas, ni tampoco del galope de mi caballo que regresaba. Nada de eso: ahora podía distinguir claramente un rechinar de ruedas, bien característico y persistente. Seguí escuchando algunos segundos más,

y como el ruido se destacaba con una nitidez aún mayor, surgió en mí la esperanza de salvarme, e incapaz de dominar mi alegría, grité a todo pulmón: —¡Socorro, socorro! ¡Por el amor de Dios, me muero! —Y en seguida: —¡Socorro, por María Santísima, estoy herido mortalmente!— Al mismo tiempo, me incorporé y, arrastrándome sobre las rodillas o saltando en una pierna, logré avanzar mediante un esfuerzo sobrehumano hacia el punto de donde provenían los ruidos.

Había recorrido un trecho en medio de la obscura noche, lo que parecía imposible en mi situación, cuando me detuve y escuché. ¡Qué suerte! Oía ahora claramente, cerca de mí, el ruido de un carretón. Pero advertí también, con verdadero pavor, que el cochero apuraba a los caballos y se distanciaba cada vez más, en vez de contestarme.

¡Ruego al lector que se coloque en mi situación, para comprender mis sentimientos! Pocos minutos antes había creído que mi existencia llegaba a su fin y, resignado a la espantosa muerte que se me acercaba, había implorado a Dios que me salvara o me permitiera morir rápidamente. Entonces, cual un emisario del cielo, había llegado el carretón, pero cuando apenas había tenido tiempo para comprender mi suerte y abrigar nuevas esperanzas de salvarme de morir de hambre, ese rayo de esperanza se alejaba con la misma rapidez con que se había acercado.

En la mayor desesperación y con mortal angustia, no sintiendo ni los dolores ni la debilidad, corrí con ímpetu hacia el punto desde donde provenía el ruido. Imploré, grité, rugí, pero todo fue en vano: el vehículo no se detuvo.

Redoblé la velocidad de mis pasos, haciendo un esfuerzo sobrehumano, me caí repetidas veces al suelo, me herí a cada instante en las agudas piedras, pero el instinto de conservación había afirmado mi ánimo contra todo dolor. Por más que me cayera, me volvía a levantar y corría tras el carretón, hasta que finalmente casi lo alcancé, debido a que estaba pesadamente cargado y por suerte no podía avanzar ligero. Entonces llamé de nuevo con toda energía, a través de la noche negra, y por fin escuché la voz del cochero, quien me imploró,

del modo más lastimero, que le perdonara la vida, pues su carga no era de plata, sino solamente de leña.

Se comprenderá mi admiración al ver que me imploraban, a mí, tan necesitado de auxilio, que fuera misericordioso. Pero el cochero, junto con pedir clemencia, siguió apurando a sus caballos para escapar, y yo sentí un espantoso dolor, que hizo desvanecerse mis últimas energías. Mi salvación sólo podía lograrla ya actuando con gran presencia de ánimo y cambiando de táctica. Por eso, asumiendo rápidamente el papel de un salteador de camino, por lo que el cochero, sin duda, me tomaba, le grité: —¡Para, o te mato!— Intimidado por estas palabras, el hombre detuvo su vehículo. Empleando mis últimas fuerzas, logré arrastrarme con terribles dolores, hasta el carretón, pero en ese momento desfallecí debido a la pérdida de sangre, pues no sólo se me había abierto de nuevo la herida del pie, sino que me había lastimado gravemente la cabeza.

¡Qué sorpresa tuvo el cochero, que tiritaba de miedo de pies a cabeza, tomándome por un salteador, cuando me vio por el suelo, en estado tan lamentable, implorándole ayuda! Me repuse un poco y le informé brevemente de mi desgracia, con lo que se apresuró a encender una fogata, a lavar mis heridas y a vendarme. ¡En seguida, me dio un poco de aguardiente y pan, me enrolló en sus frazadas, me ayudó a subir al carretón y animó a sus caballos, a fin de llevarme a la brevedad posible a Copiapó, donde podía encontrar auxilio.

Teníamos que recorrer hasta allá doce leguas españolas. Casi no son para descritos los dolores que experimenté en el viaje, acostado en el duro carretón que atravesaba un terreno muy poco parejo, sobre grandes piedras. Además, mientras duró el viaje, sopló un viento heladísimo desde la Cordillera, que estaba cubierta de nieve, de modo que me sacaron más muerto que vivo del carretón, al llegar a Copiapó.

Inmediatamente se apoderó de mí una violenta fiebre, y sólo gracias a la diligencia de mi amigo médico, el Dr. Wilhelm Gottschalk, pude conservar la vida y la pierna.

Durante mi enfermedad, mi salvador me había visitado frecuentemente, y como recibiera una pequeña suma desde Valparaíso, consideré mi deber gratificarle de la mejor manera

que podía; pero me dejó realmente confundido, cuando me declaró que, por pobre que él fuera, no aceptaba la menor retribución por los servicios que me había prestado.

—Mi salvación —agregó— había sido realmente tan milagrosa, que no era posible pagarla con oro; en un radio de varias leguas desde el punto en que me había accidentado, no pasa ningún camino, ni mucho menos existe mina o vivienda. El mismo visitaba sólo una vez al año una quebrada de donde extraía un cargamento de raíces. Esa quebrada sólo era conocida por él, su único visitante, de modo que si no hubiera hecho el viaje justamente ese día, me habría tenido que morir de hambre.

¿No habría tenido razón, después de esta milagrosa salvación, para compartir la creencia propagada entre los vecinos de Copiapó, de que la Divina Providencia me tenía reservado para un fin especial?

## Capítulo XXXVI

### 1857. LAS RICAS MINAS DE ORO Y COBRE DE CACHIYUYO

Después de recuperar la salud, volví a Cachiyuyo en el mismo caballo que me abandonara tan miserablemente en el desierto, pero que había encontrado el camino a su establo en Copiapó. Mi deseo era llegar a la veta cuprífera en compañía del dueño del restaurante, pero, durante mi enfermedad, éste no sólo había vendido la veta, sino también el restaurante, por lo cual me encontré con un nuevo propietario.

Pero como durante mi última estada el dueño anterior me había hablado no solamente de su mina, sino también de ricas vetas en la sierra de Cachiyuyo, resolví quedarme durante un tiempo en este lugar. Quería reconocer las minas auríferas cercanas, que habían explotado los indios y habían sido las más ricas del país, y también algunas vetas cupríferas, que me ofrecían en venta a un precio muy conveniente.

La sierra de Cachiyuyo se extiende hacia Occidente, en dirección al mar, a lo largo de casi media legua, con una altura de 600 pies. Se halla completamente aislada en medio de un mar de arena con ancho de varias leguas, el cual se extiende hacia el Este hasta los Andes, por el Norte hasta las sierras de Puquios, limita al Oeste con el Océano Pacífico, y por el Sur rodea un cerro de unos 500 pies, donde, de acuerdo con antiguas tradiciones, se encontrarían enormes riquezas de oro.

En la mañana siguiente recorrí a caballo la falda austral de la sierra de Cachiyuyo, visitando primero una mina de cobre llamada *Cuatro Amigos*, en la que se trabajaba una potente veta de minerales de cobre negro, y tras algunas centenas de pasos por la falda, más hacia el Oeste, llegué a las antiguas minas de los indígenas, tan famosas por su riquezas, pero que ahora se encontraban abandonadas.

A pesar de que en pocas partes del mundo hay tanto fierro como en el Desierto de Atacama, los indios no conocían su uso. Empleaban, en cambio, como ya se dijo, el cobre para fabricar martillos, cinceles, etc. Gracias a estas herramientas, habían seguido superficialmente la rica veta por más de mil pasos, hasta que se encontraron con agua, que les había impedido profundizar más las labores. Los grandes desmontes revelaban la profundidad de esta grieta, que tenía sólo cinco pies de ancho y más de mil pasos de largo. Las numerosas viviendas antiguas, construídas por los indígenas con pir-cas (piedras superpuestas), que todavía se podían ver a ambos lados de la mina, revelaban que el número de los operarios ocupados había sido muy grande. En esas antiguas viviendas se encontraba diseminado un sinnúmero de antiguas fuentes de greda, algunas bien conservadas y provistas de adornos, pero en su mayor parte destrozadas, y había también puntas de flecha de topacio, bolas de ágata, etc. Casi en cada vivienda había una gran piedra, bastante gastada, con que los indios trituraban el cuarzo, para poder obtener el oro.

En una de esas antiguas viviendas, tuve la suerte de encontrar un cincel y dos martillos, de diez libras cada uno, de co-

bre macizo. Pero lo que me interesó especialmente, fue una piedra de color gris y tres pies de diámetro, que hallé en la mayor de estas viviendas, situada sobre otra piedra. Si se la tocaba levemente, expedía un sonido, y si se la golpeaba con una piedra, el sonido era tan fuerte que se le podía escuchar hasta una distancia de algunas leguas y dejaba casi sordas a las personas que se encontraban cerca. Esta fonolita había sido la campana de los antiguos indígenas.

La gran riqueza de esas minas no era una fábula, sino que se había comprobado, antes de que se inundaran y las abandonaran los indígenas, que la veta tenía en algunas partes una potencia de varias pulgadas de oro macizo. En otras también se encontraba diseminado mucho oro, y así me pareció interesante reconocer esas antiguas minas y toda la sierra, a fin de verificar si era posible secar los laboreos por medio de un socavón y hacerlas accesibles. Por eso permanecí varios días en el lugar; dormía en la fonda de Cachiyuyo y salía de madrugada con algunas provisiones, para pasar el día inspeccionando la sierra y regresar en la noche.

Desgraciadamente, mis averiguaciones y reconocimientos no dieron un resultado favorable, pues para desaguar la mina, habría sido necesario construir un socavón desde una distancia muy grande, lo que resultaba muy costoso y quizás sin provecho, pues no es posible conocer la hondura de los antiguos laboreos. Era fácil, en cambio, calcular el costo de la instalación de una máquina a vapor, pues se pagaba 3 pesos por el quintal de leña, y en Caldera la tonelada de carbón de piedra costaba 40 pesos, y era necesario transportarla por ferrocarril a Copiapó y desde ahí en mulas a la mina.

Tenía que renunciar, pues, a adquirir una nueva e importante fortuna en esa mina y limitarme a buscar una veta cuprífera.

Había empleado varios días en reconocer todos los faldeos y quebradas de la parte austral de la sierra, donde encontré diversas y potentes vetas cupríferas, tanto de cobre negro como oxidado, y después me dirigí a la parte septentrional. Además de la esperanza de encontrar allá otras vetas cupríferas, me interesó esa región por un antiquísimo derrotero que po-

seía, relativo a un gran tesoro en oro que los indígenas habrían enterrado al ser sometidos por los españoles. Ese tesoro, probablemente, lo habían dedicado a sus dioses y nadie podía tocarlo o revelarlo, so pena de muerte.

Durante algunos días exploré vanamente esa parte de la sierra. Una tarde regresé al valle muy agotado por el esfuerzo y los candentes rayos solares, para tomar mi mula, que había dejado amarrada, y regresar a la fonda. Pero, desgraciadamente, sólo encontré las riendas alrededor de la roca. La mula había desaparecido. Creí que se habría escapado hacia la fonda, que quedaba a una hora de camino, y ya me encaminaba hacia allá, cuando observé que las huellas de la mula indicaban la dirección contraria. Decidí seguir las.

Las perdí varias veces, para volver a encontrarlas y, finalmente, el camino me condujo a una estrecha quebrada que corría entre abruptas murallas rocosas. Cuando penetré en ella, ví que se estrechaba cada vez más, y que las laderas aumentaban en altura; observé un poco de vegetación, que aumentaba hacia el interior, hasta que llegué a una vertiente, sombreada por un algarrobo, bajo el cual se había tendido cómodamente mi mula.

Cuando también me había sentado y repuesto con un trago de agua, observé que la quebrada continuaba al interior y se estrechaba aún más. Por ello reconocí con gran placer que se trataba de una que ya muchos habían buscado y cerca de la cual debía encontrarse el tesoro, pues observé en una de las paredes, tal como lo indicaba el derrotero, numerosos signos y jeroglifos. Entre muchos dibujos y figuras ininteligibles de color rojo, reconocí varias humanas, como también las de algunos guanacos y cóndores, pero lo que más me interesaba era una mano que indicaba hacia la angostura de la quebrada, lo que me hizo creer que el tesoro se encontraba allá.

Por cansado que estuviera, en presencia de estos signos me sentí otra vez fresco y reanimado y corrí de roca en roca, con la esperanza de descubrir otra señal que aclarara la situación del tesoro. Pero, como cerró la noche, me ví obligado a regresar a la posta, y sólo pude continuar mis investigaciones al día siguiente.

A pesar de que con el mayor empeño y esfuerzo reconocí la quebrada de un extremo al otro, no me fue posible descubrir nada. Puede que con los siglos transcurridos desde que enterraron el tesoro y con los frecuentes terremotos, la superficie de la tierra haya cambiado substancialmente, o que el tesoro ya no se encontrara allí o nunca hubiese existido.

Hallé, sí, una colina muy interesante, cercana a ese lugar, de unos cien pies de altura y aislada en medio de la planicie arenosa. Sobre ella se elevaban unas sesenta viviendas de los antiguos indígenas, con muros de pircas y en las que encontré muchas muestras de cerámica, puntas de flechas y grandes piedras de las que empleaban para moler el cuarzo y obtener oro. Pero no pude comprender por qué habían elegido esa colina aislada en la candente arena del desierto para sitio del poblado. La única explicación es que antiguamente corría cerca de allí un arroyo o existía una vertiente, cegada después por algún terremoto.

No lejos descubrí una veta de topacio, con potencia de cinco pies, que los indígenas habían trabajado sólo hasta pocos pies de profundidad, para fabricar puntas de flechas, con la piedra que extraían.

## Capítulo XXXVII

### SALTEO EN LA QUEBRADA DE LLAMOS

Había reconocido esa sierra durante varias semanas, encontrando buenas vetas cupríferas. Por tal motivo, monté una mañana mi caballo para regresar a Copiapó y hacer los pedimentos correspondientes.

Después de cruzar una parte del desierto en medio de un espantoso calor, alcancé la quebrada de Llampos, donde, medianamente protegido contra los quemantes rayos solares, dejé andar mi caballo al paso. Repentinamente, ví que corría hacia mí una mula ensillada, sin jinete, y como la quebrada



era muy angosta, la hice detenerse y la enlacé, a fin de conducirla a la próxima posta. Pero apenas había avanzado unos centenares de pasos, escuché un grito de auxilio. A pesar de provenir de muy cerca, no pude distinguir si había sido lanzado delante o detrás de mí, o en lo alto de la quebrada. Detuve de inmediato mi caballo y saqué el revólver de la funda, pero todo permaneció tranquilo. Seguí avanzando despacio con mucha precaución, mirando a todos lados, hasta un lugar en que la quebrada da una vuelta y desde donde es posible reconocer gran parte de ella, pero tampoco allí oí o vi nada, salvo algunos cóndores y jotes, que despedazaban terriblemente a una mula caída y que aún no había muerto.

Hubiese querido disparar mi revólver contra esas voraces aves, pero habría revelado así mi presencia, por lo cual me limité a matar a la pobre mula con un cuchillo.

Creí ya haberme equivocado y confundido el grito de un buitre con uno de auxilio, cuando volví a oír claramente no sólo quejidos, sino también las voces de varios hombres. Advertí entonces que las voces provenían de una grieta roqueña que se encontraba encima de mí. Tomé entonces rápidamente una resolución: salté de la montura, até las riendas del caballo alrededor de una piedra grande y trepé por el barranco, revólver en mano. Con el mayor sigilo y tan silencioso como pude, me acerqué a la grieta, donde se me presentó un golpe de vista sobrecogedor: un individuo de cierta edad, bien vestido, yacía en el suelo, acribillado a cuchilladas y nadando en sangre. Su cuerpo se agitaba en convulsiones y, de pronto, quedó rígido, demostrando que acababa de morir.

No podía, pues, prestar ninguna ayuda al desgraciado, y sólo me cabía perseguir a los asesinos, por mi propia seguridad. Regresé rápidamente adonde dejara mi caballo, para que no se apoderaran de él los asesinos. Pero apenas lo había montado, los bandidos me lanzaron una andanada de piedras. Era imposible atacarlos o defenderme y sólo podía salvar mi vida huyendo con la mayor rapidez posible. Hundí las grandes espuelas con tal violencia, que el caballo se encabritó y habría partido como una flecha si no se hubiera opuesto la mula, que no quería moverse. Pero no tenía un instante que

perder, si no quería ser destrozado por una de las grandes piedras que los salteadores arrojaban sobre mí con sus hercúleos brazos. Apenas tuve tiempo para cortar el lazo y volver a dar espuelas a mi caballo, cuando me alcanzó una piedra, que por fortuna me hirió sólo levemente, mientras que otra más grande derribaba de inmediato a la mula. Me dirigí a toda carrera a la salida de la quebrada, pero pude comprobar con espanto, que varios salteadores se habían colocado en una angostura y me esperaban tranquilamente, premunidos de piedras, para matarme a la segura.

Me encontraba, pues, en una verdadera trampa: a ambos lados se elevaban las paredes abruptas e infranqueables de la quebrada rocosa, y a mis espaldas y al frente se encontraban los salteadores, protegidos de tal manera por las grietas que mis balas no los podían alcanzar. La angostura tenía un ancho de sólo doce pies y era forzoso pasar por ella.

No disponía de mucho tiempo para reflexionar, pues ya se acercaban también los que me atacaban por la espalda y me empujaban hacia los que estaban apostados adelante. Me desmonté rápidamente, tomé el caballo por las riendas, animándolo que avanzara con rapidez, y, más o menos protegido por su cuerpo y disparando mi revólver, corrí hacia la angostura. Logré de esta manera cruzarla y salir felizmente de la quebrada.

Monté entonces rápidamente mi caballo, que sangraba por muchas partes, y cargando de nuevo mi revólver, me lancé a toda carrera a través del desierto hasta la estación de Chulo. Pero como en esta pequeña posta, situada muy aisladamente, no encontré arrieros ni carretoneros, sino sólo a la anciana dueña, y como los salteadores podían alcanzar el lugar dentro de una hora y ya estaba oscuro, le di de beber a mi caballo, le lavé un poco las heridas, y seguí la carrera a Copiapó.

Cuando le comuniqué el asesinato al Intendente, despachó de inmediato un piquete de caballería en persecución de los bandidos, y yo me dirigí a mi casa muy cansado y debilitado por la pérdida de sangre.

En la tarde del día siguiente regresaron los soldados, sin haber encontrado a los salteadores, que habían huído a la montaña, pero trajeron el cadáver de la desgraciada víctima, al que los cóndores y jotes ya habían sacado los ojos y devorado las entrañas.

Se supo pronto que el asesinado era un administrador de minas de Tres Puntas, que, con olvido de la más elemental prudencia, se había dirigido completamente solo y sin armas, desde Copiapó a Tres Puntas, con algunos miles de pesos para el pago de su gente.

### Capítulo XXXVIII

1858. MIS MINAS DE COBRE DE CACHIYUYO

Como recibí en aquel tiempo otro pequeño capital desde Europa, contraté de inmediato algunos mineros, compré el material necesario para explotar una mina, como también los víveres necesarios, y me dirigí a Cachiyuyo, a fin de trabajar las vetas cupríferas descubiertas.

En pocos días estaban terminadas las construcciones indispensables y pronto reinaba gran movimiento en esa sierra, antes tan solitaria. Los tiros que hacían volar el mineral y retumbaban, día y noche, incesantemente, en las quebradas, revelaban que existía una empresa activa y bien organizada.

Como las vetas cupríferas que había descubierto eran muy potentes y de altas leyes, tenía interés en trabajarlas en muchas partes, por lo cual hice nuevos pedimentos e inicié más laboreos.

Los minerales principales que se encuentran allí contienen entre 30 y 50% de cobre, junto con plata y antimonio; tenían el color y el brillo del acero, por lo cual se les conocía con el nombre de cobre acerado. Pero también tenían un buen contenido de oro en forma de granos o diseminado como agujas, de modo que de un quintal de minerales se podía extraer a

menudo, con el martillo, oro por valor de treinta pesos. Pero a pesar de sus buenas leyes, los minerales eran brechosos, y las vetas formaban rosarios, cuya potencia disminuía sucesivamente desde cinco pies hasta pocas pulgadas.

Vivía ya varios meses en mi nuevo campo de acción, y sólo a fines de cada mes me dirigía a Copiapó, como antes, transportando los minerales producidos, para venderlos, y comprar los materiales y víveres necesarios para la explotación.

En una de estas ocasiones, cuando regresé a la capital, reinaba allí gran agitación. El Intendente de la provincia había sido atacado en un artículo de prensa, insultante para su honor, lo que le llevó a invadir la imprenta con la policía y detener a los redactores, a quienes mandó castigar por el verdugo, propinándoles a cada uno cincuenta azotes. De esa manera tomó venganza y deshonoró a sus adversarios, pero la consecuencia lógica fue que se le destituyera por abuso de poder y se le condujera, detenido, a la capital del país \*.

Hasta mediados de octubre administré personalmente mis nuevas minas cupríferas, que mejoraban día a día y permitían abrigar las mejores esperanzas. Pero entonces llegó de Europa la funesta noticia de que el precio del cobre había bajado a casi la mitad. Si se tiene en cuenta que en aquel tiempo, la provincia de Atacama vivía casi únicamente del cobre, se comprenderá qué consecuencias debía tener el que, en vez de cuatro pesos, se pagaran en adelante sólo 16 reales o dos pesos por el quintal de cobre con 25% de fino. El efecto inmediato fue que la mayor parte de las minas paralizaron sus actividades, pues los nuevos precios no permitían transportar siquiera los minerales producidos a Copiapó, ya que el flete era superior al precio, y mucho menos se podía pensar en trabajar las minas. Muchos dueños de éstas tuvieron que decla-

---

\* El episodio relatado es auténtico. Trátase del Intendente Juan Vicente Mira, quien mandó flagelar a los periodistas Rafael Vial, Andrés Maluenda y José Nicolás Mugica, con quienes había mantenido una polémica. Fue destituido por Montt el 10 de marzo de 1858 y sometido a proceso, siendo desterrado por sentencia de la Corte Suprema, y vivió algunos años en Mendoza. (N. del T.).

rarse inmediatamente en quiebra, y les siguieron la mayoría de los comerciantes de Copiapó, de modo que toda la provincia estaba arruinada.

Este nuevo, duro e imprevisto golpe, ocurrió cuando todo se presentaba color de rosa, en momentos en que la minería cuprífera derramaba bendiciones y creaba riquezas. Todo el mundo cifraba las mejores esperanzas en el futuro y yo, como la mayoría de los habitantes de la provincia, quedé completamente arruinado. No sólo tuve que abandonar mis minas de cobre, sino que perdí también mis barras en minas de plata, las cuales me vi obligado a ceder a mis acreedores en pago de mis deudas. Como ocurriera a muchos de mis amigos que habían sido muy ricos y tenían invertido su patrimonio en minas cupríferas, yo también, apenas disponía ahora de lo más indispensable para vivir.

Era bien sabido que nadie había trabajado tanto como mi compatriota Jenckel y yo también. Jenckel, como tenía compromisos que cumplir y no los medios para esperar hasta que volviera a subir el precio del cobre, perdió sus minas, que valían cerca de cien mil pesos. Diariamente se declaraban en quiebra entre diez y veinte dueños de minas, y la consecuencia natural fue que los comerciantes de Copiapó no pudieron cumplir sus compromisos con las casas mayoristas de Valparaíso. Estas se encontraron igualmente en mora, lo que motivó, a su vez, la quiebra de varias de ellas y de otras de Hamburgo. El único dueño de minas entre mis compatriotas, capaz de resistir la crisis, fue herr Heinrich Paulsen, cuya mina de cobre de Ladrillos, cerca de Copiapó, le había dado ya una utilidad de doscientos mil pesos y que se siguió trabajando, con una producción mensual de quinientos quintales de mineral con 20% de fino, aunque la utilidad disminuyó en algunos miles de pesos al mes.

Esta ruina general también repercutió, como es natural, sobre las nuevas fundiciones de cobre, y mis amigos Engelhard y Gockel fueron a la quiebra con un pasivo de 137.000 pesos, siendo vendido su hermoso establecimiento en 6.000 pesos. El ya anteriormente mencionado David Lewingston, de Posen, cuyo patrimonio se había visto acrecentado de una

manera fantástica, y quien había establecido también magníficas fundiciones de cobre en Caldera, quebró con un pasivo de 600.000 pesos y huyó a Argentina, y de la misma manera fueron liquidadas varias otras fundiciones en Caldera.

### Capítulo XXXIX

#### EL DERROTERO DE LOS CANDELABROS

Ya acostumbrado a la inconstancia de la suerte y a sufrir pérdidas, recibí con tranquilidad ese nuevo y duro golpe, totalmente inesperado, y, aunque me encontré sin recursos, no perdí el ánimo ni la voluntad de abrirme un nuevo campo de acción. Resolví, por consiguiente, hacerme cateador de minas antiguas y ricas que no habían sido redescubiertas. Lo que me indujo, sobre todo, a dedicarme a esta penosa y difícil actividad, fue la noticia que tenía de la existencia de una veta de plata maciza con potencia de algunos pies en las inmediaciones de Copiapó.

Era generalmente sabido en esta ciudad que, en tiempos antiguos, una cristiana de origen indígena, domiciliada en Pueblo de Indios, les había entregado a los franciscanos de San Francisco de la Selva, para la iglesia del convento, unas cargas de plata como estipendio de una corrida de misas en sufragio de su difunto marido. Cuando los frailes vieron los ricos minerales de plata en posesión de una pobre india, procuraron, naturalmente, y por todos los medios, averiguar de dónde procedían. Pero, como los indios, desde que fueron sometidos por los españoles, jamás descubren a los blancos sus tesoros, se ha perdido el derrotero de grandes riquezas, y los frailes sólo pudieron saber de esta mujer lo siguiente:

“Su marido poseía cerca de Copiapó una veta de plata maciza con potencia de varios pies; cuando necesitaba dinero, se dirigía a la mina, separaba unos trozos de plata con la baretta, llenaba sus alforjas, regresaba a casa y vendía los mi-

nerales. Un buen día estuvo de visita en la casa un amigo de su marido y, al ver la plata, le solicitó que le ayudara a salir de un apuro. Su marido y el amigo fueron con unas mulas a la mina y, al comprobar su inmensa riqueza, el amigo debió dar muerte al marido. Habría llenado las alforjas con la plata y desapareció para siempre, por temor a que se descubriera el asesinato cometido. En cuanto a ella, no tenía conocimiento de la situación de la mina, y entregaba a la iglesia todos los minerales que había encontrado en su casa”.

Los frailes mandaron fabricar dos grandes candelabros macizos con la plata entregada —los cuales aún se encuentran en el claustro de San Francisco—, y desde entonces aquella noticia lleva el nombre del derrotero de Los Candelabros.

A pesar de haber puesto los frailes el mayor empeño en descubrir la rica veta, no tuvieron éxito y dieron la noticia a algunos cateadores de Copiapó. Estos se dedicaron con gran diligencia a reconocer los cerros vecinos a la ciudad, con el compromiso de dar al convento la mitad de la veta, si la descubrían.

Como Copiapó se encuentra en un valle profundo, que corre de Este a Oeste, y existen vetas de plata tanto en las sierras situadas al Norte, como en las de El Rosario, que quedan al Sur, era muy difícil descubrir la rica veta.

Después que los cateadores buscaron por largo tiempo sin tener éxito, los frailes divulgaron ampliamente la noticia. Centenares de cateadores exploraron entonces las sierras, frecuentando los faldeos durante muchos años, y miles y miles de hoyos demostraban con qué paciencia se había buscado la rica veta. Desgraciadamente, todos los empeños resultaron vanos.

Habían transcurrido muchos años, cuando llegó a Copiapó desde la Argentina, un sacerdote que se puso a reconocer en secreto, durante largo tiempo, las sierras y quebradas situadas al sur de la ciudad. Como tampoco lograra un resultado favorable, se dirigió a uno de los más reputados cateadores de Copiapó y, después de solicitarle su cooperación, bajo promesa de absoluto secreto le participó lo siguiente:

En una noche muy oscura y tempestuosa había sido lla-

mado por un moribundo, quien le confesó: "Yo nací en Pueblo de Indios, cerca de Copiapó. Un amigo mío poseía allá secretamente una riquísima veta de plata. Le rogué, una vez, que me facilitara una pequeña cantidad de mineral, me lo prometió, y nos dirigimos en mula a una sierra cerca de Copiapó, por la que subimos cierto trecho. En seguida nos detuvimos; me ordenó que esperara su regreso y se alejó un poco, hasta un lugar donde levantó una plancha de piedra y penetró en una angosta abertura. Escuché cómo trabajaba con una barretá que había llevado. Al subir un poco más al cerro, pude contemplar Copiapó directamente a mis pies y vi cómo se dirigía en ese momento una procesión con muchas velas a la iglesia de San Francisco. En seguida regresé y, como mi amigo todavía no llegara, me dirigí sigilosamente al lugar donde se encontraba, contemplando una cueva y una veta de plata maciza con potencia de algunos pies. Inducido por la envidia y la codicia, maté a mi amigo, llené mis alforjas con plata, cubrí la abertura y, temeroso que se descubriera el asesinato, huí hacia acá, donde he vivido muchos años. Como siento que se aproxima mi última hora, quisiera aliviar mi conciencia y le entrego aquí, señalado con toda precisión, el derrotero para encontrar esa riquísima veta. Le ruego pedirla para la Iglesia y hacer que, por su valor, se recen misas por mi pobre alma".

El derrotero era del siguiente tenor: "Cruza desde Copiapó el río hacia los algarrobos, donde el indio dejó su mula; penetra en la quebrada que queda frente al monasterio de San Francisco; llegarás a un portezuelo desde el cual verás el monasterio de San Francisco, quedando el portezuelo al lado Sur del cerro; una vez llegado ahí, verás al otro lado del portezuelo, hacia el Sur, que la tierra tiene un color amarillo obscuro y que se encuentra una veta en la mitad del faldeo; hay ahí muchos trozos de esa veta; sigue ahora la quebrada hasta donde da una vuelta brusca, y continúa subiendo, hasta que alcances una roca parada; retrocede un poco y pasa al lado de ella por la falda, siguiendo ahora la quebrada hasta que llegues a una sierra con picos muy agudos; dobla alrededor de ella, y a una distancia cerca de 225 pies se encuen-



tra la veta que buscas. Es muy potente, consta de plata maciza, hay dos pequeños cateos encima de ella, que la pusieron en descubierto, pero han vuelto a ser tapados. Parece como si una mula se hubiera revuelto encima de ella. Si sigues andando, encontrarás algunas matas de churqui, y debajo de la primera el indio tenía escondida su barreta, con la que separaba los minerales. A unos quinientos pies de estas matas corre otra veta, que cruza a la primera, donde también existen muchos trozos de la roca negra de la veta. La plata tiene el aspecto de la cinta de un barril”.

El cateador hizo lo humanamente posible para descubrir esta veta, pero, como no tuviera éxito, el sacerdote regresó a la República Argentina, sin haber logrado nada.

Quiso la suerte que el cateador me informara del asunto y, después de haberle prometido que le entregaría una parte de la veta y otra a la Iglesia, en caso de descubrirla, me reveló todo el secreto. Recogí, en primer lugar, las mejores informaciones sobre el derrotero, para lo cual visité a los frailes de San Francisco, ví allá los candelabros, y me convencí de tal manera de la existencia de la rica veta, que inicié mis exploraciones al día siguiente, y las continué por cerca de un mes, ininterrumpidamente.

De tal manera, el que esto escribe, antes presunto millonario, se dirigía diariamente, de alba, a pie, premunido de un pequeño azadón, una bolsa con pan y queso y un gran cuerno de agua sobre los hombros, a la sierra del Rosario, que se eleva abruptamente al Sur de Copiapó. Allí me pasaba todo el día, reconociendo las quebradas, faldeos y rocas y regresaba en la tarde, muy cansado, a la ciudad.

Es difícil describir en qué excitación me encontraba durante ese tiempo, pues por penosa y dura que fuese la tarea que me había propuesto, y de lo que tuve que padecer, sobre todo por el calor, me encontraba siempre feliz y contento. Es fácil comprender esto, si se tiene presente que estaba en posesión de las noticias exactas sobre la rica veta, en la que tenía la más absoluta confianza. Esta se transformaba en verdadero entusiasmo, cuando descubría poco a poco las señales indicadas en el derrotero y que me acercaban a la me-

ta. Debe tenerse también en cuenta que, si descubría realmente la rica veta, podía ser millonario de la noche a la mañana, pues aún cuando la mina sin trabajos previos no podía suministrar de inmediato una suma muy elevada en plata, era fácil vender barras a elevados precios a los banqueros y a los mineros ricos de Copiapó, una vez constituída la propiedad en la veta.

Por otra parte, la veta podía también prolongarse, como en Tres Puntas y Chañarillo, y suministrar durante varios años una renta anual de un millón de pesos. Si el lector, después de todas estas reflexiones, se coloca en mi lugar y considera que antes poseía una gran fortuna, que había perdido, y que me encontraba ahora sin ninguna clase de recursos, podrá apreciar con qué tensión perseguía mi meta actual, sin dejarme intimidar ni por el excesivo calor, ni por los mayores padecimientos. Cateaba toda veta que encontraba, recogía cada piedra y la examinaba, siempre en la esperanza de que perteneciera a la rica veta. Frecuentemente, creía tener en mi mano una roca de plata maciza, y luego resultaba estéril. Mi excitada fantasía me presentaba espejismos, y el calor de esas quebradas peladas y roqueñas, donde no crecía ni la más insignificante plantita y no había seres vivos fuera de mí, contribuyó igualmente a perturbar mi sano juicio. Comprendí entonces con qué facilidad se podía perder la razón —como ocurría frecuentemente en Copiapó—, cuando se realizaba una labor tan excitante y, sobre todo, cuando se esperaba un hallazgo rico.

Por esta razón me explico también el gran número de leyendas que circulan en Copiapó acerca de ricas vetas, cuyos descubridores sostenían haber visto gigantes, enanos, monstruos. Por una parte, los nervios sufren una gran excitación en esos casos; y, por otra, los espejismos del desierto y la superstición reinante contribuían, seguramente, a darles origen.

Llevaba ya tres semanas reconociendo la sierra y había encontrado muchas de las señales a que se refería el derrotero. Pero, cerca del lugar donde debía hallarse la veta rica no pude descubrir nada. Era muy difícil dar con ella, debido a que, justamente esa parte de los faldeos estaba cubierta por

una gruesa capa de arena movediza; y, por lo demás, el asesino, que era un hombre iletrado, pudo haberse equivocado fácilmente en cuanto al rumbo y a la distancia.

De tal modo, comencé a perder poco a poco mi entusiasmo, hasta que, una tarde, me visitó un sacerdote. Impuesto de mis reconocimientos, me comunicó bajo promesa de secreto, que hacía poco había fallecido una anciana que conociera el lugar donde se encontraba la veta rica y le había revelado el secreto en confesión. El sacerdote se había dedicado de inmediato a buscar el sitio, empleando en ello varios días, pero no había podido dar con él. Por tal razón, hizo cargos a la moribunda, reprochándole no haber dicho la verdad en su hora suprema, a lo cual la mujer le había jurado nuevamente que la veta se encontraba en el lugar indicado por ella, y falleció en la madrugada siguiente. Una nueva y prolongada búsqueda no resultó, sin embargo, más feliz que la primera, y como tenía la absoluta seguridad de que la veta tenía que encontrarse cerca del lugar explorado, estaba resuelto a darme la información, a fin de que siguiera la huella.

Me participó en seguida lo siguiente: La fallecida había tenido como sirvienta a una india, que poseyó más tarde una choza y una majada en la quebrada del Rosario. Poco antes de morir, la india le había revelado, bajo promesa de guardar el secreto, que conocía en esa sierra una veta de plata maciza, de la que siempre había extraído trozos cuando necesitaba dinero, y cuya abertura ocultaba cuidadosamente después de cada operación. Le había señalado precisamente el lugar, bajo compromiso de no revelarlo jamás a nadie, a fin de que se pudiera procurar secretamente plata cuando la necesitara. La mujer había extraído siempre plata de la mina, en secreto, y tapando cada vez la entrada con acarreo de piedras y arena. Una gran cantidad de objetos de plata que poseía y dejaba a la iglesia, por carecer de parientes, era la mejor prueba del hecho.

La descripción de este derrotero era la siguiente: "Si se mira desde el punto en que se encontraba la antigua torre de San Francisco hacia el Sur, se verán tres puntas en los cerros. La más alta es la del indio; súbase a ella; y se verá que hacia

el Sur, a una distancia de cuarenta a sesenta pasos, prolongando la línea desde el claustro de San Francisco, corre una veta de plata en la caliza, con rumbo de Oeste a Este. El lugar en que se encuentra está cubierto con mucha arena. Antes existía ahí un algarrobo, pero seguramente ya no estaría. La veta ha sido cateada en dos partes, que han sido cubiertas de nuevo. Más hacia el Sur hay algunas antiguas minas auríferas abandonadas".

Después de haber prometido al sacerdote que le concedería la mitad de la veta si la encontraba, me dirigí al día siguiente al lugar indicado. Es fácil imaginar con qué redoblado entusiasmo me dediqué al trabajo, cuando me di cuenta que la nueva información me llevaba justamente al punto en que había perdido la huella del derrotero anterior, que se trataba, por consiguiente, de la misma mina y que la sirvienta a que se refería el sacerdote era seguramente la misma india que había obsequiado antiguamente la plata a la iglesia, con la que se habían fabricado los candelabros.

Continué la búsqueda durante quince días más, día por día, pero, desgraciadamente, sin éxito. El calor se hacía diariamente menos soportable, y como temía enfermar, dejé la continuación del reconocimiento para más tarde. Las circunstancias quisieron, sin embargo, que no tuviera oportunidad de volver a este lugar.

Estoy, sin embargo, convencido de la existencia de la rica veta, y entregó la información a la publicidad. Quizás alguno de mis lectores tenga más éxito que yo.

## Capítulo XL

### INCENDIO EN EL PASAJE WADDINGTON

Algunos días después ocurrió otro fuerte temblor. Llamó también la atención un gran cometa, que tuvimos oportunidad de observar detenidamente durante varios días gracias al cielo casi siempre totalmente despejado que ofrece Copia-

pó en todas las temporadas, y a su atmósfera tan transparente.

Como mi salud había sufrido en los pesados reconocimientos de la veta argentífera, me dirigí, a mediados de noviembre a Caldera, para embarcarme a Valparaíso, donde quería conseguir nuevos capitales y robustecerme por medio de baños de mar. Pero mi mala estrella quiso que allá recibiera un golpe de gracia, que me arruinaría por completo después de las grandes pérdidas que ya me habían afectado ese año.

Cuando nos acercamos al puerto de Valparaíso, pudimos comprobar que el cielo estaba teñido con un color de sangre; las grandes columnas de humo que se elevaban sobre la ciudad, no dejaban duda que se trataba de un gran incendio. Hubo, por supuesto, mucha nerviosidad por ello en nuestro buque, y se aceleró la velocidad de la máquina, a fin de alcanzar cuanto antes la bahía.

Consternado y con verdadero espanto, pude observar que estaba ardiendo toda la calle del Cabo, y ya había llegado a ser pasto de las llamas el hermoso Pasaje Waddington, donde se encontraba mi habitación, y también el Pasaje Cousiño, y como ambos estaban contruídos de madera, formaban una inmensa hoguera que se elevaba al cielo.

Apenas desembarcado, me dirigí al sitio del incendio. ¡Qué triste golpe de vista se me ofrecía! Los pasajes Waddington y Cousiño ya no existían, y como el fuego se había propagado con increíble velocidad, no se había salvado absolutamente nada: lo había perdido todo. Dejando a un lado la pérdida en dinero, se habían quemado mi correspondencia, los documentos, los retratos y fotografías y los recuerdos de la patria, como también —lo que me era más doloroso— mi colección mineralógica, con sus valiosas muestras de menas de oro, plata y cobre.

Esta colección era el fruto de un trabajo de siete años, y no tenía solamente un gran valor pecuniario, sino también científico. ¡Cuántos viajes difíciles y penosos había emprendido al desierto y a las quebradas andinas, para lograr muestras interesantes y completar mi colección. ¡Qué magníficos y valiosos minerales había recibido como regalo de dueños ricos de minas; qué capital había gastado para adquirir las

colecciones que me había reservado, a pesar de las grandes penurias monetarias por que pasé a menudo! Eran mi único patrimonio al cabo de siete años de duro trabajo. ¡Y ahora, todo estaba perdido! Y todo cuanto poseía el ya tan duramente castigado era su presencia de ánimo y el placer de poder encender un cigarrillo en los tizones de su habitación.

Las pérdidas ocasionadas por ese incendio fueron estimadas en Valparaíso en 5.000.000 de pesos, y los seguros ascendían a sólo 2.000.000. Se habían quemado quince locales de negocios alemanes y algunos franceses, y muchas personas habían perdido su patrimonio. Como ya no tenía vivienda particular, pasé algunas semanas en el Hotel de Chile, durante las cuales tomé baños de mar, y regresé a fines de diciembre a Copiapó, para proseguir la búsqueda de la yeta de plata.

## Capítulo XLI

### 1859. REVOLUCIONES EN COPIAPÓ Y VALPARAÍSO

Había transcurrido el año 1858. Había hecho en él tan duras experiencias y sufrido tan gruesas pérdidas, sin lograr nada, a pesar de mis inmensos esfuerzos y padecimientos, que ahora me encontraba solo, pobre y abandonado. Adonde mirara, no veía la menor expectativa de que los tiempos mejoraran, y Copiapó iba a ser, sin ninguna duda, víctima de la miseria y de una ruina total. Si muchos mineros y comerciantes ya habían perdido su patrimonio por la decadencia de la minería de la plata, la espantosa crisis del cobre aniquilaba a los que habían podido sobrevivir. Había más de trescientas minas de cobre abandonadas, pues era imposible trabajarlas a los bajos precios reinantes y fueron liquidadas también todas las fundiciones. Una gran parte de los dueños de minas y comerciantes, que antes poseían grandes fortunas, apenas disponían ahora de lo necesario para vivir modesta-

mente con sus familias; muchos de ellos se encontraban en prisión por deudas, y los negocios estaban paralizados. Además, incontables mineros cesantes recorrían las calles de la ciudad en tumultuosos grupos, cometiendo toda clase de excesos y aumentaban los robos y asaltos. La mayor parte de la población era enemiga del gobierno y, sobre todo, los habitantes más acaudalados e influyentes de Copiapó, junto con la prensa, trabajaban con todas sus fuerzas para desencadenar una revolución.

En tales circunstancias era natural que Copiapó, sede principal de los enemigos del gobierno, no deseara quedarse atrás cuando el correo que llegó del Sur trajo la noticia de que en Santiago y Valparaíso, como también en Talca, había estallado una revolución, la cual habría sido reprimida en esas tres ciudades por el gobierno. Fue por eso que, apenas la noticia se propagó con la velocidad del rayo por la ciudad, millares de ciudadanos, bien o mal armados y encabezados por un rico minero, don Pedro León Gallo se dirigieron a la plaza principal gritando: "¡Abajo el Gobierno!". Allí se apoderaron por asalto de los edificios públicos, y los militares se plegaron a ellos. Se abrieron de inmediato las cárceles y quedaron en libertad todos los presos. La multitud fue armada en los arsenales, mientras repicaban las campanas, se disparaban salvas de alegría y millares de individuos recorrían las calles en estado de ebriedad, gritando ferozmente.

A la mañana siguiente, Pedro León Gallo se proclamó Intendente de la provincia e invitó, por medio de un fogoso discurso, a todos los patriotas a reunirse bajo sus banderas y a marchar bajo su mando a Santiago, para derrocar al Gobierno. Todos los jóvenes educados consideraron una vergüenza no participar en la empresa, y se presentaron, además, millares de combatientes del pueblo.

Pero, para emprender esta campaña, se necesitaban, por supuesto, grandes sumas y armamentos. Como las cajas del Gobierno que habían asaltado se encontraban vacías, Pedro León Gallo y algunos otros ricos mineros pusieron en la empresa gran parte de sus fortunas, y toda la plata de que se disponía en las minas y se beneficiaba en las plantas de amal-

gamación, fue fundida de inmediato para la acuñación de monedas.

En cuanto a las armas, ya se había reunido en secreto una buena cantidad, suficiente para un levantamiento en Copiapó, pero no para dotar a todas las tropas para una marcha a Santiago. Por eso se repararon durante día y noche, con gran rapidez, todas las viejas escopetas, fusiles y carabinas, se forjaron lanzas y estoques, se fabricaron balas y municiones y se fundieron cañones. Todos los sastres y zapateros fueron contratados para fabricar uniformes y calzado, y, entre tanto, las primeras damas de la ciudad se apresuraron a bordar valiosas banderas y escarapelas. Al mismo tiempo, todos los caballos, mulas y asnos de la provincia entera fueron requisados para la caballería, y artillería y para el transporte de los víveres, pertrechos de guerra, bagajes y agua, pues el ejército tendría que hacer la mayor parte de su camino por el desierto.

Habían transcurrido quince días en estos preparativos, y el ejército ya estaba bastante bien uniformado, armado y preparado, y adquiridos también los alimentos y el material de guerra necesarios, cuando llegó la noticia de que el Gobierno había despachado varios vapores con tropas desde Valparaíso, a fin de someter a Copiapó.

Ante esta noticia se ordenó de inmediato preparar la marcha; se efectuó una revista del ejército. Fueron bendecidas las banderas en la iglesia principal al son de las campanas y los disparos de los cañones y el ejército se alejó de Copiapó algunas leguas, hasta el lugar de Pichincha, donde se fortificó.

Reinaba un entusiasmo loco, y la afluencia de reclutas era tan grande, que centenares de ellos pudieron alistarse sólo armados de garrotos, con la esperanza de tomar las armas de los que cayeran.

Pedro León Gallo, jefe del ejército, y sus amigos, sacrificaron gran porción de su fortuna, parte por odio al gobierno, parte por ambición y en la creencia de que lograrían derrocar al Presidente Manuel Montt e indemnizarse debidamente por sus sacrificios. Tenían, por lo demás, las mejores



expectativas de lograr su objetivo si lograban avanzar con su ejército hasta Santiago, lo que habría constituido la señal para un nuevo levantamiento de toda la República, que el Gobierno ya no habría podido reprimir.

Cuando las tropas abandonaron Copiapó, los hurtos, robos y asesinatos llegaron a ser cada vez más frecuentes. Ya no había policía, ni juez, ni protección alguna, y todos los que poseían algo tenían que temer por su patrimonio. Ello valía sobre todo para los extranjeros, y éstos se organizaron y constituyeron varias compañías, destinadas a mantener el orden y hacer respetar la ley, y también yo participé en una de ellas. Nos armamos de la mejor manera que pudimos, con revólveres, e instalamos la guardia principal en el teatro. El servicio era atendido por una compañía durante el día, pero de noche, se reunían siempre cuatro compañías, dos de las cuales patrullaban las calles. Gracias a esta institución, una vez que castigamos ejemplarmente a varios maleantes, logramos restablecer la tranquilidad y el orden.

Cuando entré una noche con una compañía en una calle transversal, cerca de las 11 horas, escuchamos un gran bullido y una gritería espantosa en una casa cercana. Para evitar excesos, habíamos ordenado que las cantinas fueran cerradas a las 10 de la noche, de modo que entré al local del desorden. Estaba repleto de gente de la peor ralea y de malas fisonomías, que bailaban, cantaban y bebían abundantemente, en una atmósfera realmente detestable. Ordené de inmediato que se guardara silencio y arresté a todos los presentes, ante lo cual varios hombres armados de cuchillos se precipitaron contra mí. Pero, cuando vieron entrar a mi compañía revólver en mano, todos, hombres y mujeres, emprendieron de inmediato la fuga por una puerta falsa y por las ventanas. Inspeccioné en seguida el local con más detenimiento y me encontré con que, al fondo del mismo, estaba expuesto el cadáver de un niño, adornado con muchas flores y cintas y queapestaba el aire de tal manera que retrocedí rápidamente.

Conocía, por cierto, la costumbre chilena de acuerdo con la cual, al morir un niño, la familia adornaba su cadáver con

flores y cintas e invita en seguida a los parientes y amigos, para celebrar que un angelito se haya ido al cielo. Con este motivo se canta, baila y bebe profusamente, como se había hecho aquí; pero también conocía la ley según la cual los cadáveres tienen que ser enterrados dentro de las 24 horas, lo que no se había hecho, a pesar del gran calor reinante. Desgraciadamente, esta curiosa costumbre conducía a abusos, pues los dueños de cantinas alquilaban a la gente pobre los cadáveres de sus niños para hacer una fiesta de "angelito" y pagaban a los padres una cantidad proporcional a las entradas que obtenían. Era lo que también había ocurrido en este caso, con la sola diferencia de que los desnaturalizados padres llevaban cuatro noches arrendando el cadáver de su niño, que se encontraba en avanzada descomposición. Por lo cual mandé arrestar a los padres y al dueño del local y los mantuve varios días detenidos.

Algunos días más tarde, cuando Pedro León Gallo se había fortificado con sus tropas en Pichincha, las tropas del Gobierno llegaron al puerto de Caldera en un buque de guerra a vapor. Habían esperado que los revolucionarios les disputarían el desembarque, y se admiraron al encontrar el lugar casi completamente abandonado: Pero, poco después, al desembarcar las tropas, el comandante reconoció que Gallo había operado bien, levantando trincheras en Pichincha y retirando todas las locomotoras, caballos, mulas, asnos y carretones a Copiapó. Para llegar a Pichincha, las tropas del Gobierno habrían tenido que marchar 50 millas inglesas por las arenas del desierto, con los terribles calores de enero, transportando todo el material y los víveres sobre sus hombros. Así hubieran llegado exhaustos al campamento fortificado de las tropas revolucionarias y Gallo las habría aniquilado, sin ninguna duda. Por eso, el comandante gobiernista despachó de inmediato a uno de sus vapores a Valparaíso, solicitando nuevas instrucciones y recibió la orden de abandonar inmediatamente Caldera y desembarcar en el puerto de Coquimbo.

Es fácil comprender el júbilo del campo revolucionario y de Copiapó, con la noticia de que las tropas del Gobierno se habían retirado, lo que fue considerado como la primera derrota de éstas.

Era ahora de la mayor importancia para los revolucionarios apoderarse de la suma de 8.000.000 de pesos en oro, producto de un empréstito contratado por el Gobierno en Gran Bretaña. Esta suma debía remitirse con el próximo vapor desde Panamá a Valparaíso, y se esperaba que ese vapor, si no había recibido ninguna noticia del estallido de la revolución, tocaría Caldera.

Para este fin se envió una compañía al puerto, bajo el mando de un mayor. Noche a noche, durante quince días, me había dedicado a los servicios de seguridad y patrullaje y tenía el vehemente anhelo de irme a Valparaíso. Aproveché la oportunidad de que el mayor comandado a Caldera era mi amigo, para irme con él, en la esperanza de poder seguir viaje a Valparaíso, en el mismo vapor que se esperaba o en un velero. De ese modo abandoné Copiapó, donde viví 7 años, pasando buenos y malos tiempos. Durante un lapso había sido mirado como un millonario, pero ahora sólo tenía los pesos indispensables para pagar mi pasaje hasta Valparaíso. Esa fue mi despedida de Copiapó para no volver más.

Llevaba un día en Caldera, cuando llegó el vapor que, ignorante de la revolución, atracó al muelle como de costumbre. Me dirigí de inmediato a bordo, e hice bien en apresurarme, pues ya se acercaba el mayor con su compañía, visto lo cual el vapor trató de zarpar de nuevo, lo que logró sólo con mucha dificultad, pues el populacho que había concurrido al muelle trató de impedirlo y, apenas nos habíamos alejado, llegó también el mayor con su compañía.

Ese momento puede considerarse como el final de la revolución, pues hubiera sido suficiente sustraer al Gobierno aquella suma para derrocarlo, aún sin considerar lo que habría

significado que los revolucionarios hubieran podido emplear esa suma contra el Gobierno.

La satisfacción del partido gobiernista y la rabia de la oposición por la llegada a Valparaíso de los 8.000.000 de pesos fueron extraordinarios. Como tenía tantos amigos en un partido como en el otro y había observado absoluta neutralidad, fui objeto de miles de preguntas al llegar a Valparaíso como único pasajero embarcado en Caldera. Para librarme de tanta curiosidad y reponerme un poco, me dirigí al nuevo café de Guinodie, situado en el desembarcadero. ¡Mejor no lo hubiera hecho!, pues apenas se había propagado la noticia de la existencia del poderoso ejército de Gallo y de su proyectada marcha contra la capital, como también que las tropas del Gobierno no habían tenido el valor o el poder de atacar Copiapó, sino, por el contrario, habían emprendido la retirada, volvió a estallar aquí la revolución.

Todos los que estábamos en el café nos vimos obligados a permanecer en él, pues los revolucionarios avanzaron de inmediato por la plaza contra la Intendencia, defendida por la guardia, y si hubiéramos salido, nos habríamos encontrado entre dos fuegos. Desde el café tuvimos oportunidad de observar cómo se vaciaron e incendiaron varios barriles de trementina, alquitrán, etc. en las puertas del palacio, en forma de que pronto las llamas prendieron en él.

Hasta entonces no nos habíamos encontrado en mucho peligro, pero cuando se acercaron las tropas desde varias direcciones, a fin de despejar la plaza y defender la Intendencia, hicieron continuas descargas justamente hacia donde nos encontrábamos. Como las paredes sólo eran de tabique, revestido con corteza de palmera y recubierta de cal, las balas de rebote no sólo pasaban por la pared de la fachada, sino también por las dos piezas traseras. Sólo tendiéndonos en el suelo, nos fue posible salvarnos del peligro de ser alcanzados. Centenares de balas pasaron por encima de nosotros, después de haber perforado la pared.

Afortunadamente, los militares se apoderaron luego de la plaza, y los revolucionarios se retiraron por la calle de La Planchada y a las alturas. Allá fueron atacados desde varias

partes y hechos prisioneros o dispersados, de modo que en pocas horas todo el levantamiento había sido dominado, y luego se logró también extinguir el incendio en la Intendencia.

A pesar de la gran excitación que reinaba en Valparaíso, la tarde y la noche pasaron en relativa calma, pues todas las tropas militares y policiales de guarnición en la ciudad acamparon en las plazas, y fuertes patrullas recorrían las calles. Se podía reconocer que no había peligro de otro levantamiento y que el Gobierno dominaba en absoluto la situación, por el hecho de que al día siguiente, a las nueve horas, todos los prisioneros, entre ellos muchos hijos de las primeras familias, fueron conducidos con gran ostentación, de dos en dos, escoltados por tropas y policías, por las calles de Valparaíso a las cárceles situadas en los cerros. Un joven de diecinueve años, perteneciente a las clases decentes, que había ocasionado el incendio en la puerta de la Intendencia, fue fusilado públicamente esa misma mañana.

\* \* \*

Pedro León Gallo marchó pronto con sus tropas por el desierto a Vallenar y Freirina y avanzó hasta La Serena, donde atacó a las tropas del Gobierno el 14 de marzo y las venció totalmente \*. En seguida fijó su residencia en La Serena, donde aumentó apreciablemente sus fuerzas y encontró una gran cantidad de armas, municiones y víveres.

Pasó más de un mes hasta que el Gobierno reunió una División Pacificadora, formada por dos a tres mil hombres. Esa fuerza atacó a los revolucionarios el 29 de abril cerca de La Serena y los derrotó en forma completa \*\*, después de lo cual su jefe, Pedro León Gallo, huyó con sus oficiales a través de la Cordillera de los Andes a la República Argentina. De esta manera terminó la revolución, y Copiapó fue ocupado de nuevo por las tropas del Gobierno.

\* En la batalla de Los Loros (N. del T.).

\*\* En Cerro Grande (N. del T.).